



IMPEDIMENTA

JOSHUA FURST

Revolucionarios

Traducción de Alba Montes Sánchez



REVOLUCIONARIOS



JOSHUA FURST

*Traducción del inglés a cargo de
Alba Montes Sánchez*



IMPEDIMENTA

Título original: *Revolutionaries*

Edición en ebook: septiembre de 2019

Copyright © 2019 by Joshua Furst

Copyright de la traducción © Alba Montes Sánchez, 2019

Copyright de la presente edición © Editorial Impedimenta, 2019

Juan Álvarez Mendizábal, 34. 28008 Madrid

www.impedimenta.es

Diseño de colección y dirección editorial: Enrique Redel

Maquetación: Daniel Matías y Luis Villén

Corrección: Ane Zulaika y Sara Terrero

Composición digital: leerendigital.com

ISBN: 978-84-17553-45-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Un paseo salvaje a través del corazón de la contracultura americana. El testimonio de la revolución en los ojos de un niño criado a las faldas de la era hippie.

Una novela desbordante, poderosa, tan apasionante como el personaje de Lenny Snyder, el líder radical de los años sesenta.»

—Fran Hawthorne, New York Journal of Books

«Un retrato salvaje del Lower East Side en los años 60 y 70 desde la perspectiva de un entorno radical, pero también desde el ojo de un niño que lo vive al nivel de la calle.»

—The New York Times Book Review

Para Ernie y Vince

*El revolucionario verdadero está
guiado por grandes sentimientos de amor.*

ERNESTO «CHE» GUEVARA

En las primeras semanas después de las elecciones presidenciales de 2016, a medida que las corrientes progresistas de la cultura estadounidense comenzaban a organizarse para formar lo que vendría a llamarse The Resistance™, responsable de las protestas más multitudinarias y eficaces que se habían llevado a cabo contra el Gobierno de los Estados Unidos desde los estallidos de rebeldía de la década de 1960, la empresa audiovisual digital AlternaMania se puso en contacto conmigo con la idea de producir unos cuantos documentales cortos que acercaran las luchas de la era pasada a la ciudadanía socialmente comprometida de hoy en día. Les sugerí realizar una serie de entrevistas, que se intercalarían con imágenes históricas seleccionadas con el máximo cuidado, con el objetivo de evitar las típicas generalizaciones sobre los años sesenta y ofrecer un análisis más revelador de las vidas y las motivaciones de los individuos que, con sus acciones, influyeron de forma más dramática en la época.

De los muchos individuos y grupos merecedores de atención, el que más me interesaba era Lenny Snyder, un bufón radical que se hizo famoso por su papel en las protestas que tuvieron lugar en 1968 en Chicago, con motivo de la Convención del Partido Demócrata. Snyder se había suicidado en 1991, tras una larga batalla contra el trastorno bipolar que padecía. Su esposa, Susan, había muerto en 2004 de cáncer de ovarios. Su fiel compañera, Caroline Emerson, con la que había convivido durante los últimos dieciséis años de su vida, seguía viva, pero padecía demencia senil y la persona que la cuidaba rechazó mis peticiones de entrevistarla.

Esto dejaba como única posibilidad al hijo de Snyder, Freedom, que era conocido por proteger su intimidad con uñas y dientes y por su hostilidad a la fascinación de los periodistas hacia su padre. Había denunciado al menos a cuatro de ellos por calumniarlo en sus escritos sobre Lenny Snyder y su legado. En 2011, durante las manifestaciones de Occupy Wall Street, fue detenido por darles una paliza a dos manifestantes que lo habían abordado en el centro comercial Crossgates de Albany, con la esperanza de convencerlo para que diera un discurso en el parque Zuccotti.

Posteriormente retiraron los cargos. Había vivido mayormente al margen de los medios y no tenía presencia alguna en las redes sociales. Cuando por fin lo localicé, me sorprendió averiguar que llevaba lo que parecía ser una vida tranquila y normal, ganándose el pan como instalador de aislamientos de fibra de vidrio y manitas ocasional en Troy, Nueva York.

Tras escribir innumerables correos a la dirección de AOL que tenía de Snyder solicitándole una entrevista, sin recibir respuesta alguna, conseguí, con grandes dificultades, obtener su número de teléfono y, para mi sorpresa, contestó cuando le llamé. Accedió a concederme una entrevista bajo ciertas condiciones, a saber: que fuera solo; que no le grabara en vídeo ni le fotografiara, aunque estaba dispuesto a permitirme hacer una grabación de audio si antes le dejaba inspeccionar mi equipo, y, la más importante de todas, que no intentara «contar[le] lo que la vida de Lenny significa [para mí]».

A aquellas alturas (abril de 2017), el proyecto de la serie documental de AlternaMania había quedado reducido, por razones tanto editoriales como económicas, a un puñado de breves biografías en formato de dibujos animados, aderezadas con citas de Noam Chomsky y Naomi Klein, que se difundirían a través de Facebook y Twitter. Las reflexiones de Freedom Snyder sobre la vida de su padre ya no resultaban necesarias. Pero, a pesar de todo, acepté sus condiciones y proseguí con mi plan de entrevistarlo.

Conduje hasta Troy un ventoso martes por la mañana, según lo acordado, con mi fiel grabadora Tascam DR-05. El hogar de Snyder, del que se enorgullece de ser propietario, es una modesta casa de madera compuesta de cuatro habitaciones y un ático, con musgo creciéndole entre las tejas. Al igual que las otras pocas casas que la rodean, tiene un aspecto más bien frágil, casi podría llamársela choza. Está construida sobre un terreno algo descuidado de un kilómetro cuadrado. El sendero que conducía al porche de la entrada estaba flanqueado por varias cajas de herramientas parcialmente cubiertas con lonas azules. Cuando llamé, le llevó tanto tiempo abrir la puerta que, de no ser por la vieja camioneta Ford aparcada junto a la casa, me habría marchado pensando que se había olvidado de nuestra cita. En su lugar, encendí la grabadora y esperé. Cuando abrió la puerta, sin camisa y descalzo, me di cuenta de que lo había despertado. Me invitó a pasar y me presentó a las dos mugrientas gallinas que tenía como

mascotas.

Con sus ojos oscuros y hundidos y con su pelo como de lana de acero, Snyder guarda un parecido asombroso con su padre. Los roñosos vaqueros le colgaban de los huesos de la cadera. En el brazo izquierdo llevaba tatuadas unas bandas negras y lisas, como una sucesión de cintas de cuero que iban desde la muñeca hasta el bíceps.

Según me había indicado, en lugar de proyectar sobre él mi admiración por su padre, me limité a encender la grabadora y dejarle hablar. Y quizá por esa razón, al final de nuestra primera entrevista, se ofreció a concederme alguna más.

En el curso de los cinco meses siguientes, nos vimos otras tres veces. En esos encuentros, me dio la impresión de que alternaba entre la sinceridad y la hostilidad. A veces me parecía que modulaba el relato para aplacar o trastocar mis expectativas, enfatizando ciertos elementos para impactarme o seguirme la corriente. Había heredado el agudo ingenio de su padre, lo que él llamaba el «ilimitado talento para las gilipolleces» de Lenny. A veces las historias acudían a él por asociación de ideas; pero otras veces parecían ensayadas, demasiado adornadas, incluso contradictorias: historias relatadas en cientos de bares durante demasiadas décadas. Pero su deseo de ser comprendido resultaba palpable. Hubo ocasiones, especialmente a medida que avanzaban las entrevistas y me iba ganando su confianza, en que se despojó de todos los escudos, y entonces daba la sensación de estar enfrentándose a aspectos de su vida de los que nunca había hablado abiertamente con nadie.

Freedom Snyder tenía 49 años cuando lo entrevisté; la misma edad que Lenny cuando inició su lento descenso hacia la depresión final que lo llevaría, cinco años más tarde, a quitarse la vida. Mientras le oía hablar, a menudo me pregunté hasta qué punto ese hecho había influido en su decisión de sincerarse conmigo de aquella forma tan poco propia de él. Puede que yo llegara en el momento preciso, justo cuando, por motivos personales, necesitaba una excusa para enfrentarse a la vida y al legado de su padre. También es posible que me estuviera tomando el pelo, burlándose de mi idealismo. A veces daba la sensación de estar haciendo ambas cosas a la vez.

En cualquier caso, me siento agradecido de que me escogiera como

testigo.

En la preparación de este manuscrito para su publicación, he seguido las normas que tradicionalmente se aplican a esta clase de relatos. He borrado, en la medida de lo posible, las huellas de mis intervenciones, con las que pretendía ayudar a Snyder a acceder a sus recuerdos. También he llevado a cabo una leve edición estilística, en aras del ritmo y de la coherencia, limando los titubeos iniciales y los tics verbales que inevitablemente surgen en el habla improvisada. Aun así, me he esforzado por no interferir en la textura del estilo oral de Snyder.

Por último, constituiría una negligencia por mi parte no agradecer a Ben Clague y a David Bradley su inestimable ayuda a la hora de editar y transcribir las horas y horas de grabaciones en sucio de mis entrevistas con Freedom Snyder. También he de dar las gracias a mi pareja, Kai, y a nuestros dos pitbulls, Hill y Bern, que nunca me han permitido caer en el desánimo, al contrario que los auténticos Hill y Bern, que sí lo hicieron. Este libro no existiría sin ellos. Gratias tibi.

C. C. CLAYTON

I

VOLUNTARIOS

Llámame Fred. No soporto que me llamen Freedom. Eso de ponerme «Libertad» de nombre es una gilipollez que se le ocurrió a Lenny para conseguir que la gente como tú no parase de hablar de él.

Y funcionó. ¿No? ¿O es que te has pegado la paliza de conducir hasta aquí con tu grabadora y tu mochila llena de buenas intenciones para escuchar historias mías? Yo solo soy el chaval. Lo que tú quieres es otra dosis de Lenny. Una ración más del carnaval de los sesenta. Toda esa música rebelde. Los estampados caseros en espiral, el amor libre y el asalto a las calles. Han pasado ya veintiocho años desde que murió y aún seguís sin tener suficiente.

Pues vale. Ha sido así durante toda mi vida. ¿Quién soy yo para juzgar?

A la edad que tengo ahora, Lenny ya había cambiado el mundo. O al menos eso es lo que él habría proclamado. ¿Y yo? Yo no soy más que un fulano que ha hecho un par de trabajos de carpintero. Que ha reformado un par de baños. Que ha sobrevivido escapando a todas las miradas. He llevado camisetas con frases mordaces y he reflexionado irónicamente sobre la mercantilización de la revolución, he trabajado en cafeterías y en librerías. Lo que hiciera falta. He timado y me han timado un par de veces. Me he escabullido y he sobrevivido. Si algo he aprendido de ser el hijo de Lenny Snyder es a salir del paso hasta el día siguiente, embaucando a la gente con gilipolleces.

Pero la verdad es que no tengo ni idea de nada.

Salvo de Lenny, supongo. De él sé mucho.

Sé que le fallé.

Pero él también me falló a mí.

¿Por qué? ¿Cómo?

Bueno, ¿por dónde empezamos? Por él, supongo. Lenny Snyder. El alfa. El omega.

Me parece que esto nos va a llevar un buen rato. ¿Quieres un café? Solo tengo instantáneo.

Si Lenny estuviera aquí, te diría que se fogueó como Viajero de la Libertad. Participó durante años en el movimiento por los derechos civiles. Aprendió tácticas de organización del mismísimo John Lewis. Al final, acabó recalando en Liberty House, la tienda de Bleecker Street donde el Comité Coordinador Estudiantil No Violento, el SNCC, vendía sus fruslerías. Se pasaba el día desempaquetando alfombras hechas a mano, pendientes de madera y muñecas de trapo con botones a modo de ojos. Reponiendo tarros de tomates verdes y mermelada de melocotón en conserva en los expositores. Aportando su granito de arena a la causa de los negros pobres de Mississippi a base de pregonar su mercancía entre el público comprometido y con mala conciencia de Nueva York. Pero estaba inquieto. Sentía que perdía el tiempo manteniéndose tan alejado de la acción. No era ya más que un dependiente bienintencionado que vendía *souvenirs* en pro de la causa.

Lenny te diría que algo se estaba cociendo en la ciudad. Que una nueva ráfaga de energía recorría las calles, arrastrando a su paso a la juventud estadounidense, a los chavales a los que nadie quería, a los chavales que habían perdido la fe en los dioses de sus padres, llevándolos por los puentes y a través de los túneles hasta la ciudad. Merodeaban por la tienda algo aturridos, algo hambrientos. No muy seguros de la razón exacta por la que se encontraban allí. Se decidían por los caramelos, de menta o de café con leche. Tímidamente, calculaban su peso en la palma de la mano. Le preguntaban a Lenny el precio y, cuando este se lo decía, respondían «Mola» y fingían buscar otras opciones durante un minuto más antes de devolver los caramelos a la estantería. Sin decir una palabra, salían de allí arrastrando los pies y volvían a trompicones al Lower East Side, donde, temblando y muertos de hambre, se preguntarían en qué habían estado pensando cuando decidieron venir a la ciudad. Lenny miraba por la ventana, los observaba alejarse y pensaba: ¿Por qué estoy aquí dentro cuando debería estar ahí fuera? Al SNCC no le pasaría nada por quedarse sin un chaval judío como él que cobrara a los clientes y llevara los libros de contabilidad.

Lenny te diría que aquellos chicos no eran hippies. ¿Qué era un hippie? Él

no se había inventado a los hippies aún. Esos no eran más que una panda de críos que se habían escapado de sus casas y que sintonizaban con las vibraciones cósmicas que flotaban en el aire. Tenían cartillas de reclutamiento que quemar e iban en busca de algo nuevo, fuera lo que fuera, una alternativa a las arenas movedizas del sudeste asiático en las que poco a poco se les iban hundiendo los tobillos, sin que nadie alcanzara a verlo. Pues bien, él sabía lo que buscaban. Ese «algo nuevo» era él. Dejó de cortarse el pelo. Se quitó la camisa Oxford y los pantalones de vestir, se enfundó en una camiseta y en unos vaqueros y cruzó la ciudad para unirse a la cultura juvenil.

Lenny te diría que la revolución necesitaba sus héroes. Y que él se limitó a responder a la llamada.

Se erigió en pícaro, en sátiro, en el gran dios Pan que danzaba sobre sus patas de cabra a través de la jungla del Lower East Side. Empleó todas sus habilidades organizativas para crear una sociedad nueva. Decía: Nunca te fíes de nadie mayor de treinta años. Decía: Hoy es el primer día del resto de tu vida. Decía: El *Flower Power* es el poder del pueblo. Libera tu mente y tu mundo seguirá ese mismo camino. La realidad es aquello que tú hagas de ella. La revolución está en tu mente. Sintonízate, colócate y abandónate. Todo debería ser gratis.

Y, atraídos por su mensaje, los jóvenes acudían a él sin cesar.

Cuando vio que tenían hambre, se las ingenió para hacer tratos con los viejos que regentaban los tugurios de la zona, polacos y portorriqueños y judíos que hablaban su idioma. Si me apartas un tanto por ciento del género, y a lo mejor un poco de aquella carne también, yo me encargaré de que estos melenudos no te saqueen el local. Todos los jueves preparaba un guiso y se lo servía a cualquiera que estuviera merodeando por Tompkins Square.

Cuando vio que no tenían donde dormir, les dijo: Venid a mí. Yo os diré dónde queda el sitio más cercano para echar el saco. Me los conozco todos. Conquistaremos este vecindario edificio por edificio.

Cuando vio que no tenían ropa ni zapatos ni nada de nada, forzó las puertas de un local vacío y las abrió de par en par. Allí acarreaba todo lo que encontraba por la calle —sillones, cómodas, pilas de libros viejos—, y lo complementaba con artículos más lujosos, chaquetas de ante, minifaldas, prendas de última moda que «liberaba» de la trasera de los camiones. Se colaba en Macy's —por la entrada de servicio, en mitad de la noche—,

cargaba los muebles de exposición desportillados de la temporada pasada que habían sido desechados por los grandes almacenes, los transportaba hasta Bleecker Street y los iba dejando sueltos por el mundo. Los chavales entraban y se paseaban por el local. «¿Qué vale esto?», preguntaban señalando un paraguas roto, una sartén maltrecha con el mango derretido o, los más atrevidos, una mesa de formica. Y Lenny les contestaba: «¿Lo quieres? Es tuyo. Lo único que tienes que hacer es dejar algo en su lugar. O no. Es gratis. En esta tienda todo es gratis». Un día apareció con un televisor en color último modelo, un trasto gigantesco encajado en su propio mueble que llevaba un tocadiscos de alta fidelidad incorporado en la tapa superior. De la gama más alta. Venía directo de los grandes almacenes S. Klein. Tenía hasta mando a distancia; así de ostentoso era. Lenny se había presentado allí el día anterior con su camioneta y le había contado al encargado la milonga de que el almacén solicitaba su devolución. Había salido de la tienda paseándose tranquilamente con el aparato en las manos. Lo colocó en el escaparate con un cartel pegado a la pantalla: TODO GRATIS. Los chavales entraban y salían llevándose lo que quisieran —botones desparejados, cómics, mocasines y botas—, pero por algún motivo nunca tocaban el televisor. Ni siquiera preguntaban por él. No eran capaces de dar el salto a la libertad total, aún no. Lenny iba tener que pelarse el culo para poder cambiar su marco de referencia.

Cuando vio que no tenían costo, empezó a hacerles porros. No se le podía poner precio a la nueva conciencia.

Cuando vio que querían escuchar música, asaltó el Fillmore East y les exigió que los espectáculos fueran gratuitos.

Cuando vio que habían enfermado de gonorrea, robó penicilina para ellos.

Cuando vio que muchos tenían tendencias suicidas, montó una línea telefónica de emergencia a la que podían llamar. Había un puñado de defensoras de causas perdidas a las que Lenny se follaba de vez en cuando que estaban dispuestas a trasnochar para disuadir a los chavales.

Cuando vio que la poli los detenía por merodear con intenciones delictivas, por ensuciar la vía pública, por mear contra un árbol, todo acusaciones falsas, como ocurre con la mayoría de los delitos en los Estados Unidos, presionó a las tiendas de discos y a los locales de accesorios para fumetas, los negocios que más se habían enriquecido a costa de los deseos de

los chavales, hasta que crearon un fondo para pagar las fianzas. Sin intereses. Sin obligación de devolver el dinero. ¿Lo pilláis? Somos libres.

Organizó reuniones vecinales y formó comités. ¿Que el quiosco Gem Spa ha aumentado el precio de sus famosos batidos *egg cream*? Vamos a boicotearles. ¿Que la cafetería Leshko's se niega a servirte si llevas el pelo largo? Vamos a hacer una sentada. ¿Que la poli del 6º distrito está volviendo a acosar a los portorriqueños? Vamos a enseñarles lo que se siente a esos hijos de puta.

Se agenció un mimeógrafo y empezó a imprimir panfletos a centenares. Se pasaba día y noche por las calles, repartiéndolos entre todos los que se cruzaban con él. Un chapucero cuadernillo grapado lleno de tácticas de supervivencia subversivas. Avisos a la vecindad. Dónde encontrar clínicas improvisadas y huertos de barrio. Este domingo se celebra una fiesta popular en la Calle 12. Atentos al tipo rubio del sombrero de fieltro rojo: va metiéndoles mano a las tías por St. Mark's Place. La moneda islandesa de cinco aurar vale la octava parte de un centavo estadounidense. Tiene exactamente el mismo tamaño y pesa lo mismo que una moneda de veinticinco centavos. Consigue un puñado de ellas, ve a las máquinas expendedoras de la cafetería, mete las fichitas en los cacharros y date un banquete.

Cuando las calles necesitaban una limpieza porque el Ayuntamiento asignaba sus limitados recursos a los barrios con bulevares y viviendas de propietarios que sí pagaban impuestos, él y sus seguidores se disfrazaban de payasos, con toda la cara pintarrajeada y zapatos de la talla 59. Se pertrechaban con un montón de escobas de conserje y barrían las calles ellos mismos, amasando montañas de basura y citaciones judiciales por alteración del orden público al final de cada manzana.

Lenny se dedicaba a presionar y atosigar. Decía: Deja que esto se te deshaga en la lengua. Seré tu guía espiritual. Quedamos el sábado en la pradera de Central Park. Flotaremos por allí con alas de cartón piedra. Nos quitaremos la ropa, bailaremos y seremos felices y, a diferencia de este país de mierda, no conoceremos el pecado. Se le unieron diez mil personas en aquel viaje y, cuando llegaron, él señaló al cielo y diez mil flores llovieron sobre ellos. Y, durante un rato, durante unas cuantas horas en tecnicolor, todos se olvidaron de que iban a morir y de quiénes eran los que estaban intentando matarlos. La próxima vez se acordarían. Lenny se aseguraría de ello.

El amor estaba en el agua, en la tierra surcada de plomo, guiñando los ojos a través de las grietas de la calzada. Era imposible salir a la calle sin tropezarse con él. Las chicas se comportaban como los hombres, lo repartían gratis. Y él, cómo no, participó de la belleza de la creación. Conoció a mi madre en la tienda, un día en que ella dio marcha atrás a su camión hasta dejarlo frente a la misma puerta, abrió de par en par el remolque y soltó un centenar de pollos en la acera. Una tormenta de plumas. Una algarabía de chillidos entremezclados mientras los animales corrían por toda la calle en su frenesí por escapar de su encierro. Y allí estaba ella, con su figura de mujer fatal y su lenguaje corporal de guerrillera urbana. Con el pelo planchado, que le llegaba hasta el culo. Como si acabara de salir de las colinas de Cuba.

—Pero ¿qué es esto? —preguntó él.

—Animales de granja —fue su respuesta—. Vamos. El próximo cargamento es de cabras.

Luego, en la cabina de la camioneta, mientras salían de la ciudad, Lenny le preguntó:

—¿De qué va todo esto? ¿Cuál es tu gran idea? —Mi madre le recordaba a las chicas que había conocido en Brooklyn, muchísimo más duras que los chicos, ansiosas por divertirse sin complejos antes de someterse a la ortodoxia judía. Aquellas chicas que le habían enseñado a decir tacos y lo que de verdad significaba ser un macarra.

—Dale pescado a un hombre y lo alimentarás por un día —dijo ella—. Enséñale a pescar, y lo alimentarás para el resto de su vida. No hace mucho, Nueva York estaba abarrotado de animales de granja. Puede que la gente fuera pobre, pero no pasaba hambre. Recogían sus propios huevos y ordeñaban sus propias vacas. Lo que estamos haciendo ahora se llama repoblar.

—Me estás dejando alucinado —respondió él—. ¿Cómo te llamas, tía?

—Suzy Morgenstern. ¿Y a ti qué te importa?

Tenía un puntito marrón en el globo ocular izquierdo, un lunar líquido. La cosa más sexy que Lenny había visto en su vida.

Dos semanas más tarde —para entonces ya habían empezado a follar—, repitieron la jugada, esta vez con unos arbolitos jóvenes que liberaron del Van Cortlandt Park. Un proyecto de embellecimiento urbano. Coloca un árbol en mitad de la calle. Amontona tierra a su alrededor hasta que se mantenga en pie. Devuelve la jungla a la jungla de asfalto. Los hippies: ahora ya eran hippies,

qué duda cabe, pero ¿qué quería decir eso? Quería decir personas sin limitaciones, que no necesitaban autoridad alguna, que solo se diferenciaban de los moteros en que sus caóticas aspiraciones se dirigían a Dios en vez de al diablo. El proyecto de reforestación de Lenny les pareció flipante. Cada vez que aparecía un árbol nuevo en la Avenida A o en la Calle 4 o en Delancey, los hippies surgían de la mugre para envolverlo en cintas de colores, como niños engalanados bailando en torno a la vara de la fiesta de los Mayos. Y aquello tenía la ventaja adicional de parar el tráfico.

Lenny te diría que se trataba de algo más que de juegos y diversión. Te diría que todo formaba parte de su plan desde el principio. El pueblo al poder.

Te recordaría que el país estaba en guerra. La gente vivía aterrada ante la posibilidad de que los llamaran a filas. Teníamos que enseñarles el jardín antes de que pudieran preguntar quién era su dueño. Quién, en justicia, debería serlo. Quién iba a cuidarlo mejor. Teníamos que darles esperanzas, ganarnos su confianza y educarlos. De ahí los espectáculos de marionetas y los mimos y los payasos. De ahí los submarinos amarillos gigantes. De ahí la pintura corporal y los collares de flores. De ahí las grandes fiestas psicodélicas y las celebraciones públicas del amor libre y de la marihuana. Entonces les decía: Oye, tú, mira, los viejos están todos pasmados. Bucea en sus almas. Tu madre. Tu padre. ¿Qué opinas de ellos? ¿Y de aquel tío trajeado que está leyendo *The Wall Street Journal*? ¿Y de los tipos que se reúnen en la sala de crisis de la Casa Blanca a idear nuevas estrategias para conseguir que te maten? ¿Qué crees que opinan ellos de ti? Lenny te diría que, desde el principio, su táctica había consistido en inyectar un espíritu activista en la cultura juvenil. Tenía treinta años, no era un niño ni mucho menos, para él pillarse un colocón y tocar los bongós en el parque era un trabajo, no una manera de pasar la tarde. Relaciones públicas. Un espectáculo que organizaba para cultivar la conciencia comunitaria entre aquellos a los que consideraba sus electores potenciales. Era un trabajo en toda regla, motivarlos y soltarlos a hacer de las suyas por toda la nación. Cuando no andaba por las calles, era porque estaba participando en una reunión en alguno de los cientos de puntos de encuentro desperdigados por toda la ciudad —el piso de algún viejo izquierdista incondicional o el sótano de una iglesia o las oficinas de la Federación Estadounidense del Trabajo o un aula abarrotada de esos cabrones inconsistentes de la asociación de Estudiantes por una Sociedad Democrática

—, agazapado en una silla plegable, listo para saltar.

La gente que asistía a aquellas reuniones le tocaba mucho las narices. El moralismo. Los aires de superioridad. Los interminables debates ideológicos. Todo aquello lo sacaba de quicio. La vieja izquierda —y la nueva también— no era más que una pandilla de pedantes estúpidos. Macabeos, los llamaba. No tenían ningún sentido del humor. No reconocerían la alegría ni aunque les diera una patada en la boca. Y lo peor: eran muy aburridos. Un puñetero coñazo. Para decir algo que puede explicarse en tres palabras, tenían que largarse un discurso de dos horas y media. Le entraban ganas de encaramarse de un salto al ventilador del techo, ponerse a chillar como un mono aullador y callarles la boca de una puta vez. Le entraban ganas de tirarles la silla a la cabeza a sus líderes. De decirles: No paráis de dar la tabarra con la revolución, pero en realidad queréis más de lo mismo. Un pelotón de ingenuos y pacifistas fervientes dándose palmaditas en la espalda los unos a los otros. Hablando de empatía y de las lágrimas del mundo. Despertadme cuando hayáis terminado de cantar la «Kumbayá».

Él les enseñaría lo que era bueno. Él y su estrafalario ejército pondrían su revolución patas arriba.

Y así lo hicieron.

Pero primero había que celebrar el amor una vez más. Otra fiesta psicodélica en la pradera de Central Park. En esta ocasión, una boda. Mi madre y Lenny, dos judíos errantes ataviados con las mejores galas de su tribu. Túnicas arcaicas ribeteadas con hilos azules y dorados, recogidas en la cintura con cuerdas de cáñamo. Sandalias con cintas que se les enroscaban por las pantorrillas. El rabino, por cortesía del Ayuntamiento. No hay padrino ni dama de honor. Solo cuatro mil testigos puestos hasta arriba de ácido y un fotógrafo de la Associated Press. Es Semana Santa. Lenny le dice a la multitud allí congregada: «Actualmente vivimos en una cultura de la muerte. Necesitamos una nueva vida. Una nueva alianza. Necesitamos reafirmar lo posible. Necesitamos cortejar la transfiguración. Lo que quiero decir es: hagamos el amor, no la guerra». Él y mi madre se desataron las túnicas. Se lo dejaron todo al descubierto, cada centímetro de su piel. Se abrazaron y se tumbaron sobre la hierba y cometieron un gran acto transgresor de amor sexual allí mismo, ante la mirada de todo el mundo. Concibieron la nueva visión de la humanidad que, diez meses después, se transformaría en mí. Freedom: libertad. Fred para

los amigos. Para Lenny, el chaval, a secas.

Entretanto, tenía que cambiar la conciencia de una generación entera.

Lenny te diría: Les mostramos a los más pusilánimes una visión del futuro y les dijimos: «Este podría ser tu presente. Lo único que te detiene eres tú mismo». Te diría: Les dijimos: «No seas esclavo del mortífero culto al dinero. Sal al exterior y respira aire fresco. ¿Quieres ver lo que hay en el corazón de los cambistas? Ven. Te lo enseñaré». Condujo a una pandilla de hippies desarrapados hasta el centro de la ciudad, hasta la Bolsa. «Vamos a visitarla. Vamos a observar a esos animales en su hábitat natural. —Entraron en fila como si fueran turistas y se reunieron en el balcón de los visitantes, desde donde se divisaba el parque—. ¿Los veis ahí, hacinados en ese corral abarrotado? Fijaos en las correas que llevan atadas al cuello con nudos Windsor. En la algarabía de rugidos y ladridos que arman mientras se intercambian recibos de papel. ¿Captáis el olor de su miedo? Que no os quepa ninguna duda de que ellos huelen el vuestro. Tened piedad de ellos, porque no saben lo que hacen. Pero ¡un momento!» Se sacó del bolsillo un billete arrugado de un dólar, alargó la mano por encima de la barandilla del balcón y lo soltó. El billete aleteó y pirueteó como una mariposa. Planeó sobre el rebaño de agentes de bolsa. Pronto, uno de ellos lo vio. Luego otro. Entonces, un tercero lo agarró al vuelo. Lenny dejó caer un segundo billete. Le hizo una seña a mi madre, que tiró otro más. A aquellas alturas, ya eran unos cuantos los corredores de bolsa que se habían dado cuenta de lo que pasaba. A Lenny se le salían los ojos de las órbitas, llenos de una sorpresa fingida. Echó la cabeza hacia atrás, agitó su poderosa melena leonina y lanzó una socarrona risotada con el júbilo que le caracterizaba. «Dinero gratis», anunció mientras arrojaba otro puñado de billetes y contemplaba a los corredores de bolsa precipitándose a por ellos. Parecían niños en una cabalgata, con los brazos estirados y los rostros contorsionados por el esfuerzo que hacían para reprimir la emoción, gritándole con voces roncadas al hombre de la carroza, que era quien decidía si les lanzaba o no caramelos. Cada dólar que caía provocaba una melé. Lenny se reía a carcajadas. «¿Os dais cuenta de a qué nos enfrentamos?» Sus amigos se unieron a la juerga. También ellos traían los bolsillos llenos. Cientos de billetes de un dólar. Y, al final, caían tantos y a tal velocidad que se montó una batalla campal, un mano a mano, un auténtico sálvese quien pueda. Nadie atendía ya a los paneles. Las operaciones

bursátiles se detuvieron por completo. El mercado cerró. Porque ¿para qué comerciar con números y pujar por abstracciones cuando el dinero contante y sonante llueve del cielo? «Punto para la libertad —declaró Lenny ante la prensa que se congregó en Wall Street—. Y todo por un mísero dólar. Esa gente no son más que animales. He temido por mi vida.» Entonces se sacó el último billete del bolsillo, lo exhibió ante las cámaras y le prendió fuego.

La clave reside en perturbar la cotidianidad, te diría. Meamos en su territorio y lo proclamamos nuestro.

Había dejado de ser un «él». Ahora era un «ellos». Un «nosotros». Una tribu. Todos aquellos chavales que habían inundado el Lower East Side se engalanaban ahora con plumas y tocados. Sin jefes, solo guerreros. Sin poder central. Un «nosotros» contra el «ellos» que empleaba su dinero y su fuerza institucional, su policía de élite, sus fundaciones educativas, sus estructuras mediáticas y corporativas y sus ministerios para mandarnos al matadero de Vietnam, para meternos en chirona por dos porros de mierda, para fabricar bombas y compuestos químicos plasmáticos capaces de acabar con la mitad del Tercer Mundo, al tiempo que esclavizaban a nuestros propios hermanos y hermanas aquí mismo, y especialmente —¡qué casualidad!— a los negros, a quienes metían en guetos, para luego dar un paso atrás y quedarse de brazos cruzados contemplando cómo esos mismos guetos se consumían entre las llamas.

Te diría: Recogimos toda la basura del Lower East Side y la llevamos al Lincoln Center, donde van las élites a que les cuenten lo especiales que son. Mierda a cambio de mierda, decíamos mientras les llenábamos su preciosa fuente de los desechos de los pobres.

Te diría: Nos pusimos los uniformes de combate y marchamos hacia la zona central de Manhattan para jugar a capturar la bandera. Utilizaron las calles de la ciudad —sus rascacielos, sus plazas y sus camiones aparcados en doble fila— como campo de batalla, se escondieron detrás de las cabinas telefónicas y debajo de los bancos. Empuñando pistolas de juguete, trajeron la guerra a casa. Algunos de ellos luchaban por la bandera roja, blanca y azul. Otros por el Viet Cong. Alguien había instalado unos altavoces en el cruce de Park Avenue con la Calle 57. A la hora acordada, empezó a sonar la música, muy suave al principio —la *Primavera apalache* flotó por el desfiladero—; pero después fue aumentando de volumen y volviéndose más y más belicosa,

con los exaltados acordes del poder imperial, Wagner y Dvořák y *Carmina Burana*, y de repente, cuando Lenny —su no-líder— les dio la señal, saltaron al tráfico, fingiendo que los taxis amarillos los atropellaban, resucitando las pantomimas de tortas y trastazos que habían ensayado en los primeros años de instituto para timar a la gente. Disparaban unos contra otros. Arrollaban a los transeúntes. Saltaban sobre los capós de los coches parados ante los semáforos en rojo y lanzaban globos llenos de sangre de vaca contra las limusinas. Cuando aquellos globos explotaban, tronco, lo salpicaban todo de sangre. Sangre que barnizaba las calles. Que se escurría por las alcantarillas. Cuando la poli llegó y empezó a abrir cabezas, la avenida se convirtió en un verdadero campo de batalla. Les dieron una buena paliza, pero, como buenos guerrilleros, se enorgullecían de ello, convencidos de que su derrota suponía una victoria.

Aquella fue la primera batalla. Vendrían más.

Pintaron una hoja de arce sobre el puesto de reclutamiento del Ejército en Times Square y, en ella, escribieron: «Canadá te necesita... ¡para hacerte feliz y libre!».

Consiguieron un ladrillo de la mejor marihuana tailandesa y se pasaron toda la noche en vela liando unos porros impecables. Con la guía telefónica y un dardo —o al menos eso decían—, eligieron al azar a un millar de sus compatriotas y les enviaron por correo aquellos regalitos. Eran magnánimos, prepararon unas porciones generosas y no se reservaron más que una pequeña cantidad de la hierba para ellos. Dio la casualidad de que, entre los nombres elegidos aleatoriamente, se encontraban Peter Ingstrom, el jefe de Gabinete del alcalde Lindsay; su señoría el juez Benedict Fieldston, del 9º distrito; Aaron Lemoux, el hijo pródigo de Oliver Lemoux, presidente de la Standard Oil (enviaron el paquete al domicilio familiar de la Quinta Avenida, esquina con la Calle 81), y, dado que el mensaje no significaría nada si nadie lo escuchaba, Chet Huntley, el presentador de los informativos de la cadena NBC. Para asegurarse de que todas esas personas entendían lo que implicaba abrir aquellas misivas, Lenny metió en todos los paquetes una notita mecanografiada: «Felicidades, amigo. Ahora estás en posesión de un genuino cigarro de marihuana. ¡Disfrútalo! Quédatelo para ti solito o rúlalo entre tus amigos en la próxima cena que organices. Es tuyo y puedes hacer lo que quieras con él. Te sugerimos, sin embargo, que tengas en mente lo siguiente: el

mero hecho de llevar este cigarro encima o mantenerlo guardado en tu casa constituye un delito grave en este país. Si un amable policía se da cuenta de que lo tienes en tu poder, se verá obligado a cumplir con su deber y encerrarte en chirona durante cinco años. ¡Bienvenido al otro lado de la ley! Estamos seguros de que te gustará tanto como a nosotros».

Ahora se veían como forajidos. Para probarlo, empezaron a hacerles jugarretas a los policías. Los llamaban «cerdos» y ejercían su libertad de expresión lanzando gruñidos porcinos cada vez que divisaban a uno. Arrojabán canicas por la calle cuando veían que iba a pasar la policía montada. Soltaban ratas que habían atrapado en sus respectivos apartamentos de alquiler por las salas de conferencias del hotel Hyatt o del Plaza, una alteración del orden público que a veces llegaba a mantener ocupada a la mitad del cuerpo de Policía. Hicieron estallar petardos gigantescos y bombas de humo en varias azoteas situadas estratégicamente por todo el Lower East Side y se dedicaron a contemplar a los cerdos —oinc, oinc— mientras estos pululaban confusos, pensando que todo el barrio había explotado. Y lo había hecho, aunque no físicamente. Las auténticas bombas habían estallado en las mentes de los jóvenes, y no solo allí, sino a lo largo y ancho de toda la gran nación estadounidense. Ahora había miles de ellos, millones. Aunque Lenny no los lideraba, lo seguían a dondequiera que fuera.

Por ejemplo, hasta Washington, a exorcizar a todos los espíritus malignos que acechaban por allí. Vestidas de druidas, chamanes, brujas y monjes, doscientas mil personas se pusieron a agitar los dedos por encima de sus cabezas recitando conjuros, salmodiando y dando vueltas al ritmo de la música que atronaba a sus espaldas. Cuando la Guardia Nacional les apuntó con sus rifles, les metieron flores en los cañones y luego pasaron por delante de ellos sin sufrir daño alguno. Hicieron el amor en la Explanada Nacional y despertaron a las efigies de piedra de los grandes líderes; las comisuras de los labios de Lincoln se curvaron visiblemente en una sonrisa y su bendición resonó por encima de la multitud. Levantaron la tapadera del edificio del Capitolio y, con la arrolladora fuerza de su amor, liberaron a todos los demonios alojados en su interior, que se elevaron hacia los cielos en un torbellino, en una vorágine de paz, en un anti-Apocalipsis. Despegaron el Pentágono de sus cimientos y lo hicieron levitar a siete metros sobre el suelo. ¡Cómo relucía! ¡Y qué inmundicia más repugnante supuraban sus tuberías!

¡Qué peste! Fue un espectáculo sobrecogedor, comentaría Lenny. Pero, tronco, ¡ocurrió de verdad! Yo lo vi con mis propios ojos.

Pocas semanas después, lo siguieron hasta las zonas residenciales de la ciudad para hacer las paces con el enemigo y conjurar el final de la guerra por arte de magia. Esta vez se dejaron de disfraces y, con el pelo peinado y las camisas planchadas, salieron a celebrarlo por las calles, silbando, riendo y bailando. Entregaron varios ejemplares de *The New York Times* a creativos de agencias de publicidad, a corredores de seguros, a chicos de los recados y a secretarias, todos aquellos cabezas cuadradas que recorrían a toda velocidad los tubos neumáticos del comercio; pero se trataba de su propia edición, totalmente idéntica a la original salvo por las palabras de la primera página y el titular de tres centímetros que la dominaba por encima del pliegue: JOHNSON ORDENA LA RETIRADA INCONDICIONAL DE VIETNAM. Oye, tío, ¿no te has enterado? Se ha acabado la guerra. Y, por una tarde, pareció que era verdad. La alegría se respiraba en el aire. Y el alivio, incluso entre aquellos estirados que jamás se atreverían a criticar al presidente.

Después siguieron a Lenny hasta la estación de Grand Central, el punto desde el que fluía la vida de la ciudad, que marcaba el ritmo de las empresas con sus horarios de trenes y que canalizaba a los currantes desde sus casas en Westchester hasta la terminal abarrotada y los escupía a la metrópolis, donde su tiempo ya no les pertenecía. Grand Central era el cuello del reloj de arena. Si lo rompían, quién sabía lo que podría desatarse: vientos antiguos que desperdigarían un millón de granos de arena por aquella tierra vasta, efervescente y superpoblada. Repartidos en pequeños grupos, que fueron creciendo hasta convertirse en compañías enteras, en batallones, su ejército de hippies se introdujo arrastrando los pies en el gran templo *art déco* consagrado al tiempo. Llevaban regalos atados con cuerdas y, a las cinco en punto de la tarde, desataron los paquetes, de los que salieron volando varios globos festivos; cada uno de ellos llevaba una pancarta con una palabra impresa: PAZ Y AMOR Y RISA Y FOLLAR, pero también GUERRA Y MATAR y MUERTE. Elige tu propio veneno. Llévatelo a casa.

Había otro globo más, mucho más grande que el resto. De él pendía un saco de tela, con los símbolos \$\$\$ impresos encima, como si se tratase de una tira cómica hecha realidad. Cuando alguien conseguía tocarlo, y muchos lo intentaron, dejaba caer dinero de verdad. Aquello recordaba a lo que había

ocurrido en la Bolsa, pero, esta vez, los billetes llovían sobre estadounidenses normales y decentes. La gente los cogía y los estudiaba. Se dieron cuenta de que había un mensaje impreso en letra pequeña en todos y cada uno de ellos: «Que disfrutes de este dinero gratuito. Ve a comprarte un helado. Mientras te lo comes, piensa en la suerte que tienes de que esto no sea napalm. Si lo fuera, estarías muerto».

Entraron más hippies en el vestíbulo, dando volteretas, corriendo más rápido que los viajeros. Acaparando todo el espacio disponible. Cantaban canciones. Salmodiaban mantras. Rasgueaban guitarras acústicas y comían bocadillos de pastrami. Se colocaban con maría o con ácido y contemplaban la danza de las constelaciones del techo. Susurraban secretitos en una esquina y alguien al otro lado de la sala los escuchaba y les respondía susurrando más secretitos. Se sentaban en las barandillas de las grandes escalinatas. Se inclinaban sobre los mostradores de los cajeros. Se encaramaban a la garita de información y, desde aquella atalaya, enviaban mensajes que rebotaban por todo el espacio: El tiempo es una ilusión. La poesía está en las calles. La mercancía es el opio del pueblo. El aburrimiento es contrarrevolucionario. El asfalto genera apatía. Todos somos indeseables. El tiempo es una ilusión. Volveremos a decirlo: el tiempo es una ilusión. Mata el tiempo. Mata el tiempo. Mata el tiempo. Y entonces alguien alargó la mano y arrancó las manecillas del famoso reloj que hay encima de la garita y los cerdos entraron en acción. Habían estado observándolo todo y esperando el momento propicio. Blandiendo las porras en el aire, avanzaron desde todos los frentes, cuatro nuevos muros de carne sonrosada, palpitante y peluda que acorralaban a Lenny y a su tribu. No tenían escapatoria. Hubo huesos rotos. Cabezas abiertas. Volvieron a darles una paliza de órdago, aún más intensa y dramática que la anterior.

Fue maravilloso, diría Lenny. Los polis divulgaron nuestro mensaje por nosotros.

También encabezó una marcha hasta Morningside Heights, para invadir la ciudadela de la colina donde la Universidad de Columbia protegía a sus alumnos de las crudas repercusiones de sus privilegios. Lenny se llevó a los estudiantes más jóvenes y modernos a hacer una visita guiada por el campus. «Aquí están los edificios que albergan los laboratorios científicos. Estudiantes de doctorado. Profesores titulares. Presentan solicitudes. La Facultad las

aprueba, o no. A algunos de ellos se les concede un presupuesto para financiar sus experimentos. El dinero procede de subvenciones, y ahí es donde la cosa se pone interesante. ¿Quién le otorga estas subvenciones a la Facultad? ¿A que no lo adivináis? —Lenny está mascando chicle. Haciendo globos con él. Jugueteadando con un yoyó amarillo translúcido que le ha comprado en el metro a un vendedor ambulante de camino a la universidad. Dentro del cacharro hay un cargador que gira cada vez que Lenny sacude el cordel, y el yoyó se ilumina como una caseta de feria—. Las compañías petroleras. Las farmacéuticas. El Departamento de Defensa de los Estados Unidos. Como la Facultad quiere el dinero y los científicos quieren los laboratorios, las propuestas se ajustan a los deseos de estos benefactores. Aquel edificio de allí es donde se inventó el napalm. También el agente naranja. Los perros diabólicos. Usad la imaginación. Se os ocurra lo que se os ocurra, será mucho menos terrorífico que lo que en realidad se dedican a crear ahí dentro. ¿Acaso está bien esto? ¿Acaso es justo? ¿Os sorprende lo más mínimo? —Lenny lanza el yoyó arriba y abajo. Lo hace girar como las aspas de un molino—. Venga. Vamos a dar un paseo por Amsterdam Avenue. Veréis adónde va a parar realmente el dinero de vuestras matrículas. Mientras paseamos, os haré un examen sorpresa. A vosotros se os dan bien los exámenes, chavales. No me cabe duda. Tenéis energía. Ambición. Lo veo en vuestros ojos. Durante toda la vida, os habéis dedicado a estudiar el sistema para llegar a lo más alto. Y aquí estáis ahora, en una institución de educación superior de élite. Tengo curiosidad por saber lo que os enseñan. Así que decidme: ¿quién es el mayor terrateniente de la ciudad de Nueva York? No. No-no-no. Es la Iglesia católica. ¿Y el segundo? Exacto. Columbia. Una institución sin ánimo de lucro dedicada al bien común, por cierto, al menos según sus estatutos. —Durante todo este tiempo, ha tenido el chicle guardado en la mejilla para dejar la lengua libre y así poder dedicarse a perorar. Ahora lo moldea con los dientes hasta convertirlo en una pelota y, *spuaj*, lo escupe con magistral puntería contra un coche patrulla aparcado en doble fila delante de un bar. Mientras tanto, sigue dándole al yoyó—. ¿Veis aquel edificio de allí? —pregunta, apuntando con la barbilla a una fachada de ladrillo de cinco pisos que necesita urgentemente un lavado de cara—. Es propiedad de la Universidad. Y el siguiente también. Les pertenece toda la manzana. Todos y cada uno de los edificios que van desde aquí hasta la Calle 132 y más allá, hasta Frederick Douglass Boulevard. Desde fuera no tienen tan mal aspecto, pero entrad y ya veréis lo que os encontráis. Tampoco

os resultaría tan difícil: las cerraduras están todas rotas. Algunos de sus apartamentos llevan dos años sin agua corriente. Hay familias de doce personas hacinadas en un mismo cuarto: tíos, tías, la abuela, la bisabuela, todos apretujados en cincuenta y seis metros cuadrados. Tienen que ir a suplicarle a Ernesto, el del restaurante chino-cubano, cada vez que necesitan cagar. A vuestra augusta institución de educación superior le importa una mierda la gente como ellos, al contrario que vosotros, sus niñitos mimados. Ellos son daños colaterales. Mercancía. Peones que pueden utilizar para subvencionar las verdes praderas de vuestro campus, las apasionadas conversaciones de vuestras clases, los canapés que sirven en las reuniones que se organizan para que conozcáis a los profesores y, por supuesto, los experimentos sulfurosos que se realizan en las entrañas del edificio del Departamento de Física. ¿Queréis saber cuánto os quiere Columbia? Vamos a atajar por entre estos edificios de viviendas subvencionadas en dirección a Columbus Circle. Ahí hay un parque. Canchas de baloncesto. Columpios para los niños. Un poco de césped donde la gente del barrio puede extender sus mantas para disfrutar de un pícnic. En verano, esa fuente de ahí rebosa de chiquillos negros y morenos que gritan mientras se salpican con el agua, felices de poder escapar por un momento al calor claustrofóbico de sus apartamentos. Es un parque agradable. No será el más bonito que hayáis visto, pero cumple su función. La pregunta que os hago es: ¿queréis que estos chiquillos sigan jugando en el parque? ¿Que sigan disfrutando del aire fresco? ¿Queréis que sepan lo que se siente al correr por una razón mejor que la de escapar de los cerdos? Ya lo suponía. Pues, veréis, la Universidad de Columbia no quiere. La Universidad de Columbia considera que esta gente no necesita su parquecillo de mierda. La Universidad de Columbia considera que tiene la responsabilidad de gastarse una millonada en construïros a vosotros un nuevo gimnasio en este mismo parque. Una piscina. Una sala de musculación. Canchas de balonmano. Todo lo que deseen vuestros corazoncitos. Quiere agradaros. Que estéis cómodos. Quiere que sepáis lo especiales que sois. Y, una vez que el gimnasio esté en pie, creedme, la Universidad de Columbia no le permitirá usarlo a nadie más que a vosotros. ¿Es eso justo? Le arrebatan su parque a esta gente y os lo entregan a vosotros, que ya tenéis tantas cosas. ¿Es eso justo? A mí tampoco me lo parece. ¿No estáis hartos de tantas mentiras y de tanta hipocresía? —Atrapó el yoyó en una cuna de cuerdas y lo dejó allí durante unos segundos dramáticos, girando

inútilmente sin ningún lugar adonde ir—. La Universidad de Columbia os pertenece. ¿Qué pensáis que ocurriría si le dijerais al rector Kirk que os negáis a aprender las mentiras que os enseñan? —Muy suavemente, tiró del cordel y el yoyó rebotó y empezó a girar cada vez más rápido—. ¿Que os negáis a participar en el acoso a las personas que viven oprimidas por la Universidad? —Otro tirón. Otro rebote—. ¿Que sabéis lo que es la libertad, y que no es esto? —Otro tirón, esta vez tan fuerte que el yoyó salió disparado de su cuna y orbitó en torno al dedo al que estaba atado—. Liberemos a esta universidad de sus cadenas. —Hizo girar el yoyó más y más rápido hasta que, por fin, dobló una pierna, se arrodilló, estrelló la palma de la mano contra el suelo y aplastó el puñetero cacharro contra la acera—. Tengo allí mismo a un centenar de colegas que solo están esperando una señal para ayudaros a hacerlo.» Y, ¡oh, maravilla!, su ejército de hippies apareció detrás de una alambrada. Avanzaron con los puños en alto, el saludo revolucionario, lanzaron su peso contra la malla de metal y la empujaron y la agitaron hasta derribarla. Después continuaron la marcha, con los estudiantes y Lenny a su lado, colina arriba, hasta el campus. A cada paso se les unían más y más estudiantes y, cuando llegaron a la Biblioteca Low, donde se encontraban las oficinas del Rectorado, la invadieron y echaron a todo el mundo, a cualquiera que se opusiera a lo que estaban haciendo, a todos a los que tal vez simplemente les diera igual. Atrancaron las puertas. Acamparon y proclamaron que la Universidad ya era libre. La liberaron y ocuparon sus instalaciones durante seis días, hasta que los cerdos entraron al paso de la oca y volvieron a mostrar a las buenas gentes de esta gran nación la fuerza bruta que su Gobierno y sus intereses económicos estaban dispuestos a desplegar contra cualquiera, incluidos sus hijos, que se atreviera a preguntar qué cojones estaba pasando.

Lenny te diría: Con cada pérdida, nuestro ejército aumentaba. Teníamos al país entero de nuestro lado, contra la guerra. Contra los cerdos y sus métodos cochinos y crueles. Cuando la prensa le preguntaba: «Bueno, ¿pero cuál es la causa por la que luchas?», él respondía: «¿Luchar? ¿Quién lucha? Nosotros no luchamos. Nosotros *paceamos*. —Y, como para entonces yo ya había nacido, alzaba mi cuerpo palpitante ante las cámaras y decía—: *Paceamos* por la libertad».

Y la libertad tomó la forma de un montón de chavales quitándose la ropa

por doquier y coloreándose la piel con pintura fosforescente azul, verde, rosa y amarilla. Roja y negra. Tomando LSD. Fumando marihuana. Avanzando hacia la luz para exhibir sus lealtades en todo su esplendor.

Lenny te recordaría: En esa época, quitaban de en medio a todo aquel que asumiera el liderazgo. Martin Luther King. Malcolm X. Bobby Kennedy. Todos asesinados.

Y te repetiría: Yo nunca asumí ningún liderazgo. Yo solo escuchaba. A veces hacía sugerencias. Pero, la mayor parte del tiempo, me limitaba a dejarme llevar por las vibraciones que flotaban en el aire.

No es mi culpa, diría, que fuera yo quien tenía las mejores ideas.

Extendió su mensaje por todas partes. Los días son oscuros. La muerte planea sobre nosotros por doquier. ¡Pues vamos a celebrarlo! Organizaremos un festival de la vida. Música gratis. Drogas gratis. Amor libre. Vida libre. *¡Yippie!* Nos vemos en Chicago. Aquella semana se celebraba en la ciudad otro festival que competiría con el suyo: la convención política de los demócratas, el partido que había desencadenado aquella ola de muerte por toda la nación y también en Vietnam, que nos había dejado en herencia todo aquel miedo y todo aquel odio. El partido que te tomaba las medidas, que te confeccionaba un uniforme y te mandaba a ver mundo, a sabiendas de que nunca volverías. «Ellos estarán allí —dijo Lenny— y nosotros también. ¿A qué fiesta prefieres ir? ¿No te decides? Te aseguro que al final de la semana ya te habrás decidido.»

Ya casi había llegado el alba. Lenny lo notaba en la sangre, en las tripas y en los huevos. Esta batalla sería la definitiva. Él lo sabía, sus amigos lo sabían, el país entero lo sabía. Y confiaba en que ya la habían ganado. Lo había visto en sueños: sus tropas alineadas, las manos sobre los hombros, dando vueltas como dragones chinos. Formarían círculos, tocarían tambores y rotarían como místicos sufíes. Quemarían tanto incienso que su aroma recorrería los mil seiscientos kilómetros que los separaban del Monte Rushmore. Y aquello solo sería el principio. A escondidas, echarían ácido en el agua y drogarían a todo el mundo. Rellenarían sus pistolas de agua con LACE, una sustancia secreta que brillaba sobre la piel, penetraba en los poros y encendía todo aquello que tocaba. Visiones de la ciudad entera desnudándose y uniéndose a la orgía; la piel flácida de las ancianas apretujada contra la dulce carne juvenil; hombres con manchas de vejez columpiando a

pajarillos alegres sobre sus rodillas arrugadas, riendo y besuqueándose, dejando sus partes nobles en libertad; hasta los cerdos se abrazarían unos a otros, acariciándose las pollas mutuamente, como fantaseaban en secreto desde hacía tanto tiempo. Elegirían a su propio candidato a presidente de los Estados Unidos, una vaca, un pollo, o quizá un cerdo, y aquel candidato derrotaría en las elecciones a cualquier otro cabrón que se presentara por cualquiera de los dos partidos.

Las tácticas eran las siguientes, te diría él: Sé libre. Diviértete. Di no al miedo. La estrategia exigía una respuesta policial. Los cerdos verían el amor que compartimos y nuestra paz sobrepasaría su entendimiento, provocando un cortocircuito en sus cerebros. Se alzarían. Se les iría la mano. Nos masacrarían. Puede que alguno de nosotros llegara incluso a morir.

Los ingenuos y los pacifistas también tenían pensado asistir, corriendo de acá para allá con esas pancartitas tan monas, tratando de mostrarse razonables y dignos en su disenso. Ya verán, diría Lenny. Ya se darán cuenta de los límites de sus buenas intenciones. Podían desear que las cosas fueran de otro modo, pero, cuando el alcalde Daley soltase a sus cerdos contra ellos, cuando las porras empezaran a volar por los aires como lo habían hecho en Washington, en Park Avenue, en Grand Central, en Columbia y en tantos otros lugares, se darían cuenta de lo absurda que era su querida racionalidad. Sus cabezas acabarían cubiertas de sangre, exactamente igual que la de Lenny.

Y así fue. Y sí, se dieron cuenta. Todo sucedió como había predicho.

Cuando la juventud de la nación contempló a sus hermanos y hermanas siendo apaleados por los cerdos una noche tras otra, cuando observaron cómo los políticos hacían muecas de desagrado al vernos devolver las patadas, todos aquellos jóvenes cayeron en la cuenta de que ellos eran nosotros, de que nosotros éramos ellos y de que su única posibilidad de sobrevivir consistía en unírseles en las barricadas. Eso es lo que Lenny diría.

Chicago lo hizo famoso, llevó su mala fama de una costa a la otra del país. Él estaba siempre ahí —dondequiera que hubiese una cámara—, con sus ocurrencias constantes, sus volteretas, sus camisas de contrabando confeccionadas con banderas de los Estados Unidos. Es el Sid Caesar de la contracultura, decían los viejos. Podrás sacar al judío del circuito cómico de los hoteles de las montañas de Catskill, pero nunca conseguirás quitarle los dejes que aprendió sobre las tablas.

Una noche, los cerdos le arrancaron la camisa de la bandera directamente del cuerpo. Le dieron una paliza bestial. Le rompieron tres costillas. Se quedó sin un diente. «Lamento no tener más que una camisa que dar por mi país», dijo Lenny con la sangre chorreándole por la barbilla. Sonrió a las cámaras y levantó dos dedos, en un signo de gloriosa victoria militar que, al darle la vuelta, significaba «que te jodan» en algunas partes del mundo y que, en un hábil acto de apropiación, él y sus compinches habían convertido en símbolo universal de resistencia al espíritu marcial que inicialmente celebraba.

Lo único que quedaba por hacer era organizar un último festival psicodélico. Invadieron la granja de un pobre diablo al pie de las montañas de Catskill. La liberaron. Quinientas mil personas acudieron desde todos los rincones de la nación apaleada. Tres días que fueron toda una celebración de la música y del amor. Se engendraron niños. El agua se convirtió en vino. Nuevas visiones del futuro aletearon en la brisa. Y los cerdos, inferiores en número, no osaron acercarse esta vez. Y nadie se tomó el ácido marrón. Y aquello fue bautizado como Woodstock, y, desde entonces y para siempre, los que estuvieron presentes —o los que desearían haberlo estado— en aquella encarnación trascendente de la armonía sin leyes y del amor efervescente serían conocidos como la Nación Woodstock.

Lenny te diría: ¿Sabes por qué me empujaron a la clandestinidad? No tienes más que ver todo lo que conseguí. Basándose en sus sueños, había creado una nueva sociedad. Era imposible que le permitieran vivir en libertad después de aquello.

Por si te interesa, todo esto es lo que te diría él. Y algunas cosas son verdad, pero muchas otras no lo son. La mayoría no es más que lo que a él le gustaría creer. Su locura particular exhibida en público.

Mira, voy a contarte una historia sobre mí. Se trata de una especie de anécdota familiar.

Era mayo de 1970. Todo el mundo quería acercarse a Lenny, o bien para unirse al movimiento, o bien para arrimarse al ascua de su fama..., o bien para romperle de un puñetazo las enormes narices de judío. Llevaba ya un tiempo volando por todo el país —dando conferencias y visitando los círculos izquierdistas—, yendo a todos los lugares a los que le dejaban pasar, llegando a colarse en los estados en los que le habían prohibido la entrada, donde había causado tales altercados y donde había montado tal espectáculo al ser detenido que los requisitos de su libertad condicional estipulaban que nunca podría volver a poner los pies allí. A veces, creyendo que iba a uno donde no tenía antecedentes y en el que podría entrar de forma legal, se encontraba con que la asamblea legislativa del estado había convocado una sesión extraordinaria y había trabajado la noche entera para prohibir su presencia de forma preventiva.

En aquella ocasión, acababa de llegar a un lugar llamado Hidalgo Springs, a las mismas afueras de Boulder, Colorado. Había sido invitado por un grupo de ruralistas, unos entusiastas de la naturaleza que habían acampado allí con la esperanza de que los dejaran en paz y pudieran dedicarse a escalar montañas, recoger frutas silvestres y contemplar boquiabiertos y completamente fumados las puestas de sol. Vivían en la garganta donde confluían dos montes. Un rinconcito olvidado al que se le había permitido retornar a su estado natural y que los había inspirado a ellos a hacer lo propio. Barrancos desnudos a ambos lados. Un manantial de agua fría que alimentaba un arroyo rodeado de matorrales. Belleza virgen y escarpada en torno a un lago de aguas medicinales que tiempo atrás, durante un corto período, había sido un destino de moda para las escapadas de fin de semana de los potentados de la región y que ahora estaba infestado de maleza y cubierto de algas. Para llegar hasta allí, había que atravesar una carreterucha de mala muerte con más baches que asfalto.

Resulta que el estado, que durante décadas había ostentado la propiedad

de los terrenos sin prestarles ninguna atención, había entrado en negociaciones con una empresa llamada Vitality, que pretendía construir una planta embotelladora en aquella zona. El plan, si se aprobaba, consistía en talar todo el bosque hasta el manantial mismo y sustituir así el esplendor imponente del lugar por una autopista, un aparcamiento y una serie de torres de acero conectadas por cables de alta tensión, todo ello con el objetivo de abastecer una nueva y flamante cadena de montaje.

Para que esto pudiera ocurrir, los hippies tenían que marcharse de allí. Habían estado ocupando una propiedad pública sin ser conscientes de ello: simplemente aparecieron por allí un día, les pareció bonito y se quedaron. No tenían derechos sobre su pedazo de paraíso. Pero sentían intensamente aquella tierra como propia, de tanto amor que le tenían. Aterrorizados al descubrir que existían normas reales que vinculaban a la gente con el mundo en el que vivían, uno de ellos se pasó tres días enteros en la biblioteca de Boulder, empollándose desde cero los usos legales de los terrenos públicos. Al examinar las actas de las sesiones del pleno del Ayuntamiento, se dio cuenta de que no se había consultado a los ciudadanos sobre la materia, lo cual le pareció éticamente indefendible, aunque no sabía si se trataba de algo técnicamente ilegal.

Aferrándose a aquellas migajas y a sus inciertas consecuencias, apelaron al condado y lograron reunir unas cien firmas gracias a los fumetas que jugaban al *frisbee* en el campus de la Universidad de Colorado. Expusieron su caso ante el pleno del Ayuntamiento de Boulder, donde los concejales les siguieron el juego con una cortesía sorprendente antes de pasarle la pelota a la asamblea de Denver. Los hippies escribieron a sus congresistas y senadores. Intentaron presionar al Gabinete del gobernador, pero sus mensajes cayeron en saco roto.

Según afirmó el periódico *Rocky Mountain News*, el manantial que en otra época había permitido florecer al cañón pedía a gritos que lo liberaran de sus ataduras por el bien común. Que su agua mineral fuera extraída, envasada y transportada a las regiones desérticas del país, cuyos habitantes estarían encantados de pagar por una hidratación de calidad. Además, al condado le habían asegurado la creación de x puestos de trabajo y un aumento de y de los ingresos en forma de impuestos; a cambio, Vitality solo pedía una carretera y el contrato de arrendamiento del terreno. El trato ya estaba cerrado. Ya se

habían firmado los papeles. Ahora que la primavera había derretido la nieve y se habían vuelto a abrir los puertos de montaña, quedaban muy pocos días para que comenzara aquella destrucción creativa.

Fue entonces cuando recurrieron a Lenny.

Él les escuchó. Apuró el porro y se perdió en sus pensamientos. Se dijo: Qué coño, por qué no echarles una mano a estos pobres infelices. Le gustaban, le gustaba su suavidad, su torpeza y lo deslumbrados que estaban. Le gustaba que utilizaran sus vidas para llevar a la práctica, aunque fuera con tan poca habilidad, las ideas que él había arrojado al aire como confeti: *sintonízate, colócate y abandónate*. Y yo le reconozco sus virtudes. Era generoso repartiendo su atención, siempre estaba dispuesto a marcharse a pasar un rato con cualquier vaquero espacial que se cruzase en su camino. Hasta en los setenta, cuando su capacidad recaudatoria había alcanzado su punto álgido, cuando por cada aparición suya podía pedir varios miles de dólares a los grupos estudiantiles de todo el país —un dinero que necesitaba de verdad, que volaba, *zing*, directamente a los bolsillos de los abogados a los que pagaba para que lo mantuvieran en la calle—, le atraían más los chiflados y los vagabundos, los soñadores semienloquecidos que gritaban contra fantasmas, que las farsas y la palabrería con las que se imitaba a sí mismo para diversión de dos mil jovencitas.

—Ya lo pillo —les dijo—. Iré a las barricadas con vosotros.

En cualquier caso, aquella semana ya tenía apalabrada una charla en Boulder, y aún le sobraban un par de días libres hasta entonces.

Mi madre debió de haberle suplicado que nos dejara acompañarlo, porque cargó con nosotros hasta Colorado. Los preocupados ciudadanos de Hidalgo Springs nos alojaron en una yurta situada al final del camino de hierba al que llamaban carretera y, una vez instalados, Lenny se puso manos a la obra e hizo lo que hacía siempre: se pasó un día agotador recostado en una silla plegable, con los pies sobre la mesa de juego que le habían proporcionado, con las manos entrelazadas detrás de la cabeza y con los ojos cerrados; la única señal de que estaba despierto eran los movimientos que hacía con los labios mientras escuchaba las quejas de aquella gente.

Cuando se les secó la boca de tanto hablar, Lenny se levantó de un salto.

—Ganar el debate, tener razón —dijo—, esa es la parte fácil. Lo que quiero saber es si estáis dispuestos a ir a la guerra. A ver si lo pilláis. De lo

que se trata es de ponernos en medio y sacarles los colores. —Invocó a Gandhi y a Martin Luther King. Les enseñó la danza de la serpiente. A escabullirse de los porrazos de los cerdos. A ponerse un pañuelo mojado sobre la nariz y la boca y a lavarse el gas lacrimógeno de los ojos—. Creedme cuando os digo que vendrá la prensa. Más periodistas de los que hayáis visto jamás. Un enjambre de langostas. Dirán que sois una pandilla de mugrientos hippies de mierda. Dirán que no sois cristianos. Dirán que no trabajáis, que solo os dedicáis a vagar, a tocar la guitarra y a follar los unos con las mujeres de los otros. Yo eso lo pillo. ¿Por qué no ibais a pasaros el día cantando, bailando y follando? ¿Acaso hay alguien que no quiera vivir de esa manera? Amor libre, ¿no? El retorno al Edén. Pero la prensa no está en esa onda. Lo que quieren es contar una historia. Y nos corresponde a nosotros asegurarnos de que cuentan la historia correcta.

Para ellos, era como un mesías. Su sola presencia les hacía sentir que estaban salvados.

Empleando las dotes de charlatán que había desarrollado de niño en las esquinas de East Flatbush, los llevó a conclusiones que ellos ya habían sacado por su cuenta. Llamaron a sus amigos y aliados, a los estudiantes que habían firmado aquella petición fallida, engatusándolos para que vinieran a apoyarlos, susurrándoles al oído: «Mira, no sé si será verdad, pero he oído que a lo mejor aparece por allí Lenny Snyder». Pintaron pancartas —«Salvemos los árboles», «Lo que es bueno para el planeta es bueno para los niños», «Que Vitality se entere de que nuestra agua no está en venta»— y las graparon a tubos de cartón. Los hombres se arreglaron el vello facial. Las mujeres volvieron a embutirse en los discretos vestidos que habían llevado a la reunión del pleno del Ayuntamiento. Se prepararon para formar la barrera humana que detendría a las excavadoras. Pero Lenny se sintió decepcionado por la seriedad, la ingenuidad y el aburrimiento que destilaba todo aquello. Esa gente no estaba preparada para cometer actos vandálicos. No eran los salvajes irredentos que lo seguían por el Lower East Side. Iba a tener que montarse la fiesta por su cuenta.

Claro está que, al tratarse de Lenny, tenía un as guardado en la manga. Desde que había llegado al pueblo, había desarrollado cierta obsesión por un pino ponderosa que había cerca de la entrada del cañón. Un árbol monstruoso. Un elefante. Centenario. Cuando lo vio por primera vez, lanzó una carcajada

socarrona y le dio un codazo a mi madre:

—Fíjate en ese cabrón —dijo—. Si fuera un caballo la tendría enorme.

Mi madre solía describir el árbol de este modo: un hermoso espécimen de fauna autóctona, con las ramas tan nudosas y retorcidas que, con solo mirarlas, evocaban las inclemencias y amenazas a las que se había enfrentado durante las largas y solitarias estaciones de su vida: su búsqueda de sol y de agua entre las rocas, los incendios bailando en torno a él. Casi era posible imaginárselo pensando, respirando, luchando por una mínima oportunidad de supervivencia. Y resultó que estaba plantado justo en medio del trazado de la nueva autopista. De hecho, el camino ya existente lo esquivaba. Cualquier perito lo señalaría como el primer árbol a talar.

Ambos advirtieron su potencial.

—Freedom —me dijo él—, ¿quieres ser un niño mayor y ayudar a tu papi?

Yo tenía dos años. Según mi madre, los dos grandes amores de mi vida por aquel entonces eran los camiones de la basura y Papi. Así que, claro que sí, quería ser un niño mayor. En cuanto él me pedía algo, yo iba correteando a hacerlo, fuera lo que fuera.

Cuenta la leyenda que, en la mañana del 2 de mayo, cuando las excavadoras se internaron al alba en el cañón, fueron recibidas por los residentes de Hidalgo Springs y por un número decepcionante de partidarios, tal vez cincuenta en total, con niños incluidos, que desfilaban a duras penas en un círculo desigual, bloqueando el camino.

Se produjo un enfrentamiento, pero, como Lenny había predicho, en cuanto empezaron los porrazos, la barricada se disolvió.

Tras ella: Lenny y mi madre, fumados como solían estarlo en los días señalados, dándole los últimos toques a la proclama que habían preparado. Él baila, levantando las rodillas huesudas y chasqueando los dedos, convertido de pronto en una especie de duende. Susan, mi madre, habla con algo, le suplica, le mete una rodaja de naranja en la boca. Se retiran para desvelar la gran sorpresa y ahí estoy yo, con la nariz llena de mocos, la cara sucia y el cuerpo embadurnado de purpurina, suspendido del tronco del pino a un metro del suelo, como uno de esos gnomos que la gente graba en la corteza de los árboles.

—Contemplad al primer niño —clama Lenny con afectación, buscando unas cámaras que ni siquiera están ahí— que ha regresado al jardín del Edén y

que saluda a la aurora desnudo, al natural, sin otra vestimenta que la dulce leche de su inocencia. Una criaturita sin entendimiento que quizá, solo quizá, herede un mundo más sencillo y benévolo que el nuestro, un mundo sin tiranía, sin miedo, un mundo que no conozca la injusticia, solo el amor y la paz y el amor. Contemplad cómo el espíritu majestuoso que habita en este árbol presenta a este niño al sol naciente, una ofrenda, una promesa, una nueva alianza. —Entonces se carcajea, su risa es como una ametralladora lanzando ráfagas—. Veamos ahora cómo intentáis asfaltar el paraíso.

Una pesada cadena con candado me rodea la cintura. Tengo las muñecas atadas con cuerdas que me tiran de los brazos hacia atrás. Así es como consiguieron que no me moviera de allí, así es como impidieron que la poli me bajara del árbol. Tengo los talones apoyados en un trozo de madera de cinco por diez centímetros que Lenny ha clavado en el tronco para proporcionarme un reposapiés. En la frente me han dibujado el símbolo de la paz con pintura corporal. Sobre mi barriga, la Tierra irradia... ¿el qué? ¿Rayos de sol? ¿Truenos? Unas sinuosas líneas amarillas.

Según la versión de mi madre, me porté de maravilla. Parecía deseoso de hacer mi aportación a la causa. No lloré ni una sola vez, sino que me reía sin parar, balbuceaba e intentaba tocarme la pintura, y puede que todo eso fuese así mientras ella no dejó de meterme rodajas de naranja en la boca, pero...

Ya verás, hay una foto. La tengo por aquí, en alguna parte. Pruebas documentales. No es la niña del napalm. No es el activista Super Joel colocando un clavel en el cañón de un rifle tembloroso ni ninguna otra de las fotografías icónicas de aquella época, pero aquí está: ahí me tienes, colgado de un árbol como un Cristo crucificado, berreando como si acabaran de mostrarme el apocalipsis.

¿Esto es maltrato infantil? No lo sé. ¿Tú qué opinas? Cuando Lenny contaba la historia, era para hacer reír a la gente.

En cualquier caso, las excavadoras retrocedieron. Nosotros hicimos las maletas y nos marchamos a casa.

Un único periodista solitario presencié la escena: en realidad, no era más que un becario de la revista *Rolling Stone*, que se encontraba en Colorado no precisamente para cubrir a Lenny, sino para llevarle a Hunter Thompson una maleta llena de anfetaminas. Habría sido una fotografía de portada, pero dos días más tarde sucedió la masacre de la Universidad Estatal de Kent; eso nos

relegó a mi árbol y a mí a las últimas páginas.

Y, claro está, tres semanas después de que nos marcháramos, talaron el pino y echaron a los hippies a patadas para hacerle sitio a la autopista. Así son las cosas.

II

CUESTA ABAJO

Lo que recuerdo es... A ver, yo era muy pequeño.

Sobre todo, recuerdo su voz. Sus carcajadas como el restallar de un látigo. Ese tono estridente y espinoso. Irritante como un saco de cristales rotos lleno de los ritmos de Brooklyn, el yidis entrechocando con el italiano y el polaco y el alemán y todo lo demás.

Hasta cuando susurraba, su voz rasgaba el aire como una sirena. «Chaval», me decía agachándose y sujetándome entre las rodillas, y entonces me contaba un secreto.

Yo me reía, feliz de ser su centro de atención, y eso también lo hacía reír a él, una risa distinta, una ondulación silenciosa de su abdomen, una risa que por una vez, y gracias a mí, no era una actuación destinada al público.

Se dejaba caer hacia atrás, abrazándome contra su pecho, y allí me retenía.

—Así se hace —me decía. Y a mi madre—: El chaval no es capaz ni de atarse los zapatos él solo, pero ya se sabe el guion. —Y yo me sentía como si hubiera logrado algo importantísimo.

Aquella voz...

* * *

Y el pelo, claro está. Aquella maraña de rizos negros como una zarza salvaje. Yo solía palparla. Enredar los dedos en ella. Nunca se la peinaba. Me ponía de pie sobre sus muslos huesudos y hundía las manos en su melena, y él decía:

—Para ya. —Pero yo sabía que no iba en serio—. Para ya, para ya.

Entonces sacaba hacia delante el labio inferior para que yo se lo retorciera, y me sonreía insinuante con aquella expresión suya que significaba «a ver si te atreves». Era nuestro juegucito particular.

—Para ya, joder.

Luego yo le volvía a hundir las manos en el pelo y, a tirones, trataba de pasar los dedos por entre los nudos una y otra vez, pensando que en alguna de

esas ocasiones encontraría un tesoro, pero también tanteándolo a él, esperando a que iniciase la segunda fase del juego. La parte más divertida. Loco de expectación, entusiasmado por no saber cuándo llegaría.

—Para ya, joder, o te rompo la crisma —me decía.

Y entonces abría la trampilla de sus piernas y me dejaba caer al suelo entre carcajadas.

Nuestro jueguito particular.

Recuerdo que la gente iba y venía. A unos los conocía, a otros no.

Phil Ochs con su guitarra colgada como un rifle a la espalda y sus aires inocentes y campechanos.

Sy Neuman, el cómplice real y metafórico de los delitos de Lenny. Bajito y peludo, como un *tribble* humano. Siempre quería cosas que Lenny no podía o no quería darle. No fue hasta muchos años más tarde cuando comprendí que aquellos dos se habían inventado el uno al otro. Yo era demasiado pequeño entonces para poder recordarlos en acción, Sy vestido de guerrillero, intimidando a multitudes de miles de personas con hechos y estadísticas crudas y montones de teoría marxista, mientras Lenny los instigaba y les hacía reír. Me perdí los años en los que los dos se pasaban el día entero espoleándose el uno al otro para volverse más y más escandalosos, fundiendo sus dos imaginaciones en una, absorbiendo juntos la cultura estadounidense y devolviendo el reflejo del absurdo grotesco tecnicolor que en realidad era.

Y más. Siempre había tanta gente deambulando por nuestro apartamento... Allen Ginsberg, Marcus Kirsh. Rip Torn y Geraldine Page: todos ellos puro fuego. Ray Garrett, que irradiaba alegría y rabia a partes iguales, con sus gafas ahumadas estilo Lennon y sus ropas flojas de lino vaporoso: Lenny lo apodaba cariñosamente «el Maricón». Y muchos más. Para mí son sobre todo caras, posturas, olores corporales.

Sus idas y venidas fortuitas. El completo desorden que traían a nuestras vidas. Como si nuestro piso no fuera tanto el lugar donde vivíamos como el lugar donde, un día cualquiera, diez o veinte personas quizá pudieran reunirse para pasar el rato, saquear la nevera, llenar las habitaciones de humo, mear en el lavabo, extasiarse sobre la alfombra mexicana delante de la chimenea enlucida. Como si les perteneciera más a ellos que a nosotros.

El aroma jabonoso y picado de las verduras al curri que ellos y sus amigos siempre estaban preparando. Aquellas cantidades industriales de comino. Como si el comino fuera lo único necesario para transformar el país.

Fragmentos de conversaciones. La intensidad que estas alcanzaban. La forma en que llenaban el piso entero de un movimiento molecular frenético, como si nos encontráramos en el núcleo líquido de la Tierra. Y, en su centro candente, Lenny, radiante y luminoso. Con la energía de un viento nuclear que podría incinerarlos a todos en el sitio.

Y toda la sarta de gilipolleces que salía por su boca:

—Hay que reconocerle cierto mérito a Charlie Manson. Yo lo pillo. Fue consecuente con sus ideas. Si te fijas en el espíritu, su rollo era una pasada, tronco. El problema fue la ejecución. —Miró provocador a su público, a aquella pandilla de urracas desaliñadas que se atiborraban de cerveza en la cocina, desafiándolas a que le echaran en cara su mal gusto—. Demasiado desbarre parapsicológico. El mensaje político no resultaba legible.

Sus amigos soltaban risitas incómodas. Negaban con la cabeza mirándose las botas. Nunca tenían claro hasta qué punto lo que decía iba en broma.

Lenny solía perorar dándoselas de tipo duro. Siempre lanzando bravatas transgresoras. Ensayando golpes de efecto.

—Como decía John Kennedy, no te preguntes lo que tu país te puede hacer a ti. Pregúntate lo que tú puedes hacerle a tu país.

—Ahora todos somos negratas, hermano. Lo que pasa es que algunos nunca lo admitirán.

—Lo bueno de los progres es que les puedes escupir a la cara y ellos encima te dan las gracias.

Una vez me dijo:

—Oye, chaval, ¿quieres que te diga cómo conseguir que tu papá se sienta orgulloso de ti? Aprende a disparar un arma. Vive la revolución. Te voy a decir a quién asesinar primero: a Ronald Reagan. ¿Lo pillas? Va a hundir el país en cuanto tenga la ocasión. Ya lo está haciendo en California. Alguien tiene que parar a ese hijo de puta. ¿Por qué no tú?

Se había agachado para hablarme de hombre a hombre. Me miraba

fijamente como si pensara que iba a echarme a llorar o a mearme en los pantalones. Pero no lo hice. Levanté el puño y le hice el saludo del *black power*.

Durante las semanas siguientes, él y mi madre no pararon de imitarme, turnándose para hacer el saludo mientras gritaban: «¡Adelante!».

Sy, disfrazado de indio norteamericano, vestido solo con un taparrabos, con las piernas peludas y el pecho hirsuto cubiertos de maquillaje teatral. Las mejillas atravesadas por franjas rojas, verdes y negras, apretujadas en el minúsculo trocito de piel que no quedaba sepultado bajo su enorme barba.

Estábamos en Washington. Eso lo recuerdo perfectamente. Lenny, Mamá, yo y Sy. De pie bajo el sol, frente al Capitolio. El viento nos producía escalofríos. Llevábamos allí un millón de años.

—Espero que nos dejen entrar pronto —dijo Sy—. Mirad. —Se levantó la parte delantera del taparrabos y nos enseñó la ropa interior—. Se me están congelando las putas pelotas.

Recuerdo una vez, yo tendría unos cuatro años, en que me encontraba sentado en el suelo rodeado de un grupo de tíos que apestaban a sudor; todos se inclinaban como un solo hombre hacia la televisión, con las sillas puestas en equilibrio sobre dos patas, y se mantenían allí apostados, mirando, esperando a que Lenny apareciera en la pantalla. Yo notaba cómo su nerviosismo se infiltraba en mi cuerpo y me desbocaba el corazón.

Algo estaba a punto de ocurrir. Un programa de entrevistas. El tema musical introductorio. El presentador haciendo chistes.

Y, en algún punto detrás de nosotros, observando cómo nos afanábamos por verlo, el verdadero Lenny se apoyaba contra el marco de la puerta, como si todo aquello le importara una mierda.

Tras la primera pausa para la publicidad, el tipo que me sostenía en su regazo —tenía una cabeza gigantesca, perfectamente redonda, y los rizos enmarañados de su pelo y su barba le enmarcaban el rostro de manera que parecía un girasol algo hinchado— señaló a la pantalla y dijo:

—¿Ves eso? Es tu viejo.

La voz de Lenny salía crepitando del altavoz. Pero él —su imagen— no estaba allí. Solo se veía al presentador, con su corbata estrechísima,

mirándolo con desprecio mientras se encorvaba sobre la mesa como un babuino dispéptico, y junto a él, donde debería haber estado el invitado, flotaba un cuadrado azul pixelado. Entonces llegó la segunda pausa publicitaria y Lenny —el que estaba allí, en la habitación— dio una sola palmada y soltó su característica risotada.

—De puta madre —dijo—. Esos cabronazos me han censurado. ¿No lo pilláis? Acaban de decirle a todo el país: tenedle miedo a este hombre, hermanos, mucho miedo. Mucho más no se puede pedir.

Y el tipo del girasol y todos los demás sacaron pecho, engreídos y arrogantes, como si fueran ellos los que habían logrado esa gran hazaña.

Vivían de sus efluvios. Para ellos, era una especie de rey. Y, como él era importante, yo también lo era.

Estoy contemplando mi reflejo en el espejo rajado que tienen apoyado contra la pared de su dormitorio. Una guayabera. Un pañuelo atado al cuello. Tejanos; vaqueros, los llamaba Lenny. Discutimos. Tejanos. Vaqueros. No, son tejanos. Escúchame: son vaqueros. El uniforme del obrero esforzado. Los míos eran de color azul desteñido, y, como se trataba de ropa infantil, estaban hechos de tela suave, con parches cosidos en lugares de lo más extraños e inútiles. El símbolo de la paz en el culo. Un oso bailarín en la cadera. Bajo las patas de elefante, un par de botas vaqueras infantiles hechas de cuero sintético, brillante y negro. Un disfraz, aunque no estábamos en Halloween.

Ah, y también llevaba una boina negra. Como un Che Guevara imberbe. Varios mechones de pelo rebelde se extendían como alas sobre mis orejas.

Íbamos a algún sitio especial. No recuerdo adónde ni por qué. Solo el disfraz. Yo, el revolucionario en miniatura.

Y Lenny, dominándolo todo desde las alturas. Brincando por la habitación. Bombardeándome con eslóganes. «¡Huelga! *¡Viva la resistencia! ¡Hasta la victoria siempre!*[1] ¡Sin justicia, no habrá paz! Al final vamos a hacer de ti todo un guerrero, chaval.»

El orgullo que me embargaba cuando me paseaba con él por ahí. La sensación de ser especial y famoso. Hasta los polis se paraban a saludarlo.

El halo de santidad que rodeaba a mis padres —a ambos—, como si con

su lenguaje vulgar, su mugre y su resistencia caótica estuvieran defendiendo un ideal que solo ellos eran capaces de alcanzar. Desafiando al mundo entero a que fuera tan libre como ellos. Creían de verdad, sinceramente, que estaban moldeando a un nuevo ser humano a partir de los escombros. La cuestión radicaba en si aquel ser humano iba a ser yo.

Había cosas que sabía sin haberlas aprendido. Ciertas ideas y actitudes.

Que lo bueno era malo y lo malo era bueno. Que las personas a quienes, según la televisión, había que temer —los individuos peligrosos con su comportamiento grosero, los revolucionarios que asaltaban bancos y robaban camiones blindados y redactaban manifiestos, los tipos a los que detenían en la frontera con hidroaviones atestados de hierba, los hombres cubiertos con pasamontañas que participaban en la lucha armada por todo el mundo, tomando rehenes en la Villa Olímpica de Múnich— eran en realidad nuestros héroes. Los valientes que luchaban por la libertad. Nuestra gente. Nuestros compadres. Lenny era uno de ellos. Mi madre también.

Y la verdad siempre era lo contrario de lo que te decían que era.

Pero también había terror. La sensación de que la ciudad, quizá el país entero, podía explotar sin más. En el aire chisporroteaban corrientes, zumbidos eléctricos, que fluían a través de absolutamente todas las personas de absolutamente todos los restaurantes, bares y mercados, amplificadas, inestables. Las gentes agazapadas en las salidas de incendios, arremolinadas en los andenes del metro... Su energía interna discurría a una temperatura demasiado alta. Daba la sensación de que uno de cada diez podía provocar un cortocircuito, de que podía declararse un incendio en cualquier momento.

A veces explotaba una bomba, no todos los días, ni siquiera todas las semanas, pero sí con la suficiente frecuencia como para impresionar a un niño, como para enseñarle a no encariñarse demasiado con nada. Las cosas, simplemente, estallan. La gente, cuando se cabrea, contraataca. Puede que no sucediera donde nosotros vivíamos, en el Lower East Side, pero sí ocurría en otros sitios. Estábamos a salvo en nuestro gueto. A salvo porque aquí ya se había librado la batalla. Y nosotros controlábamos las ruinas. Yo sabía que esto era verdad porque me lo había dicho mi madre.

Pero ¿y en otros sitios? Ten cuidado. Ahí fuera es la guerra.

Recuerdo que corríamos. La energía del movimiento hacia delante. Es más una sensación que un acontecimiento concreto. No sé dónde nos encontrábamos. No puedo situarlo en el tiempo. Nos hallábamos en una ciudad —no sabría decirte cuál— y yo estaba aturdido por aquella avalancha de sonidos. De multitudes. Corríamos junto con una masa de gente que nos apretujaba por todas partes. O más bien a mi madre. Yo daba botes contra su pecho, atado a ella en una especie de portabebés improvisado, agarrándome con todas mis fuerzas, pero las manos se me escurrían continuamente y estaba seguro de que me iba a resbalar y a caer y de que la horda de manifestantes que venía detrás de ella me pasaría por encima. Especialmente cuando ella daba un saltito, cosa que hacía con frecuencia para evitar tropezar con los obstáculos que se desperdigaban por todas partes. Gritó hasta quedarse sin voz. Su aliento y la fuerza estridente de sus bramidos me percutían sobre las sienes. La rabia que llevaba dentro. La perturbación cinética. Nos empujaba hacia delante. Marcando el paso. Parecía que lleváramos toda la vida corriendo, haciendo entrechocar las tapaderas de los cubos de basura. Pisoteando el suelo con nuestras botas y aporreando nuestros tambores. Corríamos. Una sirena aulló y entonces aceleramos aún más.

Entreví que, un poco más adelante, había algo en llamas. Un coche incendiado. Vólcado sobre el costado. El fuego acariciaba las ventanas traseras, se enroscaba en torno a las ruedas y abrasaba el acero del chasis. Un coche de la poli.

Pasamos de largo corriendo.

En algunas ocasiones, mi madre llevaba un bate en las manos. Cuando lo blandía, yo giraba con la energía de su cuerpo. A aquello lo llamaba «arrasar». Destruir al Satán que había tomado el nombre de «Propiedad».

Recuerdo que algunas veces, cuando Lenny no estaba, me quedaba despierto por las noches, al acecho del sonido de las bombas, esperando a que los cimientos de nuestro edificio se tambalearan, preguntándome qué se sentiría al morir. Dando gracias por que Lenny no estuviera allí para verme aterrorizado.

Los Panteras Negras, los activistas de Weather Underground, los hippies

liquidados o capturados, todos engrosaban la creciente lista de mártires. En aquellos días, la fuerza de la gravedad se volvía aplastante en nuestra casa. Había muchas cosas que me creaban confusión. Los detalles, los cómo y los porqués me superaban. Pero sabía que era mejor no preguntar. A mí no me hacía falta entender esas cosas.

Noticias de tiroteos, enfrentamientos, individuos solitarios arrojando espumarajos por la boca, clavando en las puertas del poder una lista de reivindicaciones tras otra. En nuestra casa, nos esforzábamos al máximo por averiguar los detalles de cada detención, aguzábamos el oído por si alguien se había enterado de algo: ¿era uno de los nuestros? A veces lo era y a veces no, y en muchos casos no había forma de saber qué diferencia había entre el sí y el no.

Bombas en Filadelfia. Un banco. Sus columnas de mármol derrumbándose como un montón de ruinas antiguas.

Un hombre y una mujer frente a nuestra puerta de entrada. El vapor que desprendían. Los sombreros ladeados en un ángulo extraño sobre sus cabezas. Incluso ya dentro del piso, se negaron a quitarse las gafas de sol. Me dio la sensación de que eran diferentes, más temibles, más amenazadores que aquellos simples náufragos que solían pasarse por nuestra casa.

Las conversaciones furtivas que se produjeron por encima de mi cabeza, todos susurrando, tragándose las palabras. Mi madre me condujo a otra habitación.

—Ven, Freddy. Vamos a buscarte un juguete.

La voz de Lenny —apenas podía distinguirla—, «Esperad», y a continuación el chirrido de la guitarra de Hendrix cortando el aire como una sierra mecánica.

Más tarde, Lenny serio, grave, agachado junto a mi madre en la habitación del fondo, donde estábamos nosotros, hablando en susurros. Ella asintió y le tocó el codo.

—Ve. Haz lo que tengas que hacer.

El golpe seco de la puerta cerrándose tras él. El saltito que dio el tocadiscos justo en aquel momento.

Entonces, mi madre levantó la aguja del plato. El silencio lo invadió todo. Y yo supe que no debía romperlo.

Recuerdo otra de las veces en que tuve la sensación de que Lenny se enorgullecía de mí.

Estábamos paseando por la calle. Avanzando por la avenida. Él iba señalando a algunas personas.

—¿Ese tío?

—No.

—¿Y ese?

—No.

Jugábamos a identificar a policías de paisano.

—¿Y aquel con el cinturón del arcoíris?

—Sí.

—¿Cómo lo sabes?

—Por los zapatos. —Siempre era por los zapatos.

Lenny soltó una carcajada. Se reía como si el mundo entero le hubiera complacido.

* * *

Bombas en Los Ángeles, Atlanta, Dallas, Boston, Cleveland. Edificios federales. Oficinas de los gobiernos estatales. Y la forma en que los ojos de Lenny chispeaban llenándose de vida cuando escuchaba aquellas noticias.

No se molestaban en contratar niñeras. India estaba en el aire: el incienso, los pijamas, los sitares, las tobilleras de cascabeles. Ponían un álbum de raga en el tocadiscos y salían toda la noche, dejándome solo con Ravi Shankar y el gran ciclo inmutable de la creación.

No había hora de acostarse, ni disciplina, ni vigilancia.

Me dejaban jugar en medio del tráfico.

Me dejaban corretear por el barrio semidesnudo, con mi pequeño pene circuncidado a la vista de todos los vecinos.

A veces me arrastraban con ellos a alguna fiesta.

Subíamos cientos de escaleras, atravesábamos pasillos atestados de cajas,

de pilas de periódicos atados con cordeles, de herramientas eléctricas y de placas de pladur rotas. También descendíamos a sótanos, ratoneras mortíferas con las vigas al aire, con los suelos y los techos sin acabar, llenos de alargadores extendidos como cables trampa, enchufados a lámparas de trabajo, con el musgo y las malas hierbas trepadoras colándose por entre las grietas del cemento, y piedrecitas con forma de pastillas por todas partes: las negras eran cagadas de rata; las marrones, veneno. Naves industriales. Almacenes abandonados. Áticos a medio reformar. Lugares liberados u olvidados. Cayéndose a cachos. Sin renovar. Los pedazos putrefactos de la ciudad que Lenny y sus amigos habían rescatado como carroña, reclamando su propiedad. Nos metíamos a presión en ascensores montacargas con otros veinte hippies, todos disfrazados como si fueran refugiados de otra época; sus piernas me rodeaban por todos lados, la pana y la tela vaquera me espachurraban el rostro mientras la plataforma gruñía y la cadena chirriaba en nuestro ascenso, hasta que, con un golpe, nos deteníamos.

Y, dondequiera que estuviéramos, fuera cual fuese el día de la semana, la escena siempre aparecía distorsionada de la misma manera, filtrada en sepia, despedazada por los mismos prismas baratos que refractaban la luz.

Yo no era más que un truco de magia que Lenny se sacaba de la manga en las fiestas. Un objeto que los asistentes se pasaban los unos a los otros, para tocarlo y examinarlo, el perro al que uno emborracha para verlo tambalearse. La gente hacía cola, una cola que llegaba hasta la puerta de entrada, a la espera de su turno para echarme humo a la cara, soltando risitas tontas ante la extraña excitación de bombardear de ese modo a un niño de tres años y medio o cuatro.

Entonces empezaba el horror. Pesado. Oscuro. Vidrioso. Cubierto de vaselina. Cortinas de cuentas agitándose junto a mis oídos. Caras con muecas pintarrajeadas que se me acercaban flotando y riendo. La gente me hablaba a un ritmo anormal, ralentizado y distorsionado, y me decía cosas como «John está muerto». A Lenny le daba igual. A mi madre le daba igual. Si la fiesta se prolongaba hasta el alba, me dejaban allí toda la noche, derrumbado en un puf en una esquina, temblando.

Explosiones en Washington, frente al Pentágono. La fachada chamuscada en la pantalla del televisor. Polis con cascos dando vueltas por todas partes,

estudiando los escombros.

Aquella pareja —la que había aparecido furtivamente una vez en nuestra puerta— en el telediario de la noche, despojados de sus gafas de sol, con las manos esposadas frente a ellos. La velocidad con la que mi madre se acercó al televisor y lo apagó. La sensación de que, incluso en mi anárquico hogar, había cosas que yo no debía saber.

* * *

Y siempre la voz de Lenny, ese tamborileo maniaco, que me atropellaba a una velocidad de vértigo, que me apisonaba bajo una estampida de palabras. A veces se quedaba tan embelesado con su propia actuación que ni siquiera se daba cuenta de si yo le escuchaba o no.

Y cómo alardeaba en las fiestas:

—Les dije: A mí no me endilguéis ese muerto. Ha sido vuestro viaje, no el mío. Yo no os pedí que fabricarais cien mil muñecos de Lenny Snyder. No fue idea mía ponerles un cordelito para que, al tirar de él, gritaran «El pueblo al poder» y «¡Mola!». Estáis tratando de convertirme en un puto *hula hoop*. Eso les dije. Y las camisas con la bandera estadounidense a veintisiete dólares cada una con un parche en el hombro, donde salgo yo haciendo el signo de la paz. Las cajas vacías que, al abrirlas, gritan «¿Lo pillas?» y se ríen: ah, ja, ja, ja, ja. Los pósteres y los cromos, una colección entera, yo y Sy, Leary, Hayden. Eldridge Cleaver. Que huelen a azúcar por el chicle rancio que tienen dentro. Les dije: Eso mola. Yo aún conservo en perfecto estado mi cromo de Yogi Berra, de la temporada en que se estrenó en el béisbol profesional. Pero, mirad, el chicle es un coñazo. Y es malo para el medio ambiente. Vamos a sustituirlo por unas anfetis. Si hacéis eso, trato hecho. Si no, os diré lo mismo que les he dicho a todos esos hijos de puta que alguna vez han tratado de convertirme en mercancía. Idos a tomar por culo. Lenny Snyder no está en venta.

»A los que querían sacar un disco les dije, idos a tomar por culo.

»Aquel equipo de rodaje... Tuvieron una visión. Un Lenny Snyder grotesco, corriendo de un monumento a otro, la Estatua de la Libertad, el

Monumento a Lincoln, el Monte Rushmore, por todas partes, la enchilada completa. Desfilando escaleras arriba, asomando la cabeza por detrás de columnas de mármol, haciendo volteretas y saltando y gritando «¡Yippie!» de vez en cuando, mientras una lechera llena de polis de comedia me perseguía; eso sí, polis sexis, con tetas grandes y minifaldas. Les dije: ¿Cómo? ¿Os creéis que soy un Benny Hill con melena? Idos a tomar por culo.

»La editorial: quería recopilar en un libro las cartas de los cientos de mujeres que se han enamorado de mí. Insinuaciones y fantasías. Ensoñaciones sobre mi pelo. Les pregunté: ¿De dónde vais a sacar esas cartas? Quiero investigarlas. Quiero nombres y direcciones. Dijeron: Las vamos a escribir nosotros. El contenido no importa. Lo que cuenta es la portada. Vale, dije. Claro. Idos a tomar por culo.

»A todos ellos les dije: No soy vuestro producto. No quiero vuestro dinero. Yo funciono con una economía diferente. Pero os diré lo que voy a hacer. Estudiaré vuestra oferta si me dejáis decidir lo que ocurrirá con vuestros beneficios. Se los daré a los Panteras, a la OLP, al IRA. Hasta el último céntimo. Públicamente. Convocaremos una rueda de prensa.

»Eso les dije. Acercaos a mi posición. Yo no voy a acercarme a la vuestra.

»¿Y sabéis lo que me respondieron? ¡Me mandaron a mí a tomar por culo!

»Así que sigo siendo libre. Yo río el último, capullos. ¡Ja, ja!

Pero también el silencio, durante las temporadas en las que desaparecía. Como si el propio piso echara de menos su presencia.

Tenía chicas por todas partes, amantes, *groupies*, tías a las que se ligaba por la calle. Mi madre lo sabía. Tenían un matrimonio abierto —del tipo que solo funciona en una dirección—, así que ella fingía que le daba igual; pero a veces, en los días especialmente malos en los que Lenny llevaba una semana o más fuera de casa y ella había oído rumores de que a lo mejor estaba tirado en el hotel Chelsea con alguna zorra con aires de poetisa o había arrastrado con él a alguna chica de dieciocho años que se había escapado de casa en su gira por los campus de Ohio, mi madre se dejaba llevar por sus emociones hasta tal grado de agitación hiperventilada que, cuando Lenny por fin aparecía, uno la veía optar —tomando la decisión de forma deliberada— por dar rienda suelta a su ira elemental. Pataleaba contra el suelo, descargando toda la fuerza

de su cuerpo menudo en pisadas que estallaban como petardos arrojados contra las tablas ralladas y deterioradas del parqué. Agitaba las manos como sierras circulares junto a su cabeza. Sollozaba. Se tiraba del pelo y de las ropas —a veces incluso llegaba a rasgárselas de verdad— como una plañidera de antaño. Todas las penas acumuladas de generación en generación —por el largo linaje de mujeres de su tribu que, remontándose a los tiempos de la Ciudad de David, habían sufrido en silencio a sus maridos mujeriegos— caían a través de ella sobre Lenny.

Él, mientras tanto, se limitaba a observarla. Solo a observarla. Con las manos enterradas hasta las muñecas en los bolsillos de los vaqueros. La esquivaba de vez en cuando, en los momentos en que ella se le acercaba con las garras en alto, pero la mayor parte del tiempo simplemente la contemplaba, sin moverse, como un testigo embargado de una viva admiración, apestando a coño, orgulloso de sí mismo.

—Mi *balabusta*^[2] particular —la llamaba—. Mi queridísima lunática.

Y le tomaba el pelo:

—Muy bien, guapa, desahógate. Todavía puedes hacerlo mejor.

Mi madre se estrellaba una y otra vez contra él. Se agotaba. Retrocedía para tomar impulso y volvía a estrellarse contra él. Las endorfinas le inundaban el cerebro. La adrenalina chisporroteaba. Una suerte de euforia se apoderaba de ella.

Daba igual que fueran las tres de la madrugada, siempre elegían esas horas para representar aquella escena de los títeres de la cachiporra. Daba igual que yo estuviera aún despierto, hecho un ovillo, intentando por todos los medios encogerme lo máximo posible.

Al final, inevitablemente, Lenny alzaba un dedo, como diciendo: Espera, se me ha ocurrido una idea; y mi madre, que a aquellas alturas ya había exprimido hasta la última gota de sí misma, se callaba, aguardando a que él justificara su existencia. Él levantaba una pierna y se tiraba un pedo voluminoso, jugoso, distendido, orgiástico. El rostro se le iba iluminando lentamente con una sonrisa juguetona. Me llevó toda la vida comprender que él tenía sus razones para comportarse así y que no era el único que obtenía algo vital de aquella transacción. Él lanzaba un carcajada y, así sin más, ella también se echaba a reír. Por todo el cuerpo de mi madre se leía, con absoluta claridad, esa dicha tan completa e inagotable que hallaba en él. Y enseguida

habían caído uno en brazos del otro y se ponían a bailar por toda la habitación como si entre ellos nunca hubiera habido nada más que amor.

Yo iba sentado sobre sus hombros, con las manos enterradas en su pelo como si me agarrara a unas riendas. Estábamos en otra manifestación masiva más. Desde las alturas, podía apreciar las dimensiones de la multitud que nos rodeaba. Miles y miles y miles de personas. Una masa ondulante de humanidad, extendida en todas direcciones, inquieta, esperando a que ocurriera algo, lo que fuera, que les ordenaran avanzar, que les prendieran fuego.

Allá en la distancia, el Monumento a Washington. Significaba algo, pero yo era demasiado pequeño para saber el qué. Me interesaba más ese aspecto tan irreal que tenía, como si Lenny y sus amigos lo hubieran colocado allí como decorado para el espectáculo que estaba a punto de empezar. Me interesaba más la brisa que me abofeteaba la cara y hacía que me brotaran lágrimas en los ojos. Los balones de playa que planeaban sobre las cabezas de la multitud. Los grupitos de gente que, hartos de esperar de pie, se habían recostado en la hierba y cantaban liderados por el miembro de la pandilla que se hubiera traído una guitarra. Me sabía todas las canciones. «We Shall Overcome.» «Blowin' in the Wind.» «Give Peace a Chance.» «This Land Is Your Land.» Eran mis nanas.

Lenny se paseaba por aquella escena pastoral, haciéndome botar, agarrándome los pies con las manos. Todo el mundo quería un fragmento de su atención. Una migaja. Tocarle el dobladillo de la camisa. Chocar los cinco conmigo. Yo me divertía. Me sentía como una superestrella. Pero él no paraba de refunfuñar.

—Se creen que están en una puta fiesta —dijo. Pero ¿con quién hablaba? Sy estaba allí, también Phil Ochs y Ray Garrett, a quien Lenny llamaba «el Maricón», y otro montón de actores de su comparsa. El tipo del girasol. Todos. Era como una reunión familiar.

Lenny se les quejaba a todos:

—Esto es un coñazo, tronco. Me toca los cojones.

Estaba acelerado, cabreado con las personas que lo adoraban, precisamente porque lo adoraban.

Acabamos en una especie de corral. Había un escenario, una pancarta, una

torre de altavoces y una procesión de gente aguardando su turno para utilizar el micrófono.

—Dadles lo que quieren —dijo Lenny con desprecio—. Halagadlos. Los putos progres siempre se lo cargan todo. Miradlos. Piensan que estar aquí ya supone un logro.

—Pero sí que es un logro, Lenny —dijo alguien—. Significa que estamos ganando. —Creo que era Phil. De hecho, ¿sabes qué?, seguro que era él. Estaba manipulando las cuerdas de su guitarra. Afinándola. Repasando la lista de temas que había pegado con celo al mástil.

Y Lenny la tomó con él.

—¿Ah, sí? ¿A ti te parece que esto tiene pinta de victoria? —Hablabla con las manos. Me daba sacudidas sobre sus hombros—. Ya verás, al primer indicio de sangre, estos hijos de puta saldrán por patas a esconderse en sus refugios antinucleares. Pero, bueno, no pasa nada —dijo—. Tú sigue así, Ochs. Súbete al escenario y dirige tus coros. Baña a las multitudes en nostalgia. Pero te aviso. Este numerito ya está acabado.

Phil parecía a punto de echarse a llorar. Pero ese era el aspecto que tenía siempre.

—Ajá —dijo, rumiando, considerando lo que acababa de escuchar—. ¿Y qué viene ahora?

El rostro de Lenny se ensombreció.

—¿Que qué viene ahora? ¿Quieres saber lo que viene ahora? ¡*Le déluge*, gilipollas! ¡Eso es lo que viene ahora! —No podía parar—. Venga, tronco. Te toca. Te están esperando. Pero te lo advierto. No pienso volver a bailar claqué.

* * *

Hay ciertas cosas que uno simplemente sabe, sin más. Verdades inmutables. Algunos niños te tenían miedo, otros te daban miedo. Ya solo por las pintas se los distinguía. Había algo en sus posturas. En cómo les quedaba la ropa. En la potencia de sus voces. Cuanto más al este te adentrabas, más atención tenías que prestarles a los mensajes que te mandaba la piel.

Vivíamos en la Calle 7 entre la Primera y la Segunda Avenida. Los niños

del SoHo o del Village no me impresionaban. Llevaban las mochilas altas, cerca de los hombros. Los chavales de la zona este, al sur del parque, donde el portorriqueño se había erigido en el idioma callejero por excelencia, eran más duros. A veces uno se arrepentía de haberles contestado al salir de una de sus tiendas de santería. Pero los chicos más aterradores eran los que vivían en las casas okupas al norte de Tompkins Square. Se reunían en los porches de los edificios en jaurías hambrientas e inquietas. Te miraban con ojos fríos e impasibles mientras se arrojaban entre los pies una navaja mariposa, al tiempo que sus hermanitos y hermanitas pequeños jugaban desnudos a ver quién se ponía más gallito delante de los coches. No recuerdo nada concreto relacionado con ellos. Solo la sensación que me asaltaba siempre que pasaba por allí, la sensación de que estaban esperando la oportunidad de joderme. El problema era que no creían en nada. El problema era que no tenían códigos; o, si los tenían, estos resultaban tan variables que permitían justificar cualquier crueldad fortuita. El problema era que yo estaba emparentado con Lenny y ellos lo sabían y yo lo sabía y eso no les gustaba. Tenía algo que ver con que Lenny se hubiera arrogado el mérito de liberar las pocilgas en las que ellos vivían. Con que se hiciera pasar por el líder de su sarnoso clan.

Recuerdo que una vez me arrastró allí con él. Yo le pregunté:

—¿Por qué me miran siempre así?

—¿Cómo? —preguntó él.

—Así. Como con odio.

Recuerdo que se quedó pensativo un segundo, evaluándome, y luego dijo:

—Piensan que eres un gallina. —Y yo no supe si tenían razón o no, pero noté que él sí lo sabía y que no le gustaba la respuesta.

Cuanto más desesperada fuera tu situación —cuanto más psicológicamente desequilibrado estuvieras o cuanto mayor fuera tu precariedad material—, más te respetaba. Cuando salíamos a pasear, siempre iba buscando con un ojo a gente en apuros, borrachos demacrados y desconsolados sollozando por las esquinas, tíos que llevaban tantos años en la calle que se habían descolgado del tiempo, tipejos de edad indeterminada, tan gastados y curtidos que ya ni siquiera mendigaban, sino que se limitaban a andar por ahí como si estuvieran en las nubes, escarbando en la basura, escondiéndose en el metro, donde la economía subterránea les permitía sobrevivir, y emergiendo de vez en cuando

a exponer sus ampollas al aire fresco y reparador, con sus cuatro pelos desordenados al viento y las barbas hasta la barriga, como jasadíes repudiados por la tribu, perdidos y en busca de Dios. Cuando veíamos a aquellos hombres —siempre hombres, nunca mujeres—, la mejor faceta del carácter de Lenny surgía de las profundidades y salía a la luz. La parte de él que se había endurecido durante todos aquellos años de lucha y fama. Se arrodillaba frente a ellos. Compartían un cigarrillo. Partían el pan. Con la familiaridad de dos soldados que no se hubieran visto desde la batalla de las Ardenas, a quienes la vida hubiera deparado muy distintas clases de fortuna, pero que aún compartieran un saber secreto, una herida imposible de explicar a los demás y que entre ellos no requería aclaración alguna. Lenny se reía con ellos y, cosa que a mí me asombraba, jamás los trataba con desprecio. Lenny, que despreciaba todo y a todos. Aceptaba a aquellos tipos en el sitio donde los encontraba. Para él, eran unos valientes. Consideraba trágica la vergüenza que les habían inculcado a palos. No eran ellos, sino las personas que los habían llevado a tal estado, los que tendrían que avergonzarse.

* * *

Mucho de lo que recuerdo de aquel último año es que él no solía estar con nosotros.

Solamente mi madre y yo. La seguridad de saber que ella no se encontraba más que a dos habitaciones de distancia, sorbiendo su manzanilla, troceando una pera que luego me traería hasta el cojín donde yo estaba sentado, con la nariz a quince centímetros del televisor, hechizado por los ojos enormes de Kimba de la Selva.

Recuerdo la infinidad de yoes posibles —todos ellos igual de buenos y amables— que ella me conminaba a imaginar latentes dentro de mí.

Y los días especiales, bañados por la luz del sol, en los que ponía *Free to Be... You and Me* en el tocadiscos y los dos nos entregábamos al espejismo de tolerancia ilimitada, de metamorfosis de estereotipos de género y de fabulosa ausencia de vergüenza que albergaba aquel álbum, cantando «William's Doll» e «It's All Right to Cry» y debatiendo las implicaciones sociales de «Atalanta» con el fervor talmúdico de los auténticos creyentes. Y el empeño que puso en inculcarme la esperanza de que la crueldad era un crimen que

podíamos superar.

Yo y mi madre, recorriendo juntos las calles de la ciudad. Mi manita en la suya. Mi cabeza en su falda. Haciendo recados. Aburriéndonos. La presencia de Lenny, solo perceptible en su ausencia.

El quiosco de música de Tompkins Square, vacío entre la niebla del amanecer. La fragilidad de los rituales matutinos de las personas que se despertaban sobre su escenario.

La calidez de los brazos de mi madre sobre mi pecho mientras, sentados sobre la hierba, contemplábamos a una ardilla pelearse con una bolsa de Fritos vacía.

Su aroma, a requesón y jazmín. A veces, un penetrante olor a hierro procedente de las regiones inferiores. Y la intensidad con la que aquellos olores me envolvían.

Recuerdo los colores psicodélicos que bailaban y se desenfocaban cuando mi madre y yo empujábamos la puerta de alguna tienda, lo vivo y lo chillón que era todo, y la forma en que el escaparate se agrietaba y envejecía. La sensación de que, bajo aquella fina capa de pintura, la ciudad se iba desmoronando y pudriendo poco a poco.

Y aquellas manifestaciones jubilosas. Su rostro ruborizado de vida. Yo ayudándola a sostener las pancartas que nosotros mismos habíamos confeccionado. Siempre parecía conocer a todos los asistentes. Le pasaban el megáfono. Le dejaban dirigir los cánticos. Ella era especial para esa gente, la amaban, y, como Lenny no estaba allí, ella me pertenecía a mí. Solo a mí.

Había un hombrecillo arrugado que repartía propaganda en una mesa plegable en los márgenes de todas las manifestaciones. No tengo ni idea de por qué se me ha quedado clavado en la memoria, pero así es. Y de forma vívida, además. Sus cientos de chapas, una por cada problema y cada punto de vista del lado izquierdo del espectro. Una cacofonía de desacuerdos enganchados a su chaleco de fieltro, enhebrados como joyas por todo el borde de la visera de su gorra de pescador griego. Recuerdo que tenía un aire algo agrio. Atemporal y amargado. Podrían haberlo traído importado bajo una campana de vidrio del Grozni de la década de 1890 o, con la misma probabilidad, quizá se hubiera perdido de camino a alguna reunión trotskista en Orchard Street, donde todos hablaban yidis y creían que seguían en 1952.

Nadie le dirigió nunca la palabra ni se llevó jamás ningún ejemplar de los periódicos socialistas que pregonaba.

Los sonidos. Música por todas partes. Bandas de juglares errantes rasgueando instrumentos esotéricos, con aspecto de haberse caído de un carro de caballos del siglo XII. Sus botas altas de cordones y sus túnicas. Los odres de vino colgados al hombro. Hippies bailando descalzos por las calles. Mujeres de piernas peludas dando vueltas y doblándose por la mitad, meciéndose, con las cabezas al revés entre las piernas, dejando que se les cayeran los deformes sombreros de ala ancha en las alcantarillas. Su risa. Su forma de volver a ponerse los sombreros en la cabeza inmediatamente, sin importarles la porquería pegajosa que pudiera haberse acumulado en ellos.

Hippies con la mano estirada, mendigando.

Y algunos que no eran hippies, mendigando también. Negros. Mulatos. Nativos americanos o, en cualquier caso, gente disfrazada como si lo fuera.

Pagábamos el diezmo y seguíamos adelante.

La sensación de que siempre estaba pasando algo, aunque en realidad nadie tenía nada que hacer, y la impresión de que, en el momento en que Mamá y yo decidiéramos salir de casa, si es que lo hacíamos, alguien nos abordaría.

Hubo una temporada en la que el televisor siempre estaba encendido. Hombres con gafas de pasta inclinados sobre micrófonos, declamando con voces monótonas y aburridas. A veces mi madre bajaba el volumen, ponía música y apenas les prestaba atención. Pero no podíamos apagarlo. Y yo no podía ver *Barrio Sésamo*, ni *Kimba*, ni *Mister Rogers*.

Aprendí a odiar a aquellos hombres. Por su culpa, mis placeres me habían sido vedados. No entendía —no acertaba a discernir, aunque Lenny Snyder fuera mi padre y Suzy Snyder fuera mi madre— por qué una pandilla de tipos malcarados, trajeados e impolutos merecía más atención que los programas que me gustaban a mí. Lo poco que comprendía de los códigos de Lenny y Mamá, la única lección que yo había asimilado, era que cada uno tenía que ir a lo suyo. Vivir en la realidad que uno escogiera. Y a la mierda todo lo demás. Pasa de ello.

Y, a pesar de todo, ahí estaba Mamá, aguantando durante horas y horas a los mismísimos tipos a los que odiaba. No se callaban ni un minuto. Y lo único

que conseguían era exasperarla.

La música. Cuando Lenny estaba en casa, escuchábamos rock ácido. 102.7. WNEW. The Doors y Hendrix y Jefferson Airplane. Los Grateful Dead. Su favorito, la Steve Miller Band. Cuando él se marchaba, Mamá sintonizaba las emisoras AM. Cat Stevens. Carol King. Harry Chapin. Canciones tranquilas que a veces la transportaban a un lugar místico donde yo no podía alcanzarla. Dábamos vueltas y más vueltas juntos, cantando al compás de «You've Got a Friend» de James Taylor. Tropezando el uno con el otro. Me tocaba la punta de la nariz con la suya. Yo fingía no darme cuenta de lo triste que estaba.

Las de cosas que Lenny le diría si ella se atreviera a poner esta música cuando él estaba en casa. Las de peleas que tendrían.

El rostro de Nixon derritiéndose en la televisión mientras Lenny, mi madre y yo lo observábamos en un silencio cargado de gravedad. Su cuerpo rígido y encorvado. El aire de expectación trascendental, como si estuviera a punto de declararse una victoria. La tensión aplastante. Nixon dijo algo y Lenny se levantó de un salto, riendo a carcajadas, aplaudiendo y aullando. Mi madre se desplomó hacia atrás, como si hubiera estado soportando un peso descomunal sobre la cabeza y de pronto se viera libre de él, como si se hallara agotada y entusiasmada a la vez.

—Sí —dijo. E, inmediatamente, a voz en grito—: ¡Sí!

Por las ventanas abiertas llegaron las notas del himno estadounidense, que alguien había empezado a tocar con una guitarra eléctrica. La gente gritaba, cantaba al estilo tirolés, por toda la manzana brotaban celebraciones espontáneas.

El teléfono empezó a sonar. Llamadas cortas. Los amigos de Lenny. Y, por su forma de regodearse y pavonearse, poco a poco me fui dando cuenta de que lo estaban felicitando.

La guerra había terminado. Al menos una de ellas. Lo había logrado. O, como diría mi madre, «lo habíamos logrado». Pero sobre todo él. Fue Lenny Snyder quien se llevó la gloria.

La expresión del rostro de mi madre mientras le miraba. Como una mariposa que desplegara las alas por primera vez. Como si hubiera decidido permitir que toda su belleza se derramase sobre su marido.

—¿Sabes qué mejoraría aún más este momento? —dijo Lenny al teléfono. Quién sabe con quién estaría hablando. Aquella debía de ser la décima o vigésima llamada a la que respondía—. Si de verdad me hubiera follado a aquella estrecha de Tricia, como dije en la entrevista con el *Post*. Pero esa pájara ya voló. Ahora me debe de odiar a muerte. —Una risotada. Se reía de su propio chiste.

Mi madre se encerró en su caparazón. Sus labios se fruncieron y envolvió su belleza en una mortaja. Me sentí como si me hallara en un río, subido en una balsa que se estaba partiendo en dos, sin saber a qué trozo agarrarme para salvar los rápidos.

Recuerdo que surgía una nueva clase de esperanza en su presencia, un deseo de jugar con él, una corazonada de que quizá a él le apeteciera jugar conmigo. Puede que aquel día tuviéramos planeada una aventura, una excursión al parque o quizá asistir a la fiesta de cumpleaños de alguno de mis amiguitos, aunque no recuerdo haber tenido amigos. Tal vez fuéramos a coger el metro hasta la playa de Brighton, donde me desnudarían y me dejarían libre para jugar con las olas. Lo que fuera. Un día de celebración organizado en mi honor. Recuerdo a mi madre recitando la lista de todas las cosas que haríamos. Prometiéndome lo bien que nos lo íbamos a pasar. Recuerdo haber sentido una emoción desacostumbrada. Una ilusión tan descomunal como el viento.

Recuerdo que aquella ilusión tenía algo que ver con el hecho de que Lenny me hubiera escogido a mí en lugar de su trabajo, de que hubiera dicho no a la acción y a los honores para poder participar en aquella diversión infantil conmigo. Él era la bisagra de la que dependía todo. La puerta a todas aquellas maravillas que mi madre me había pintado no se abriría sin su intervención.

Puede que ocurriera solo aquella vez y que yo haya adornado la experiencia, que la haya ampliado hasta convertirla en un patrón recurrente para descartar la posibilidad de que lo que sucedió fuera algo más que una anomalía. De que la máscara se hubiera levantado y yo hubiera vislumbrado lo que acechaba, siempre, tras ella.

La cosa es que no fuimos a la playa, o al parque, o a la fiesta, o adonde fuera que se suponía que íbamos a ir.

Recuerdo que había muchísima luz. Tanta que, en lugar de entrar por las ventanas de nuestro piso alargado, parecía irradiar desde las mismas paredes

del salón, en la parte delantera de la vivienda, la que daba a la calle. Allí estaba mi madre. También yo. Pero Lenny no. Él se hallaba en el otro extremo de la casa, tras una serie de puertas que conducían a habitaciones cada vez más oscuras cuanto más te adentrabas en el piso.

Y esa era la razón por la que no íbamos a ir. Porque Lenny estaba ahí, al fondo, y nosotros aquí delante. No era culpa mía. Mi madre me lo dejó bien claro. Pero, entonces, ¿por qué? Porque sí. Pero ¿por qué sí? Porque no podemos y punto. Se negaba a decirme que era porque Lenny se encontraba mal, pero yo sabía que esa era la razón y su insistencia en no decírmelo tornaba aún más amenazante la oscuridad que lo envolvía. Era como si aquella oscuridad emanara de él. Como si lo único que hiciera falta para arreglarlo todo fuera que yo lo trajese de vuelta a la luz, con nosotros.

Así que eché a correr hacia él y, cuando llegué al último umbral, la oscuridad era tal que apenas se veía nada, pero yo notaba su presencia, su calor, su... Lo llamaría miedo. Vacío. Algo completamente diferente a la rabia y al polvo de hadas que habían sido sus motores para entrar en combate. No se movía. Daba la impresión de que no respiraba siquiera. Simplemente estaba ahí, enterrado en el hoyo profundo en el que él mismo se había convertido. Aún hoy puedo verlo. Aquella sombra de Lenny, la realidad encubierta, la luz mortecina en aquellos ojos que no parecían registrar mi presencia.

Apenas llegué a vislumbrarlo, mi madre me apartó de allí. Pero fue suficiente. Ya se me había clavado una fracción del miedo de Lenny —el fracaso, la premonición del fracaso, eso es lo que era—, y me había inoculado su veneno en la sangre, y aquello me resultó más terrorífico que cualquiera de los desmesurados actos vandálicos, caóticos y destructivos a los que Lenny me había expuesto en el mundo exterior.

Cuando regresamos al salón bañado por la luz del sol, quise volver a preguntarle por qué a mi madre, pero me di cuenta de que no podía. Y, en cualquier caso, aquella pregunta ya era otra distinta.

Y luego no pasó nada.

Los días de gloria habían terminado. Se había hecho demasiado viejo para la lucha. Diría que había llegado a la cúspide de la fama, que le pagaban por el mero hecho de existir, pero nunca tuvimos ningún dinero. O al menos yo nunca supe de él.

Se había acabado lo de armar broncas, lo de provocar que lo detuvieran de forma heroica, lo de salir disparado a montar un numerito durante varias semanas seguidas en algún otro estado o en algún otro país. Ahora, cuando no estaba en casa, no tenía disculpa.

Al parecer, su nuevo trabajo consistía en pasearse por la calle y bromear con la gente con la que se encontraba. En ocasiones, muy de vez en cuando, me llevaba a rastras a una oficina, un cuartito minúsculo en el piso de arriba de una tienda de botas en Bleecker Street. Siempre estaba vacía salvo por nosotros. Un escritorio hecho con una tabla de contrachapado combado colocada sobre caballetes. Una pared cubierta de archivadores con tantos papeles y tantas carpetas rebosantes apiladas encima que, siempre que íbamos, tenía la absoluta seguridad de que iban a derrumbárase encima y a inundar la habitación. Lenny metía un panfleto en el mimeógrafo —cientos de copias en papel de colores—, dejaba allí la mayor parte y se llevaba unas pocas para repartirlas en sus patrullas por el barrio.

Cada cierto tiempo, todos nos sentábamos en torno al escritorio, él y yo y mi madre, a rellenar sobres: él lo llamaba «preparar salchichas». Pero aquello no era muy frecuente. A veces se las arreglaba para conseguir una entrevista. Para hablar de sí mismo y de las cosas que había hecho cuando todavía tenía cosas que hacer. Había unos pocos días especiales en los que le llamaban para que se interpretara a sí mismo en los informativos de la noche, pero aquello ya no pasaba muy a menudo.

Estaba escribiendo un libro, una guía, decía, en la que explicaba el método para ser un forajido en los nuevos Estados Unidos. La continuación de su polémico manual del timador: *Quémalo, rómpelo, róballo*.

Recuerdo que un día Sy vino a visitarnos de traje y corbata, luciendo un absurdo afeitado impecable, con los pómulos arrogantes descollándole en el rostro. Y yo me puse a chillar encantado, como hacen los niños de cuatro años, incapaz de reconocerlo, negándome a creer que aquel hombre era el mismo al que conocía de toda la vida. Exigí que me lo dijera:

—¿Qué le has hecho? ¿Adónde te lo has llevado?

Recuerdo el denso hedor que flotaba en ciertos rincones del parque, en los callejones tapiados, en los huecos de las escaleras, en cualquier lugar donde

el aire se estancara y formara remolinos. Meado rancio y cerveza derramada. Y, por encima, impregnándolo todo como un sirope, el tufo dulce de la marihuana. Olores repulsivos que uno solo añora cuando desaparecen.

Y una presencia nueva en las calles, más joven y más difícil de comprender que los borrachines de Lenny: los yonquis. Estatuas vivientes. Cuerpos vaciados de alma. Les echabas una moneda y bailaban un segundo, un par de temblores, un leve despertar, antes de volver a sumirse en ese estado de bendito y aterrador vacío.

Recuerdo la voz de Phil al otro lado de la puerta de nuestro piso:

—Lenny, por favor, de-déjame entrar. Vamos a ha-hablarlo entre los dos. Traigo vino, tronco. Chianti. Soy tu amigo, Lenny. No me hagas esto. No te pongas así, tronco.

Lenny apuntalando la puerta con el cuerpo, como si fuera una silla, apoyando todo su peso en el hombro, como si, de alguna forma, el pasivo y torpe Phil pudiera hacer saltar los quince cerrojos que Lenny había instalado en su paranoia. Iba sin camisa, descalzo y con las pelotas sueltas dentro de unos pantalones de pata de elefante que le colgaban de los huesos de las caderas y dejaban al descubierto la línea superior de su vello púbico. Recuerdo la forma en que se le tensaban los tendones de los hombros y los bíceps bajo la piel, como anguilas rabiosas.

—Te tengo en el punto de mira, Ochs, cabrón de mierda. Coge tu Chianti y lárgate a tu puta casa.

Su cuerpo nervudo. Su ira tumultuosa. Sus gruñidos, su desdén, sus quejas, chirriantes como agujas. El modo en que aporreó la puerta. Las abolladuras que dejó.

Al rato, Lenny derrumbado en el suelo. Las baldosas blancas y negras, baratas y desgastadas, los parches de cartulina de color rosa sucio que quedaban al descubierto en algunos lugares. Se había quedado sin energías. La cocina parecía más espaciosa ahora que él se había desinflado.

Y después, algo más tarde, hasta su cuerpo se había esfumado. Yo me había dejado caer en una silla y había colocado los pies en el regazo de mi madre. La textura nudosa de su vestido de loneta me producía un picor leve y placentero en los tobillos. Ella estaba bebiendo vino tinto de una gran taza de

café algo mellada. Cada vez que la apoyaba en la mesa, esta se tambaleaba. Phil también se encontraba allí, con el culo contra la encimera, bebiéndose el vino directamente de la botella —una de aquellas obras decorativas, como una urna antigua envuelta en macramé—. Yo quería olerlo. Phil tenía la cara hinchada. Especialmente los ojos. Estaban hablando, pero todo me resultaba demasiado sutil y complicado como para comprenderlo. Lo que sí entendía era el tono, con esa suavidad tan bondadosa. Transmitía tanta preocupación. Tanto consuelo. Yo me sentía seguro. Protegido. Me dieron ganas de acariciarle la cabeza a Phil.

Y, aún más tarde, Lenny regresó como una tromba y mi madre se puso a gritar y Lenny agarró a Phil por la camisa, forcejeando, arrastrándolo, empujándolo hacia atrás, hacia atrás, hasta el rellano, donde Phil perdió pie y cayó despatarrado escaleras abajo.

Lenny pasaba cada vez más tiempo con Ronnie Walker.

A Walker lo recuerdo sobre todo por lo que no era. No era un Pantera. No era poeta ni músico ni artista. No estaba metido en el movimiento nacionalista negro. No tenía carné de nada, por lo que yo veía. Solo era un tío más. Un chaval de la ciudad. Criado en las barriadas del norte. Harlem o el Bronx. Creo que era veterano. A veces lo veía con una mujer asiática. Su esposa, quizá. O tal vez un trofeo que se había traído de la guerra.

Puede que estuviera implicado en la política de la época: creo recordar haberlo visto alguna vez en las concentraciones, en los actos para recaudar fondos y en otros eventos a los que me arrastraban mis padres, pero él existía al margen del vibrante círculo cerrado de los organizadores y sus egos. Nunca subía al escenario. La mitad de las veces, ni siquiera entraba en la sala. Se quedaba en la calle, merodeando en torno a la puerta del escenario para pillar a Lenny durante medio segundo, susurrarle algo al oído y chocarle los cinco medio a escondidas. Conspirando.

Recuerdo que le gustaba llevar un gorro de punto negro que le tapaba casi toda la frente y las orejas. Y una de esas chaquetas militares verdes. A lo mejor por eso pensaba yo que era un veterano.

Recuerdo... no mucho.

Recuerdo que una vez Lenny le dijo a mi madre: «Este tipo es auténtico», y recuerdo no haber entendido lo que significaba aquello.

Más pruebas:

—Lo importante es la actitud —me dijo Lenny—. No te pongas nervioso. Entra y empieza a mirarlo todo como si quisieras comprarte la tienda entera. Haz como si llevaras un fajo de billetes metido en el bolsillo. Billetes de cincuenta dólares. De cien. Solo de los grandes. Nótales en el pantalón. Su peso. Todo enrolladito y atado con una goma. Pásale el pulgar por el borde. Palpa la curvatura y siente cómo cede bajo la presión de tu dedo. Billetes nuevos. Sin usar. Aspira ese olor a dinero fresco. Hazlo real. Créetelo. ¿Quién habrá visto nunca tanta pasta junta? ¡Pues tú! Y esto es una miseria. El chocolate del loro. ¿Qué se siente al ser tan rico? ¿Cómo te afecta a la postura? ¿Y al corazón? ¿Y a la polla?

Me observó mientras sacaba pecho y echaba atrás los hombros, normalmente encorvados por la inseguridad. Asintió dándome ánimos. Solo se trataba de un juego, un juego al que estábamos jugando. Y llevaba una lección incorporada.

—Ahora, a por ellos, chaval —dijo—. Demuéstrales lo que vale un peine.

Y, de un empujón, me hizo entrar en la tienda de comestibles de la esquina.

Me paseé por los pasillos en busca de algo impresionante que robar. Calma. No soy más que un chaval que para un momento en el camino de vuelta a casa desde el colegio. Qué importaba que fueran las diez de la mañana y que yo no tuviera aún edad ni para ir a la guardería. Acaricié las bolsas de patatas fritas. Saludé con la mano al encargado, que se elevaba como una torre detrás de su enorme mostrador.

—¿Qué tú estás buscando, papi? —me preguntó, cordial. Sabía que yo vivía a la vuelta de la esquina.

—Nada —le dije, y en un instante sentí cómo la confianza, la arrogancia se me escapaban del cuerpo. Me estaba mirando. Vigilando. Sabía que no llevaba un rollo de billetes en el bolsillo. Ladeé la cabeza y continué recorriendo los pasillos, sintiendo cómo me agobiaba el calor de su sospecha. Los segundos pasaban. Lenny se encontraba fuera, esperando. Haciendo una lista mental de las maneras en las que yo podría estar jodiendo el plan. Empecé a pensar que lo mejor sería rendirme ya. Ahorrarme el jaleo de tener que escapar de la tienda con el encargado persiguiéndome.

—¿Tu mamá te mandó a comprar algo? ¿Pan? ¿Azúcar? Si me lo dices, te

lo busco.

Negué con la cabeza. El pis empezó a quemarme la vejiga.

El mostrador tras el cual estaba sentado el tipo consistía en una colmena de cubos transparentes, cada uno de ellos lleno de chucherías de una marca distinta.

—Solo quiero unos pocos de esos —le dije, señalando los caramelos Tootsie Rolls, no los marrones, sino los verdes, naranjas y amarillos.

Llevaba una moneda de veinticinco centavos en el bolsillo y se la tendí. Tuvo que echar todo el barrigón encima del mostrador para poder alcanzarme la mano. Entonces me dio cinco Tootsie Rolls, no, seis: el último, el de la buena suerte.

Al salir, le enseñé a Lenny lo que traía, fingiendo haberlo robado. Una mentira evidente. Los caramelos iban metidos en una bolsa de papel marrón.

Me lanzó una mirada dura, de incredulidad, decepción y desdén, todo junto en un solo vistazo.

—No mola —dijo.

Y se largó. Echó a andar a toda velocidad por la avenida. Me costaba seguirle el paso. Un poco más adelante, se volvió hacia mí de nuevo.

—No mola una mierda.

La ira le hervía por todo el cuerpo y por un instante creí que iba a pegarme, pero en lugar de eso agarró la bolsa y empezó a darle vueltas como un molino, arrojando su contenido por la calle. Los caramelos salieron despedidos con el giro, rebotaron en los parabrisas o se quedaron aplastados bajo las ruedas de los coches.

Durante los tres días siguientes hizo como si yo no existiera.

La lección era esta: él habría preferido que me detuvieran.

Los andrajosos con los que nos cruzábamos de vez en cuando. Haciendo eses por las avenidas.

Hombres con vestidos rasgados, que a veces ondeaban bajo chaquetas de motorista agrietadas: no eran *drag queens*, no eran sutiles ni elegantes. Apestaban a brutalidad. No tenían sentido de la ironía. O quizá demasiado.

Mujeres con llagas abiertas y supurantes en las mejillas.

Tipos que se exponían al frío helador con solo una camiseta mugrienta.

Inmunes a los elementos. Que caminaban puestos de algo a varios centímetros del suelo, pasados de rosca, y acababan estrellados y quemados. Botas militares dando bandazos, arriba y abajo, por los bordillos. Brazos y piernas y hombros volando en todas direcciones como porras. Bocas abiertas y húmedas como heridas recientes.

La mitad de las veces, Lenny los conocía, pero, cuando los veíamos en ese estado, nos manteníamos a una distancia prudencial.

—A ese es mejor dejarlo en paz. Ha tenido una mala noche —decía—. Lo único que se puede hacer con un tío en esas condiciones es andarse con ojo para que no te arree un golpe cuando empiecen las convulsiones.

No me daban miedo. Los tenía demasiado vistos como para inmutarme siquiera, constituían una parte más de la estructura de la ciudad. Estaban en guerra con algo, sin duda, pero yo ya sabía que no era conmigo.

Había un poli al que veíamos por ahí a menudo. No era de los que repartían leña. Era de más alto rango. Se movía de otra manera. Más calmado. Menos bravucón. Su potencia residía en sus hombros. En sus pies pesados. Había aprendido a contenerla. No tenía nada que demostrar. Se trataba de un tipo corpulento, paliducho y sonrosado como todos los demás, pero más listo que la mayoría, más refinado. Y alto. El color naranja de su pelo había empezado a perder intensidad como la portada de un libro de tapa blanda abandonado encima del salpicadero del coche. Algo en él te decía que no iba a pegarte una paliza. Siempre llevaba las camisas planchadas. Parecía que no sudara nunca.

Lo espiábamos a través del escaparate de la cafetería Odessa. Comiendo solo. Siempre en Odessa. Siempre solo. Cuando Lenny lo veía allí, su cuerpo se llenaba de una alegría muy peculiar. Corríamos haciendo aspavientos a tocarle las narices al tipo. Al poli. Al sargento o capitán o lo que fuera. Lenny aparecía por detrás de su asiento y le daba golpecitos en un hombro mientras asomaba la cabeza por encima del otro. Je, je..., ¡te pillé! Agarraba la gorra del poli, le daba vueltas en las yemas de los dedos, se la ponía en la cabeza, me la ponía a mí. Le robaba *pierogis* del plato. Le tomaba el pelo. Se reía en su cara.

Y el tipo, aquel poli, se quedaba allí sentado y le dejaba hacer.

Hubo una sola ocasión en la que Lenny fue hasta la barra y pidió algo para

nosotros. Tortitas de patata. *Blintzes* de requesón con salsa de cereza.

—Nos invita el cerdo —le dijo entonces a la camarera—. Ponlo en su cuenta.

Hacia cuanto podía para provocar al fulano. Pero aquel poli era imperturbable. Todo le importaba un bledo.

—Pónmoslo para llevar —le dijo a la camarera.

Y, al pasar a trompicones hacia la puerta cargados con nuestras bolsas de comida, Lenny le palmeó el hombro al tipo y le dio las gracias y, a pesar de su deje estridente y aullante de Brooklyn, sonó sincero. Ni rastro de desdén.

Ese era Lenny. Así era él. Pero había algo más en sus juegos con aquel poli. Daba la impresión de que los dos participaban de la broma. A veces parecía que al poli le costaba trabajo no echarse a reír. La boca le temblaba, reprimiendo una sonrisa.

Ese mismo día, poco después, Lenny saldría a liderar una multitud que corearía «A la mierda los cerdos» y «El único poli bueno es el poli muerto».

Así que... lo ves, ¿no?

Lenny no paraba de traer a casa aquellos cacharros metálicos llenos de tornillos, planchas de acero y cables entrelazados. Los llamaba las «cajas de los truenos». Aparatos electrónicos trucados chapucosamente para poder conectar de forma intermitente y caótica con la línea telefónica y ahorrarte unas monedas, ganándole así la partida al sistema mientras hablabas desde una cabina. Se suponía que servían también para otras cosas: transferían tu llamada de larga distancia a la línea de un gran banco, entremezclaban las señales y evitaban cualquier escucha aunque tuvieras el teléfono pinchado.

Los conseguía trapicheando con los piratas telefónicos y la mayoría de ellos no funcionaban. Se te desmontaban solos entre las manos. Chirriaban como cuchillos atravesándote los tímpanos. Se sobrecalentaban y entraban en combustión espontánea. Pero a él lo volvían loco. Aquellos mamotretos nos iban a desconectar, literalmente, de la red.

Mamá le seguía el rollo. Golpeaba la caja con la palma de la mano, tratando de hacerla funcionar con la fuerza de su pensamiento, maldiciendo el aparato, maldiciendo a Lenny, aporreando el cacharro hasta que se rompía.

La recuerdo esquivando llamadas a través de uno de estos artilugios, ya casi al final de la partida, en los últimos meses antes de que lo detuvieran.

Siempre la misma conversación, fuera quien fuese su interlocutor.

—¿Cómo coño quieres que sepa dónde está Lenny? Andará por ahí con Walker. Como si está muerto, me importa una mierda.

Walker. Siempre Walker. Recuerdo con más claridad el rencor que mi madre le guardaba a ese tipo que al hombre en sí mismo.

Lenny en el salón, repantingado cuan ancho era en el sofá, soltándole un discursito a Sy, que estaba recostado en unos almohadones en el suelo, vestido informalmente con unos pantalones verdes muy cortos; tenía las peludas piernas de enano estiradas frente a él y un tobillo cruzado sobre el otro. Lenny estaba largándole su típica perorata, intensa y cabreada, regañándolo con aire desdeñoso y acusándolo de abandonar la causa justo cuando empezaban a ganar. Sy se limitaba a jugar con los espejitos cosidos a los cojines. Apenas lo escuchaba. Ya no se lo tomaba en serio. No era la primera vez que Lenny y él se encontraban en esa situación.

—Ni siquiera te defiendes —dijo Lenny, como si aquello fuera prueba de algo.

—No hay nada que defender.

—Dice el tipo que se acaba de comprar una casa en Scarsdale. —Mientras hablaba, Lenny se agachó sobre la mesa de centro y se puso a separar las semillas de una mata de marihuana.

—Te invito a cenar. Puedes darte una vuelta por la bodega y elegir la botella que tú quieras.

—¿Tienes de garrafón?

—Ni de coña. Pero ¿sabes lo que sí que tengo? Un cuartito entero acondicionado como cava de puros. Si te crees que esta mierda es buena —Sy hizo un gesto señalando la maría que había encima de la mesa—, espérate a probar la «Sweet Mercy» que tengo almacenada allí. Ladrillos y más ladrillos, envueltos en papel de aluminio. Comparada con ella, esta hierba es lo peor.

Y, así sin más, la tensión entre ellos se esfumó y se echaron a reír a carcajadas como en los viejos tiempos.

Yo no tenía ni idea de lo que estaba en juego, claro. Para mí, Sy era el tío que antes iba en taparrabos y ahora a veces aparecía de traje y corbata, presumiendo de toda la pasta que ganaba. Un tipo decente, el bicho raro del grupo de Lenny.

Pero lo que más me chocó aquel día fue que Lenny lo trataba como a un igual. Deseaba de veras la aprobación de Sy. Y nunca la tendría del todo: de eso también me di cuenta.

Una noche, de cena en un restaurante. A mí me parecía pijo, pero probablemente no lo fuera. Simplemente era más pijo que un quiosco en el que venden pizza para llevar, nada más. El tipo de sitio que tiene mesas de madera, platos de los que se rompen y cubiertos de verdad.

Solo comí pepinillos en vinagre. Mi plato favorito. Los tomaba para desayunar, para comer y para cenar, y ese día estaba muy contento, porque en aquel restaurante los tenían y me habían traído un cuenco lleno.

Sobre la mesa había vino. Y palitos crujientes de pan tostado. No es posible que se tratara de un sitio tan pijo: tenían servilletas de papel. Un papel caro, difícil de rasgar, pero papel al fin y al cabo.

Estábamos con más gente. Un hombre y una mujer. Eran gente seria, o, mejor dicho, se tomaban muy en serio a sí mismos. Una pareja negra de voluntad férrea y mirada de acero que entendía el poder y se sentía cómoda con él. La clase de gente que, si no sabías quiénes eran, te hacían sentir que deberías saberlo. Ocupaban el espacio con una autoridad distendida, como si tuvieran la certeza de que nadie iba a torearlos. Hasta yo me daba cuenta, y no era más que un mocoso que no se enteraba de nada. El hombre tenía un rostro ancho, un puñado de pecas en las mejillas y unos ojos enormes, húmedos y graves. Proyectaban compasión, algo que otros quizá habrían podido desdeñar llamándolo dignidad. Pero había algo más en él. Dureza. Estoicismo. Como si supiera lo inofensivo que aparentaba ser y hubiera aprendido a utilizar aquel equívoco con gran fiereza. Pero él no ostentaba realmente el poder de aquella pareja. Era su mujer, con su entrecuchar de pulseras, su sombra de ojos violeta y sus pantalones de cuero ajustados, la que hablaba todo el tiempo, y, cuando digo hablar, quiero decir disertar.

Tenían a mi madre impresionada. Inclina el cuerpo casi hasta la mitad de la mesa para seguir la conversación. No paraba de murmurar «Mmm» mientras cerraba los ojos, como si estuviera intentando hacer alarde de cuánto saboreaba su sabiduría. Cuando formulaba sus propias ideas, no parecía ella misma. Se mostraba complaciente y más ansiosa de lo habitual por demostrar lo lista que era.

Lenny, por primera vez desde que tengo memoria, se había quedado fuera de juego. No estaba grogui. Ni fumado ni puesto de ácido ni escondido en el cuarto oscuro, sino que lo habían dejado al margen. Su presencia allí resultaba insignificante. Aquel era el escenario de Suzy, o, mejor dicho, el de la mujer de las pulseras. Le prestaban tanta atención como a mí: cero. Y Lenny estaba inquieto. Aburrido. No paraba de mirar el suéter de la mujer, de mirarle las tetas, como desafiándola a reparar en él, como si quisiera que se lo recriminara. Ella se limitaba a seguir hablando. Y a veces, cuando ponía especial énfasis en alguna idea, le agarraba la mano a mi madre y se la estrujaba. Lenny robó algo de comida del plato de mi madre —un palito de pan tostado, una zanahoria, lo que fuera—, se lo llevó a los labios como si fuera un cigarro y se dedicó a jugar con él en la boca. No hubo reacción alguna, solo la del hombre, que le dirigió una mirada lenta con aquellos ojos suyos. Lenny le dio un bocado. Petulante. Devolvió al plato el trozo que no se había comido. Un poco más tarde deslizó el dedo por el borde de su copa de vino, tratando de hacerla vibrar, pero no lo consiguió y desistió. Se estaba poniendo más y más nervioso. Empezó a hacer chistes. Gracietas. Comentarios inoportunos de los que nadie se reía. Agarró por las alas el pollo que había pedido y lo hizo bailar por toda la mesa, moviéndole las patas como si fuera una bailarina de cancan frita. Al menos yo sí me reí.

—¿Te ha gustado, chaval? —Volvió a hacerlo, contento de que alguien hubiera reparado en él, aunque decepcionado de que fuera solo yo. Me lanzó una de las alas al plato—. ¿Qué te pasa? —preguntó—. ¡Come!

Y luego se volvió de nuevo hacia la mujer, para estudiarla. El peinado a lo afro. Los pómulos. Los dedos largos y finos. Empezó a jugar con la servilleta por debajo de la mesa. La dobló. La volvió a doblar. La dobló una vez más. La rasgó un poco por aquí, la retorció un poco por allá. Cuando nos la mostró, la servilleta se había convertido en un sujetador. Lo dejó caer en la mesa entre Mamá y la mujer.

Por fin le prestaron atención. La mujer dejó de hablar para examinar su obra.

—Qué bonito, Lenny —dijo—. Deberías dedicarte a animar fiestas infantiles.

Le dio el sujetador a su marido y cambió de postura en la silla para dejar nuestro lado de la mesa fuera de su campo de visión.

Su marido hizo una mueca y colocó el sujetador frente a Lenny, mirándolo como un profesor a punto de pillar a un niño copiando en un examen.

A Lenny aquello le encantó. Levantó una ceja, socarrón, inclinó la cabeza a un lado, volvió a inclinarla al otro.

—Ten cuidado —lo conminó el hombre.

—Siempre estoy alerta. —Lenny agarró otra servilleta, agachó la cabeza y se puso otra vez manos a la obra.

En aquellos momentos, todos estaban pendientes de él, aunque de forma sutil. El hombre le había colocado suavemente la mano en el cuello a su mujer y la había dejado allí, recordándole que se encontraba a su lado. Mamá se enfrascó aún más en la conversación, negándose con empeño a prestarle atención a Lenny.

—Qué interesante. Cuéntame más —exclamó con entusiasmo.

La mujer lo hizo. Su discurso tenía un filo agresivo, como si lo estuviera dirigiendo contra Lenny: «No me toques los huevos, niño».

Él volvió al ataque con un nuevo ejemplar de origami, dándole vueltas entre los dedos. Una forma elíptica con una abertura en uno de los lados, pliegues como pétalos en torno a una hendidura de lo más delicada.

—Una ostra —dijo.

Se la lanzó como una pelotita de papel a la mujer. Se mantuvo expectante mientras ella la examinaba. Por fin la había impresionado, aunque de forma negativa.

—Ábrela —le dijo.

Al hacerlo, a regañadientes, la mujer descubrió que había algo escrito dentro. Le pasó la nota a mi madre, que también la leyó. Algo empezó a supurarle del cuerpo. Apretó con fuerza los labios. Miró fijamente a la mujer y luego a Lenny, que se rio entre dientes y soltó un «¿Qué pasa?». Con los ojos cerrados como si estuviera rezando, mi madre esperó a dejar de hervir de ira antes de devolverle la nota a la mujer. El hombre también la leyó. Todos tenían aquellas expresiones en el rostro, las que Lenny me había enseñado a interpretar como el fruncimiento estreñado del opresor.

—¿Qué os pasa? —dijo—. ¿No os va el amor libre? Creía que erais radicales.

Todos se quedaron a la expectativa de lo que haría a continuación.

—En fin, menudo éxito —acabó diciendo mi madre.

La velada había terminado. Hasta yo me daba cuenta. Nadie, ni siquiera Lenny, estaba contento.

Más tarde, de camino a casa, mi madre dijo:

—Buen trabajo, Lenny. En serio. Espectacular.

Después, más tarde aún, Lenny cogió una piedrecilla de hormigón de un bache en la acera y la lanzó contra una señal de tráfico.

—Que se jodan si no aguantan una broma —dijo.

Ninguno de los dos volvió a dirigirle la palabra al otro durante el resto de la noche, ni durante los siguientes días, no sé cuántos fueron al final.

Los recuerdo, después de aquello, en habitaciones separadas, irradiando desprecio mutuo.

Según se aproximaba el final, Lenny se pasaba más tiempo fuera que en casa. Era impreciso con los detalles, insolente, se regodeaba en sus secretos, apenas estaba presente cuando aparecía, solo pasaba a buscar una camisa limpia, un libro o algo de pasta, o a arrasar con todo el yogurt que había para mí en el frigorífico. Mi madre nunca le preguntaba adónde iba. Ni se le ocurría decirle que tuviera cuidado. Se despedía de él con un gesto de la barbilla y ni se molestaba en acompañarlo a la puerta. Luego se quedaba mirándola, esa misma puerta que él acababa de cerrar de un portazo, como si deseara no volver a verla abrirse jamás.

O pasaba de él por completo, y se limitaba a quedarse sentada en nuestro destartado sillón verde y a fingir estar inmersa en los panfletos feministas y en los libros de autoayuda que tanto le gustaban por aquel entonces. Viviendo su propia vida. O intentándolo, por lo menos. Trabajando en la transformación personal que esperaba que resolviera, quizá, todos sus problemas. Dejándole claro a Lenny —aunque él no quisiera darse cuenta— que la nueva mujer autorrealizada en la que anhelaba convertirse no necesitaría a un demonio arrebatado y furibundo como él.

Y la sensación que yo tenía algunas noches, después de las salidas airadas de Lenny, de que las paredes del apartamento iban derrumbándose poco a

poco, tan despacio que nadie se daba cuenta salvo yo. Algún día se nos caerían encima —a mí y a mi madre—, y nos quedaríamos enterrados entre los escombros, lisiados y sangrando, con la piel cubierta del polvillo blanco del pladur de las paredes. Nunca nos recuperaríamos. Nos pasaríamos el resto de nuestra existencia cojeando en un estado de sonambulismo, a este lado de la frontera entre la vida y la muerte, pero lejos de sentirnos realmente vivos. Recuerdo estudiar aquellas paredes. Hacer agujeros en ellas, examinar su pandeo y los ángulos que formaban con el suelo, intentando detectar cualquier signo de debilidad que pudiera enseñarle a mi madre para demostrarle que había que reparar aquella trampa mortal. Ella podía resolver el problema. Yo sabía que podía. Lo único que tenía que hacer era atrancar la puerta y encerrar a Lenny con nosotros. Porque yo entendía lo que ocurría. Las paredes no se estaban derrumbando porque sí. Gravitaban hacia el espacio vacío, hacia la nada oscura y desierta que había dejado la ausencia de Lenny.

A Mamá no parecía importarle. Tu padre está investigando para su libro, me decía, como si aquello explicara su rabia, su sigilo, su agitación, el hecho de que casi siempre se hallara en cualquier lugar salvo en su casa.

Todo aquello fue antes del jaleo del hotel Whitmore.

—Hoy estamos solos tú y yo —me decía mi madre. Como si eso fuera especial. Como si fuera algo distinto de lo que pasaba todas las noches.

Y, tras ella, las paredes cedían un poquitín más.

Recuerdo que un día eché a andar hacia el oeste, cruzando las avenidas, alejándome de casa en diagonal. «Anda, vete por ahí de juerga y déjame tranquila», me había dicho Mamá, llevándome hasta la puerta. Yo estaba enfadado con Lenny porque había vuelto a marcharse. Y estaba enfadado con ella por dejarle ir. La fortaleza seguía resquebrajándose.

El mundo no era tan libre como Lenny y mi madre me lo habían pintado. Había zonas de libertad relativa —de familiaridad e intimidad— que anidaban unas dentro de otras. El apartamento, donde podíamos hacer todo lo que quisiéramos, desde vagar desnudos atiborrándonos de helado hasta —aunque era menos divertido— contemplar a mi madre manoseando fantasmas en el aire en un viaje de ácido. La manzana, donde nos conocían y toleraban, donde la gente nos saludaba con nuestros nombres cuando pasaba a nuestro lado. El barrio, la zona de viviendas delimitada al norte por la Calle 14, y al

sur por Houston, la Tercera Avenida y el río; dentro de aquella cuadrícula, siempre sabías dónde estabas, qué esperarte a la vuelta de la esquina y cómo afrontar la situación, cuándo había que mantener la calma y cuándo había que echar a correr. Cada una de estas zonas se inscribía en el interior de una barricada invisible, muros que uno atravesaba, aunque solo fuera psicológicamente, según avanzaba hacia el siguiente redil, algo menos seguro.

Aun con cinco años, un niño podía orientarse él solito por aquel terreno.

Recuerdo haber pasado por delante de los puntos de referencia que conocía. La iglesia de San Marcos. El cuadrado que habían pintado en la acera para que pareciese un ojo masónico que todo lo ve. La MaMa, donde los locos del teatro se reunían para hacer el mono, a veces literalmente, colgándose de los alféizares de las ventanas y cantando canciones de espectáculos experimentales. El edificio del Movimiento Obrero Católico, donde, según Lenny, si alguna vez me hallaba en apuros, encontraría gratis una comida caliente y una ducha. Y entonces llegué al límite del mundo conocido. Bowery, con sus carriles de tráfico convergentes y divergentes. Con sus pensiones. Con sus yonquis y sus borrachos, tan distintos de los nuestros, más sosos, más tristes, más viejos.

Algo más arriba en la avenida, se alzaba, como caído del cielo en medio de la calle, el majestuoso edificio de la Universidad Cooper Union. Quién sabía lo que habría más allá. Yo había estado al otro lado muchas veces, pero nunca solo. Había acompañado a Lenny o a mi madre cuando iban a visitar a sus amigos y colaboradores. Había desfilado por Broadway con las masas encolerizadas. Pero los detalles materiales del paisaje pasaban de largo, veloces, casi imperceptibles, retazos de colores y formas que no dejaban en mí más que una levísima impresión de sus pesos y sus matices. Pertenecían a extraños. Escapaban a mi comprensión, no podía confiar en ellos.

Crucé la calle y expandí mi territorio. Una conquista. Una toma de posesión. Me adueñé de una nueva franja de ciudad. Para enseñarle a mi madre —y también a Lenny— que ellos no iban a definir mi Nueva York.

No iba a ninguna parte, simplemente me alejaba. Creía que mis pasos me estaban llevando hacia mí mismo. Pero ¿qué sabía yo? En verdad no sabía una mierda.

Puse rumbo a Astor Place, me paseé arriba y abajo por Broadway. Me quedé atontado durante un rato delante de una iglesia, mientras observaba a

una ardilla rebuscar entre las hojas secas dentro de una fuente vacía. Serpenteé por entre las calles, torciendo arbitrariamente en las esquinas al compás de las luces de los semáforos. Esta vez sí que aprecié cosas. Los edificios eran más bajos, más sólidos. Había menos sombras. Aquí la gente perdía menos el tiempo, dedicaba sus energías a objetivos específicos y cuantificables. Brillaban como espejos al sol, sin trabas, seguros tanto de su industria como de su ocio. La mayoría de ellos. En los márgenes, trabajando en los quioscos de periódicos y pregonando baratijas, limpiando las aceras con mangueras a presión, merodeando en los portales y en las entradas del metro, las hordas vulgares y malhabladas observaban y esperaban, al acecho, amenazantes. Recuerdo haberme preguntado qué tribu me correspondía, seguro de que Lenny habría dicho «El pueblo al poder», pero sabedor también de que nosotros éramos distintos de aquel pueblo, especiales, famosos, más osados que ellos.

Por fin, caí en la cuenta de que ya no tenía ni idea de dónde me encontraba. Tras una reja verde, había una callejuela encantadora, con adoquines, luces de gas y casas de ladrillo antiguas. Una franja de vida aislada que la ciudad había olvidado trasladar con ella al siglo XX. Me interné en la callejuela y la reja se cerró con un clic a mi espalda. Estoy completamente seguro de haber oído un clic, porque empecé a dudar de si podría volver a salir. Lo que más miedo me dio fue que allí no había nadie. Solo la hiedra y yo, tan lejos de la ciudad, a pesar de hallarnos en su mismo corazón.

Me entretuve durante un rato estudiando los porches de pizarra, agrietada por siglos y siglos de uso, y acariciando con la mano las cabezas de caballo de hierro que remataban los postes de amarre de las monturas. Traté de hacer oídos sordos a la preocupación que me atenazaba por lo que pudiera significar aquel clic que había oído. Estaba bastante seguro de que me había quedado atrapado, y, cuanto más intentaba evitar pensar en ello, más me convencía de que, efectivamente, sin duda alguna, estaba atrapado.

Me puse a enredar con la tapadera de un cajón de madera podrida anexo a una de las casas. Una carbonera, quizá. O una fresquera para patatas. Intenté adivinarlo. No tenía ni la menor idea de para qué había servido. Arranqué algunas escamas agrietadas de pintura azul pastel. Tanteé con la punta de mi zapatilla deportiva las zonas reblandecidas que se hundían en la tierra. Abrí y cerré la tapadera varias veces hasta que la bisagra se partió en dos.

El pánico me invadió como una marea. No tanto porque corriera el riesgo

de que alguien me regañara, sino más bien porque temía quedarme encerrado en aquel callejón de por vida. Me agaché haciéndome una pelota y me protegí la cabeza con los brazos como si fuera a caerme encima una bomba nuclear. No sé cuánto tiempo permanecí así.

Cuando el eco cesó en mis oídos, distinguí el sonido de la reja abriéndose. De nuevo el clic del pasador. Alguien arrastrando los pies.

Era Phil Ochs. Se agachó junto a mí y me colocó la mano entre los omóplatos. La mantuvo allí, firme pero suave, hasta que me tranquilicé. Y, sin preguntarme lo que había pasado ni por qué estaba allí ni si tenía miedo, sin hacerme ninguna de las preguntas que podrían haber sacado a la luz la cruda realidad infantil de mis tribulaciones, me acompañó a casa.

Cuando llegamos al porche de mi edificio, Phil no quiso subir.

—Aquí ya no so-soy bienvenido —dijo.

Pero se quedó remoloneando un rato, como si estuviera a la espera de algo más. Sacudió la cabeza para impedir que el pelo se le metiera en los ojos y me dirigió una sonrisa complicada y algo triste. Entonces, como si acabara de acordarse de la razón por la que se encontraba allí, se metió la mano en el bolsillo y sacó una púa de guitarra. Se arrodilló frente a mí y me la tendió en la palma abierta de su mano.

—De-de parte del gran Phil Ochs —dijo, compensando el autobombo con una sonrisita torcida—. Puedes decirle a la gente que una vez fue amigo de tu padre. —Volvió a ponerse de pie, agachó la cabeza y se llevó dos dedos a la sien en un saludo desganado, el consabido gesto que había perfeccionado durante años, despidiéndose con él en el escenario—. Nos vemos —dijo.

Y, sin más, se marchó andando con torpeza por el camino por el que había venido.

* * *

Y, cómo no, recuerdo los colocones de cocaína de Lenny: nunca se le pasó por la cabeza ocultármelos.

Polvillo blanco esparcido por las carátulas de los discos. Le gustaba utilizar a los Dead para esto. Manipulaba el polvillo con su viejo carnet de la Universidad Brandeis, lo disponía en una serie de rayas esmeradas, las partía por la mitad para formar otras aún más pequeñas, concentrándose con

meticulosidad en su empeño, y racionaba la droga para que le durara toda la noche. Me hablaba entre una esnifada y otra. Monólogos laberínticos, cargados de fervor justiciero. Seguía siendo un fanático aun en su soledad. Yo no podía seguirle. La mayor parte de lo que decía no tenía ningún sentido. ¿De qué le sirve Marcuse a un niño de cinco años? ¿Cómo podía pretender que yo entendiera sus intrincadas teorías sobre el sionismo y sus efectos corrosivos sobre el carácter judío, por ejemplo, o sus profecías sobre la guerra racial que se desencadenaría cuando por fin eligiéramos a un presidente negro? Tampoco es que le importara. Hablaba consigo mismo. O, mejor dicho, la cocaína hablaba a través de él.

¿Y dónde estaba mi madre durante aquellas juergas? No lo sé. En mis recuerdos, es como si en aquellas ocasiones le hubiera cedido el piso entero a Lenny.

¿Y cuando ella estaba allí? Él se escapaba con el bolsillo lleno de naranjas.

Recuerdo que Ronnie vino una vez a nuestro piso cuando Lenny no estaba. Aporreó la puerta.

—Lenny, tío, soy Walker. Tengo que hablar contigo.

Mi madre me obligó a quedarme en silencio. Contuve la respiración. Fingimos no estar en casa hasta que él dejó de golpear la puerta y se marchó.

A veces Lenny volvía a casa con un labio ensangrentado, con un ojo amoratado. Nunca le preguntábamos lo que había pasado. Yo lo tenía prohibido y Mamá estaba harta de la carga que le suponía saberlo, harta de sus alardes, de sus intrigas y de sus gilipolleces sin fin. Harta, sobre todo, de él.

Cada nuevo chanchullo en el que se metía lo alejaba más de ella.

Recuerdo el terror que sentía yo a que una de aquellas veces él se marchara para no volver. Y a que Mamá se sintiera aliviada. A que, fuera lo que fuese lo que lo empujaba a salir al mundo —su libro, siempre su libro, sus aventuras con los moteros, con los traficantes de drogas y con los ladrones de bancos que poblarían su gran obra subversiva y justificarían los húmedos impulsos adultos a los que nunca había aprendido a negarse—, no constituyera más que una excusa, una forma de racionalizar el abandonarnos sin tener que

asumir las consecuencias de lo que estaba haciendo.

La sensación de que le sobraba. De que yo era una carga.

Walker.

Nos lo encontramos una vez, Lenny y yo, mientras pasábamos el rato en Tompkins Square. Sentado en el respaldo de un banco. Rodeado por un grupo de seis o siete tíos. Duros, de una forma diferente al tipo de gente con la que nos codeábamos nosotros. Rudos. Sin una pizca de idealismo que los templara. Walker se levantó para ir a hablar con Lenny entre susurros y asentimientos de cabeza. Chocó los cinco con varios de ellos. Despacio y por lo bajo. Con aire conspiratorio.

Luego se arrodilló frente a mí e hizo el paripé de charlar un poco con el niño, y lo único en lo que yo podía pensar era en cómo, cada vez que hablaba conmigo, se las arreglaba para echarme humo a la cara y en por qué narices hacía aquello.

Entonces agarró a Lenny por el hombro y se lo llevó detrás de un árbol, para poder hablar con él de lo que tuvieran que hablar sin que yo les oyera.

* * *

La última noche con Mamá. Es entonces cuando mis recuerdos empiezan a aflorar de verdad.

A ella le gustaba imaginarse que era vidente: dos quintas partes de la charlatanería de Carlos Castaneda y tres de la sensibilidad infantil de la niña que aún soñaba con un mundo donde los dragones y los duendes seguían campando a sus anchas por el reino. Auras y vibraciones, bendiciones, maldiciones, mi madre se tomaba muy en serio todo aquello. Aguzaba el oído intentando captar susurros en la oscuridad, extraer algún significado de cualquier murmullo que apenas alcanzara a escuchar. La mayor parte de las veces no se trataba más que de un pasatiempo. Una forma despreocupada y traviesa de bailar por la fría cárcel del pensamiento racional. Un excéntrico saludo a lo sagrado.

Fue en agosto, la noche en que ocurrió todo, el día 14, martes. Ella percibió las malas vibraciones en el aire: un olor como a setas podridas, un tintineo fantasmagórico de la cortina de cuentas que separaba su dormitorio

del resto del piso, una nube de aire gélido flotando en un lugar donde no tendría que hacer frío, señales sutiles imbricadas en la estructura oculta del momento. No paraba de coger el teléfono, pero no llamaba a nadie, solo escuchaba. Comprobaba si daba señal. Apretaba los cilindros de plástico transparente que establecían y cortaban la conexión. Volvía a escuchar. Aporreaba la caja de los truenos de turno contra la encimera. Insultaba y gritaba a los agentes federales que, sin ninguna duda, la estaban escuchando, pues nos habían pinchado el teléfono. Colgaba el auricular, se alejaba y volvía a comprobar si daba señal.

A las ocho o a las nueve de la noche, pasó a la acción. Me agarró de la muñeca y me arrastró descalzo cinco tramos de escaleras abajo. La noche era la hora de máxima audiencia en el Lower East Side. Estaba oscureciendo, así que la cosa empezaba a animarse. El cielo se hallaba surcado de colores y la suave luz estival bañaba las fachadas de ladrillo, haciendo que todo pareciera resplandecer con un brillo interior. Había transistores apoyados en todos los portales, una guerra territorial de melodías y texturas. Gente charlando y pasando el rato, sentada en cajones de leche, en sillas de playa o en los capós de los coches, bebiendo cervezas metidas en bolsas de papel marrón. Las farolas estaban encendidas y nosotros avanzamos esquivando a hippies, fumetas y multitudinarias familias portorriqueñas, travestis, punkis y macarras ucranianos, todos ellos de fiesta allí mismo, en plena calle. Desfilando, doblamos la esquina con la Avenida A. Todas las puertas estaban abiertas de par en par, en una cacofonía de restaurantes y bares, cuyas luces inundaban las aceras, cientos de sociedades distintas, sin ninguna relación entre ellas, superpuestas en el mismo pedazo de tierra. Mi madre me hizo entrar a la carrera en una tienda mal iluminada y abarrotada de objetos que se llamaba Holy Ablutions, y compró un manojito de salvia. En todo el camino no me dirigió ni una palabra. Me arrastraba como un peso muerto. Haciendo caso omiso de mi alarma y de mi confusión.

De vuelta en casa, abrió todas las ventanas. Arrimó la salvia a uno de los quemadores de la cocina hasta que empezó a soltar humo. Entonces arrancó a bailar por el piso salmodiando sabe Dios qué, hablando en lenguas desconocidas y agitando la salvia por todas partes. Encendió la radio —Bob Fass— y oímos cómo este peroraba sobre las nuevas leyes antidroga de Rockefeller, que —detalle importante— entraban en vigor a medianoche, que

implicaban una injusticia estructural y que constituían un frente más en la guerra que el país estaba librando contra los pobres y los desposeídos. Encerrar a todo el mundo en la cárcel por delitos sin víctimas es una forma como otra cualquiera de asegurarte de que no se levantarán contra ti. Mi madre permaneció sentada en la ventana escuchando todo aquello, bebiendo menta poleo a sorbitos hasta altas horas de la madrugada y fumando hachís para aliviar la ansiedad, hasta que la calle se fue quedando en silencio y las únicas señales de vida que se agitaban en el exterior se redujeron a una sirena ocasional, los drogadictos, los indigentes y los voluntarios de las ONGs que repartían bocadillos.

Lo que mi madre había estado haciendo era guardar vigilia. Y, por una vez, su caprichosa fidelidad a las supersticiones había dado en alinearse con la ferocidad de los acontecimientos que se desarrollaban sin que ella lo supiera.

Más adelante, mi madre le daría mucha importancia a aquella..., ¿qué fue, una coincidencia? La idealizaría y juraría haber sabido, sin saberlo, que, dondequiera que Lenny se encontrara aquella noche, fuera lo que fuese lo que estuviera haciendo, ella había tenido una premonición y —si no hubiera sido por su estúpido orgullo, su arrogancia, sus celos y su rencor— habría podido impedirlo.

Qué más daba que a aquellas alturas su matrimonio fuera una farsa.

Qué más daba que, por lo que a Lenny respecta, nadie pudiera salvarlo, y muchísimo menos ella.

Bueno, pues..., lo trincaron.

¿Qué quieres que te diga? Los hechos son los hechos: a las 10:30 de la noche del 14 de agosto de 1973, Lenny entró en el vestíbulo del hotel Whitmore, en el cruce de la Calle 29 con la Novena Avenida. Llevaba un bigote postizo y unas gafas de montura metálica. Se había engominado el pelo y se había hecho una tosca raya a un lado. Portaba una enorme bolsa de la compra de Gristedes, con unos plátanos y un paquete de pan de molde sobresaliendo de ella en equilibrio precario. Y, al fondo de la bolsa, kilo y medio de cocaína envuelta en plástico y papel de aluminio. El recepcionista declaró que, según recordaba, Lenny sudaba profusamente y no paraba de cambiarse la bolsa de hombro. Se registró con el nombre de Benny Schechter.

La red eléctrica llevaba todo el verano chisporroteando, especialmente en los días calurosos, y la compañía había introducido un calendario de apagones parciales para prevenir una avería catastrófica. Los ascensores del Whitmore no funcionaban aquella noche y Lenny tuvo que subir por las escaleras hasta el undécimo piso.

En la habitación 1102 le esperaban dos agentes de la policía secreta de Nueva York, posteriormente identificados como Thomas Keene y Frank Giordino. Giordino ya había entrado antes en contacto con Lenny, haciéndose pasar, según a quién creyera uno, por un matón de Bayside que, con la temeraria intención de hacer negocios por su cuenta, esperaba que Lenny pudiera proporcionarle acceso a un canal de distribución nuevo sin que se enteraran sus jefes; por un colgado de Rockaway, miserable, estúpido y en busca de droga, o por un intermediario del IRA, de la OLP, de la banda Baader-Meinhof, del CNA, del PKK, del que tú prefieras, que buscaba su colaboración para establecer una fuente fiable de ingresos a nivel de calle, con la que poder financiar sus constantes necesidades de armamento. Más adelante, la tapadera que realmente empleó Giordino adquiriría una importancia crucial. Cada una de ellas implicaba un móvil diferente por parte de Lenny. Lo único que resulta incontrovertible es que ambos se habían conocido tres meses antes, a principios de mayo, por mediación de un

individuo afroamericano cuya identidad nunca le fue revelada a la prensa.

Cuando Lenny llegó a la habitación 1102, estaba frenético. No paraba de dar la brasa con la decoración de mierda que tenía aquel cuarto. La alfombra gastada y decolorada, con manchas sospechosas aquí y allá. Las cortinas infestadas de bichos. Decidió jugársela y se echó en la cama boca arriba.

—Demasiado blanda; aquí no se puede ni follar. —La cama contaba con un dispositivo de masaje y Lenny empezó a jugar con el depósito de monedas empotrado en el cabecero, que era lo que lo accionaba—. ¿Tenéis una moneda por ahí? Estoy tenso. ¿Este cacharro funciona de verdad? —Y, a continuación, presuntamente, dijo—: Este sitio es demasiado perfecto. ¡Es como si alguien hubiera llamado al responsable de producción y le hubiera encargado encontrar un hotel de mala muerte! Cuanto más cutre, mejor. Que parezca que la única razón posible para pagar una de sus habitaciones sea cerrar un negocio de drogas chapucero. —Improvisó un monólogo sobre lo que estaban a punto de hacer—. ¿Vosotros sois de los de maleta o de los de bolsa de deportes? De bolsa, ¿a que sí? ¡Porque vaya tugurio! —Daba saltitos. Se frotaba las manos, llenas de avaricia. El sudor le chorreaba como si se le hubiera roto una tubería encima.

Giordino y Keene pensaron que probablemente estaría drogado, y vaya si lo estaba. Aunque, de haber estado sobrio, su comportamiento no habría sido muy distinto. Cualquiera que supiera un mínimo sobre Lenny comprendía que aquellas payasadas constituían el núcleo más básico de su ser. Lo raro habría sido que no estuviera ni drogado ni histérico aquella noche.

—Miraos —dijo, presuntamente—. ¿Vais disfrazados? ¿Seguro? Ahora tengo que preguntaros si sois polis, ¿no? Así va el rollo, ¿verdad? Eso es lo que hacen en las pelis.

Pero no les preguntó si eran polis. Lo que hizo fue seguir con su ra-ta-ta-ta-tá.

—Yo sí que voy disfrazado. Siempre lo estoy. No soy quien digo ser. Aunque ¿quién lo es, no? Pero, ahora en serio, ¿Benny Schechter? ¡No jodáis!

A aquellas alturas, los policías empezaban a perder la paciencia. Keene declararí­a más tarde al *New York Post* que tuvo que emplearse a fondo para no soltarle una colleja a Lenny y decirle: «Para ya, joder. Me estás dando jaqueca». Afirmó que nunca antes había participado en una operación policial encubierta tan extraña. «Era como si el tío estuviera haciendo todo lo posible

para que lo trincaran», dijo.

Y puede que Lenny quisiera que lo trincaran. O quizá es que, simplemente, su ego y sus inseguridades fueran demasiado salvajes como para domarlas.

—¿No me reconocéis? —les dijo—. ¡A lo mejor soy famoso! ¿Qué pasa si os digo que soy Lenny Snyder?

Fue entonces cuando los polis decidieron que tenían que actuar antes de que la ineptitud de Lenny echara a perder toda la operación. Juraron no haber oído hablar jamás de Lenny Snyder. No tenían ni idea de quién era. Y quizá fuera verdad: se trataba de dos tipos de las zonas católicas de los distritos de la periferia, ¿qué les importaban a ellos los cazadores de *glamour* que hacían de la pobreza su fetiche en el reino de fantasía que era entonces el sur de Manhattan a partir de la Calle 14? El movimiento de Lenny no había supuesto ninguna amenaza para ellos. Sus hijos eran demasiado pequeños para entender la noción de abandonar los estudios. Aunque, por otro lado, la realidad era que ambos se hallaban en esa habitación; habían llegado muy lejos para conseguir llevar a Lenny hasta aquella situación concreta, en la que la ley y el orden revelarían por fin que el gran profeta radical de la revolución mundial no era ni había sido nunca más que un estafador, un delincuente de tres al cuarto que había acabado por pasarse de la raya. ¿De verdad cabe la posibilidad de que se hubieran topado con él por pura casualidad? No lo creo, pero, a fin de cuentas, yo soy parte interesada. Creo que le dieron donde más le dolía. Le arrancaron hasta el último jirón de su orgullo.

Le exigieron que les enseñara la mercancía. Él exigió que le enseñaran la pasta. Sacaron una bolsa de deportes —¡sí!— de debajo de la cama y la abrieron, dejando al descubierto treinta mil dólares en billetes marcados.

Lenny empezó a vaciar su bolsa de la compra, sin parar de soltar bromas histéricas, blandiendo los plátanos delante de su rostro como si fueran puros, abriendo una lata de cacahuetes con sobresalto fingido, como si pensara que de allí iban a salir serpientes, disponiendo cuidadosamente todos los artículos uno a uno en el escritorio destartado que el hotel conservaba de tiempos mejores. Le temblaron las manos al sacar la coca de la bolsa y, cuando por fin llegó el momento crucial, se quedó mudo, sin palabras por primera vez en su vida.

Keene y Giordino apenas pudieron contener la risa. «Nunca nos imaginamos que al final el tío fuera a ser tan cobardica», diría Keene más

adelante. ¿Y todo por qué? Cuando probaron la mercancía, el último paso de aquella pantomima, resultó ser una porquería. Laxante para bebés, levadura en polvo. Tan cortada que se preguntaron quién estaba engañando a quién. Había que pensarlo. Quizá Lenny se hubiera dado cuenta de que eran polis desde el principio. Tal vez aquello fuera un numerito publicitario, otro espectáculo teatral montado con el único propósito de ridiculizar a la Policía.

Es posible. Pero ¿probable? Depende de a quién se lo preguntes.

En cualquier caso, ya era demasiado tarde para cambiar de planes.

—¿Todo en orden? —preguntó Keene.

—Sí, claro —respondió Giordino.

Y, un segundo después de que el dinero tocara las manos de Lenny, los polis uniformados que estaban escondidos en el baño, en el armario y en el pasillo irrumpieron en la habitación empuñando sus armas y apuntándole a la cabeza.

Se meó encima. El gran Lenny Snyder. Se desplomó de rodillas, con las manos levantadas por encima de la cabeza, farfullando estupideces sobre la justicia y la equidad, y, al verse rodeado de tantos cañones que se le acercaban poco a poco, perdió por completo el control de sus músculos y de sus huesos. Se derrumbó sobre la alfombra, con el miedo rezumándole por todos los orificios. Un espécimen patético de delincuente. Sin agallas siquiera para afrontar lo que acababa de hacer.

Eso declararon Thomas Keene y Frank Giordino. Lenny refutaría aquella versión de mil maneras, ajustándola, afinándola, cuestionando sarcásticamente la versión oficial, contradiciendo a menudo sus propias declaraciones.

Al contrario que los hechos, la verdad era mutable, dependía de los rumores y del boca a boca, de la disposición de cada oyente particular a dar crédito a la forma en que cada bando coloreaba los hechos. Todas las partes implicadas estaban interesadas en convencer al mundo de que su versión de la historia era la verdadera. Los polis tenían que proteger sus egos mezquinos. Sus perspectivas de obtener distinciones, aumentos de sueldo y palmaditas en la espalda. Sus rondas gratis en el bar. Las expresiones de deseo en el rostro de sus esposas. Todo ello por haber pescado a un pez gordo, por haber representado el papel de los héroes que protegían nuestra forma de vida, la fe, la familia y todas esas gilipolleces, la esencia misma de los Estados Unidos, de la amenaza existencial que suponía Lenny Snyder. Y fue el agotamiento del

populacho lo que les sirvió de ayuda, el deseo de las masas de una explicación sencilla y exculpatoria de todo lo que había salido mal desde que los psicodélicos años sesenta resbalaron en el charco anodino y grasiento de los setenta. La gente quería orden. Quería sensatez. Lo que fuera, menos la ruina y el caos que los rodeaban. Qué oportuno, pues, si Lenny —el caos reencarnado— resultaba no haber sido nunca más que un cochino judío, un ladronzuelo charlatán que, como por fin se había demostrado, había construido toda su carrera explotando los dulces y esperanzados sueños de la juventud estadounidense. ¿Lo veis? ¡Este hombre no es un ángel de luz! ¡Nunca pretendió llevaros de vuelta al paraíso! Así es el verdadero Lenny, así ha sido siempre. Una criatura encorvada y nariguda en busca de socios para sus negocios de drogas.

Esta fue la historia que contaron todos los periódicos y que emitieron todos los informativos nocturnos. La que quedó codificada y machacada en la conciencia de nuestra cultura de la época.

O, en la versión más amable, si no lo presentaban como un fraude, lo exponían como una fábula con moraleja. ¿Qué ocurre con el individuo cuando la cultura cambia y lo abandona a él y todo en lo que cree? ¿Qué le pasa al idealista en una época cínica? ¿En qué pozos de desesperación se revolcará el hombre, a qué actos autodestructivos recurrirá en su afán por salvarse? Sin poner en duda los hechos que los polis afirmaban como verdaderos, se podía llegar a argumentar que la de Lenny era una historia trágica. Había resultado ser un mensajero imperfecto del cambio que propugnaba. Demasiado arrogante. Demasiado excéntrico. Demasiado propenso a confundirse a sí mismo con su mensaje. ¿Acaso es de extrañar que, cuando finalmente la revolución no llegó, él acabara por desmoronarse como sus enemigos siempre habían predicho, ahogado entre delirios y drogas? Sí, se podía argumentar de este modo, y de hecho algunos lo hicieron. Esos mismos líderes del movimiento contra los que había combatido durante toda su carrera, esos mismos políticos y burócratas que desde el principio habían demostrado sentirse más apegados al sistema que los sostenía que a los ideales que defendían, afirmaron que la caída de Lenny demostraba que ellos siempre habían tenido razón.

Pero no olvidemos que Lenny estaba escribiendo un libro. Llevaba un año y medio entrando y saliendo de las profundidades de Idaho y del norte de

California, codeándose con los restos militantes de varias comunas en Texas y Minnesota, tomando notas sobre las formas en las que varios tipos de bandas —desde los Ángeles del Infierno hasta los New Lords, los Innombrables y otros muchos grupos ilegales menos conocidos— estaban creando sus propias economías y códigos de honor, dedicándose a actividades ilegales clandestinas para forjarse espacios de libertad lejos del alcance de las leyes estadounidenses. ¿Acaso no es posible que, a pesar de su torpeza, Lenny solo estuviera tratando de adentrarse en el tema que le ocupaba y comprenderlo? ¿Que se hubiera sumergido demasiado en él? ¿Que las fuerzas que llevaban años persiguiéndolo utilizaran aquella torpe incursión suya en el periodismo gonzo como justificación para hundirlo? ¿Acaso no es posible que aún constituyera una amenaza para los poderes fácticos y que estos aprovecharan la oportunidad de callarle la boca?

Todo dependía de la interpretación que uno hiciera.

Más tarde corrieron rumores de que había traficado con armas. De que solo usaba la cocaína para recaudar fondos para «la causa». Rumores de que la droga no era suya. De que no tenía ni idea de lo que había en la bolsa del supermercado. Una explosión de rumores. El propio Lenny sembró la mitad de ellos.

Su favorito, el que acabó por incorporar a su retrato mítico, era que él mismo había decidido orquestar su propio martirio. Para tumbar las odiosas nuevas leyes antidroga de Nelson Rockefeller. Diría que había provocado intencionadamente su detención para forzar la máxima sentencia y encender la chispa de una revuelta progre. Porque una cosa era encerrar durante treinta años a un pobre negro idiota, y otra muy distinta hacerle eso mismo a un icono cultural. ¿Quién mejor para la misión que Lenny Snyder?

¿Quieres que te sea sincero? No tengo ni idea de por qué hizo lo que hizo. Tengo mi opinión al respecto, pero cambia cada dos por tres. A veces me pregunto si simplemente no estaría aburrido.

Lo que sí recuerdo es haber visto la foto que publicaron los periódicos al día siguiente.

En todas las portadas —y fueron muchas: el *Times*, el *Post*, el *Daily News*, el *Newsday*, el *Washington Post*, periódicos de Chicago, Los Ángeles, San Francisco, Boston, incluso de Londres—, la misma imagen de Lenny, esposado, demacrado, bañado en sudor, con pinta de estrella porno vestido

con un traje barato. Lo habían detenido. Estaba en la cárcel.

Pues vaya noticia. Su trabajo consistía en provocar que lo detuvieran. Su deporte favorito, cuando empezaba a tomarle el pulso a un público nuevo, era presumir de las mil maneras en que lo habían trincado. Una buena trincada. Una mala trincada. Una trincada jodida. Una trincada de farol. La vez en que los cerdos se echaron a reír y se negaron a trincarlo. «Hoy no te toca, Lenny. No te has portado tan mal.» Pinchándolo. Pasando de él. Hasta que irrumpió en la comisaría, agarró una silla plegable y la estrelló contra la vitrina de trofeos que había en el vestíbulo. «Ahora ya me he portado mal. ¿Me vais a leer mis derechos o qué?»

Pero esta vez fue diferente. ¿En qué? No en la forma, sino en el contenido. La fotografía de la portada de los periódicos contaba la historia entera. Los espectáculos de Lenny habían perdido la gracia. Ahora el espectáculo era él. Sin ese ardor justiciero. Sin esa arrogancia desafiante. Se lo veía encorvado y cansado. Ni siquiera oponía resistencia. Con la camisa de vestir empapada de un sudor miserable bajo una chaqueta de traje arrugada, Lenny colgaba como un trapo de la mano del cerdo que aún le atenazaba el bíceps. Y sus ojos, que intentaban huir de la cámara, contenían algo nuevo. Miedo, sí. Un miedo franco y estúpido. Pero también vergüenza.

Lo habían bajado del pedestal. Ahora ya no era más que un hombre.

Recuerdo a mi madre al teléfono en la otra habitación mientras yo contemplaba la foto. Hablando con el abogado de Lenny, el legendario William Kunstler. O quizá *hablar* no sea la palabra correcta. Uno no hablaba con Kunstler. Lo soportaba. Se hundía bajo el peso de sus monólogos y respondía: Vale, claro, vale, lo que fuera, cuando al hombre por fin se le ocurría hacer una pregunta. Llevaba toda la mañana llamando para ponerla al día de lo que se iba sabiendo: el aluvión de acusaciones, el sitio donde tenían detenido a Lenny, la hora y el lugar en que comparecería ante el juez.

—Llevan mucho, mucho tiempo detrás de él —le dijo—. Esta no se la van a pasar por alto.

Y ella le respondió (y quizá fuera así como empezó la fijación):

—Sea lo que sea, es culpa de Ronnie Walker.

Yo no me enteraría de todo esto hasta más tarde. En aquel momento, me dedicaba a luchar contra las náuseas, aferrado a la foto, apenas consciente del sonido amortiguado de las maldiciones y los bufidos que soltaba mi madre en

la habitación de al lado.

Cuando volvió a la cocina, iba vestida con ropa formal, o todo lo formal de lo que ella era capaz. Se había puesto un vestido que le llegaba a la mitad de la pantorrilla, una de aquellas túnicas estampadas que hasta las mujeres que no estaban gordas llevaban por aquel entonces y unas sandalias de tiras que le llegaban a las rodillas. Había alcanzado un estado de concentración implacable, igual que cuando se preparaba para tomar las calles.

—Me voy a la cárcel municipal —dijo; pero no a mí. Al techo, a la puerta. Ni siquiera estoy seguro de que me viera.

Y recuerdo que, cuando se marchó, el piso se quedó sumido en un silencio sepulcral.

Algo se desató en mi interior. Una agitación desbocada. Sacudidas. Una diarrea torrencial de terrores infantiles me recorrió el cuerpo. Espasmos. El síncope de una mente infantil. Hasta que, por fin, me arrojé al suelo y me quedé allí tirado, estremeciéndome, completamente exhausto.

No sé cuánto tiempo permanecí allí tumbado, aplastando la frente contra el linóleo, pensando en aquella foto. La expresión del rostro de Lenny. Aquella vergüenza pavorosa. Aún no entendía lo que él había hecho. No quería. No me hacía falta. Ya era demasiado saber que podían reducirlo a tan poca cosa. ¡A él! ¡A Lenny Snyder! A mi temible padre. Al hombre que, más que todos los demás juntos, le había arrancado el sombrero de la cabeza al país y había dejado al descubierto la psique desordenada e incoherente que ocultaba. O eso era lo que me habían enseñado a mí. Ese es el hombre que él había sido durante los cinco años y medio de mi vida. No este pobre infeliz, este tipo sudoroso y abochornante de la foto.

¿Cómo? ¿Cómo, cómo, cómo, cómo podía haber sucedido aquello? Lenny siempre había tenido una habilidad especial para controlar la óptica de las cosas. Para reparar en todas las variaciones posibles de la historia, en las formas que aquellas variaciones tomarían en la prensa y en cómo entendería aquellos análisis, crónicas y artículos de opinión la gente de la calle, siempre tan subestimada. Los símbolos eran su especialidad. Cuando funcionaban —y lo hicieron durante mucho tiempo—, su mensaje brillaba como un faro en un promontorio, arrojando luz sobre todo lo que se extendía a sus pies. Un billete de un dólar en llamas frente a las cámaras. Un coro de niños cantando canciones pacifistas, con las camisas y los rostros manchados de sangre y

carbón. Siempre había algo allá fuera, en el mundo, para justificar su megalomanía, su tendencia a la autopromoción. Pero aquel Lenny y el Lenny de la foto... eran seres humanos incompatibles. Independientemente del nivel de gilipollez que Lenny pudiera haber alcanzado, no era el tipo de tío al que uno pillaba tambaleándose, cayéndose y meándose en los pantalones.

Me negaba, me negaba a creer que aquello fuera verdad, y punto. Y si me quedaba allí el tiempo suficiente, aporreando con la cabeza las baldosas mugrientas del suelo, a lo mejor, quizá pudiera conseguir que no lo fuera. Y eso hice. Podría haberme quedado allí para siempre. Tampoco es que a nadie le importase, la verdad.

Lo único que quedaba por hacer era esperar. Y después, o eso me parecía entonces, morirme.

Pero, en lugar de eso, me quedé dormido.

Compareció acusado de tráfico de drogas —un delito grave— ante un juez llamado Preston Eggleston, defensor borreguil del *statu quo*, o, como Lenny y sus desarrapados colegas se empeñaban en llamarlo usando la expresión favorita de Lenny, el «statu dólar». Eggleston, ya fuera por rencor o por el autoritario instinto natural de castigar, fijó la cuantía de la fianza en cien mil dólares. Aquella cifra constituía toda una declaración de intenciones. A los camellos, a los Ángeles del Infierno, a los traficantes de verdad a quienes Lenny había estado investigando para su libro, los enchironaban por cinco o diez mil, veinte mil como mucho.

Se trataba de un ajuste de cuentas. Todo el mundo lo sabía.

Pero, según los cálculos de Kunstler, aquello era positivo. Durante la rápida conversación que se dignó a mantener con mi madre mientras salían del juzgado, irradiaba seguridad:

—Están ahí sentados pensando: «Esta vez lo tenemos agarrado por las pelotas. No se nos va a escapar». Y, cuanto más eleven la apuesta, mejor será para Lenny. Tenemos los precedentes de nuestro lado. El camino está claro, aunque no exento de riesgos, y por ahí vamos a ir.

Cuando mi madre le pidió detalles, él le contestó con una evasiva.

—Confía en mí, tengo mis métodos. —Retrocedió hasta la parada de taxi y le gritó—: Tú solo preocúpate de reunir la fianza, que yo ya me encargaré del resto.

Y vaya si se preocupó. Porque, a pesar de los contratos editoriales y la conferencias universitarias de Lenny, a pesar de las grandes cantidades de coca con las que supuestamente había estado traficando, no nos acercábamos ni de lejos a tamaña suma de dinero.

En otros tiempos, cuando las detenciones de Lenny llevaban la marca de la justicia política, había habido cauces establecidos, organizaciones solventes deseosas de acudir en ayuda de los guerreros culturales. Pero aquellos eran otros tiempos. Ahora Lenny estaba solo.

Y los avalistas se negaban a operar con fianzas tan altas. O, mejor dicho,

operaban con ellas, pero no en el caso de Lenny, que en su libro *Quémalo, rómpelo, róballo* aconsejaba a sus lectores que ni se acercaran a ellos. «Son el sórdido bajo vientre del sistema judicial —escribía—. El capitalismo llevado a su extremo más usurero. Negocia con ellos y te estarás enfrentando a un adversario mucho más peligroso que un *sheriff* de tres al cuarto hinchado como un pavo. Te romperán las piernas, te machacarán los huesos y te tendrán hipotecado para el resto de tu vida. ¿Te meterías en la cama con los mafiosos de la familia Gambino? Yo tampoco. Pues entonces pídele dinero a tu tía abuela Esther, a esa a la que odia todo el mundo. Así saldrás indemne y no te sentirás culpable si te escapabas mientras estás en libertad bajo fianza.»

Lo que Lenny quería era que mi madre se arrastrara de rodillas hasta Long Island, donde vivía mi abuela materna, con la que no se hablaba, para mendigarle un pellizco de la fortuna que había dejado mi abuelo, fallecido de un repentino ataque al corazón en la piscina del Club de Campo de Roslyn. En los treinta y dos años que habían pasado desde que huyó de Austria y llegó a los Estados Unidos, había ido ascendiendo hasta el puesto de vicepresidente y después al de presidente en Harman Kardon, el fabricante de aparatos electrónicos de alta gama, y también había hecho buenas inversiones. La pasta estaba ahí, en alguna parte: Suzy solo tenía que acceder a ella... Lo cual habría resultado muy fácil si él aún estuviera vivo —se adoraban—; pero la idea de acercarse a mi abuela la paralizaba por completo.

Se pasó varios días comiéndose el coco pensando qué hacer y dándole la tabarra a cualquiera que quisiera escucharla, sobre todo a mí.

En los siete años que habían transcurrido desde que abandonó los estudios en Mount Holyoke para unirse a la revolución, había visto a su madre una sola vez: en el funeral de su padre.

—Fue horrible. Es mejor que no te lo cuente —me dijo. O, más bien, se dijo a sí misma, pues yo no era más que un espejo de sus pensamientos—. Horrible. Sencillamente horrible —repitió—. Tú no estabas allí. Te dejé con Judy —ni idea de quién era la tal Judy— porque, con todo lo que estaba pasando, bastante tenía ya con llevarme a Lenny.

Y, a continuación, procedió a desgranar —y no sería la última vez— todos los detalles de aquella historia que acababa de declarar demasiado horrible para ser relatada: la ceremonia en la funeraria judía de Minneola Avenue, oficiada por un rabino al que no conocían. Las cajas de luz detrás del atril,

encendidas para que parecieran ventanales con vidrieras. La pequeña congregación de leales amigos y colegas, todos aquellos hombres con las cabezas irritadas por haber escogido una kipá de la talla errónea a la entrada de la sala.

La homilía de rutina:

—Estamos aquí reunidos para honrar la memoria de —el rabino Fulano de Tal echó una ojeada al papel donde había escrito los nombres— Arthur Morgenstern —miró de reojo a mi abuela para asegurarse de que lo había dicho bien—, amado esposo de —otra vez el papel— Estelle y padre de —una vez más— Susan.

Se extendió mucho más de lo que resultaba apropiado hablando de lo honorable que había sido Arthur Morgenstern —«su amor por el esquí, el orgullo que sentía al ser el sostén económico de su familia»—, e iba engolando la voz, como si hubiera conocido a aquel hombre o le importara la familia, como si alguna vez hubieran sido miembros de su congregación.

Después llegaron los discursos del hermano de Arthur, de su jefe, de todos los que habían manifestado el deseo de hablar, a excepción, claro está, de su adorada e inconformista hija, a quien su madre había prohibido «erigirse en el centro de atención».

Inquietos, en guardia, cínicos en cuanto a las virtudes de las ceremonias vacías, mi madre y Lenny se aguantaron las ganas de criticar aquel despliegue de convencionalismo tan mezquino. En su lugar, pasearon las miradas por la sala, apreciándola en toda su cursilería, fijándose en las caras que no conocían. Una en particular. Un tipo de una complexión concreta. De una calaña concreta. Calzado con un tipo muy concreto de zapatos planos y robustos. El FBI. Supervisando la ceremonia. Tomando notas. Engordando el expediente de Lenny. Incluso allí.

Luego, de vuelta en la casa, tras haber mandado a Lenny a la nuestra, pues su apoyo no valía las tensiones que generaría su presencia: mi madre y mi abuela, haciendo sus respectivos duelos por separado, cada una en un extremo de un sofá bajo y alargado, del estilo característico de mediados del siglo XX. Con las piernas cruzadas exactamente de la misma manera. Negándose a mirarse la una a la otra. Una tregua que se rompía, una y otra vez, con las quejas y las acusaciones que los judíos suelen confundir con el amor.

—Nunca llamas. Nunca vienes de visita.

—Ah, o sea que ahora quieres saber algo de mí.

—Yo no he dicho eso. Pero piensa en tu padre.

—Eso hago, Mamá. Hoy más que ningún otro día, él es lo único en lo que pienso.

—No me refería a eso. Lo que quería decir es... Bah, olvídale.

—Que sepas, Mamá, que hablábamos todas las semanas. Papá me llamaba desde la oficina. Pero tenía suficientes luces como para no contártelo.

Y se replegaban a sus esquinas durante un rato, hasta que una nueva oleada de rencor volvía a empujarlas al *ring*.

—¿Tenías que traerte a ese hombre?

—¿Te refieres a Lenny? ¿Mi marido?

—Ah, ¿es que acaso hay otro?

—Cállate, Mamá. En serio. No empieces.

—Susan...

—En serio. No empieces.

Y así una y otra vez, hasta que los invitados, orgullosos de saltarse los preceptos *kosher* hasta en la semana de luto judío, empezaron a llegar con sus cuencos de gambas y sus pastelillos *rugelach* y sus corazones de pollo envueltos en beicon, y ellas se vieron obligadas a empezar a circular por la casa, recibiendo pésames, fingiendo ser educadas y sirviendo cafés a diestro y siniestro, mientras mi abuela aprovechaba la más mínima oportunidad para lanzarle pullas a su hija:

—Esta se escapó a cambiar el mundo, como si lo que le dimos no fuera lo bastante bueno, como si la seguridad y las oportunidades que nos brinda este país fueran algo que cualquiera pueda dar por sentado. ¡Y lo preocupado que lo tenía! ¡La de noches que se pasó deambulando por los pasillos sin poder dormir, convencido de que estaba encerrada en alguna cárcel o algo peor! No digo que ella lo matara, pero... Se preocupaba demasiado. Tenía la tensión alta, fue eso. La maldición de los Morgenstern. —La pelea como sustituta del llanto.

Y Mamá replicando en susurros, cuando pasaba apretujándose junto a ella de camino a la cocina a volver a preparar la fuente de huevos rellenos:

—Yo no lo maté. Si lo hizo alguien, fuiste tú. Con ese miedo tuyo que lo abarca todo, ese miedo tan agobiante.

Sacando a relucir compulsivamente todas las experiencias infantiles de las que su madre nunca hablaba: Saarbrücken, los camisas pardas, la herida que nunca sanaba. Fue demasiado lejos, como siempre se prometía no hacer justo antes de terminar haciéndolo.

La culpa y la vergüenza que la embargaron después. Aquella no era forma de honrar a un ser querido que acababa de morir. Lo mejor que podía hacer por su madre entonces era huir, y eso hizo. Y que su madre pensara lo peor de ella, como en efecto pasó.

¿De qué iba a servir ahora pedirle un favor? Siendo realistas, ¿qué probabilidades había de que se apiadara de ella? Sabía que, si ella misma no podía perdonárselo, su madre tampoco tendría ninguna razón para hacerlo.

Así que retrasaba el momento una y otra vez. Visitaba a Lenny siempre que podía, me dejaba en casa con la tele y una bolsa de patatas fritas. Y hacía todo lo posible para evitar hablar del tema. Cuando él le preguntaba por el dinero —«Es tu herencia, te la deben»—, cosa que hacía a cada oportunidad, ella farfullaba y fingía que no le había oído.

Entretanto, el periodista sensacionalista Ricardo Polente, que se dedicaba a airear los trapos sucios de los famosos, hizo un reportaje de dos capítulos sobre Lenny, donde lo llamaba «el escándalo de nuestra era», lo cual no significaba gran cosa, ya que un periodista de su calaña habría dedicado encantado un programa especial en hora de máxima audiencia a probar que los padrastrós de los dedos eran el escándalo de nuestra era si hubiese podido encontrar el metraje necesario para cubrir cuarenta y dos minutos de programa.

Llenó una hora entera de datos desconcertantes, datos que arrojaban dudas, datos que solo podía haber obtenido de Kunstler. Mencionó el misterioso allanamiento de morada que se había producido seis meses atrás en el punto de encuentro-oficina-impresión de Bleeker Street: lo habían cambiado todo de sitio, pero no se habían llevado nada. «Se trata de la clase de suceso que te hace preguntarte: ¿cuánto tiempo llevaba el FBI vigilando a Lenny y hasta qué punto fue legal este golpe? ¿Acaso no es posible que Lenny no sea el señor de la droga que todos lo acusan de ser, sino una víctima más de la persecución de nuestro Gobierno contra la Izquierda?» Criticó la cuantía de la fianza de Lenny y destapó las incoherencias que había en la historia que la Policía y, hasta aquel momento, también la prensa habían construido en torno a la detención,

subrayando lo mala que era la cocaína que Lenny supuestamente había vendido, menos pura que el polvo que hay encima de las cisternas de los váteres de la mayoría de las discotecas de Manhattan. «Lo que les iba a vender a esos tíos era laxante para bebés, simple y llanamente. Manitol. Eso es lo que era. Pero fueron ellos los que rieron los últimos. ¿Y eso por qué?»

Obligó a su audiencia a esperar hasta la noche siguiente para averiguarlo.

—No te comas más el tarro —le dijo Lenny a mi madre cuando ella lo visitó en la cárcel para informarlo—. Llama a tu vieja de una vez. Está en deuda contigo. Déjasele bien clarito.

En cualquier otro contexto, ella habría contraatacado con todas sus fuerzas. Pero, en vez de eso, mantuvo la calma y solo permitió que un toque de sarcasmo se le filtrara en la voz.

—Para ti resulta fácil decirlo. No es tu madre.

Lenny, incapaz de pasar por alto un golpe bajo, replicó:

—Mi madre está muerta. Papá también. ¿Qué intentas decirme?

—Olvídalo.

—Pídeselo y punto.

—Lo haré —dijo ella, pero, cuando volvió a casa y lo intentó, lo único que consiguió fue quedarse mirando el teléfono y gemir—. No puedo. No puedo. No puedo hacerlo, y punto.

Polente dedicó el segundo programa a repasar los espectáculos más famosos de Lenny y a rescatar vídeos antiguos: la manifestación de Washington, unos hippies haciendo el signo de la paz y bailando al ritmo de los Grateful Dead, las flores, los estampados caseros en espiral, las letras de pompa psicodélicas que se amontonaban unas contra otras. Contó una historia de armonía y esperanza que ya se empezaba a parecer al estribillo de una canción que has oído tantas veces que te tortura hasta en sueños. «Ah, cómo caen los poderosos. Ah, cómo se marchitan los ideales», dijo Polente, y las imágenes tomaron el cariz sombrío de costumbre. Mangueras esgrimidas como arietes en Birmingham. Polis apaleando a la juventud en Chicago. El brillo de una navaja bajo el escenario de Altamont. La cara sonriente de Charlie Manson. Jimmy Hendrix prendiendo fuego a su guitarra. «¿Constituyen acaso estas sórdidas alegaciones contra Lenny Snyder una prueba más de que la Era de Acuario es y siempre fue una farsa? ¿O presagian un nuevo capítulo oscuro de la historia de nuestro país, un capítulo en el que nuestras libertades se

verán atropelladas sistemáticamente y cualquiera que se atreva a rebelarse se verá arrojado al gulag? La respuesta depende del punto de vista que se adopte. Pero hay una cosa que es indiscutible. Al margen de lo que uno opine de Lenny Snyder, sin duda merece un juicio justo en los tribunales, como el que recibiría cualquier otro ciudadano de nuestra gran nación. No debería haber unas normas para él y otras distintas para ustedes y para mí. No en los Estados Unidos que yo conozco y que tanto amo.» Su profundidad impostada derivó, como siempre, en un moralismo gazmoño.

Por un segundo pareció que el escándalo iba a dar un giro. Los tabloides comentaron animadamente el caso durante un par de días. Los parroquianos discutían. Aprovechando la presión, Kunstler consiguió que redujeran la fianza a la mitad.

Y, mientras tanto, mi madre seguía sin poder coger el teléfono.

Y Lenny siguió encerrado en la cárcel municipal.

Ella sabía que ya había llegado la hora de confesar su fracaso. Y que Lenny la insultara todo lo que quisiera. Sus imprecaciones no eran nada comparadas con la tortura psicológica que le suponía hablar con su madre. Pero, al llegar a la cárcel y ver su rostro esperanzado, perdió de nuevo los ánimos. Temió por él, temió convertirse en otro más de sus problemas. En aquel momento, no tenía fuerzas para contraatacar. Como todos los expertos en el arte de despotricar, la mayoría de las veces mi madre solo era capaz de conjurar su *Sturm und Drang* a una distancia prudencial que la protegiera de su torturador.

—He hablado con ella —le dijo, inclinándose hacia el cristal—. Me ha dicho que nos podemos ir a tomar por culo. —Una mentira no era tal si la esencia era verdadera.

Lenny se limitó a esbozar una sonrisita. Toda aquella angustia para nada.

—Pues lo haremos por el camino difícil —dijo—. Formaremos un grupo. Nos organizaremos. Puedes llamarlo el fondo para la Defensa de Lenny Snyder. ¡Lenny Snyder Defense! Sus siglas: LSD.

¡Ja! Todavía era capaz de reírse de sus propios chistes.

Y ella siguió sus instrucciones.

Hizo acopio de toda su voluntad y, con la ayuda de Kunstler, llamó a algunas de las figuras más visibles del movimiento: Leslie Ritchler y Preston Hammington, veteranos cuyos amargos recuerdos de McCarthy los inducirían,

por una vez, a pasar por alto la profunda desconfianza que les inspiraban Lenny y sus motivos; o, al menos, eso esperaba Mamá. Los convenció para publicar un anuncio a página completa en el *Times*, una carta abierta donde propugnaban que la detención de Lenny era la encarnación de la lucha de clases que estaba en la raíz de las nuevas leyes antidroga de Rockefeller. Lo que escribieron decía todo lo que Lenny habría deseado: que él era un hombre serio comprometido con el pueblo, con la causa de la libertad; que las nuevas leyes implicaban una manipulación del sistema judicial estadounidense y se dirigían específicamente contra la población negra y contra los jóvenes; que la detención de Lenny y la cuantía exorbitante de su fianza constituían un intento evidente de hacer escarmentar a la gente a través de una figura pública controvertida. Una declaración corta y enérgica de apoyo indignado firmada por ciento veintiséis destacados izquierdistas: Noam Chomsky. El doctor Spock. Los hermanos Berrigan. Y el antiguo mentor de Lenny en Brandeis, Herbert Marcuse. También Ginsberg la firmó. Y Mailer. John y Yoko. Marlon Brando. Una lista de campanillas. Todos los agitadores que había desde Nueva York hasta Hollywood Hills, salvo Phil Ochs, que para gran consternación suya no fue informado de que la carta existía, y Sy, que no dio explicación alguna; debía de estar de viaje o algo así, lo disculpó mi madre, ilocalizable.

Casi parecía que las cosas empezaban a ir bien.

—¿Recuerdas cuando todo el mundo llevaba aquellas chapas con el dibujo de los puñitos? —me dijo, explicándome la lógica de lo que estaba haciendo—. «Libertad para Huey Newton.» ¿Te acuerdas? Fuimos a Washington a la manifestación. Lenny dio un discurso. O John Sinclair. ¿Te acuerdas de «Libertad para John Sinclair»? ¿No? Es una de nuestras posibles estrategias. Presionar a través de la opinión pública. Va a ser divertido. Será como una cruzada por la justicia. Por Lenny. ¿Qué te parece?

Me pareció genial. ¡Molaba! Me imaginé una manifestación.

Me llevó con ella a la vuelta de la esquina para hacerle una visita sorpresa a Marcus Kirsh, un viejo bufón, el irreverente editor del periodicucho clandestino *The Conformist*, que había tenido sus rifirrafes con Lenny, como todo el mundo. Eran las diez de la mañana. Kirsh acababa de tomarse unas anfetetas.

—¿Quieres un poco? —le preguntó a mi madre, como si estuviera ofreciéndole un té.

—Bueno —dijo ella—. Por qué no.

Él le enseñó lo que tenía.

—¿Brujas malvadas o billetes dorados? —Las brujas llevaban estampados unos sombreritos verdes puntiagudos. Los billetes estaban teñidos de amarillo pollito, chillón. Mi madre se decidió por un billete—. Es lo que te hacía falta, ¿eh, tronca? —dijo él, guiñándole un ojo, con el rostro lleno de candidez, como si nunca hubiese conocido el miedo, como si la risa no cesase jamás bajo su piel—. El billete dorado. Es lo único que va a salvar ahora a Lenny. —Se volvió hacia mí— ¿Quieres uno?

—No le hace falta —dijo Mamá—. Ya nadie toma LSD, Marcus.

—Ya... Ahora lo que se lleva es la cocaína —constató él, sombrío—. A ver...

Arrimó dos sillas desparejadas e invitó a mi madre a sentarse frente a él. Sus rodillas se tocaban. No podían escapar de la mirada del otro.

—¿Podemos hablar? —preguntó ella.

—Ya he firmado la carta.

—Necesitamos dinero.

Él la miró con los ojos desorbitados y le entró tal ataque de risa que acabó hecho un ovillo en el suelo. Justo cuando parecía que iba a calmarse, le daba otra convulsión. Y así tres o cuatro veces.

Mi madre se mantuvo seria, circunspecta, a la espera. Cuando él por fin se sentó de nuevo, ella volvió a la carga.

—¿Vas a ayudarnos?

—¿Con dinero? Mira a tu alrededor. —Su apartamento era del tamaño de una madriguera de conejos y estaba prácticamente vacío, salvo por varios ejemplares viejos y nuevos de *The Conformist* que había amontonados en el suelo y los numerosos artículos y tiras cómicas pegados por las paredes—. Espérate a que me haga efecto el ácido. Luego hablamos.

Se quedaron sentados en silencio, mirándose aburridos. Mi madre tenía una expresión contenida, sombría.

Kirsh agitó los brazos huesudos, girándolos y moviéndolos arriba y abajo frente al rostro de mi madre, como si estuviera lanzando un maleficio.

—Veo a la muerte gris trepándote por las mejillas —proclamó—. Los caníbales se congregan frente a tu puerta. —Cuando vio que ella no le seguía

el juego, dijo—: He escrito un artículo. Se publicará en el próximo número. Ese centenar de personas que aún me escuchan lo leerán. ¿Qué más quieres que haga?

—Un cartel —dijo mi madre.

Saltó una chispa:

—¡Libertad para Lenny Snyder! —gritó Kirsh.

Mi madre se permitió una leve sonrisa resuelta.

—Exacto.

Para aquella tarde, Kirsh ya había diseñado e impreso doscientos cincuenta carteles de gran tamaño en blanco y negro. Una fotografía de archivo policial de Lenny, no la patética, la de esta última detención, sino una de sus mejores tiempos, sexy, loca, con un halo de pelo salvaje que le enmarcaba el rostro. Un ojo morado. Una sonrisa lasciva, provocadora y desdeñosa. La tinta, negrísima, le realzaba el hoyuelo de la barbilla y el contorno de los pómulos. Nunca había parecido tan seductoramente peligroso. Y cruzándole el rostro en letras mayúsculas de imprenta: ACUSADO CON PRUEBAS FALSAS. Y debajo: LIBERTAD PARA LENNY SNYDER.

Nos pasamos la noche dando bandazos y riendo tontamente por las calles. O, mejor dicho, eso hicieron ellos. Yo me pasé la noche pegando carteles. El ácido de Kirsh los mantenía bailando mientras yo los arrastraba de la mano de un muro de contrachapado a otro: una florida guirnalda de hippies guiados por un niño descalzo. No era para tanto. Ya lo había hecho antes.

Cada vez que mi madre pensaba que le estaba entrando el bajón, una nueva oleada de fantasía se derramaba sobre ella, bajo sus pies, en su interior y a su alrededor. ¡Qué colores! ¡Qué sonidos! ¡El mundo nuevamente renacido! Ella y Kirsh se olvidaban cada dos por tres de nuestra misión. Sumergían los brazos en la cola hasta los codos y se miraban soltando risitas:

—¡Hala, qué pasote...! Es como... No sé cómo explicarlo...

Pero lo logramos. Yo lo logré. Al alba, todos los espacios libres al sur de la Calle 14 estaban empapelados con la imagen de Lenny Snyder. Guie a mi madre y a Kirsh por entre la niebla matutina, arrastrando hasta casa las escobas y el cubo a través de la luz del amanecer, y una vez allí los tres nos derrumbamos en el futón. Exhaustos e inspirados por nuestra hazaña —en realidad, mi hazaña y su atolondrada búsqueda de visiones—, dormimos durante todo el día.

Aquello me hizo sentirme bien conmigo mismo, pero no cambió nada. Lenny siguió encerrado y, al cabo de unas pocas horas, los carteles habían sido desfigurados por los grafitis, mensajes de una nueva ola de nihilistas que se estaban adueñando del barrio. «Muere escoria hippie», decían.

Mamá siguió peleando.

Había gente que le debía favores a Lenny. A algunos los conocía, a otros no. Al parecer, él llevaba una lista, la recitaba en su celda, la memorizaba y le añadía nombres todas las noches. En la siguiente visita se la desgranaba a mi madre, dándole instrucciones sobre las tácticas adecuadas para tratar con tal o cual persona. Un plan de acción en toda regla. Con todos los detalles planificados. A ella le bastaba con echarle una ojeada para darse cuenta de que aquello no era más que una sarta de delirios de grandeza y esperanzas vanas con poca utilidad práctica. Pero, joder, ¿acaso no era ese su estilo? ¿Acaso no contaba él con un largo y exitoso historial de ocasiones en las que había conseguido que lo imposible pareciera inevitable?

Mi madre se reunió con varias células y contingentes. Maoístas. Anarquistas. Nacionalistas negros. Gentes que se habían extirpado de sus vidas pasadas para ir a esconderse en granjas sin agua corriente o en distintos espacios comunales anónimos donde se criticaban a sí mismos en nombre de la pureza. Trotskistas. Discípulos del Che Guevara. Saul Alinsky. Pedantes ideológicos y aquellos que, por principios, se oponían a cualquier ideología. Extremistas y gradualistas. La vieja izquierda. La nueva izquierda. Los violentos, los pacíficos. Todo aquel sinfín de facciones que había surgido al estallar las antiguas coaliciones. Tienes que entender que, aunque ya hubieran trabajado juntas, todas aquellas personas siempre habían rezumado rencores los unos por los otros, y en particular por Lenny, quien, junto con Sy, siempre se había llevado toda la atención mediática sin respetar nunca el guion.

Ni que decir tiene que tenían sus preguntas. No podían evitarlo. Para ellos, la teoría era más real que la gente de carne y hueso. ¿Y qué mejor momento que aquel para hacer pagar a Lenny su incoherencia lógica? Porque, vamos a ver —vamos a ver, un momento—, ¿a quién pretendía ayudar Lenny? ¿Además de a sí mismo?

Eran capaces de tirarse horas así, y quisieron hacerlo y lo hicieron, sacándose de la manga todos los trucos que habían aprendido en los clubes de debate, citando la primera noción sacrosanta que se les pasaba en ese instante

por la cabeza, tendiendo trampas a mi madre para que respondiera y así poder zancadillearla y anotarse una victoria pírrica más.

Y, fiel a su naturaleza, Mamá picaba el anzuelo. ¿Acaso él no se jugó el cuello defendiendo vuestros métodos violentos ante la prensa? Lenny os donó íntegramente sus derechos de autor por *Quémalo*, ¿os acordáis? ¡Hombre, pues deberíais! ¡Os los donó a vosotros! Allí estuvo en Chicago durante los Días de la Ira, recibiendo los porrazos de la policía a vuestro lado. Y lo sé porque yo también estaba allí. Porque Lenny y yo fuimos los que organizamos esa mierda. ¡Nosotros nos inventamos el puto nombre! Y nunca nos lo reconocisteis. Sin nosotros, la cosa se habría llamado «Ya están otra vez esos cabrones causando disturbios». ¿Me estáis diciendo que todavía tiene que hacer más? ¿Me estáis diciendo que no os ha demostrado ya lo que vale una y mil veces?

Sí, pero. Sí, pero. Siempre había una respuesta. Alguna cita esotérica de su teórico favorito para invalidar las acusaciones de mi madre y justificar su negativa a ayudar a Lenny.

Mamá siempre volvía de aquellos encuentros acelerada e indignada, con las respuestas que tendría que haber dado en su momento rebotándole por la cabeza como palomitas de maíz. Luego se iba calmando gracias a un porro y a una tetera llena de manzanilla y, lo más importante de todo, gracias al silencio absoluto: la única forma de recuperarse que conocía.

—No empieces, Fred. A Mamá le va a estallar la cabeza.

Acudió a los antiguos camaradas y seguidores de Lenny, gente que en otros tiempos se había pasado horas y horas en nuestra casa adorando la tierra que él pisaba y trayéndole cervezas.

Recuerdo que fuimos a visitar al Maricón. Ray Garrett. Era un secreto a voces que venía de una familia con pasta. Y había financiado muchas protestas en el pasado. Luego, un día del año 69, se esfumó, y desde entonces solo aparecía para lanzar sermones desde el escenario cuando el acto en cuestión era lo suficientemente multitudinario como para que le mereciera la pena. Conseguimos localizarlo en el West Village. Era tan alto y elegante como lo recordaba, aunque había cambiado sus amplias ropas de lino y sus collares de cuentas por unos pantalones de pata de elefante ajustados en las caderas y una camiseta adornada con un parche planchado que mostraba un arcoíris.

Resultó que el apodo de Lenny nunca le había hecho tanta gracia como

decía.

Cuando mi madre le preguntó dónde se había metido, qué le había pasado, contestó:

—Debe de ser que encontré a otros maricones con los que pasar el rato.

Y la amargura permaneció allí, lastrándole la lengua, durante el resto de la conversación. Había encontrado cosas mejores en las que gastarse el dinero. El Frente de Liberación Gay. Una librería en Christopher Street que él y sus amigos estaban a punto de abrir.

—Apoyo a otros maricones como yo —le dijo—. Pero seguro que Lenny es capaz de encontrar a unos cuantos judíos de mierda como él que le paguen la fianza esta vez.

—Venga ya —respondió mi madre—. Lenny siempre ha sido amigo de los gays.

Él sonrió, caprichoso.

—Y menuda noche aquella. Dale un buen morreo con lengua de mi parte.

Acudimos a distintas personas que habían firmado la carta del *Times* y, de una forma u otra, la mayoría nos dieron con la puerta en las narices. Conseguimos unos cincuenta o cien dólares, una miseria; ni siquiera recuerdo quién los aportó. Su lógica era inamovible. Conforme a los principios por los que se regían, tenían la obligación de oponerse a la injusticia, pero también un deseo personal de ver sufrir a Lenny. Todos se habían enfrentado con él alguna vez, en rencillas a las que llevaban tanto tiempo aferrándose que se habían convertido en parte de sus almas. Los que no lo despreciaban le guardaban rencor. Lo hacían responsable de la masacre de sus ideales.

Y el veredicto unánime —¡faltaría más!— era: tan culpable como el propio pecado.

Ampliamos el círculo. Accedimos a hablar con cualquiera, quisiéramos o no. Kunstler nos daba nombres, nosotros íbamos a tocar sus puertas y por la noche volvíamos a llamar a Kunstler con un informe completo.

Te preguntarás por qué mi madre dejaba que Kunstler le diera órdenes. ¿Por qué una mujer liberada como ella, con años de experiencia movilizand o a las masas, necesitaba que el abogado fanfarrón de Lenny la dirigiera en sus más mínimos movimientos? No había que ser meteorólogo para darse cuenta de la dirección en que soplab a el viento, y puede que ella sospechara ya, en lo más hondo de su corazón, que esta vez se había comprometido con una causa

verdaderamente perdida.

Recuerdo semanas y semanas de periplos por toda el área metropolitana de Nueva York, de carreras diarias para coger el autobús, el metro, el tren que cruzaba a Nueva Jersey y tomar desde allí las líneas de ferrocarril de media distancia, seguidas a veces de caminatas aceleradas junto a las autopistas para llegar a algún barrio residencial de Jersey, a alguna urbanización de adosados situada en la colina de alguna ciudad a las orillas del Hudson, al majestuoso campus de tal o cual universidad, donde ahora daban clase los mismos izquierdistas cansados y envejecidos que un día protestaran contra ella. Seguimos todas las pistas, pero, tanto si lo admitíamos para nuestros adentros como si no, sabíamos que no nos llevarían a ninguna parte. La buena voluntad para con Lenny Snyder se había agotado y toda la autoridad moral que pudiera haber tenido en el pasado se había esfumado como una raya de cocaína en su nariz.

Y, con cada nueva decepción, nos resultaba más difícil prepararnos mentalmente para la siguiente. Lo que se me había anunciado como una cruzada apasionante para liberar a Lenny Snyder se acabó convirtiendo en un ejercicio de humillación.

Y al final se nos agotaron las opciones.

Kunstler, cómo no, había decidido que era mi madre quien tenía que darle la noticia a Lenny.

—Hemos fracasado —le anunció ella por teléfono. Yo estaba escuchando, a sus pies, como solía hacer tan a menudo por aquel entonces.

—¿Con todo el mundo? —preguntó él, con un gruñido tan abrasivo que resonó por toda la cocina como si se encontrara allí mismo.

—Básicamente, sí.

—¿Incluso Mailer?

—Mailer me tiró veinte dólares a la cara y me dijo que no tiene ni un centavo.

Le dejó digerir la noticia.

Cuando recobró el habla, Lenny dijo:

—Que les den por culo. Son un hatajo de cobardes. —Guardó silencio unos segundos, y luego añadió—: Tienes que hablar con Sy. Es todo un león. Él no nos fallará.

Y, conscientes de lo difícil que debía de haberle resultado a Lenny tragarse su orgullo y pedirnos aquello —tan difícil como a Mamá llamar a su madre—, hicimos lo que nos dijo. Marchamos penosamente hasta el distrito financiero. Creo recordar que hasta cogimos un taxi. Hacía uno de esos días brumosos en los que en realidad no llueve, pero tampoco es que no esté lloviendo.

Sy había alquilado una oficina en el World Trade Center, que apenas acababa de inaugurarse y que ni siquiera estaba aún abierto en su totalidad. Una de las torres ya había empezado a recibir inquilinos, la otra todavía seguía llena de obreros pululando por las plantas inferiores, comprobando el cableado y asegurándose de que todo se hallaba en orden.

Ascendimos por las plataformas superpuestas que conducían a la plaza, todas ellas del ancho de un autobús municipal, mientras las minúsculas gotitas de lluvia se nos estrellaban contra las mejillas y se nos quedaban atrapadas en el pelo como esquilas de diamante. Nos llevó un millón de años llegar a la plataforma superior, como si estuviéramos escalando una montaña, y allí, en la plaza que separaba los dos edificios, el viento soplaba con tal fuerza que pareció que iba a empujarnos otra vez hasta abajo. Nos detuvimos un momento, algo inevitable al visitar ese lugar por primera vez, y dirigimos la mirada al cielo, contemplando la ilusión óptica generada por las torres, que parecían inclinarse sobre nosotros para encontrarse en algún punto por encima de las nubes. El estómago me dio un vuelco. Me pareció que me iba a caer hacia arriba, en el abismo de aire que se abría entre aquellos dos monolitos.

Mi madre sintió lo mismo, pero no se quedó tan embelesada como yo por la experiencia. Para ella, aquellos edificios eran el síntoma de una enfermedad de gran calado. Y, como a los izquierdistas de todas partes por aquel entonces, le repugnaba la estética ostentosa del lugar, tan burda —«No tiene ninguna sutileza»— y arrogante. Ella y Lenny lo habían comentado miles de veces. Parecían dos lápidas enormes erigidas por los poderes financieros sobre las tumbas de todo lo bueno y todo lo justo que había en la ciudad. Adiós, cultura. Adiós, arte. Date el piro, vampiro.

Y ahora, allí, cara a cara con la gran mole material de los edificios, contemplando de cerca su verdadera inmensidad, mi madre no pudo reprimirse. Alzó ambos puños al cielo y le hizo a cada torre su corte de mangas correspondiente.

—Por fin lo has logrado, Sy —gritó al viento—. Ahora debes de creerte el

rey del puto universo.

Luego me tiró del brazo en dirección a las puertas giratorias.

En el vigésimo tercero o vigésimo cuarto piso —muy arriba, en todo caso—, encontramos a Sy tras una puerta con el letrero HOLISTICS, INC., el nombre del negocio que había fundado y por el que había abandonado la causa. Se alegró de vernos y nos recibió con cariño, deseoso de mostrarnos aquella nueva revolución que se había producido en su vida.

—Complementos alimenticios —dijo, barriendo con el brazo el aire frente a los cientos de frascos apilados en las estanterías, que cubrían toda una pared—. Vitamina C. Hierro. Este —leyó la etiqueta— es magnesio. ¿Queréis uno? ¡Toma, Freddy, cógelo! —Y me lanzó el frasco al pecho.

Nos preguntó qué tal llevaba Lenny la situación y se inclinó hacia mi madre con un aire dulce y concentrado, con las mejillas encendidas de compasión, mientras ella se lo contaba.

—Ya conoces a Lenny. Es un luchador. Sigue aguantando.

Su pasado común —el de Lenny y Sy— parecía estar flotando en el aire entre mi madre y él. Habían formado una pareja simbiótica. Sy sabía sobrevivir. Sabía cultivar relaciones, construir algo donde no había nada y cultivarlo. Lenny era un artista de los timos y un luchador callejero. Juntos se habían perfeccionado el uno al otro. Sy podía explicarle a la gente del movimiento lo que Lenny implicaba, y Lenny sabía cómo llevar a Sy a la temeraria fusión mental que había dado lugar a sus mejores y más memorables logros. Las diez mil cosas que habían hecho juntos los habían unido mucho. Las frenéticas horas de intercambio de ideas que a menudo no llevaban a ninguna parte. Las noches sin dormir. El pánico, la frustración, la intensa desesperación que exigían una fe tal —una confianza tan incondicional— que ni un resquicio del propio ser le quedaba oculto al otro. Cada uno sabía perfectamente con qué se tomaba el otro el café y qué bocadillo había que comprarle en el bar. Se habían encubierto los fallos mutuamente, los dos habían sufrido las penas del otro y habían sentido el gozo de ver al otro despegar, conscientes de que ambos seguirían con los pies en el suelo si intentaran volar en solitario.

—Ahora vamos por caminos diferentes —dijo Sy, no sin tristeza.

No dejaba de sorprenderme lo paliducho que estaba. Y lo bien alimentado que parecía.

Mamá y yo supimos que había llegado el momento. Lo único que podíamos hacer era decírselo directamente.

—Necesita tu ayuda —le dijo ella—. No tenemos dinero suficiente para la fianza.

Le miró fijamente durante un momento y luego desvió la vista. ¿Avergonzada? Quizá. Pero no sabría decir si se debía a tener que pedirle aquello o a la diferencia patente entre su destino y el nuestro.

Él se tomó su tiempo para formular una respuesta. Entrelazó los dedos y colocó los brazos sobre la mesa. Respiró profunda y sonoramente, con un suspiro deliberado. Y dijo:

—Déjame que te haga una pregunta. ¿Haría él lo mismo por mí?

Y entonces, en aquel momento tan desgarrador, comprendí real, verdadera y plenamente lo que mi madre quería decir cuando hablaba de que iba a estallarle la cabeza. El vapor que se te escapa silbando del cerebro. El fuego que te quema los ojos. La lava que te cuelga de la lengua.

Sy se limitó a observarnos.

Me dio un consejo cuando nos dispusimos a marcharnos.

—Bebe mucha hierba de trigo y piensa por ti mismo.

Me deslizó en la mano un ejemplar del *Himno* de Ayn Rand mientras mi madre me sacaba por la puerta a empellones. Para cuando llegamos al descansillo de los ascensores, ya me lo había quitado y lo había arrojado con rabia a una papelera.

Y eso fue todo.

—Pues se va a pudrir en el trullo. Si quieres que te diga la verdad, él se lo ha buscado, joder.

Una mañana, me llevó a visitar a Lenny. No sé de quién fue la idea. En 1974, la cárcel municipal de Nueva York no era lugar para un niño; daba igual cuánto lo echara de menos su padre.

Apenas tres años atrás, aquel sitio parecía sacado de una pesadilla medieval. Masificada, con cuatro, cinco, seis presos en cada celda de dos por tres metros, con los suelos encharcados de aguas residuales durante días y días, con mierda salpicada por las paredes, hasta en el techo en algunos sitios, donde los presos, desesperados por demostrarse a sí mismos que aún existían y faltos de cualquier otro instrumento para dejar sus marcas, la habían arrojado o la habían utilizado como pintura de dedos para escribir sus nombres o dibujar sus órganos sexuales o las rudas siluetas curvilíneas de diosas imaginadas, con las piernas abiertas de par en par, exhibiendo unos coños tan grandes como sus cabezas. Nunca se limpiaba nada. Ninguna mancha se borraba de allí jamás. En aquel sitio se acumulaban años, décadas de porquería. Había chinches, piojos y pulgas, alfombras de cucarachas, moviéndose en enjambres tan enormes que controlaban el territorio como bandas criminales, saltando con temeridad de litera en litera, atacando a sus ocupantes en mitad de la noche, sin mostrar piedad por nadie, ni por los nacionalistas negros, ni por los supremacistas blancos, ni por los matones irlandeses o italianos, ni por los portorriqueños, ni por los dominicanos, ni por los jefes de la mafia china: si estabas en la cárcel municipal, los parásitos te convertían en su puto, y bien rapidito. La única banda más peligrosa que ellos eran los guardias, los funcionarios de prisiones, que te tumbaban de un tortazo por sonreírles de la forma equivocada, que te arrancaban un ojo para desayunar y otro para comer, que te cortaban el aliento de un puñetazo y que, si aún te quedaban fuerzas para jadear, te metían sus porras por la boca haciendo que te atragantaras hasta dejarte inconsciente.

Había tíos que se suicidaban para salir de allí. Dos semanas dentro eran peores que una cadena perpetua en una prisión federal. Había habido motines. Una vez asaltaron a cinco guardias con cuchillos fabricados a partir de muelles de somier —pinchos para cerdos, los llamaban, y bien que se ganaron

el nombre en aquella ocasión—, se los llevaron como rehenes al séptimo piso, donde se habían atrincherado, y les dieron a probar un poco de su propia medicina. Empezaron a salir a la luz las primeras revelaciones, portadas satíricas del *New York Post*, editoriales de *The New York Times*, hasta que el Ayuntamiento cedió y anunció que cerraría la cárcel. Empezaron a trasladar a los presos a Rikers o a Attica, donde meses después volverían a amotinarse.

Cuando Lenny llegó allí, aquel lugar era como Auschwitz después de la guerra pero antes de la liberación; estaba vacío de casi todos sus ocupantes, al borde del abandono, pero seguía siendo tan horripilante como siempre para las doscientas almas aún atrapadas dentro de sus muros.

Y fue a las entrañas de aquel horror donde me arrastró mi madre.

Recuerdo que, mientras caminábamos desde el Lower East Side, ella iba charlando conmigo, o consigo misma, no resultaba fácil apreciar la diferencia:

—Puto Walker. Puto Kunstler. Puto Sy. Puto Garrett. Putos cabrones hijos de puta. Menuda comunidad de mierda. —Me arrastraba por entre el tráfico, sin hacer caso a los semáforos, con la mano atenazándome la muñeca, tirando de mí. Yo tenía que ir correteando para poder seguirle el paso. Al cruzar Canal Street, un camión de reparto frenó a pocos centímetros de nosotros—. ¡Eh, tú! ¡Gilipollas! ¿No tienes ojos en la cara? ¿No ves que voy con un niño? ¿No? Maldito... ¿No? ¡No me jodas! —Estaba tan concentrada en la rabia que le hervía por dentro que, cuando la ciudad se nos echaba encima, para ella no significaba más que un aumento del ruido de fondo—. Se suponía que ibas a tener cabeza, Lenny. Eso fue lo que acordamos. Ibas a asegurarte de que no pasaran este tipo de mierdas. —Estaba claro que no hablaba conmigo—. ¿Y ahora qué, Lenny? A mí se me han acabado las ideas. —Decía todo lo que tendría que callar más tarde. No siempre gestionaba bien la presión. Su ansiedad se derramaba sobre mí con una facilidad pasmosa, me arrastraba hacia delante y me levantaba en vilo, como una ola que me atrapara en su refluo.

Y de pronto estábamos allí, frente a la cárcel. Una caja estilo *art déco*, pero sin curvas elegantes, despojada de cualquier cosa que no fueran pinchos y ángulos, de modo que uno se sentía constreñido por su atenazadora geometría. Su majestuosa entrada principal estaba destinada a la gente honrada, no a nosotros. Nosotros tuvimos que rodear el edificio hasta el lateral, donde se encontraba el agujero ante el cual los visitantes se veían

obligados a esperar, avergonzados.

Cuando llegó nuestro turno, antes de accionar trabajosamente la palanca que abría la puerta, Mamá se arrodilló frente a mí, me agarró por las caderas y me dijo:

—Esto va a ser... educativo, Fred. Lenny necesita ver que eres valiente. Que aún crees en él. Recuérdalo. Los lazos del amor son mucho más fuertes que cualquier cárcel.

Un sentir muy bonito. Debía de haberlo leído en algún libro.

Una vez dentro, me dio la impresión de que los muros pesaban un millón de kilos. A medida que avanzabas por el pasillo, notabas cómo se te tragaban. Hasta la pintura brillante con base de plomo que utilizaban parecía pesada, como si estuviera tirando del edificio entero para echarlo abajo.

Nos abordó una sucesión interminable de guardias: uno nos hizo firmar el registro de entrada, otro nos escoltó a través de la recepción, un tercero nos abrió la puerta del compartimento estanco, un cuarto y un quinto nos cachearon y registraron el bolso con flecos de mi madre. Después, en la segunda puerta, nos esperaba otro más para guiarnos por el laberinto de corredores que conducían a los locutorios. Y todos y cada uno de aquellos guardias, al margen de su aspecto y de su estatura, irradiaban la misma aura, como si supuraran algo rancio, algo tóxico. Yo ya había percibido aquello antes, en pequeñas dosis, en algunos policías, pero nunca me lo había encontrado tan concentrado. Desprecio. Odio. Puro asco. Hacia mi madre, hacia mí, hacia cualquiera que no fueran ellos mismos.

Iba a ser una experiencia educativa, ¿no? Pues bien, he aquí la primera lección.

Durante seis años, yo había vivido rodeado por Lenny y por su carnaval de indignados, absorbiendo su oposición al poder. Experimentaba sus alardes como si se tratara de un espectáculo, de una historia que le contaban al mundo para entretenerse. Comparaban sus respectivas detenciones como si fueran cromos de béisbol o tebeos, cosas por las que competían y que coleccionaban. Molaban. Estaban en la onda. Se hallaban en perfecta armonía con los tiempos que corrían. Las grandes protestas policiales habían quedado atrás y toda la seriedad moral que aún pudieran inspirar, todos los sacrificios y los riesgos que pudieran haberles costado parecían ahora hipotéticos, algo que ya no guardaba relación alguna con sus vidas. Hasta aquel episodio en que me

colgaron del árbol... era un chiste, una anécdota que relatar en las fiestas. Pocas veces daba la sensación de que el peligro hubiera sido real, solo se vislumbraban destellos ocasionales, encuentros con gente cuyos ojos dejaban entrever secretos dolorosos, historias sobre ciertas acciones legendarias que transformaban el ambiente y detonaban cargas de profundidad de puro terror en las entrañas de todo el mundo, pero, aun en esos casos —tal y como lo contaban—, siempre ganaban ellos.

No así en la cárcel municipal. Allí era imposible ganar. No había escapatoria. Ni gozo. Ni gloria en la rebelión.

A medida que nos íbamos internando en la fortaleza, los mecanismos de control se acentuaban más y más. Aquel lugar estaba diseñado para desorientarte, los pasillos se doblaban y se volvían sobre sí mismos, había habitaciones con tal número de puertas que resultaba imposible distinguir las unas de otras, todo estaba recubierto por baldosas idénticas del suelo al techo, pintadas del mismo amarillo meado carcelario. Los ruidos te asaltaban desde todas partes. Primero, el estruendo metálico de las puertas blindadas de acero. A continuación, algo semejante a un martilleo de mazos sobre tuberías de hierro, un ritmo casi musical, salvo porque cambiaba cada vez que uno conseguía seguirlo. Y aún más. Rasqueteos. Chirridos. Aullidos. Ecos. El golpeteo del vapor que subía por las deterioradas tuberías de la calefacción.

Franqueamos una última puerta y nos dejaron en manos de un último carcelero. Aquellos tíos se confundían unos con otros. Tipos blancos y corpulentos, con uniformes que los hacían parecer manchas y con los rostros endurecidos por la tensa amenaza de la estupidez.

Este ejemplar consultó su lista y nos señaló con un ladrido uno de los locutorios que se alineaban al otro lado de la sala como una serie de servicios sin puertas. «¡Snyder!», gritó.

Y la voz cascada de Lenny nos invitó a acercarnos, cantando «So Lonesome I Could Cry». ¿Un gesto afectado? Por supuesto.

No lo veíamos. En mis recuerdos, no está sentado tras un cristal, sino detrás de un panel de acero macizo, pintado del mismo amarillo que todo lo demás, con una abertura como la de un buzón de correos, cerrada con plástico antibalas.

Empezó a canturrear una nueva estrofa («Did you ever see a robin weep, when leaves begin to die?») y mi madre me empujó pasito a pasito hacia el

locutorio.

—Chaval, ¿eres tú?

El banco de metal empotrado en la pared había perdido la mitad de los tornillos. Colgaba de allí inútilmente, incapaz siquiera de soportar mi minúsculo peso. Me balanceé de un pie a otro sin saber muy bien qué hacer.

—Sí, es él —dijo mi madre.

Nuestra mera presencia allí —nosotros dos a un lado del panel, él al otro — bastaba para comunicar todo el mensaje. Estudié los grafitis garabateados y grabados por todas partes. Cuántos nombres ilegibles. Y qué hendiduras más profundas.

—Escúchame. Chaval —dijo Lenny—, ¿me has traído la magdalena?

—¿Qué?

—La magdalena.

Miré a mi madre, pero no me sirvió de gran ayuda.

—¿No te acuerdas? Lo estuvimos comentando aquella vez.

—No sabe de qué le estás hablando, Lenny.

—Pues claro que lo sabe. La magdalena. ¿Te acuerdas, chaval? Me prometiste que me harías una magdalena.

—¿Ah, sí? Eh..., pero si no sé hacer magdalenas.

—Pues claro que sí. Vas a la tienda. Compras un paquete de mezcla para prepararlas. Te lees las instrucciones. La magdalena es fundamental, chaval. ¿No te acuerdas de nada? La próxima vez tráeme la magdalena. Mis favoritas son las de crema de limón. Y añádele ese ingrediente especial que es solo para mí. Ese que a lo mejor no puedo conseguir aquí dentro.

—Está de coña —me explicó mi madre.

Yo no lo pillaba.

Ella prosiguió:

—Tu padre está de coña y estos cabrones nos están escuchando. Ya lo sabes, Lenny. Solo necesitan una excusa.

—Oye, chaval. Ven aquí.

Me puse de rodillas para intentar mirar por la rendija. Tras los rayajos del plástico, un ojo me miró.

—No le hagas caso. Es que está celosa.

—Lenny, déjalo ya —le dijo mi madre—. En serio. No tenemos tiempo

para esto.

—Yo tengo todo el tiempo del mundo, cariño.

—Está fardando por ti. —Mi madre se apoyó contra el cubículo, mordiéndose los labios de pura exasperación. Con lo nerviosa que había estado todo el día, dudo que nada de lo que pudiera haber hecho Lenny le hubiera gustado.

En todo caso, alguien tenía que decir algo, así que yo lo intenté.

—¿Y dónde está la gracia?

—La gracia, Fred, es que metes una lima dentro del pastel —dijo mi madre—, luego le das el pastel a la persona que está en la cárcel y después esa persona se lo come y utiliza la lima para aserrar los barrotes y escaparse. Es un cliché, no muy gracioso, por cierto. Y —se volvió hacia la plancha de metal— tú tampoco eres «el Indomable», joder.

—Estoy intentando hablar con mi hijo —replicó Lenny con un tono nuevo, casi de súplica, lastrándole la voz.

—Vale.

—Pues hablemos.

Pero ella no quería. Aún no. Había invertido demasiado para recibir tan poco a cambio.

—¿Quieres saber cómo nos va por aquí fuera? —preguntó, con voz plana y sarcástica.

—Ya sé cómo os va —respondió él con suavidad—. He hablado con Kunstler.

Si ella se lo esperaba, no dio la impresión de que así fuera.

—Eh, chaval —dijo Lenny, con energías renovadas. Agachó la cabeza y la movió a un lado y a otro, intentando distinguirme a través del plástico gastado—. ¿Sabes lo que me han hecho? No te lo vas a creer. ¿Puedes verme?

—Más o menos. —Lo único que veía eran sombras, colores cambiantes tras la pantalla.

—Me han cortado el pelo. Me han rapado al cero. Muy fuerte, ¿eh? Pero me queda bastante bien. Creo que me gusta.

—¿Por qué te han hecho eso?

—¿De verdad quieres saberlo? Es..., es un poco jodido.

Antes de que pudiera describir cómo los funcionarios de prisiones lo

habían sacado de su celda entre gritos y forcejeos, con un guardia agarrándole cada pierna tras haberle esposado las manos a la espalda, y lo repentino que había sido todo, cómo su violencia había brotado de ninguna parte, cómo las esquiladoras de perros le habían arañado sin piedad el cuero cabelludo, enganchándose a veces en sus rizos, arrancándoselos de raíz, mi madre lo interrumpió.

—Lenny...

—¿Qué? —replicó él.

El torrente de ferocidad que discurrió entre los dos en aquel instante. Decía más sobre los lazos del amor de lo que ninguno de los dos habría admitido jamás.

Lo dejó a la espera de una respuesta durante un minuto interminable antes de decir:

—Tenemos que marcharnos.

Algo semejante al pánico se removió al otro lado de la plancha de metal.

—Espera. Chaval. Freedom. Otra cosa. Tengo que decírtelo. —Reclamaba mi atención. Se aceleró—. Este sitio es una farsa. Todo es una puta farsa. Y yo no soy el tío en el que están intentando convertirme. Soy este tío. Soy Lenny Snyder, joder. No lo olvides. Me hagan lo que me hagan. Te hagan lo que te hagan a ti. Yo soy Lenny Snyder y tú eres mi hijo. Y la libertad, Freedom, es un estado mental.

Aquí también había una lección. Pero por aquel entonces yo carecía enteramente de los recursos necesarios para comprenderla.

Pues así es como estaban las cosas.

Por aquel entonces Lenny ya llevaba meses encerrado y el juicio aún tardaría medio año en celebrarse. El LSD lo conformábamos casi exclusivamente Kunstler, mi madre y, por si servía de algo, yo. No había nada que hacer. Nos habíamos dado por vencidos. Y de pronto, como salida de la nada, recibimos una llamada de Bob Fass, de la emisora izquierdista WBAI. No se había olvidado de las numerosas intervenciones que había realizado Lenny en su programa para anunciar diversos mítines, conciertos gratuitos, comedores de beneficencia móviles o protestas espontáneas a tal hora en tal sitio, ni tampoco de todas las veces en que Lenny había llamado desde una cabina telefónica en mitad del meollo para describir lo que veía y aportar detalles fundamentales: en qué lugar exacto se había concentrado la poli, a cuántas personas habían apaleado y a cuántas se habían llevado, qué calles seguían abiertas para aquellos oyentes intrépidos que aún quisieran aventurarse a acudir a las barricadas. No os olvidéis de traer una botella de agua. Están lanzando gas lacrimógeno.

—Lenny es un compatriota —le dijo a mi madre—. Lo necesitamos. ¿Por qué no te pasas por el estudio y haces un llamamiento?

Había leído el rollazo de Kirsh en *The Conformist*, que al parecer contextualizaba el encarcelamiento de Lenny en el marco de una defensa indiscriminada de la legalización de absolutamente todo, desde la marihuana al polvo de ángel, la bencedrina y la heroína, ya que irse de la olla era la única respuesta sensata por la que cabía optar en este mundo tan enloquecido. Y, aunque Fass no podía ocultar su escepticismo respecto a la posibilidad de que todo aquello contribuyera realmente a crear un sistema de gobierno mejor, más justo y más responsable, pensaba que, bueno, todo el mundo comete errores de vez en cuando.

—Lo principal es que Lenny es una voz importante —dijo—. Y, ahora que quedan tan pocas voces, resulta fundamental recuperar la suya. No sé por qué no se me ha ocurrido antes hacer esto... O, mejor dicho, sí que lo sé. Pero fue un error por mi parte. Espero que podamos rectificarlo.

Lo que teníamos que hacer era aprovechar las insinuaciones que Ricardo Polente había sembrado con su reportaje televisivo, restándoles el componente obsceno. Apelando a la compasión de la gente, no al morbo. Y el camino hacia la compasión, convinieron Fass y mi madre, pasaba por mí.

Sabían que yo sería capaz de hacerlo. Lenny ya me había arrastrado una vez a la emisora para que Fass me entrevistara. Un golpe de efecto. Yo sería la voz de la nueva generación joven. Tenía cuatro años. No era un hippie, sino un «bebippie», en directo para todos vosotros desde el corazón de la tribu. Me hizo preguntas muy serias y sofisticadas. ¿Creía yo que la violencia era una respuesta racional a las políticas irracionales del Gobierno estadounidense? En vista de las revelaciones de los Papeles del Pentágono sobre lo hondo que llegan la mendacidad y los subterfugios en el Departamento de Defensa, ¿debería iniciarse una investigación penal y, en su caso, quién debería dirigirla? ¿Estaba yo de acuerdo con la congresista Shirley Chisholm en su apoyo a la Enmienda por la Igualdad de Derechos? Y yo le di alegremente mis respuestas. Todas ellas monísimas. Nadie se interpondrá entre la teta de mi madre y yo. En cuanto a los Papeles del Pentágono, ¿qué se puede decir salvo que hasta un niño lo veía venir? Nunca te fíes de nadie que tenga más de seis años.

Al final de la sesión, Fass me preguntó:

—¿Qué quieres ser de mayor?

—¡Libre! —dije. Me habían aleccionado de lo lindo para contestar a aquellas preguntas—. Pero ¿eso qué importa? Si no nos retiramos unilateralmente de esta guerra injusta e ilegal en Vietnam, ni siquiera tendré la posibilidad de hacerme mayor.

Dicen que me salí. Quién sabe.

Todo lo que recuerdo es la luz tórrida que caía sobre la mesa, el micrófono suspendido en su jaula como una pierna recién operada en una férula de tracción, la inmensa ventana de vidrio cilindrado que ocupaba una pared entera.

La idea era repetir aquella actuación, pero esta vez, en lugar de dejar que me entrevistaran, sería yo el que contaría mi historia, como un catedrático en miniatura revelando las noticias, la historia secreta, a las masas que esperaban allá fuera a que alguien las encandilara.

Se suponía que iba a ser divertido. Eso es lo que mi madre me decía una y

otra vez.

—Te encanta contar historias, y Dios sabe que eres un comediante nato. Haz como si estuvieras hablando conmigo. Te saldrá genial. Te lo prometo. No es para tanto.

Pero sí que era para tanto. Se pasó días escribiendo y reescribiendo el guion. Angustiada. Cerrando los párpados con fuerza y mordiendo el bolígrafo. Había vuelto a empezar a fumar. Cigarrillos de la marca More. Dejaba por todo el piso latas de conservas llenas de aquellas colillas tan delgadas.

Le pregunté por qué no podía decir que echaba de menos a Lenny y ya está, y contar todas las cosas que él había hecho y eso. Ser yo mismo.

—Eso es exactamente lo que vas a hacer —me respondió—. Pero debes hacerlo de forma eficaz. Por eso tenemos un guion. Para que a la gente de verdad le entren ganas de darnos dinero. Como ya te he dicho, no es para tanto.

Y, cuanto más hierro trataba de quitarle al asunto, más aumentaba la presión sobre mí. Lo ensayábamos una y otra vez, la lengua se me trababa con las palabras difíciles y me veía obligado a trabajármelas fonéticamente.

¿Te puedes creer que fue así como aprendí a leer?

Por las noches, me quedaba sentado en la oscuridad, escuchando cómo los coches de la poli aullaban por el barrio e imaginándome todas las maneras en que podría cagarla y así, en lugar de ayudar a Lenny, condenarlo a una eternidad de..., ¿de qué? De frío glacial y de oscuridad y de siniestros desconocidos. En algún momento, él y mi madre habían cometido el error de dejarme ver *Nosferatu* en *Sesión de Noche*. La criatura, aquella gárgola de dedos inquietantes y sedienta de sangre, se mezcló en mi mente con los yonquis que se habían apoderado del barrio. Los veía agazapados entre las sombras, vigilando a Lenny, no a mí, esperando el momento adecuado para clavarle sus jeringuillas en el cuello. Él lanzaría alaridos de dolor. Tirado de espaldas en el suelo. Desnudo. Le afeitarían otra vez la cabeza. Y sería todo culpa mía. Todas y cada una de las veces. Fuera cual fuese la versión de la historia que se proyectaba en mi mente, todo siempre acababa siendo culpa mía.

Empecé a sufrir dolores de cabeza. En mi estómago se celebraban combates de boxeo.

Cuando llegó la noche de mi intervención, había alcanzado tal estado de nerviosismo que apenas podía mirar a mi madre sin hiperventilar. Tenía tics. Me daban espasmos.

Ella debió de darse cuenta, pero su reacción consistió en hacer como si mi miedo no existiera y en empujarme con más fuerza si cabe hacia nuestro objetivo.

—Recuerda. No es para tanto. Solo tienes que hacer lo que hemos ensayado. Lo llevas en los genes. Solo tienes que sacar al Lenny que llevas dentro.

En el taxi, camino de la emisora, no paraba de tocarme —las manos, los hombros, el pelo, las mejillas— mientras hablaba.

—Respira. La clave está en respirar. Porque ¿te acuerdas de lo que te ha pasado esta tarde, cuando has empezado a acelerarte y se te ha olvidado por dónde ibas? Eso es lo que pasa cuando no respiras. —Me palmeó la rodilla. Inspiró hondo para enseñarme cómo se hacía—. Pero no te estoy diciendo que te tengas que preocupar por ello. Simplemente tenlo en cuenta. Lo vas a hacer genial. Te lo prometo. Lo vas a hacer de maravilla. —Un apretón en el brazo—. Tú solo acuérdate de respirar. —Una pausa. Me apretó los dedos con tal fuerza que crujieron—. ¿Vale?

Llegamos a la emisora y allí estaba Fass, relajado, sereno. Por sus pintas podría decirse que trabajaba para la Boeing. Unas gruesas gafas oscuras. El pelo rubio corto con la raya al lado. Pero trataba a los demás con el aire bondadoso de un predicador televisivo.

—¿Qué tal está nuestro chico? —preguntó para matar el tiempo mientras aguardábamos para entrar en antena, en el pasillo industrial que hacía las veces de sala de espera de la emisora.

Antes de que me diera tiempo a contestar, se agachó para ponerse a mi nivel, con una mano en cada rodilla, y empezó a contarme una anécdota sobre un suceso peculiar que le había ocurrido «hacia unos días» mientras comía con unos amigos.

—Justo cuando nos disponíamos a hincarles el diente a nuestras pechugas de pollo a la francesa, un ratón cruzó el restaurante de una punta a otra, corriendo como un rayo por el pasillo entre las mesas. Cuando llegó a la puerta de la cocina, frenó en seco, confuso, y empezó a mover la cabecita adelante y atrás como si dudara hacia dónde ir. Fue solo un instante, pero

suficiente para que todo el mundo se diera cuenta. Luego se giró y salió disparado por donde había venido. Y entonces pasó algo extrañísimo.

A continuación, Fass se embarcó en una detallada descripción de cómo los clientes, en vez de subirse a las sillas alarmados, habían ayudado tranquilamente a los camareros a conducir al roedor hasta una caja, que el dueño, un hombre encantador, después sacó a la calle; rodeado de los camareros y del personal de cocina, así como de todas las personas cuyo almuerzo había sido interrumpido, el dueño colocó la caja con gran suavidad junto al bordillo de la acera y dejó que el ratón encontrara por sí mismo el camino a la libertad.

—Todos aplaudimos. Y, cuando el animal desapareció por la reja de la alcantarilla, simplemente volvimos adentro y terminamos de comer. Fue increíble. —Agitó la cabeza con un gesto maravillado—. Suficiente para devolverte la esperanza en la humanidad.

Debía de haber contado aquella historia cien veces. Tenía todos los ritmos e inflexiones calibrados a la perfección, como si supiera exactamente la reacción que cada uno iba a provocar. Era su calentamiento previo habitual para lograr que sus invitados se sintieran cómodos. Y funcionaba.

—¿Estás seguro de que era un ratón? —le pregunté.

—Tienes razón. —Soltó una risita—. A lo mejor se trataba de una rata muy pequeña y muy mona.

Para cuando llegó la medianoche, momento en que empezaba el programa de Fass, ya se me había olvidado que estaba nervioso. Sabía que, pasara lo que pasara allí dentro, aquel hombre me guiaría sano y salvo a través del laberinto.

Los tres nos instalamos en la cabina y ajustamos nuestros micrófonos. Fass empezó a manipular los controles de la mesa de mezclas. Y, justo cuando íbamos a entrar en antena, mi madre empezó otra vez a tocarme, a restregarme la espalda, en apariencia para calmarme, pero en realidad transmitiéndome su ansiedad.

—Respira —me susurró—. No te olvides.

Pero resultaba bastante difícil respirar. La cabina estaba abarrotada, apenas quedaba espacio para las sillas entre todo el equipo. Y, antes de que yo pudiera recobrar el equilibrio, Fass hizo su introducción y me dio el pie. La luz roja que indicaba que estábamos en el aire me contempló amenazante

desde su atalaya por encima de la puerta y, en el silencio de aquel momento, de pronto me di cuenta de que aquello era real, de que estaba pasando justo ahora y de que yo no estaría ni por asomo a la altura de las circunstancias.

—Freddy —me dijo mi madre—, no tengas miedo. Ya puedes empezar.

Tenía que hablar, así que dije:

—Eh... Hola.

Lo que tenía que hacer era zambullirme, como en la piscina. Así que me sumergí en el guion.

—Hoy..., hoy no quiero hablaros de Lenny. Quiero hablaros de un hombre llamado Gerónimo. Un indio. O sea, un nativo americano. O, mejor dicho, un apache, porque eso es lo que era en realidad. Un apache chiricahua de la banda Bedonkohe. Un gran guerrero y un luchador por la libertad.

Mi voz sonó ahogada cuando me di cuenta de que aquellas palabras, en realidad, se referían única y exclusivamente a Lenny. Cada vez que alzaba la vista, veía mi rostro aterrorizado reflejado en el cristal de la cabina. Me dije a mí mismo: «Continúa por la vía que te marca el discurso, cíñete a sus curvas y ni se te ocurra descarrilar».

—Gerónimo nació en una aldea de Nuevo México, aunque por aquel entonces aún no se llamaba Nuevo México, sino México a secas. En esta aldea, la gente lo compartía todo. Los viejos sabios, los niños pequeños, los padres, las madres, los jóvenes exploradores, todo el mundo. Preparaban grandes comidas comunales llamadas *potlatches* y después les gustaba sentarse en torno al fuego a reírse, a contar historias y a jugar con palitos.

»Estas aldeas no eran como nuestras ciudades y nuestras villas. Los apaches, el pueblo de Gerónimo, tenían una relación diferente con la tierra en la que construían sus aldeas. Consideraban que esta era más poderosa que ellos, que ellos no constituían más que una pequeña parte de toda la vida salvaje y misteriosa que poblaba la tierra. No intentaban tomar posesión de ella. No intentaban controlarla, gestionarla ni obligarla a hacer lo que ellos quisieran. Simplemente se dedicaban a escucharla y a responder a lo que le oían decir. A veces trasladaban su aldea de un lugar a otro. Podían hacerlo porque vivían en unas casas llamadas tipis, hechas de varas largas cubiertas de pieles de animales. Cuando así lo deseaban, las familias podían desmontar sus tipis y recogerlos: igual que nosotros cuando metemos nuestra ropa en una maleta y nos vamos de viaje, Gerónimo y su pueblo podían llevarse consigo

sus casas enteras. Cuando llegaban a un sitio nuevo, montaban de nuevo sus tipis y volvían a construir la aldea. No se les ocurría pensar en quién podría venir a ocupar la tierra donde habían montado la aldea por última vez, porque nunca habían considerado que aquella tierra fuera suya. Nada era suyo. Nada pertenecía a nadie: así es como pensaban. El mundo, ese regalo inmenso, era demasiado hermoso como para reservárselo para ellos solos. Lo compartían, al igual que compartían la comida y todo lo demás, no solo con las otras gentes, sino también con los animales y los árboles y los ríos y el viento. Todo se compartía con todo lo demás. La Tierra era un continuo infinito y ellos no eran más que un pequeño fragmento; estaban agradecidos de formar parte de él.

»Y, pensándolo bien, ¿no sería la vida mejor si todos la concibiéramos de esa manera? ¿No es así como debería ser la vida? Gerónimo creía que sí.

Mamá asentía mientras yo hablaba y a veces articulaba las palabras en silencio con los labios. Supongo que le parecería encantador cuando se me atragantaron los pasajes más difíciles, porque por primera vez en varios meses no había tensión alguna en su rostro. Brillaba luminoso, dándome ánimos. Lo estaba haciendo bien. El poder de la historia me había poseído.

—Un día, Gerónimo y todos los demás hombres se marcharon de caza. Estuvieron fuera seis días, siguiéndoles la pista a los ciervos y a los búfalos. Recogiendo nopales y ramas de aloe que usaban como protector solar. Y mientras se hallaban fuera...

Aquí era donde la cosa se ponía peliaguda.

—Llegó el hombre blanco y quemó la aldea entera.

Me desconcentré y mis pensamientos empezaron a girar en torno a los paralelismos entre Lenny y la historia que estaba contando. Ahora no debía pensar en aquellas cosas. Lo sabía. Pero no podía parar. Así que me dije a mí mismo: ¡No pienses, no pienses! Y, cuanto más lo hacía —cuanto más pensaba en que no debía pensar en Lenny—, más difícil me resultaba concentrarme en Gerónimo y en las palabras que tenía que decir.

—Cuando Gerónimo volvió a casa con sus cazadores, desmontó de un salto y corrió por entre las ruinas humeantes, gritando y buscando a su familia; pero ya era demasiado tarde.

El miedo y el horror se apoderaron de mí.

—Habían sido asesinadas. Su madre. Su mujer. Sus hijitas.

Aquella gente éramos nosotros. Yo. Mi madre.

—Cayó de rodillas y alzó la vista al cielo, lleno de dolor y de ira. Extendió los brazos, suplicándole al mundo que le explicara qué había hecho él para merecer semejante castigo.

Y patiné. Al leer la siguiente frase, dije:

—Y cuando Lenny...

La habitación se me derrumbó encima y me quedé paralizado. La palma de la mano de mi madre se adhirió de pronto a mi hombro. Ella hizo como que respiraba hondo.

—¿Y qué ocurrió entonces? —ronroneó Fass—. Lo estás haciendo de maravilla. Nos tienes en ascuas.

Tartamudeando, luchando para encontrar la forma de continuar, dije:

—Gerónimo..., o sea..., eh..., y el hombre blanco...

El dedo de mi madre me indicó sobre el papel el punto en el que me había quedado.

—Abrió la...

Concéntrate.

—Abrió la boca para gritar y su alma salió volando. Su corazón, toda la bondad que había tenido en su vida hasta aquel día, se elevó de su pecho como una columna de humo y se disolvió en el aire. Una voz..., una voz le habló a Gerónimo. «Ningún arma de fuego te matará jamás», dijo. «Yo les arrebataré las balas a tus enemigos y guiaré tus flechas.» Y Gerónimo se puso en pie. Imaginó un movimiento, congregó a la gente a su alrededor y les inspiró la convicción de que él podía liderarlos. Y contraatacó. Igual que...

Y esta vez la transición estaba en el guion.

—... Lenny Snyder, mi padre. Gerónimo, igual que Lenny, hizo eso que en teoría uno no debe hacer. Se negó a someterse.

»En el caso de Gerónimo, él y sus guerreros se echaron al monte y empezaron a tender emboscadas a las diligencias y a los trenes de mercancías. Rechazaron los ataques de los alguaciles y de la caballería que habían enviado para atraparlos. Resistieron durante diez largos años, alimentándose de lagartijas y serpientes de cascabel, ocultándose como coyotes entre las rocas escarpadas del desierto, aferrándose a la esperanza de que algún día triunfarían y su pueblo sería libre.

»Y... —Yo ya sabía lo que venía ahora. Había leído el guion cien veces, preparándome para este momento. Pero, aun así, los pálidos y huesudos dedos de Nosferatu surgieron amenazantes de los rincones más oscuros de mi conciencia. Los espectros con sus costras, sus moratones y sus heridas sangrantes, todas aquellas visiones letales que había imaginado volviéndose contra Lenny, devorándolo, me asaltaron de golpe.

—L-Lenny... —tartamudeé—. Mi padre... —Se me quebró la voz.

El tiempo en directo transcurría a un ritmo diferente del de la vida real. Más despacio. Cada fracción de segundo, más concentrada. Tic, tac. Tic, tac. Tic, tac. El tiempo se me echaba encima. Y yo no estaba preparado para el efecto de tener un público en directo. Ni siquiera uno invisible. Ni siquiera uno hipotético. La mera idea de que decenas de miles de personas, toda una multitud de testigos invisibles, estuvieran alargando el cuello hacia la radio, esperando, deseosos de escuchar lo que diría a continuación... Me derrumbé por completo.

—Y...

La voz de Lenny descendió de las alturas. *No seas nenaza. En la política no hay lugar para los sensibleros. Hay que tener entrañas de acero. El corazón de fuego. Nunca, nunca les dejes verte llorar.*

—Se..., se lo llevaron... —Estábamos fracasando. Yo estaba fracasando. Lo sabía desde el principio, sabía que iba a fracasar—. Se..., se lo llevaron...

Y entonces empecé a sollozar. Me salían mocos por la nariz con cada palabra que conseguía expulsar.

—Solo... porque..., como... Ge... ró... ni... mo..., y...

No pude continuar.

Todo lo que conseguí hacer en aquel momento fue mirar a mi madre en busca del perdón. Pero, en lugar de eso, lo que encontré en su rostro fue puro horror. La había decepcionado. Daba igual que tan solo fuera un niño. Había fracasado. Y, conforme la conciencia de todo aquello me retorció las tripas, se me tensó el cuerpo entero y no pude seguir respirando; entonces ella debió de verme, ver lo pequeño que era, ver mi desesperación, porque su horror cambió de rumbo. Se volvió contra ella misma. Su armadura se resquebrajó y —por primera vez en no sé cuánto tiempo— fue exclusivamente una madre: me abrazó con mucha fuerza, derramando su amor protector y posesivo sobre mí, y las lágrimas brotaron también de sus ojos.

En medio de todo aquello, Fass se las arregló para que el programa siguiera en marcha. Comprendió que, para hacer llegar nuestro mensaje, lo mejor era dejarnos llorar. Con suavidad, me quitó el guion de delante y reajustó el micrófono.

—Vamos a darles un momento para reponerse, amigos. Ahora mismo, estáis siendo testigos del coste humano que implican las draconianas leyes antidroga de nuestra nación.

Dejó que nuestros sollozos volaran junto con las ondas radiofónicas, sacándole todo el partido posible a nuestro dolor, hasta que mi madre estuvo en condiciones de soltarse de mi abrazo y retomar el hilo donde yo lo había dejado.

—Como Gerónimo —expuso ella—, Lenny Snyder lo ha sacrificado todo para enfrentarse a los círculos de poder de nuestro país y decir ¡no! Que dejen de masacrar a nuestros hijos. Que dejen de rendir culto en altares ensangrentados. Que dejen de oprimir a los jóvenes para ganar dinero fácil.

»Si sueles escuchar este programa, no hace falta que te diga lo que Lenny ha hecho por la causa. Has estado allí, peleando a su lado. Sabes lo que significa decir: “¡El pueblo al poder!”. Y sabes con qué generosidad se ha entregado Lenny a la lucha por convertir ese eslogan en algo más que palabras. Estabas en Chicago. Estabas en el Pentágono. Estabas en Berkeley, en Madison y en Detroit. Estabas en Ohio cuando cayeron tus camaradas. En Newark y en Watts cuando se quemaron estas ciudades.

La fuerza que fluía a borbotones de mi madre me sacó a flote. Me sorbí la nariz. Me fui reponiendo poco a poco, estremeciéndome y tragando saliva.

—Lo que quizá no sepas es lo mucho que ha sufrido Lenny por su valentía. Como a Gerónimo antes que él, a Lenny lo tratan como a un enemigo del Estado. Durante años, Lenny y yo y nuestro pequeño Freedom hemos vivido sitiados. El FBI vigila todos nuestros movimientos. Entran en nuestro piso cuando no estamos en casa y esconden micrófonos en las paredes. Nos han pinchado el teléfono. Mandan a gente para que finjan ser amigos nuestros y los informen de cualquier cosa que hagamos. Eso es lo que pasa cuando tienes las agallas de pelear por lo que es justo.

»Y ahora lo han encarcelado por unos cargos de tráfico de drogas que se apoyan en pruebas falsas. Lo acusan de cosas que el Lenny Snyder que nosotros conocemos no haría jamás. Y todo porque se niega a quedarse

callado. Le tienen miedo. Os tienen miedo a vosotros. A nosotros. Tienen miedo de lo que podemos conseguir si nos unimos y alzamos nuestras voces contra ellos.

Miró a Fass, que tomó el relevo.

—Lenny necesita nuestra ayuda, amigos. Hoy por hoy, la fianza está fijada en...

Mi madre se inclinó hacia el micrófono y dijo:

—Diez mil dólares.

—Eso es mucha pasta para alguien que se ha pasado la vida renunciando al dinero. Así que, por favor. Hacemos un llamamiento, aquí en directo desde la Radio Innombrable. Si valoras la labor trascendental que Lenny Snyder ha hecho por ti, abre la cartera. Contribuye con cinco o diez dólares, lo que puedas permitirte. Saquemos de nuevo a la calle a este gran patriota estadounidense.

Le devolvió el micrófono a mi madre.

—Aceptamos efectivo o cheques, pero, si nos haces un cheque, ponlo a nombre del fondo para la Defensa de Lenny Snyder, siglas LSD. Ah, y por favor no mandes nada por correo. También nos lo confiscan. Tráelo a la librería t en la Calle 6, entre la Primera y la Segunda Avenida. Pregunta por Ted Barrow. El santo y seña es «¿Sabes cómo se va a San José?». También puedes traerlo a la emisora de la WBAI, y ellos se asegurarán de que llegue a buenas manos.

Al final de la sección, Fass se recostó en su silla y asintió levemente con la cabeza.

—Lo habéis hecho muy bien —dijo—. Esta noche habéis recaudado un buen dinero.

Pero, al pasar por la librería al día siguiente, Barrow nos dijo que no había llegado nada.

Regresamos todas las mañanas, tardes y noches. Barrow siempre estaba allí. Vivía en la parte de atrás, en la celda de su oficina, solo con su tortuga y con sus investigaciones sobre formas de conciencia alternativas. Cuando entrábamos, oía tintinear las campanillas de viento que colgaban de la puerta y salía a recibirnos arrastrando los pies, dejando el noventa por ciento de su mente en la trastienda.

—*Nada* —decía, acariciándose introspectivamente el bigote largo y

mustio, que le hacía cosquillas en la lengua—. Aunque no *todo para nada*.^[3]

Aquello duró dos o tres días. Ir y volver, ir y volver. Íbamos tan a menudo que parecía que vivíamos allí.

Y, de pronto, una tarde nos acercamos ya casi a la hora de cerrar y nos encontramos con que Barrow nos estaba esperando en el mostrador.

—¡Fijaos en lo que os han traído hoy! —exclamó. Se retiró las gafas de alambre de detrás de las orejas y se las limpió con el chaleco de fieltro que siempre llevaba puesto—. *Todo por todo* —dijo, y con dos dedos empujó un grueso sobre de manila por encima del mostrador.

Dentro, los diez mil dólares íntegros en billetes de cien dólares y una nota manuscrita en una hoja de rayas azules.

Tres palabras: «Lo siento, Phil».

—Menudo hijo de puta —dijo Lenny cuando salió del trullo—. Seguramente pensará que le ha hecho un gran favor al mundo.

En casa: sus cambios de humor. Su costoso rapado de maquinilla. Su forma de merodear por el piso, en silencio, irradiando calor.

Le tenía miedo, tenía miedo de lo que podría llegar a hacer.

Mi madre intentó varias veces que se sentara con ella, que se centrara para que pudieran trazar un plan juntos. Había tomado notas, había obtenido documentos, había acumulado recortes de prensa, había hecho todas y cada una de las cosas que Kunstler le había aconsejado. Desplegó toda aquella información por el suelo del salón, una cronología, un mapa, una narración de los hechos. Lo único que faltaba era la versión de Lenny.

Apeló a él para que la ayudara a darle sentido a todo aquello.

—Para poder ganar tendremos que estar preparados.

Él se limitaba a quedarse allí plantado, mirándola, mirando todo aquel trabajo diligente, con los ojos hundidos y sombríos, como si no acertara a comprender por qué ella pensaba que todo eso tenía algo que ver con él, y cómo podía ser tan ingenua como para creer que así lo estaba ayudando.

A mí me miraba de la misma manera. Como si ambos fuéramos demasiado para él. Como si no hubiera nada en el mundo que deseara más que librarse del molesto y agobiante espectáculo de nuestro amor.

Se encerró en el cuchitril que había detrás de la cocina, la habitación en la que desaparecía siempre que su estado de ánimo se volvía demasiado opresivo, el cuarto donde solíamos dejar las cajas vacías y los cachivaches absurdos con los que no sabíamos qué hacer. Se pasaba los días observando el patio de luces, estudiando los estampados que la nieve y el hollín formaban sobre los ladrillos del edificio que estaba detrás del nuestro. Pero incluso así había demasiada luz. Embadurnó la ventana de pintura corporal negra. Y allí se quedaba, sentado en el suelo. O bien acostado. Sudando debido a la calefacción por vapor seco que encendíamos en invierno, preparado para soportar los momentos en que el frío exterior se abría camino hasta el interior. Mirando cara a cara a la oscuridad. No se bañaba. No comía. De vez en cuando, una galletita salada; nada más.

Mi madre me mantenía lejos de allí.

A veces, cuando necesitaba algo, él la llamaba. Y ambos hablaban en susurros tras la puerta cerrada.

—Está trabajando —me dijo ella cuando intenté echarle un vistazo.

—¿En qué?

—En lo siguiente.

Lo cual, visto en retrospectiva, quizá fuera cierto.

He llegado ya a una edad en la que creo alcanzar a comprender en qué debía de estar pensando Lenny. No es que lo perdone, pero puedo comprenderlo.

Tenía que hacer balance. A sus treinta y seis años, era ya un viejo. No lograba entender a la persona en la que se había convertido.

Añoraba aquellos días, aquellos años, no hacía tanto, en los que abría la boca y las palabras que se le escapaban procedían de una autoridad cósmica que quedaba fuera de su control. Cuando el mero hecho de ser él mismo lo convertía en uno de los justos. La gente lo veía por la calle y se decía: Ese hombre es libre. Lo veían en la televisión y lo primero que pensaban era: Oye, flípalo, ¿y si yo también fuera como él?

Y, cada vez que la bestia intentaba devorarlo, lo único que tenía que hacer era soltar una carcajada, disfrazarse, agenciarse una cámara de televisión y decirle a la gente: ¡Mirad! Esta bestia es de papel. Es una piñata. Coged un palo. Vamos a machacarla. Vamos a romperla toda en pedazos y luego redistribuiremos lo que caiga de ella.

Y no había sido solo él. También sus amigos. Sy y Garrett y todos los demás. Suzy, por supuesto. Y hasta Phil, a su manera: el juglar, el que contaba su historia.

Y lo consiguieron. Aporrearon a la bestia hasta que se desmoronó. Los caramelos volaron por todas partes.

Y ahora la nación entera tenía el mismo aspecto que ellos. El personaje más famoso de la tira cómica más famosa del país era un fumeta amodorrado que hablaba con las plantas. Franjas enteras de Nueva York estaban perfumadas de olor a maría. Hasta los empresarios del petróleo y los asesores de los congresistas se dejaban unas greñas que les tapaban las orejas y sobrepasaban el cuello de sus camisas. Las amas de casa como Dios manda se follaban a sus vecinos, a veces sus maridos follaban entre ellos y después todo

el mundo se reunía para conversar sobre las delicias de un eros sin ataduras. Y mira a toda esa gente que se ha perdido por los bosques del norte de California, por las montañas septentrionales del estado de Nueva York, por las inmensas llanuras vacías de Kansas y Nebraska, por las playas rocosas de Hawái y México, y que han borrado las huellas que dejaban atrás, se han cambiado el nombre, han declarado libres algunas zonas a las que no puede llegar ningún gobierno, en la India, en Dinamarca, en Tailandia, en Costa Rica, y que han abrazado una mugrienta comunión con los demás. Por todo Nueva York se estaban liberando edificios, reclamados por la fuerza a un Ayuntamiento que los había abandonado a la podredumbre. Y, como todos eran pobres, todos eran iguales, o por lo menos más iguales de lo que lo habían sido en mucho, mucho tiempo.

Así que ¿dónde estaban ahora los caramelos? O quizá fuera mejor preguntar: ¿por qué seguían siendo valiosos los caramelos? ¿Por qué susurraba todo el mundo dame, dame, dame, dame, dame más caramelos? ¡Son míos! ¡¡Son todos míos!! Como si el objetivo siempre hubiera sido unirse a las filas de los poderosos, en vez de romper las estructuras de poder en mil pedazos.

Lenny, el timador consumado, aquel que había engañado a una nación entera para que cambiara sus sueños, había sido a su vez víctima de un timo. El pueblo lo había abandonado. Era inexplicable. Inconcebible.

A ver. Había topos y agitadores infiltrados en todos y cada uno de los grupos de izquierdas. Todo dios se atrincheraba en uno u otro frente de liberación, condenando a los demás por tener un pensamiento contrarrevolucionario. Los nacionalistas negros se negaban a tratar con los blanquitos. Las feministas radicales y las activistas por la liberación de la mujer criticaban el movimiento y todos sus logros por no ser más que una nueva iteración más molona de la misma mierda patriarcal de siempre: abajo con él, decían. Hasta los veganos se habían vuelto militantes. El viaje seguía y seguía y se iba volviendo cada vez más extraño.

La paranoia se extendía por las calles como gas lacrimógeno. Con el humo en el ambiente y el viento en contra, las legiones de la izquierda se fragmentaron en un centenar de tribus enfrentadas, que se definían a sí mismas por otros tantos dogmas esencialistas opuestos y que tenían en común una sola convicción: que para ser libre había que ponerse una camisa de fuerza. No

parecían entender que les iba a resultar imposible alcanzar los preciados caramelos si tenían los brazos atados por la camisa. Qué más daba que se la hubieran hecho ellos mismos, ahora que la tenían puesta seguían sin ser libres.

Nadie soportaba ya las bromas.

Que les den por culo. Que les den por culo a todos, si eso es lo que quieren.

Porque, a decir verdad, ¿qué era la victoria si en realidad consistía en esto? No era más que una ilusión. Una pose imposible. Una cosa más que destrozar, porque sí.

Por eso Lenny se había ido de excursión al hotel Whitmore. Para recordarles lo que era la libertad, la auténtica libertad. O, al menos, así es como a veces se justificaba, creo. Lo había hecho para demostrarle al mundo que era capaz de hacerlo.

Y el mundo se la había devuelto y le había dicho, no, no eres capaz.

Tal vez la victoria no fuera real, pero la derrota tenía sus consecuencias. Fuera cual fuese su verdadera opinión sobre los caramelos, en la cárcel no habría ninguno. En la cárcel, moriría. No podía ir allí. No así. Acusado de tráfico de cocaína. Todavía le quedaba el honor. Su nombre aún significaba algo, ¿verdad? ¿Acaso él no era aún Lenny Snyder? El peligro de construir tu identidad en torno a tus enemigos reside en que, cuando estos se rinden, pierdes de vista quién eres. La locura que llevas dentro empieza a desbordarse. Algo perverso en su interior quería que lo trincaran. Es más, necesitaba que lo trincaran. ¿Significaba eso que había ganado? ¿O que había perdido? ¿En qué momento había sustituido toda aquella vergüenza a su alegría?

Y, llegado este punto, se bloqueaba y volvía al principio del ciclo.

Hasta que, una mañana —o al menos así es como yo lo recuerdo—, salió de la habitación cantando canciones de Sinatra, se quitó la ropa interior mugrienta que llevaba puesta y se enfundó en sus mejores pantalones de pana, en la camisa de manga corta de un uniforme de la policía de Nueva York que había rescatado de una tienda de excedentes militares para una de sus payasadas, en sus botas y en su sombrero de vaquero, un atuendo completo diseñado para transmitir que su arrogancia era auténtica y que la hora de la inseguridad había pasado. Mientras se acicalaba frente al espejo, se lanzaba besos a sí mismo.

Lo miramos boquiabiertos. Alarmados. Aliviados. Las dos cosas a la vez.

Dando palmadas como si estuviera llamando a unos gatos, se volvió hacia nosotros y dijo:

—¿A alguien más le apetece una hamburguesa?

Dijimos que sí, claro. Cogimos nuestras parkas.

Y, sentado a la mesa de una cafetería en la Tercera Avenida, nos informó, mientras devoraba y devoraba, sin siquiera pararse a tragar, de que había tomado una decisión. Él era inocente. Moralmente inocente. ¿Es que no lo pillábamos? En estos nuevos Estados Unidos despedazados, donde aquella era la única vía posible para poder juntar suficiente dinero para pagar el alquiler, y a lo mejor para cubrir de vez en cuando el primer plazo del recibo de la luz caducado antes de que te la cortaran, pasarse a la economía sumergida era mejor que convertirse en esclavo de aquel sistema de explotación que por fin, menos mal, estaba empezando a desmoronarse. Inflaba su retórica, aunque fuera solo para nosotros.

Mi madre lo fulminaba con la mirada, impacientándose.

—O sea, nos estás diciendo que eres culpable.

—Nooo.

—Pues yo me lo habría tragado.

—Lo que quiero decir es que es culpa de la ley. Las drogas deberían ser legales.

—Pero no lo son, ¿sabes? ¿Cómo era aquel dicho? Quien vive de ilusiones muere de...

—Y tengo a Kunstler.

Ella esbozó una sonrisa.

—Vale. Muy bien. Venga, vamos a hablar con Kunstler.

Y eso fue lo que hicimos. Desfilamos hasta su mismísima oficina, sin haber pedido cita siquiera.

En todos los meses que habíamos pasado intentando recaudar la fianza de Lenny y en las ocasiones anteriores en las que Kunstler había protegido el derecho de Lenny a hacer el payaso, yo no había estado jamás en su despacho. Quedábamos con él en el cruce de dos calles o en un banco de Union Square. A veces, mi madre y yo nos montábamos en el ascensor chirriante y oscuro de su edificio y subíamos a dejarle algo o a intercambiar con él información

demasiado sensible como para revelarla por teléfono. Pero, incluso en aquellas ocasiones, no pasábamos allí más de dos minutos; solían ser paradas rápidas en las que ella y Kunstler se encerraban detrás de su pesada puerta de roble y me dejaban en la recepción con su secretaria, que se parecía a un toro. Kunstler nunca tenía tiempo para reuniones. Había demasiadas ruedas de prensa que requerían su presencia.

Y, ahora, allí estábamos nosotros. Lenny, mi madre y yo. Manchándolo todo con el barro de nuestras botas y negándonos a movernos hasta que Kunstler dejara todo lo que estuviera haciendo y nos recibiera.

Bueno, eso es lo que hacía Lenny. Mi madre le ponía caras de impotencia a la secretaria de Kunstler. Y yo, como siempre, me limitaba a estar allí plantado, mudo y nervioso.

—No tienen ustedes cita —repetía sin parar la secretaria. Hablaba con un acento rasposo, como si tuviera la lengua de papel de lija—. Para que el señor Kunstler los reciba, tienen que pedir cita.

—Esperaremos.

—Pues esperen. No los recibiré. No tienen cita.

—Dile que soy Lenny Snyder. Me recibirá.

—Como si es usted el profeta Elías. Sin cita, no lo recibiré.

Pero nada podía doblegar el subidón de Lenny. Dijo algo en yidis, alguna zalamería, supongo, y por un segundo pareció que ella iba a echarse a reír, pero se reprimió, avinagró el gesto y repitió:

—Tienen que pedir cita.

Desde el umbral a nuestras espaldas, Kunstler la interrumpió:

—No hace falta, ahora tengo un rato libre.

Quién sabe cuánto tiempo llevaba allí, apoyado en el marco de la puerta. Era un hombre enorme y desgarrado, como una cigüeña. Kunstler resultaba imponente de una forma que ya no le está permitida a nadie. Incluso a aquella hora, cuando no habían dado ni las doce del mediodía, parecía como si un tornado acabara de arrojarlo en el lugar donde estaba, con el abrigo ondeante, a pesar del ambiente cerrado de su despacho, con la corbata floja en torno al cuello, los dedos largos y peludos que atenazaban una grasienta bolsa de papel marrón, los cientos de trozos de papel que le rebosaban de los bolsillos, servilletas, solapas de sobres rasgadas, recibos y tiras irregulares arrancadas de cuadernos amarillos, todas ellas con importantísimas notas para sí mismo.

Ladeó la cabeza.

—Pasad. Vamos-vamos-vamos. —Y nos condujo por delante de su secretaria, que no paraba de lanzarnos miradas asesinas.

Una vez dentro, señaló con la cabeza unas sillas destartadas y se dejó caer detrás de un escritorio antiguo, desvencijado e inmenso. Se parecía a él, es decir, tenía su mismo espíritu. Por su superficie se extendía una avalancha de papeles, había carpetas abiertas por todas partes, libretas rayadas y hojas garabateadas de papel mimeografiado. Había pilas de expedientes y memorándums amontonadas por el suelo, en los poyetes de las ventanas y sobre las sillas destinadas a los clientes.

Supongo que estuvieron hablando y supongo que yo escuché, pero no guardo recuerdo alguno de lo que dijeron. Lo único de lo que me acuerdo es de lo ceremonioso de la ocasión. De la forma en que Lenny se recompuso bajo su sombrero de vaquero. De la forma en que mi madre se pasaba el dedo meñique por la intensa raya del ojo.

Recuerdo a Kunstler troceando el *croissant* que llevaba en la bolsa de papel, desenvolviéndolo como si fuera un paquete y colocándose jirones de aquel bollo hojaldrado sobre la lengua. Cuando se lo terminó, volvió a su costumbre de alternar entre tres poses distintas: el oyente, con los dedos en forma de tipi indio bajo la nariz y las gafas colocadas, como la diadema de una niña de diez años, sobre la bóveda cada vez más calva de su cabeza; el padre exasperado, echado hacia atrás por la fuerza de la estupefacción que le producía ver hasta qué punto sus hijos no lo escuchaban, y el conferenciante, que se quitaba las gafas y las sujetaba entre dos dedos para usarlas alternativamente como vara y como juguete mordedor: un, dos, tres, mordisco, mordisco, mordisco, como un autómeta.

Debatían, o más bien Kunstler debatía consigo mismo. Describía al detalle todos los escenarios que podrían llegar a darse. Analizaba las posibilidades de Lenny. Y recuerdo tener la sensación de que había muchísimo en juego. Ahora que lo pienso, Kunstler estaba preguntándoles a quién merecía la pena salvar, al hombre o al mito.

No paraba de hablar y Lenny lo escuchaba de veras, tenso, encaramado como un insecto sobre la bota que había clavado en el asiento de cuero de su silla, saltando a veces, no muchas, para interrumpir, para remachar una idea, para protestar.

Y mi madre a un lado, lanzando llamaradas por los ojos delineados con *kohl* negro, enviando señales de humo a las que los hombres no hacían ni caso.

Y yo, tirando cabizbajo de los hilillos sueltos de la gorra que ella me había encasquetado en la cabeza al salir de casa, estropeándola, destrozando la gorrita de los cojones. Eso es lo que recuerdo. Me aburría. Todos aquellos detalles interminables me enervaban. Me esforzaba por seguir la conversación, pero su significado se me escapaba.

Recuerdo ciertas palabras que se repetían continuamente, y también sus inflexiones. Incitación a la comisión de un delito. Conspiración. Pruébalo. Pruebas. Bleecker Street. Escuchas telefónicas. COINTELPRO. Alegal. COINTELPRO. La Policía de Nueva York. COINTELPRO. Siguen en ello. Dicen que no, pero siguen. Pruébalo. El escepticismo que respiraban todos.

Aunque los detalles me superaban, comprendía que la conversación no iba ni mucho menos por los derroteros que Lenny había prometido. Con más y más frecuencia, tras ponerse en pie de un salto, daba unos cuantos pasos, hacía ademán de decir algo y al final se quedaba callado. ¡Él! ¡El gran Lenny Snyder! ¡Sin nada que decir! Según se iba sintiendo más y más apabullado por la estampida de lógica y derecho de Kunstler, su humor empezó a cambiar. Y, al final, se le oscureció el semblante, se encerró en sí mismo y se dedicó a dejarse resbalar por el asiento, hundiéndose más y más en la silla, hasta que, cuando ya no podía llegar más abajo, se incorporaba y empezaba a dejarse resbalar de nuevo.

Y recuerdo que, en un momento dado, mi madre los interrumpió, completamente harta:

—¿Y qué pasa con Ronnie Walker? Deberíamos estar hablando de él.

La expresión que se dibujó en el rostro de Lenny. Los engranajes girándole dentro de la cabeza.

—Síiii. —Arrastraba las palabras con lentitud—. ¿Qué pasa con Walker?

Y los otros dos —mi madre, Kunstler— se quedaron esperando a que Lenny contestara a su propia pregunta. Parecía muy importante, la clave de todo el asunto, y sé que él estuvo un buen rato hablando, fiero e insistente, pero no recuerdo la sustancia de su respuesta, solo la expresión de su rostro, como si hubiera estado fumando heroína.

Y, a continuación, Kunstler, exasperado, frotándose los ojos, dijo:

—Yo te aconsejaría llegar a un acuerdo con el fiscal.

Algo se rompió en el ambiente, no sé el qué, pero todos se cabrearon y yo empecé a tener miedo.

Lenny volvió a levantarse de un salto, colérico, y descargó los puños sobre el escritorio de Kunstler.

—A la mierda los hechos. Como ha dicho Suzy, la cocaína no era mía. Soy inocente.

—¿De verdad?

—Sí. Y moralmente también.

Kunstler se colocó los dedos en forma de tipi bajo la nariz y estudió a Lenny como si supiera que no iba a volver a verlo jamás. Se recostó en la silla y declaró:

—Yo solo puedo asesorarte sobre la ley. Lo que tú decidas hacer aun yendo en contra de mis consejos es..., bueno, eso no puedo controlarlo, ¿verdad?

Algo circuló entre ellos, un mensaje que excedía el significado de las palabras.

Lenny miró a mi madre para ver si lo había entendido. También me echó una ojeada a mí.

—Pero, además de eso —dijo, volviéndose hacia Kunstler—, tú vas a hacer todo lo que puedas para que no me metan en la cárcel.

—Por supuesto —dijo Kunstler.

Y, al parecer, ya no había nada más que añadir. Kunstler levantó la pierna para pasar por encima de su laberinto de papeles y se apoyó contra el borde de su escritorio. Me observó mientras se roía las patillas de las gafas:

—¿Cómo está nuestro hombrecito? —preguntó.

Yo seguía deshilachándome la gorra, tratando de mantenerme lo más inexpresivo posible.

—Tengo una cosita para ti —me dijo.

Se hurgó en los bolsillos de la chaqueta y se palpó el traje hasta que por fin dio con lo que andaba buscando. Una piruleta. Se inclinó hacia mí como una especie de Frankenstein más meloso y más molón, y alzó la piruleta entre nosotros, una galleta de azúcar verde con un palito en forma de lágrima, el tipo de regalo cutre que te haría el dentista. Tenía pinta de llevar mucho tiempo en aquel bolsillo. Había pelusas pegadas al envoltorio arrugado. El caramelo de

dentro parecía quemado por congelación.

Debí de hacer una mueca, porque Kunstler me la empujó contra el pecho.

—No pasa nada, Freedom. Cógela. Es para ti.

Pero, cuanto más insistía, menos la quería yo. Porque no se trataba de un mero gesto amistoso. Aquella piruleta era una especie de premio de consolación para distraerme de lo que fuera que acabara de suceder. Aquella era su forma, torpe y desmañada, de intentar reconfortarme. Quería que la piruleta significara mucho más de lo que podía significar. Y recuerdo haber sentido que, si la aceptaba, algo en mi interior, no sé muy bien el qué, se vería reducido en aquella transacción.

Lenny reaccionó como una centella. De un manotazo, hizo saltar la piruleta de la mano de Kunstler y la mandó dando vueltas a las profundidades del despacho.

—Coño, Bill, deja en paz al chaval, joder. Si no la quiere, no la quiere. No la quieres, ¿a que no?

Puede que yo negase con la cabeza. Mi «no» apenas fue algo más que un susurro.

Otro detalle sobre aquel día.

Mientras avanzábamos trabajosamente hacia casa en aquella tarde heladora, mi madre rodeó el brazo de Lenny con los dedos y se pegó a él. Reconfortante. Protectora. Por un instante, le afloró una sonrisita maliciosa a los labios.

—No voy a restregarte que ya te lo había dicho —observó.

Y él soltó una carcajada, como las del Lenny de los viejos tiempos. La apretó contra su cuerpo.

—Pero ya me lo habías dicho —respondió, dándole un golpecito con la cadera.

Y justo entonces, en aquel preciso instante en que los dos luchaban con todas sus fuerzas por ser felices, dieron la impresión de estar llenos de una tristeza insondable.

Tristísimos, sin más.

Lo curioso es que, después de aquello, todo cambió a mejor.

Lenny, bueno... Recuerdo su mirada. Tan intensa como siempre, pero ahora dirigida a mí. Observándome. Deleitándose conmigo, hiciera lo que hiciera.

Me gustaba mucho rajar. Las estúpidas payasadas que se me ocurrían, los cuentos de hadas, los cuentos chinos que aprendía en los libros con manchas de humedad que mi madre conseguía en el mercadillo de Astor Place y que, contados por mí, se desbordaban hasta los confines más absurdos de mi imaginación. Tocaba el piano imaginario —porque absolutamente todo el mundo tocaba la guitarra imaginaria—, sobre todo al compás del álbum de los Wings que tan a menudo giraba por aquel entonces en nuestro tocadiscos familiar. Sorbía mi refresco Kool-Aid con los labios bien apretados para que me quedara un buen bigote. Cosas de niños. Bobadas. Cosas que nunca había dejado de hacer, ni siquiera en los momentos de mayor tensión, porque era como no hacer nada. De pronto, todo aquello le parecía maravilloso.

Como si se hubiera enamorado.

Como si yo estuviera hecho de una sustancia mágica con la que nunca antes se hubiera encontrado.

Hacíamos cosas juntos. Competiciones cada vez más largas y complicadas para ver quién aguantaba más la respiración. Juegos de muecas. Batidos del quiosco Gem Spa casi todos los días. Perritos calientes en Papaya King, regados con piña colada. Arrancamos las puertas de los armarios de la cocina para llevárnoslas al parque y usarlas como trineos.

Cuando echábamos una carrera alrededor de la manzana, siempre me dejaba ganar.

Lenny y yo. Y mi madre, también. Los tres. Una unidad.

Condensamos todas las cosas que nunca antes nos habíamos molestado en hacer, las experiencias que bien puedes tomar o dejar, los sitios turísticos, las

chorradas que ni te planteas porque tienes cosas que hacer en la vida real.

El Empire State Building. El Metropolitan. La Biblioteca Pública de Nueva York. Todas esas instituciones de la cultura, donde iba el dinero a dulcificarse y a cambiar de facciones, donde el poder se enmascaraba como patrimonio compartido al alcance de cualquiera que no cuestionara sus intenciones.

Los Claustros. De pie frente a los tapices, él y mi madre, cada cual con una mano apoyada en uno de mis hombros. Escuchando la lección de arte. Fíjate en los campesinos pisoteados en la parte de abajo. Yo rodando colina abajo una y otra vez mientras ellos, tendidos en el suelo y acurrucados el uno junto al otro, compartían un porro.

El ferri a Staten Island: un viaje estúpido a ninguna parte.

O llegar arrastrando los pies llenos de barro y lodo hasta la Estatua de la Libertad. Pagamos la entrada y subimos las escaleras que llevaban a la cúspide por el interior de aquella infinita tubería gris, y, cuando empecé a lloriquear diciendo que ya no podía más, Lenny se sentó junto a mi cuerpo encogido y me preguntó:

—¿Estás seguro? Ya casi hemos llegado. Mira. Ya se ve la luz.

¡Y era verdad! Tres o cuatro rellanos más arriba, la escalera se abría y dejaba apreciar el resplandor de la recompensa: la vista desde la corona. Pero a mí me daba igual. No podía más. Ya no me importaba.

—Como quieras, chaval —dijo Lenny.

Mi madre, con maniaca resolución, se burló de nosotros.

—Hombres. Típico. Muy bien, echaos atrás. Yo no. No, no. Las mujeres terminamos lo que empezamos. —Y subió pesadamente los últimos tramos de escalera.

Mientras esperábamos a que volviera, Lenny sacó su navaja suiza.

—Toma, vamos a dejar nuestra marca.

Y grabamos en la pintura:

Freedom estuvo aquí.

Qué potro de tortura tan bonito tiene usted, señora Libertad.

—LENNY SNYDER

Yo no iba al colegio. Nunca había ido al colegio.

Lenny y mi madre se habían manifestado en voz bien alta contra el sistema educativo estadounidense, que según ellos consistía en lavarle el cerebro a la gente cuanto antes. Habían dado discursos. Habían asistido a manifestaciones. Habían montado un *sketch*, un tercio de vodevil, dos tercios de dogma, que representaban *ad hoc* cada vez que se encontraban delante de una cámara en directo. Lenny pinchando a mi madre con una aguijada eléctrica imaginaria. Zap: ella daba un saltito como si la hubieran electrocutado, soltaba zumbiditos eléctricos y graznaba sus frases. Zap: «Excepcionalismo estadounidense». Zap: «Destino manifiesto». Zap: «Una nación bajo los designios de Dios». Zap: «El único comunista bueno es el comunista muerto». Zap: «Apoya a las tropas». Zap: «Están luchando por tu libertad». Zap: «Apoya al Gobierno». Zap: «Trabaja para ti». Zap: «¡Vota!». Zap: «Tu voto importa». Zap: «Sé parte del sistema». Y podían seguir así el tiempo que hiciera falta, mientras las cámaras se lo permitieran. «¡El patriarcado! ¡Mujeres, apoyad a vuestros maridos! ¡Respetad a tus mayores! ¡Prograsa con tu empeño individual! ¡Esfuérzate! ¡Esfuérzate! ¡Esfuérzate! ¡Compra! ¡Compra! ¡Compra! ¡Teme! ¡Teme! ¡Teme! ¡Obedece! ¡Obedece! ¡Obedece!»

Y Mamá empezaba a cantar «America» con su ronca voz de contralto: «My country, 'tis of thee, sweet land of liberty, of thee I sing». Con la mano estirada en la frente en un saludo militar de comedia.

Ni de coña iban a permitir que me lavaran el cerebro. Así que me educaron en casa.

Pero estaban demasiado ocupados haciendo campaña a favor de la nueva conciencia para preocuparse por la ardua tarea de proporcionarme una educación contracultural. Por lo que mi educación en casa consistió en lo siguiente: me dejaron a mis anchas en estado salvaje y yo fui pillando lo que pude, a hurtadillas. La escuela de la vida, no solo sin muros, sino también sin programa. Aprendí las letras con *Barrio Sésamo*. Aprendí a contar con los chavales que trapicheaban por el barrio. Es un milagro que llegara a aprender algo... Bueno, no, eso no es verdad. Mi madre se pasaba horas ayudándome con los cuadernos de ejercicios que me conseguía, enseñándome pacientemente a leer silabeando en voz alta, organizando zanahorias en varios montoncitos y animándome a sumar cuatro más siete. Alabemos ahora a las madres y todo lo que hacen por nosotros.

Lenny también contribuía a veces. Educación cívica. Historia. Todo eso

era más de su rollo. Nos sentábamos frente a su endeble atlas gigante y estudiábamos la última página con todas las banderas.

—Son símbolos, chaval. Vamos a aprender su verdadero significado. Gran Bretaña: ambición excesiva. Poder imperial. Irlanda: resistencia y culpa católica. Suiza: ahí es donde vive el dinero. Sudáfrica: poder ilegítimo. Zaire. Liberia: autodeterminación. El pueblo levantándose para reclamar lo que es suyo. China: la cuna de la civilización. —Improvisaba monólogos cómicos. Se entretenía a sí mismo—. Israel: donde van los judíos (¡tu pueblo!) para demostrar que pueden ser tan matones como cualquiera. Los Estados Unidos de América: un sueño de libertad flotando sobre un mar de sangre.

Cuando se aburría, se marchaba y me dejaba solo, hecho un lío con sus lecciones. No tenía la paciencia suficiente para ponerse a arrancar todas las malas hierbas que crecían en mi mente infantil.

Pero, a pesar de todo, cuando miro atrás y examino los meses posteriores a su salida de la cárcel, me convengo de que Lenny estaba poniendo todo su empeño en enseñarme algo.

Un curso intensivo sobre él mismo. Para que yo supiera de dónde venía.

Me sentaba en su regazo, sobre los grandes cojines llenos de espejitos, y me leía en voz alta. *Aullido. El rey Lear. Los condenados de la tierra.* Los libros que más valor tenían para él. Y, aunque yo a duras penas conseguía entender alguna palabra, en aquellos momentos también lo tenían para mí.

—¿Quieres saber lo importante que eres? —me decía—. Este hombre, Allen Ginsberg, el escritor más grande de los Estados Unidos de América, escribió un poema sobre ti el día en que naciste.

Lo cual... no es totalmente cierto.

Sí, Ginsberg escribió un poema —más bien hizo una anotación en su diario— el día en que yo nací, pero habla principalmente de la luz del amanecer que lo bañaba todo al otro lado de su ventana en la Calle 13, y del símbolo del «Odio» que había aparecido pintado en la entrada de la Tienda Gratuita tras el asesinato de Groovy Hutchinson. Del malestar creciente —del mal rollo— que no podía quitarse de encima aquel día, por muchos sutras que recitara. A mí me menciona una vez, de pasada: «Y Susan, en la Calle 7, aún sueña con dar a luz a la Libertad».

Aun así..., aquello me hizo ilusión. Me hizo ilusión ver cómo Lenny se

enorgullecía de mí.

Una vez me llevó a ver un partido de los Knicks.

—No te creas nada de lo que te dicen, chaval. El béisbol está bien. El fútbol americano, pues vale, si es que te gustan las exhibiciones explícitas de violencia militarizada. Pero lo que de verdad mola es el baloncesto. El baloncesto es el auténtico deporte americano. Lo inventaron los aztecas. No te miento. Es autóctono de verdad. En esta tierra, se juega al baloncesto desde hace quinientos años. Data de antes de la llegada del hombre blanco y ten por seguro que le sobrevivirá. Por eso los mejores jugadores son negros y judíos.

Desde nuestros asientos baratos, apenas se vislumbraba la pista a través de todo el humo que flotaba en el ambiente. No tengo ni idea de contra quién jugaban aquella noche, pero me daba igual. ¡Eran los Knicks del año 74! ¡Earl the Pearl! ¡Dollar Bill Bradley! Y, sobre todo, ¡Clyde Frazier y Dave DeBusschere! Fueran quienes fuesen sus oponentes, siempre los machacaban.

—Juego en equipo, señores —dijo Lenny—. Parece que están correteando sin ton ni son, pero no. Están identificando al contrario que les marca. Están haciendo bloqueos y tratando de averiguar las intenciones de la defensa. Están reaccionando. Mira. ¿Ves cómo Clyde lo reorganiza todo? ¿Cómo el resto del equipo responde a su cambio de planes? Es como si tuvieran una sola mente, una conciencia unificada, y sus cuerpos no fueran más que los vehículos de su más perfecta expresión.

Yo antes jugaba, me dijo. Nunca me lo había contado. Otra parte descartada de sí mismo que ahora necesitaba recuperar. Asir. Transmitir. Había jugado de alero, igual que DeBusschere, en el equipo del instituto Tilden, y más tarde, como se le daba bien, pero no tenía la disciplina suficiente para llegar a ser grande de verdad, había sido suplente en el equipo de la Universidad Brandeis. Estuvo allí dos años, hasta que, de un plumazo, tiró su carrera y la temporada en Brandeis por la borda cuando empezó a organizar apuestas sobre su propio equipo, a montar todo un tinglado desde su cuarto de la residencia de estudiantes y, quién lo iba a decir, a ganar a aquel juego, aunque no ganaran al otro equipo, en todos y cada uno de los partidos. Sus compañeros de clase, engañados y amargados, no tardaron mucho en divulgar rumores sobre lo que Lenny estaba haciendo. Y, aunque nada pudo probarse —pues llevaba las cuentas de memoria—, los Judges lo juzgaron

indigno de continuar en sus filas.

—Es la historia de mi vida —me dijo aquella noche en el estadio—. Nunca me he encontrado con un sistema que no quisiera reventar. Mira a Clyde, ahora: uno, dos, tres, se la pasa por la espalda a DeBusschere y... ahí está. Entra suavemente por el tablero. De alucine, ¿eh?

Me enseñó a tirar a canasta. Las yemas de los dedos rozando suavemente el cuero, la posición forzada, imposible, del codo para conseguir un tiro directo.

—Mira la canasta, no el balón. Y no lo lances desde el hombro, utiliza el codo como fulcro, extiéndelo y suéltalo.

»Toma, inténtalo otra vez.

Toda la mañana así, en las canchas que se extendían al lado del río. Yo lanzaba un balón al aire y él iba corriendo a recuperarlo, se marcaba un drible o dos con él y me lo volvía a pasar.

Una y otra vez. Y otra. Y otra. Y otra más.

Yo era un negado. Mis ojos no enfocaban bien. Pero, por algún motivo, se abstuvo de echármelo en cara. Por una vez, no me puso verde. Fingió —cosa que debió de resultarle insoportable— que, si entrenaba lo suficiente, algún día yo llegaría a alguna parte.

Coney Island. Al final de la línea F del metro. Un día frío y brumoso. Aquel lugar parecía una ciudad fantasma. Todos los puestos con las persianas echadas. Todas las atracciones cerradas. Lo único que estaba abierto era Nathan's, el puesto de perritos calientes, una especie de caja fluorescente que resplandecía bajo la lluvia, abarrotada, ya a las diez de la mañana, de chavales procedentes de las viviendas subvencionadas que había al final de Surf Avenue. Recuerdo ir caminando por un aparcamiento vacío y ver el cadáver destrozado de un animal. ¿Un perro? ¿Un mapache? ¿Algún tipo de zarigüeya? Tenía agujeros aquí y allá, por todo el pelaje roído. Los gusanos se retorcían en su carne blanda y sin sangre. Lenny me tapó los ojos.

—No hace falta que veas eso.

Deambulamos sin rumbo por el paseo marítimo, contemplando las gotas de lluvia que acribillaban la arena, las olas de color gris plomo, tan regulares y minúsculas, que bañaban la orilla. Y recuerdo haber caído en la cuenta de que

teníamos la misma forma de andar —tensos, inclinados hacia delante, normalmente con las manos metidas en los bolsillos delanteros de nuestros vaqueros, volviéndonos lo más delgados posible para poder cortar el aire— y haber pensado que él nunca me lo había enseñado, que aquello simplemente estaba en nuestra naturaleza, grabado en nuestros genes, y haber pensado que se trataba de algo profundo, aunque no estoy seguro de cómo ni por qué.

—Yo solía venir mucho por aquí, de niño —me dijo—. Cogíamos el tranvía hasta el final de Flatbush y veníamos andando. Buscando bronca. — Eso fue lo que me dijo. Nada más. Le dejó el resto a mi imaginación. Pero yo no conseguí imaginarme nada. No me parecía posible que él hubiera sido jamás un niño.

¡Y los conciertos! Tantos que he perdido la cuenta. Folk, blues, rock. Nada de glam, el glam lo desconcertaba. En términos ideológicos, estaba totalmente a favor, pero en la práctica no le pillaba la gracia.

Vimos a Neil Young con la eléctrica, puestísimo de coca, en una caverna pequeña y oscura cerca de Great Jones Street.

Dr. John y Fairport Convention y Steve Miller —cómo le gustaba aquel tío — y George Harrison y Bread y J. Geils. Estoy seguro de que me olvido de unos cuantos. La mayoría en la sala Bottom Line, donde no teníamos que pagar entrada porque Lenny conocía a los dueños, de la época en la que organizaban juntos espectáculos gratuitos en Tompkins Square.

Jackson Browne en el Beacon.

Yo era su colega, su socio. Me llevó a todos y cada uno de aquellos conciertos. No solo a mí, sino también a mi madre. Éramos una familia molona saliendo de marcha por la ciudad. Fueron tiempos felices. Vibrábamos de camino a casa, con la corriente eléctrica de la música recorriéndonos aún los músculos, con los oídos pitándonos de tal manera que parecía que alguien nos hubiera colocado una campana encima de la cabeza y no dejara de tocarla, encerrándonos en su interior, separándonos del resto del mundo. Nos temblaban las piernas.

Lenny nos consiguió unos pases para entrar en el *backstage* de un concierto de Jefferson Starship. Nos los colgamos del cuello y escuchamos el concierto entre bastidores. Apenas se veía nada. Allí atrás no había más que altavoces y cortinas. Recuerdo que Grace Slick llevaba una blusa transparente,

una cosa ondulante que brillaba como el nácar. Vino directa hacia mí cuando terminaron la actuación. Se me arrodilló justo delante. Y me dijo:

—Aquí está la verdadera estrella del rock. Freedom, ¿qué has desayunado hoy? ¿Estaba rico?

Me tomó la mano entre las tuyas. Me tocó la mejilla con el dedo. Y entonces se volvió a Lenny:

—Es todo un seductor. ¿Estás seguro de que es tuyo?

Le guiñó un ojo a mi madre y desapareció en una caravana a la que, esta vez, no nos estaba permitida la entrada.

Springsteen y Marley y quién sabe cuántos más en Max's, una discoteca que yo odiaba, porque allí siempre había mucho famoseo y Lenny siempre se unía a él y yo siempre acababa olvidado al fondo de un reservado con sillones resbaladizos, soñoliento, con la cabeza cayéndoseme hacia la mesa cubierta de bebida derramada y despertándome sobresaltado una y otra vez por culpa del ensordecedor sonido que atronaba en el local.

Vimos a los Dead, uf, no sé, ¿cuatro veces aquella primavera? Pero los Dead me tocaban los cojones. Un concierto suyo implicaba otra noche más andando de puntillas en torno a él y a mi madre, tratando de adivinar lo que podría ponerles de bajón —e incluso tratando de predecir lo que tendría que adivinar después— mientras ellos se daban su viajecito de ácido.

Vimos a Joni, o, mejor dicho, la vimos mi madre y yo: *Court and Spark*. Lenny se la saltó. Así que quizá eso fuera más tarde. Después.

En fin...

En abril me llevó a un partido de béisbol de los Yankees. ¿Por qué? Porque él era fan de los Dodgers.

—Conoce a tus enemigos, chaval. Estúdialos. De una u otra forma, ellos te dirán quién eres.

Los Yankees eran el equipo de los plutócratas, con sus códigos de vestimenta y sus políticas de empresa sobre el vello facial. El equipo que sobrevivió cuando echaron a los Dodgers. Y, si el deporte constituye una analogía sofisticada de las emociones sociopolíticas que experimenta el pueblo, el triunfo de los Yankees —comprados, pagados y legados— sobre los Dodgers y, ahora que estos se habían marchado a Los Ángeles, sobre los Mets, esa pandilla de torpes marrulleros del otro lado del río, daba fe de lo que

realmente pensaba esta ciudad nuestra. Dadme a los más cansados, los más hambrientos y los más pobres de los vuestros, y yo les prometeré la luna y les pagaré sueldos de esclavos, cultivaré sus sueños y se los confiscaré. ¡Para que veáis! ¿De veras os creíais que podíais ganar? En esta ciudad no gana nadie más que yo.

—Estamos aquí para animar al otro equipo —me dijo Lenny mientras entrábamos en el estadio avanzando entre la multitud—. Venimos a ver a los Yankees para alimentar nuestro odio. Tenlo en cuenta. No lo olvides. El odio es la única emoción más fuerte que el amor.

Por otro lado, las entradas salían bastante baratas si te sentabas con los borrachos y los roñosos en la tribuna descubierta. Además, ¿quién iba a querer sentarse en otro sitio?

Pillamos asientos en primera fila, justo encima de Bobby Murcer. No recuerdo absolutamente nada del partido, ni contra quién jugaban los Yankees, ni cómo quedó el marcador, ni quién lanzaba, solo el ambiente que se respiraba, aquella energía desbocada que recorría las gradas como un torbellino. Las pitadas y abucheos cuando alguien fallaba una jugada. Las mismas pitadas y abucheos cuando alguien hacía una buena jugada. Todo el mundo gritando a los jugadores en el campo. Todos sarcásticos, todos críticos, hasta los que animaban a los Yankees. Y la voz de Lenny elevándose sobre el resto como el restallar de un látigo:

—Vamos, Murcer. Eso no es un lanzamiento. Mi hijo de seis años lanza bolas más rectas.

Podían oírlo todo, Murcer y cualquiera que estuviera en el campo. Podían mirarte a los ojos y mandarte a que te follaras a tu madre. Así de cerca de los jardines se hallaba la tribuna descubierta. A veces, desde allí se elevaba un cántico y coreábamos las sílabas todos juntos. Mur-cer. Mur-cer. Hasta que él se daba la vuelta y levantaba el guante para saludarnos. Y, conforme la gente se iba emborrachando y el partido seguía y seguía, se fue asentando el tedio: el verdadero ritmo del juego. Entonces uno se fijaba más en los gilipollas que estaban sentados a su lado. Los que se sabían todas las estadísticas, los italianos y los hombrecillos peculiares que, incluso ya bien pasada la mediana edad, seguían teniendo pinta de que era su madre la que les elegía la ropa. Su impaciencia, su mal humor, el desagrado que sentían unos por otros. Se intercambiaban palabras. Se derramaban cervezas. Un par de veces, hubo

amagos de empujones y cortes de mangas. Ahora, en lugar de gritar o reclamar la atención de los jugadores, la gente les tiraba cosas: vasos de plástico, paquetes de palomitas aplastados. Yo también me uní a la juerga. Un paquete de palomitas. No pasó de la pista de seguridad.

En un momento dado, Lenny se inclinó hacia mí y me pasó un brazo por el cuello.

—Ahí lo tienes, chaval. El béisbol: aburrimento organizado, interrumpido por breves momentos de emoción, en los que el hecho de que haya pasado algo, sea lo que sea, te provoca la ilusión de que no estás perdiendo el tiempo. En ese sentido, es como la vida misma.

Y, como para demostrar que Lenny tenía razón, un exhibicionista saltó desde las gradas junto a la tercera base y echó a correr dando saltos hasta los jardines. Treinta mil personas se pusieron en pie, levantando los puños, haciendo pectorretas con todas sus fuerzas. Y, detrás de él, los guardias de seguridad, persiguiéndolo en círculos, fintas, ochos. ¡Y qué rápido iba el cabrón, Dios! Galopaba como un potro. Con la melena flotándole en el aire. El culo pálido y huesudo. La maraña oscura en torno a la polla, que se bamboleaba arriba y abajo. La agitación que persistió entre la multitud aun después de que se lo llevaran en volandas, pataleando y agitando los brazos.

* * *

Solo acierto a recordar una única discusión entre mis padres en los cinco meses que pasamos juntos aquel invierno y aquella primavera.

Habíamos recibido un sobre de manila. Correspondencia oficial. Nuestra dirección caligrafiada en la etiqueta, bajo el sencillo y elegante logo del Carnegie Hall. Dentro había tres entradas para el próximo concierto.

Una nota: «¡Las entradas están agotadas! Espero que podáis venir. Phil».

Deberíamos ir, pensaba mi madre. Se lo debemos.

Pero Lenny no daba su brazo a torcer.

—Que le den por culo a ese cabrón. ¿Qué coño le debemos? Nada. Nada de nada.

—Te adora, Lenny. Eres su héroe.

—Ese no es mi problema.

—Y...

—¿Y qué? ¿Soltó la pasta?

—Cuando nadie más estaba dispuesto a hacerlo.

—¿Acaso le pedí yo que lo hiciera? No. No se lo pedí. Y no es más que dinero. Ya lo he quemado antes y lo volveré a quemar si hace falta.

—No es el dinero lo que importa. Lo que importa es lo que compró.

—¿Mi libertad? ¡Ja! Seguro que a Kunstler se le habría ocurrido algo.

—¿Ah, sí?

Su semblante se ensombreció.

—No vamos a ir.

Y la expresión del rostro de mi madre, no de cabreo, sino de preocupación. Un impulso triste, protector, frenándola en seco.

—Ve tú —dijo él—. Llévate al chaval. Cantad al compás de todas sus mentiras piadosas. Tengo curiosidad por saber qué te parecen. Yo prefiero quedarme en casa viendo *Kojak*.

Baste decir que no fuimos.

* * *

Recuerdo a mi madre dándole la brasa durante semanas para que me llevara a Flatbush, donde él creció.

«¿Y para qué? Ya no queda nada», decía. O bien: «El pasado está muerto. No tengo ganas de hacerle un velatorio». O bien: «Si quieres que aprenda de dónde viene, llévalo a Long Island. Que conozca a tu madre. ¿Lo ves? No mola tanto cuando eres tú la que va a darse un mal viaje».

A veces le soltaba una arenga interminable contra el mero acto de recordar. Lo llamaba llorar por lo que nunca fue. ¿Y al final dónde acabas? En el fascismo. El culto a un tiempo lejano y mítico gobernado por una tribu vengativa que venera el poder. El polo opuesto a todo lo que ha hecho único a nuestro pueblo: nuestra inquietud, nuestras almas errantes, la agilidad que proporcionan todos esos siglos de vivir y morir a costa de nuestro ingenio. «La nostalgia es una asesina. Las cosas se cuecen en el presente. En este mundo abierto de par en par.» No es que necesariamente se creyera todo esto. Estaba poniendo a prueba determinadas hipótesis. Lanzando ideas, montando

el número por el puro placer de escucharse a sí mismo.

Porque, una tarde, me llevó a hacer un viaje en metro que pareció durar una eternidad. No se sentó en todo el camino, se sentía demasiado agitado como para estarse quieto. Cambiaba el peso de un pie al otro. Leía en voz alta las pintadas de espray o rotulador que había en el vagón. Soltaba carcajadas. Bromeaba. Lanzaba chispas de energía nerviosa.

—Oye —me dijo en un determinado momento—, por lo que a tu madre respecta, esto no ha pasado nunca. *Capisce?* Ni se te ocurra manchar mi reputación.

En Brooklyn, donde las líneas de metro convergían para volver a separarse serpenteando en nuevas configuraciones, hicimos un transbordo y continuamos hasta que el tren salió del túnel y se paró en la superficie.

—¡Venga, chaval, date prisa!

Nos encontrábamos en una especie de anfiteatro cerrado, justo encima de la calle. Yo estaba totalmente desubicado, pero Lenny, que llevaba años sin poner los pies en aquel barrio, avanzó con paso decidido, como si nunca se hubiera marchado, como si aún conociera al dedillo cada remache de cada una de las vigas que sostenían aquella plataforma elevada. No me atrevería a decir que estaba ilusionado. Más bien era como si tuviera prisa, como si hubiera regresado a los ritmos de su infancia e instintivamente hubiera empezado a moverse según sus antiguos hábitos. Habíamos viajado aposta en el vagón que quedaba más próximo a los tornos y, antes de que yo pudiera echar un vistazo a mi alrededor o asimilar nada, ya corríamos escaleras abajo hacia la calle, haciendo resonar los peldaños metálicos.

—¿Dónde estamos?

—En Sutter Avenue. ¿No notas el olor de las pretensiones? Vamos. Por aquí.

Me condujo por entre las sombras bajo las vías y, mientras cruzábamos la calle de cualquier manera, zigzagueando entre coches aparcados en doble fila, se embarcó en una perorata para explicarme que aquel era el lugar donde los pobres de solemnidad venían a revolcarse en el lodo. Que los judíos y los negros a los que rechazaba hasta su propia gente recalaban aquí para avivar su rencor en aquellos edificios medio derruidos y conspirar, o bien por separado o bien juntos, para igualar el mundo.

—El paraíso —dijo—. Era el puto paraíso.

Nos dedicamos a pasear y a hablar. Mientras el tema fuera ese timo prolongado e indignante llamado sociedad civil, Lenny se encontraba en su elemento.

Deambulamos de calle en calle sin un rumbo claro. Pasamos por delante de no sé cuántos edificios con las ventanas tapiadas, de no sé cuántas montañas de basura y de no sé cuántas casas con bloques de hormigón a modo de escaleras de entrada, y torcimos varias esquinas para aventurarnos por calles comerciales tan llenas de vendedores ambulantes que no se veían los escaparates que había detrás de ellos. El olor de aquellas calles: aromas a incienso, olíbano y sándalo que se elevaban desde haces de varas sujetos con piedras encima de las mesas; pescado friéndose en besugueras abiertas y llenas de aceite; latas de mantequilla de cacao y frascos de aceites esenciales apilados en torno a centros decorativos de geodas y piedras preciosas, que despedían un perfume dulzón tan intenso que congestionaba la nariz. Los colores: escuálidas figuritas de madera alineadas como jueces con sus profundos tonos marrones, caobas y negros; largos percheros llenos de camisetas y vestidos rebosantes de negritud. Pilas y pilas de calcetines que se habían caído de los camiones. Gente que se salía de las aceras y ocupaba la calzada; mucha más vida de la que jamás se veía en nuestra parte de la ciudad. Y, entonces, doblabas otra esquina y te encontrabas con una calle en la que no había nadie más que un niño montado en bicicleta, trazando círculos sobre el pavimento lleno de baches.

—Sigue más o menos igual que entonces. Salvo porque los judíos se han ido. Mira, aquí está Herzl Street.

—¿Así que aquí es donde te criaste? —le pregunté.

—Ni de coña. Hasta cuando estaba todo lleno de judíos, mi viejo se consideraba demasiado bueno como para vivir aquí.

Fuéramos adonde fuéramos, torciéramos la esquina que torciéramos, siempre llamábamos la atención. Unos tipos con peinetas en sus peinados a lo afro, encaramados a los capós de los coches, nos siguieron con la mirada. Unos viejos sentados sobre cajas de leche delante de sus bloques de viviendas murmuraron por lo bajo. Varias mujeres con hiyab, tirando de sus carritos de la compra, se cambiaron de acera para evitarnos.

—No te preocupes —dijo Lenny—. Si vivieras aquí, también sospecharías de nosotros. No somos curas. No somos trabajadores sociales. ¿Entonces qué

coño somos?

—Creía que íbamos a ver el sitio donde te criaste.

Lenny encogió un hombro, desechando mi comentario. Estudió ambos lados de la calle, se lanzó en silencio hasta la mitad de la manzana, miró a su alrededor, volvió al mismo paso. Buscaba algo. No lo encontraba. Continuamos avanzando por la calle principal, dejando atrás varias tiendas de muebles viejas y descoloridas con los escaparates rotos y las salas de exposición vacías, locales comerciales, solares desiertos y, de vez en cuando, alguna fortaleza *art déco*.

—Ya te estoy enseñando el sitio donde crecí. Si quieres saber qué me ha convertido en lo que soy, ha sido mucho más este barrio que el otro. Este me gustaba más. Hay más acción. Más jaleo. ¿Sabes cuál es la diferencia entre un matón y un radical? El matón se lleva tu dinero y te pide más. El radical lo quema y te ofrece un plato de sopa. En Brownsville te encontrabas con las dos cosas. Podías saltar de la una a la otra. Primero una pachanga al baloncesto en el Club Juvenil, después una partida de dados en el callejón que había detrás de la tienda de chucherías.

Doblamos otra esquina y volvimos a encontrarnos a la sombra de las vías elevadas del metro. Lenny señaló un parque construido en la colina que se alzaba ante nosotros.

—Ahí fue donde me fumé mi primer porro. Donde me follé a mi primera tía. —Y, volviéndose de nuevo, añadió—: Aquí lo tienes, chaval. Flatbush. Canarsie. Y, más allá, Crown Heights. El sitio en el que nos encontramos ahora es la tierra de nadie donde todas esas zonas se difuminan. Aquí es donde se acaba la juerga. Si estás ahí, eres un triunfador. Si estás aquí —señaló con la barbilla el otro lado de las vías—, estás en Pigtown, y entonces eres un matao.

—¿Así que...?

—Porque ¿qué gracia tiene ser un triunfador? En serio, chaval. ¿Es que no te he enseñado nada?

Siguió deambulando, internándose esta vez por las calles residenciales, compuestas de sucesiones interminables de casitas de madera con tejados puntiagudos, como la de Archie Bunker. Su parloteo se fue apagando. Por fin, después de caminar durante una eternidad, llegamos frente a una vivienda que no tenía el mismo aspecto que las demás. Sin ladrillos. Sin balcón. Sin toldos

de plástico a rayas. Un simple cajón chato de dos pisos con un revestimiento exterior de tabloncillos amarillos medio podridos.

—Ahí lo tienes. Aquí es donde vivíamos mi viejo y yo. En el segundo piso. —Me permitió estudiarla durante un rato, tratar de imaginármelo allí dentro. La oscuridad. El contraste con las acogedoras casas que la rodeaban —. Antes de que llegara Fred Trump y se pusiera a construir chalés, toda la zona tenía esta pinta. Solo había casas como esta y solares vacíos. Y caminos de tierra.

Se sentó con las piernas cruzadas en la acera y, sorprendentemente, me dejó pensar sin interrupciones durante unos momentos.

Cuando echo la vista atrás, no entiendo por qué no le hice más preguntas. Qué quería decir con «triunfadores». Qué quería decir con «mataos». Cómo consiguió su padre quedarse con la casa cuando todo a su alrededor estaba siendo reconstruido para convertirse en lo que por aquel entonces debía de parecer el futuro. ¿Y por qué? ¿Qué orgullo o temor o necesidad lo había llevado a aferrarse a aquella casucha en ruinas en vez de progresar y mudarse a una vivienda de ladrillo macizo? Sé que fue comerciante, un peldaño por encima del vendedor ambulante, y que se dedicaba a la compraventa de esto y aquello, aunque la naturaleza exacta de la mercancía con la que negociaba siempre se mantuvo amorfa —abstracta—, como si los bienes mismos fueran insignificantes, excusas baratas para la transacción, el trato, el movimiento de dinero de un lugar a otro, la acumulación de respetabilidad. Así que ¿por qué se habían quedado Lenny y él en la casa más vieja, más triste y menos respetable de todo Flatbush, un lugar que, pese a todos sus esfuerzos, encarnaba más la pobreza de la que había intentado escapar que la riqueza que había considerado su destino?

Tendría que haberle preguntado a Lenny sobre todas estas cosas. Pero aún no tenía la inteligencia suficiente como para saber cómo hacerlo. Era demasiado pequeño. Entendía que se trataba de una experiencia profunda, pero la razón de ello escapaba a mi comprensión.

Resulta fácil caer en interpretaciones psicologistas. Imaginarse al pequeño Lenny aprendiendo a renegar del viejo, regresando a las calles más duras de Brownsville, de las que había huido su padre, y metiéndose de lleno en todos los jaleos, timos y peleas con los que se iba encontrando, junto con gente con la que podía identificarse porque, fuera cual fuera su raza o su credo, eran

todos tan pobres como él se sentía. Resulta fácil imaginarse a Lenny aquí, cultivando su resentimiento. Aprendiendo a amarlo. Figurarse cómo estos experimentos tempranos sentaron las bases del resto de su vida. El mensaje secreto que les estaba enviando a sus antiguos vecinos cuando, en 1967, en respuesta a los autobuses turísticos llenos de pasmados que se paseaban por St. Mark's Square en busca de aventuras, él organizó sus propios circuitos turísticos de hippies, que recorrían las plácidas calles del corazón de Queens y de Brooklyn montados en la trasera de camionetas prestadas, con las caras goteando pinturas fosforitas mientras lo contemplaban todo embobados y señalaban con el dedo los chalés de Trump. Los motivos personales que se escondían tras el caos que había desatado en la Bolsa, para mostrarle al mundo —y al fantasma de su padre muerto— lo que de verdad pensaba de los sueños de su viejo.

Cuando lo recuerdo aquel día, sentado delante de su antigua casa, en silencio, sin moverse, enroscado como una serpiente, me doy cuenta de que aquel lugar encerraba alguna de las claves que podrían explicar quién era él. Pero decir que sintetizaba su persona sería demasiado simple. Lenny había crecido hasta rebasar los confines de aquella casa. De aquel lugar. Se había liberado. Había construido algo nuevo —el famoso Lenny Snyder— a partir de los despojos que le habían dejado.

Después, durante varios años y hasta el mismo día de su muerte, me aferré al deseo de volver a Flatbush sin él y de hacerle las preguntas que debería haberle hecho entonces. Cuando no estábamos juntos, yo me dedicaba a pensar en todas las cosas que no sabía. Hacía listas en mi cabeza y me decía: La próxima vez que lo veas, no te olvides de obtener respuestas. Pero luego, ya en su presencia, siempre aparecía alguna otra cosa que secuestraba mi atención, alguna crisis, alguna pasión, algún nuevo circo de los suyos que lo arrollaba todo, y me olvidaba, o no conseguía hacerme oír. Como siempre, me entraban ganas de escaparme y esconderme. No podía soportar sus jaleos. La única forma de hacerme un espacio para mí mismo era aislarme de él por completo.

Lo que sí le pregunté entonces, en aquel lugar, fue:

—¿Dónde estaba tu madre?

Pasó de mí. Fingió que no me había oído. Pero unos segundos después se levantó de un salto, como si lo hubiera despertado de un trance, y echó a andar

otra vez sin rumbo fijo, sin reparar en si yo lo seguía o no.

¿Y qué iba a hacer un niño?

Lo seguí.

Fuéramos por donde fuéramos, siempre pasábamos por delante de los mismos chalés agobiantes, esas hileras interminables de casitas rojas y chatas, separadas de la calle por minúsculas franjas de césped. Unas con toldos verdes, otras con toldos blancos, otras sin toldo. Daban la impresión de ser lugares donde uno podría perderse y olvidarse de quién era. En las esquinas de las avenidas, se alzaban edificios de apartamentos de mayor tamaño, inmuebles con nombres como el Lincoln, el Alford, el Bertha, los únicos elementos que vinculaban con la ciudad aquel paisaje propio de una urbanización pija.

Y el silencio. Manzana tras manzana, apenas vimos un alma. Y las poquísimas personas a las que vimos parecían aisladas, fuera del tiempo. Un vagabundo hurgando en una papelera. Una niña con coletas y gafas jugando con un palo. Un tipo que entreabrió la puerta mosquitera de su casa para lanzarnos una mirada asesina.

Por lo que yo sabía, podíamos estar perfectamente andando en círculos. Lenny se paró una o dos veces a mirar, a arrojar un lapo en la alcantarilla. Luego continuábamos caminando.

Por fin llegamos a una zona donde las calles se ensanchaban y las casas desaparecían por completo. En su lugar, se alzaba un muro de ladrillo ruinoso, que se mantenía entero gracias al musgo y al líquen de color amarillo anaranjado. Por encima del muro, una valla de tela metálica rematada con alambre de espino.

—Ahí —me espetó Lenny, señalando con el pulgar—. Ahí es donde estaba mi madre. —Eran las primeras palabras que pronunciaba desde que nos alejamos de su antigua casa.

Miré por encima de la verja, por entre las zarzas y los arbustos, pero no alcancé a ver nada más que oscuridad.

Seguimos andando. Tras una inmensa chimenea abandonada, la arboleda se volvía menos densa y permitía vislumbrar lo que en el pasado podría haber sido una cárcel o un albergue de indigentes, un complejo de edificios chamuscados donde estaba claro que nunca había pasado nada bueno.

—¿Qué es? —le pregunté a Lenny.

—El Hospital Estatal de Brooklyn. Ella estaba en el edificio G.

—¿Qué le pasó?

Hizo oídos sordos a mi pregunta y siguió caminando, señalando al descomunal instituto prefabricado que había al otro lado de la calle.

—¿Ves eso de ahí? Es Wingate. En ese antro me dieron el título de bachillerato. Y sin pisar jamás un aula. ¿Lo pillas? Mi viejo me dijo: «Eso es. Arruínate la vida. ¿A mí qué me importa?». Lo cual significaba que le importaban demasiado todas las cosas que no debían importarle.

Típico de Lenny. Intrigándome con la semilla de una historia y omitiendo todos los detalles que habrían podido permitirme entender de qué coño estaba hablando. Lo único que quería era que yo le preguntara. O sea, que algo había pasado entre su padre y él. Vale. Pero llevábamos horas caminando y aún me tenía enganchado al misterio de su madre.

En todo caso, Lenny no podía soportar el silencio. Si uno esperaba lo suficiente, él volvía a la carga con más detalles.

—Lo construyeron cuando yo estaba en segundo, para meter allí a todos los estudiantes que ya no les cabían en los otros institutos. Una extraña mezcla de chavales de distintos barrios. Un experimento de integración en el que supuestamente yo también tenía que participar. Pero a mi viejo le parecía que bastante tiempo me pasaba ya con los negros, los *shvartzes*, como los llamaba él en yidis. Tilden. Ahí era donde yo tenía que ir. —Señaló vagamente un lugar a lo lejos—. El instituto de los blancos. De los judíos. Luchó con uñas y dientes para que me dejaran quedarme en Tilden. Mucho más de lo que lo había hecho para que no metieran a mi madre en el manicomio. Hasta intentó sobornar a la secretaria del instituto. Supongo que lo consiguió, porque al final me quedé en Tilden. Pero, ironías de la vida, aquel sitio estaba abarrotado de rojeras. Mejor le habría ido si me hubiera dejado ir a Wingate. A lo mejor así no me habría pasado todo el instituto escribiendo diatribas contra McCarthy en el periódico estudiantil. A lo mejor no habría solicitado plaza en Brandeis, donde la revolución era de lo único de lo que se hablaba. Y, sin ninguna duda, se habría ahorrado el mal trago de que yo me negara a firmar la declaración de lealtad que Tilden trataba de imponernos y de que le comunicaran que, como castigo, yo no recibiría mi título, y la ironía de tener que hacer malabarismos para conseguir que me lo dieran en el mismo instituto del que se había esforzado tanto por alejarme. —Me sonrió—. En resumen: que le den por culo

a él y a los humos que se gastaba.

Nos habíamos adentrado en un nuevo vecindario, donde las viviendas tenían entradas para coches y enormes porches de madera. Casas victorianas antiguas y majestuosas. Árboles de verdad. Otro planeta.

Hice acopio de todo mi valor.

—Ese edificio de antes. Donde estaba tu madre. ¿Era...?

—El edificio G. Ya te lo he dicho. Donde meten a los más locos de todos.

—¿Y ella vivía allí?

—Hasta que la mandaron a Kings Park.

Torcimos una esquina y la ciudad se tragó las zonas elegantes por las que acabábamos de pasar. Nos encontrábamos de nuevo entre edificios altos. Entre ladrillos, grafitis y señales descoloridas.

—¿Alguna vez has conocido a alguien que esté verdaderamente mal de la olla? Son geniales. Están vivos... hasta que les hacen la lobotomía. Mira, ahí está el cuartel. —Señaló con la barbilla un castillo de piedra rojiza que ocupaba una manzana entera—. De ahí es de donde saldrán cuando vengan a por todos nosotros.

Y así, sin más, volvimos al bulevar y nos montamos en el metro, de camino a casa.

Una última cosa que recuerdo de esta época.

Acababan de abrir un restaurante nuevo. Pijo. Cerca de Central Park. Muy cacareado por la prensa. Frecuentado por famosos. No como nosotros. Famosos de verdad. De nacimiento. Las Jackie Onassis de la vida. Y a Lenny se le metió en la cabeza que teníamos que ir allí.

En primer lugar, hubo que encontrar el vestuario adecuado. Chaquetas. Corbatas. Para mi madre, un par de zapatos de tacón de verdad. Fuimos a todas las tiendas de segunda mano del Lower East Side, incluso nos aventuramos hasta Bleecker en nuestra búsqueda. Te sorprenderías de todo lo que tira el personal. Al final de la jornada, nos habíamos agenciado lo que podríamos llamar las mejores galas de otra gente. De mucha otra gente. Parecíamos muy refinados. Mi madre se puso pintalabios y sombra de ojos, probablemente por primera vez desde que yo nací. Discreta pero elegante. Llevaba el pelo recogido en un moño flojo, con unos pocos mechones sueltos

en lugares estratégicos, enmarcándole el rostro. No se había olvidado de los principios que mi abuela le había inculcado. Había encontrado un vestido como Dios manda y un collar de perlas falsas. Era la primera vez que la veía arreglarse con ropa que no estuviera plagada de motivos o estampados exóticos. Lenny también se atuvo a las convenciones. Todavía tenía el pelo lo suficientemente corto como para dar el pego. Los tres teníamos pinta de estar recién aterrizados de París o Milán.

—Vístete para el papel que vas a interpretar —dijo Lenny—. Lo demás vendrá por sí solo. La gente solo ve lo que le dices que mire.

Y allá que nos fuimos, a darnos el mayor banquete de la historia. A echarle un vistazo rapidísimo a la vida que tan natural les parecía a los que nos gobernaban.

Pensarás que me acordaré del nombre del restaurante, pero no. Puedo decirte que las sillas eran incómodas y que las mesas estaban demasiado apretujadas. Que lo que yo pedí no resultó ser lo que me esperaba, y que se produjo un intercambio de risitas y comentarios cómplices con el propietario, un tipo llano y jovial con un acento muy marcado, cuando se enteró de que me estaba costando comérmelo. También recuerdo que el sitio tenía un aspecto recargadísimo, con demasiado oro y demasiados espejos, demasiado frágil. Y que yo no sabía adónde mirar. Pero que me gustó que, para rematar la cena, nos trajeran no dos ni tres, sino cuatro postres. Y trufas, fueran lo que fueran.

Y lo contentos que estaban Lenny y mi madre. Cómo se miraban, zalameros, enamorados, compartiendo la comida de sus platos.

Como si supieran que aquella noche tendría que representar en el futuro mucho más que una noche.

Esto es lo que recuerdo con más claridad: al acercarse el final de la velada, Lenny pidió champán. Le dijo al camarero:

—Tráigale también una copa al chaval.

Cuando nos lo trajeron, los tres alzamos las copas por encima de la mesa.

—Por la libertad —dijo Lenny, y pensé que se refería a mí.

Luego, una vez que me hube comido todo el pan que me cabía en el estómago, y una vez que mis padres hubieron dado buena cuenta no solo de todo lo que había en sus platos, sino también de gran parte de lo que había en el mío, Lenny entregó al propietario una carta mecanografiada en papel grueso de la mejor calidad. No tengo ni idea de lo que decía, pero sé que, después de

haberla leído para sí mismo en susurros, su actitud, ya de por sí obsequiosa, se volvió aún más animada. Me palmeó los hombros por la espalda, dejando caer pesadamente las manos, y me los apretó.

—*Monsieur* —dijo—, espero que su cena con nosotros haya cumplido sus expectativas.

—Con creces —dijo Lenny, y el hombre sonrió como tocado por la mano divina.

—Comprenderá usted —dijo el hombre— que bajo ningún concepto puedo aceptar ningún tipo de pago por su parte. El mero hecho de poder obsequiarlos a usted y a su encantadora familia con nuestra hospitalidad supone todo un privilegio. Un inmenso placer.

—El placer es todo mío —dijo Lenny.

Y, tras escapar de allí, solo conseguimos contener la risa hasta que llegamos al final de la manzana y giramos la esquina.

Aquella misma noche, horas más tarde, serían las tres o las cuatro de la mañana.

Me despertaron unos sonidos que parecían maullidos. Una fuga grave y doliente como la que entonan los gatos callejeros cuando están en celo, pero mucho más cerca, dentro del piso.

Me levanté de la cama y avancé torpemente a través de la oscuridad hacia el sonido, y me encontré con mi madre y Lenny, erguidos sobre su futón, entrelazados el uno con el otro como enredaderas. No resultaba fácil distinguir lo que hacían. Se difuminaban. Sombras entre las sombras. Pero estaban totalmente vestidos. No estaban haciendo el amor. Me pasé un buen rato mirándolos y, al fin, comprendí. Estaban llorando. Pero aquello era más que llorar. Era algo que iba más allá del llanto. Aquellos sonidos. Eran el rumor gutural de la desesperación.

Y eso fue todo.

Después, puf. Lenny se desvaneció.

III

LA SELVA

Podría... Bueno, a ver. Vamos a empezar por aquí. La mañana siguiente.

Recuerdo a mi madre explicándome que Lenny se había escapado a un lugar llamado Clandestinidad y que ni ella misma sabía dónde se encontraba.

—Está a salvo —me dijo—. Aquí, con nosotros, corría peligro.

—¿Y nosotros corremos peligro?

Para eso no tenía respuesta. En vez de dármela, continuó:

—Los malos tardarán meses en darse cuenta de que se ha escapado, y hay mucha gente ayudándolo.

—¿Y nosotros corremos peligro? —pregunté de nuevo.

Y recuerdo que me tocó la barbilla con el pulgar. Lo dejó allí durante un segundo y me dijo:

—Todo va bien. Tú y yo, chaval, seguiremos nuestro camino sin ningún problema, igual que si Lenny estuviera aquí.

Eso fue todo.

Eso y la pistola de agua, el AK-47 de pega que sacó de encima de los armarios de la cocina. Un regalo de despedida de Lenny para mí. Un premio de consolación. Salvo por el tapón de plástico rojo del cañón, era exactamente igual que un rifle de verdad. Al más puro estilo Lenny, le había pegado una nota, garabateada, como el resto de sus misivas, con una cursiva grande y sinuosa que proyectaba su ego, sobre una hoja de papel amarillo rayado arrancada de una libreta.

«Oye, chaval —decía—, nos vemos al otro lado. Utiliza el fusil para proteger a tu madre.»

Sin firma. Sin despedida. Sin declaraciones de amor.

Mi madre, que leyó la nota por encima de mi hombro, me la arrancó de las manos.

—Es una broma —explicó—. Yo no necesito que me protejan. Ni tú tampoco.

Pero algo en su forma de decirlo me hizo pensar que ahora había recaído sobre mis hombros la tarea de hacerla reír y distraerla del sabor a hierro que

tenía en la boca.

Lo primero que hice fue llenar de agua el cargador del AK y ponerme a armar jaleo por todo el piso, golpeando el suelo con los pies en una danza de combate, blandiendo el hacha de guerra y columpiando el rifle como había visto hacer a los soldados en la televisión. Incorporé movimientos de kárate, cosas molonas de esas que hacía Bruce Lee, con los codos hacia fuera, levantando las piernas totalmente rectas. Y me imaginé a Lenny supervisando todo aquello desde dondequiera que estuviera en la clandestinidad, riendo a carcajadas, mondándose de risa, dando una sola palmada con las manos, no tanto para mí, sino a modo de signo de exclamación para su placer. Me lo imaginé uniéndose a la juerga y retransmitiendo con entusiasmo mi exhibición de habilidades marciales con el típico retardo de un doblaje de mala calidad.

Requirió tiempo y muchos ruegos, pero al final mi madre se unió a la fiesta. Pateó el suelo con los pies descalzos, mandando por todo el edificio tales sacudidas que hicieron temblar los cimientos, hasta que la vecina de abajo, Fran Wronski, una devota ama de casa polaca que nos bufaba al cruzarse con nosotros en la escalera porque pensaba que éramos adoradores de Satán, y de la que sospechábamos, aunque no pudiéramos probarlo, que llevaba años contándole mentiras sobre nosotros al FBI, empezó a dar golpes en el techo con el palo de la escoba. Con los puños en las caderas, triunfante, mi madre gritó a las paredes y a los oídos que acechaban tras ellas:

—¡Pues no, hijos de puta, no está aquí! ¡Ah, no! ¡Hoy no! —Cayó de rodillas—. ¿Me oís? ¡Se ha marchado a Disneylandia!

Se desplomó de espaldas y cerró los ojos. Inspiró con una profunda inhalación yóguica.

—¿Cuándo va a volver? —le pregunté.

—Eso es un secreto, Freddy —me dijo, cansada de pronto—. Nadie lo sabe. Pero volverá. Te lo prometo. —Entonces, dando puñetazos en el suelo para que Fran supiera que la había oído y que le importaba una mierda, gritó —: ¿Lo habéis oído? ¡Volverá, cabrones de mierda!

Se levantó a duras penas. Riendo. No. Sollozando.

Se hizo una bola, como un pañuelo de papel usado, en el suelo.

Y dejó que yo continuara en solitario.

Con el AK colgado del hombro, empecé a dar vueltas a su alrededor, totalmente metido en el papel de guerrillero, apretando el gatillo con el dedo a

gran velocidad mientras apuntaba a todas las dianas que ofrecía el piso, las cortinas de cuentas que hacían las veces de puertas, los pósteres psicodélicos que conmemoraban los logros de mis padres con letras que goteaban o se derretían, las fotos de familia que se remontaban al viejo mundo, a Ephraim Snyder, el solista del coro de la sinagoga, y su esposa Fanny, los cuadros y las litografías, el cartel de la campaña electoral de Eugene McCarthy con su promesa de paz en Vietnam y otros *souvenirs* del movimiento, la carátula firmada de *Sgt. Pepper's* de Lenny, una muñeca con botones a modo de ojos que se había guardado como recuerdo del SNCC y de Liberty House, los helechos, los ficus y las hiedras trepadoras entrelazadas con flores de colores vivos que mi madre había pintado en las paredes y en el techo, los libros y los panfletos apilados por todas partes, la fotografía enmarcada que me retrataba encadenado al árbol de los cojones, la historia entera de los tiempos que habían vivido e influenciado y odiado y amado; todo aquello, acumulado en forma de recuerdos en nuestro atestado piso de alquiler.

Me sentó de maravilla empapar toda la casa. Qué poderío. Qué liberación. Qué vandalismo tan catártico.

Recuerdo que mi madre me contó que, antes de huir, Lenny le había dicho:

—Me niego a dejar que sufras por mis pecados. Quiero que sigas siendo libre. —Como un mandato. Como un desafío.

Le tomamos la palabra. Le creímos.

Si Lenny era libre, nosotros también lo seríamos. Entraríamos en el nuevo mundo. No habría cadenas capaces de retenernos. ¡Éramos libres! ¡Por fin! ¡Éramos libres de verdad!

Pero ¿qué significaba aquella palabra ahora, en realidad?

Significaba vigilancia constante. Saber, en todo momento, que alguien estaba intentando comprobar de un modo u otro hasta qué punto éramos libres. Las paredes tenían oídos y las ventanas, ojos. Las persianas estaban bajadas y la música sonaba a todo trapo. La caja de los truenos de Lenny siguió conectada al teléfono, silbando y chirriando, insertando una cortina de unos y ceros entre nosotros y cualquiera que intentara llamarnos.

Los lunes o los martes, si habíamos estado fuera de la ciudad, nos entregábamos a primera hora de la mañana a un juego que llamábamos «En busca del micrófono oculto». Poníamos el piso entero patas arriba. Les dábamos la vuelta a los cuadros que colgaban de las paredes. Enrollábamos las alfombras. Metíamos la cabeza dentro del televisor. Nunca encontramos nada, pero ya sabes lo que dice el delgaducho de Burroughs: el hecho de que te haya dado la paranoia no significa que todos los demás no estén intentando jugártela.

Al final, acabamos por acostumbrarnos. La cautela se convirtió en hábito. Dábamos por sentado que los polis de la brigada de estupefacientes vivían con nosotros.

Y, de todas formas, ¿qué otra cosa podían hacernos? Nosotros solo éramos los supervivientes.

La libertad implicó otros mil ajustes más.

Resulta fácil defender la libertad cuando tienes ingresos. Darles doce mil pavos a los Panteras cuando sabes que el siguiente sueldo está en camino.

Lenny no había sido tanto un hombre libre como un cuentista urbano. Su libro fue todo un éxito de ventas. Sus discursos congregaban a miles de personas deseosas de protestar y apoyarlo. Y, en el peor de los casos, siempre podía extorsionar a los negocios locales que se habían enriquecido a costa del movimiento que él había iniciado. Antes de su huida, habíamos vivido como reyes en el exilio. Teníamos un televisor en color, dinero para pagar un taxi el día en que nos levantáramos algo vagos y todos los batidos del Gem Spa que pudiéramos desear.

Ahora todo aquello había desaparecido. Todo, excepto la tele.

Así que la libertad significó aprender a agenciarnos algo de pasta.

Mamá intentó vender por la calle velas decoradas a mano: las sumergía en cera que derretía en los fogones y las coloreaba con los mismos tintes que usaba para teñir mi ropa. Le quedaban algo delgadas y endebles, con la cera tan blanda que parecía plastilina.

Luego se pasó a la joyería, empezó a confeccionar piezas con alambre y estrás. Aquello parecía una apuesta segura. En los viejos tiempos, Lenny y ella habían sacado un montón de pasta simplemente ensartando cuentas en tiras de cuero. Pero nadie compraba ya aquellas porquerías. Ahora se necesitaban piedras semipreciosas. Y diseños con menos aspecto de armas rudimentarias. Aquello requería talento. Eso le dijeron.

—He visto a gente vender cosas mucho peores en los aparcamientos de los conciertos de los Dead —les replicó ella a los escépticos.

—Pues ve a unirte a la caravana, si eso es lo que te mola.

No era lo que le molaba. No lo hizo.

Una noche se encontró una máquina de coser en la calle. Una señal del universo. Tan difícil no sería, ¿no? Bueno, pues le llevó casi una semana descubrir que habían tirado la máquina porque estaba rota, y se pasó otra más sudando la gota gorda mientras intentaba coser a mano una sola blusa, para terminar dándose cuenta de que confeccionar ropa era la hostia de jodido.

Buscarse un trabajo normal a través de los cauces normales —ocuparse de una caja registradora, contestar al teléfono, aceptar trabajos temporales, igual que las masas a las que había pretendido salvar— era algo que sencillamente no podía hacer. Antes muerta que esclava de aquel sistema que todavía, pese a todo, ansiaba destruir.

Así pues, a cambio de no ser esclavos sufríamos por nuestra libertad, lo

cual, por supuesto, valga la ironía, demostraba que éramos libres.

La libertad significaba soportar el filo cortante de la pobreza clavándonos en los pensamientos y poniéndonos los nervios a flor de piel, destrozando nuestra concentración. Significaba una tirantez continua en mi estómago, la tensión de mi propio cuerpo devorándose a sí mismo. Los dedos ansiosos de Mamá dándose constantemente golpecitos en los labios, retorciéndose, arrancándose pielecillas, su voz afilándose y lanzando puñales cada vez que yo me quedaba mirando un caramelo. Subsistíamos a base de guisantes y lentejas. Mis refrescos fueron sustituidos por brebajes de hibisco y manzanilla, que comprábamos a granel en las oscuras tiendas chinas con olor a humedad que había bajo el puente de Manhattan, para luego hervirlos, colarlos y dejarlos enfriar en el alféizar de la ventana.

La libertad significaba pasarnos tardes enteras en el banco de alimentos del sótano de la iglesia de San Marcos, no como voluntarios, sino como pedigüños. Significaba aprender a dejar de lloriquear por las papillas insípidas que preparaba mi madre y por el barro en que se convertían al llegarme a las tripas. Aprendimos a escarbar en los contenedores de basura que había detrás del supermercado, descubrimos que, mucho después de la hora de cierre, tiraban los productos defectuosos: cajas de cereales de desayuno en perfecto estado transformadas mágicamente en basura por la fecha estampada en el lateral, o fruta, plátanos que se habían puesto un poco marrones, manzanas magulladas, cajitas de plástico de fresas que estaban estupendas salvo por las dos o tres mohosas al fondo. A veces pillábamos algo de pan. Pan blanco. ¡Pan de molde! No nos sentíamos especialmente orgullosos de comer porquerías industriales. Lo acarreábamos hasta casa junto con el resto del botín y, como la tostadora se había roto entre una lluvia de chispas y llamas, dorábamos las rebanadas en los fogones de la cocina y nos zampábamos un paquete entero de una vez; si teníamos suerte, con mantequilla y todo.

Nunca echábamos a Lenny la culpa de nuestras penurias, ni siquiera en los días en los que no conseguíamos comer. Sabíamos que ningún sufrimiento que estuviéramos soportando era comparable a su vida de fugitivo.

Además, otras tantas veces, comíamos carne picada o queso en lonchas que Mamá se había llevado de alguna tienda, de extranjis bajo el vestido. Yo también entré en el juego. Me deslizaba salchichas o chorizos parrilleros por

las perneras del pantalón. Asimilando por fin las viejas lecciones de Lenny en el arte de robar.

Los martes hacíamos cola frente al edificio del Movimiento Obrero Católico —el mismo al que Lenny me había aconsejado recurrir si alguna vez me veía en auténticos apuros—, a la espera de nuestro guiso bien repleto de pasta y patatas. Nos sentábamos en mesas de comedor plegables junto a las demás víctimas de la mala fortuna. Ahora nosotros también formábamos parte del grupo. Éramos libres. Eso era lo que significaba la libertad.

Los domingos íbamos al Compañera's, el rincón de la Segunda Avenida donde, todos los días, la propia Compañera en persona —con la ayuda de su colectivo feminista de mujeres tenaces y sin muchos miramientos— preparaba un solo plato en grandes cantidades y daba de comer a todo el que entraba por la puerta. Se pagaba la voluntad y nadie te pedía cuentas. Esas noches comíamos gratis. Pollo asado. Chili de tres frijoles. Los mejores macarrones con queso que el mundo ha visto jamás. A veces dejábamos una moneda de veinticinco centavos que nos habíamos encontrado por la calle. O ayudábamos a fregar los platos cuando la Compañera cerraba el local.

Algunos días, cuando fallaba todo lo demás, nos arrastrábamos hasta la cafetería de autoservicio Dubrow's y llenábamos nuestras bandejas hasta arriba de galletitas saladas y sobres de ketchup, que se podían coger gratis del mostrador de los condimentos. Desmenuzábamos las galletas hasta formar una montaña en nuestros platos y las recubríamos de ketchup. Si les echabas suficiente sal y pimienta —que también ofrecían gratis en sus sobrecitos de papel dobles—, y si entornabas los ojos y te tapabas la nariz, casi podías convencerte de que estabas comiendo espaguetis a la marinera.

Otras noches, nos veíamos reducidos a hurgar en las papeleras de las avenidas, buscando restos de pizza y cartones de arroz frito medio vacíos.

La libertad significaba descubrir muy pronto quiénes eran tus verdaderos amigos.

Ponía a prueba las relaciones, desgastaba los círculos de amistades con los que, en otros tiempos, mis padres habrían podido salir a comer, o al cine, o con los que simplemente habrían podido pasar el día, sin hacer gran cosa. Ahora mi madre y yo no teníamos nada que aportar a esos *potlatches*. Si apareces con las manos vacías el suficiente número de veces, dejan de invitarte. Los demás interpretan tu pobreza como una afrenta a la idea de

compartir. La películas, los días malgastados también cuestan dinero. Intentamos mantener la dignidad. Intentamos rechazar las invitaciones y esquivar las diversiones con delicadeza. Pero ¿cuántas humillaciones se pueden soportar? ¿Cuántas noches escuchando a tus amigos quejarse de lo mucho que cuesta la gasolina hasta Woodstock, donde van a supervisar la reforma de su casa de vacaciones? Bueno, en realidad es una chabola, te dicen, se está cayendo a cachos y la compramos por dos centavos. ¿Y cuando esté terminada? Tronca, estamos instalando paneles solares y un jardín de piedra japonés y una claraboya, y, oye, ¿has probado las gambas, Suzy? ¿Cuántas noches puedes soportar así hasta sentir que gritas para tus adentros? «¿Qué coño os pasa, troncos? No tengo dinero ni para un billete de metro. ¿De verdad creéis que me importa una mierda vuestro estanque *koi*?»

Los círculos desaparecieron. O, mejor dicho, nosotros desaparecimos de los círculos. No podíamos seguirles el ritmo.

Aquello era Nueva York, no Black Bear ni Drop City ni ninguna otra comuna por el estilo, con su pan casero, sus fiestas nocturnas de micrófono abierto y sus debates de quince horas sobre la más mínima infracción contra la paz general. Y su compromiso de hundirse todos juntos. Nosotros no habíamos rechazado del todo la sociedad existente. Nos habíamos hundido en el asfalto y ahora los pies se nos habían quedado atrapados.

Hasta los okupas que vivían en los edificios que Lenny afirmaba haber liberado en la época en que los llamaban pensiones para drogatas, hasta ellos nos abandonaron. Aquella gente no se fiaba de nosotros. ¿Por qué iban a hacerlo? Para ellos, Lenny y mi madre eran unos charlatanes. Intermediarios que cultivaban poderosas relaciones que trataban de ocultarle a la gente de la calle. Los okupas acudían a nosotros en busca de ayuda, no al revés.

Al principio mi madre intentó seguir desempeñando su antiguo papel. Recuerdo que me llevó a rastras a una reunión del Movimiento por la liberación de las mujeres. Se celebraba en el sótano de una iglesia. Yo retorciéndome en la silla plegable que estaba a su lado, escurriéndome hasta el suelo. Las piernas de mi madre. Sus zuecos. Sus vaqueros de pata de elefante. Y todas las demás piernas bajo la mesa. Piernas musculosas y peludas. Piernas negras y morenas y blancas. Piernas envueltas en telas de algodón estampado con motivos africanos y aborígenes. Una infinidad de piernas ocultas debajo de pantalones vaqueros sucios. Todas eran de mujeres.

Yo era el único niño en la sala. El único varón.

La tensión que se palpó en el ambiente cuando mi madre dijo:

—Yo podría seros de gran ayuda.

—¿En serio? —Cuánto desprecio destilaba la pregunta de aquella mujer. Cuánta hostilidad. Yo no lo entendía.

—He organizado campañas nacionales. A lo mejor os suena alguna de ellas. La Marcha en Washington en 1970. La Insumisión del Primero de Mayo. Conseguimos que miles de personas de dieciséis ciudades diferentes quemaran sus cartillas de reclutamiento en las escaleras de los ayuntamientos. Lenny y yo...

—Mira, me temo que aquí voy a tener que interrumpirte. —Esta era una mujer diferente. Se turnaban para acosarla.

—¿Por qué? —preguntó mi madre, alterándose—. ¿Por Lenny? Es mi marido. Somos compañeros. Compañeros en igualdad de condiciones. El trabajo que hicimos, las cosas que conseguimos...

—No paras de hablar en plural, pero el único al que yo veía por todas partes era a él.

—Él era el rostro público.

—Y, por lo que se ve, a ti eso te parece bien.

—¡Sí! —Qué vehemencia condensaba aquella minúscula palabra. Qué ferocidad. Dejé de moverme a sus pies y empecé a prestar mucha atención.

—Bueno, estamos...

—Algunas de nosotras no...

Empezaron a interrumpirse las unas a las otras.

—Transmite el mensaje equivoca...

—... desequilibrio estructural...

—... no solía oírlo reconociendo tu labor.

—En los últimos tiempos he estado un poquito ocupada criando un hijo —dijo mi madre.

Más conmoción. Más interrupciones. Más comentarios sobre el «desequilibrio estructural» y el «sometimiento a las expectativas de la sociedad» y sobre que «a lo mejor tendría que ser él quien se quedara en casa». Recuerdo que casi me eché a reír al oír aquello: la mayoría de la gente todavía no sabía que Lenny estaba huido de la justicia.

—Mirad, he venido a ayudar —prorrumpió mi madre—. Conozco a todo cristo. Gente que os podría ser muy útil.

—Querrás decir hombres.

Alguien defendiéndola en voz baja:

—Venga, Renee, eso no es justo.

Y nos marchamos de allí.

No recuerdo a cuántas de aquellas reuniones fuimos. ¿Una? ¿Dos? No muchas. Recuerdo a mi madre despotricando contra ellas:

—El problema de estas tías es que no tienen conciencia histórica. Quieren el poder, no la igualdad.

Yo no soy quién para juzgar si eso era cierto. De lo que sí estoy seguro es de que ella se sentía rechazada por aquellas mujeres, y una parte de sí misma consideraba que merecía su condena.

Porque la libertad significaba una cosa más. Significaba que mi madre, a pesar de su tendencia a la rebelión, a pesar de que llevaba por bandera sus opiniones a favor del aborto y de la igualdad de derechos y de la liberación sexual, no podía escapar al hecho de que el mundo entero —e incluso, en su fuero interno, ella misma— la veía, por encima de todo, como la mujer de Lenny Snyder.

Ahora se hallaba en un brete, sin saber en quién convertirse.

Empezó a fumar de nuevo por enésima vez. Primero cigarrillos More. Luego Mores mentolados. Luego Virginia Slims.

Se arrojaba de una actividad a otra. Aprendió a echar el tarot. Estudió astrología. Medicina natural china. Macrobiótica. *Las enseñanzas de Don Juan*. Cada nueva pasión la consumía mientras duraba, ya fuera un mes o una semana. Como si los búhos de macramé —otra obsesión fugaz— sirvieran para transformar el alma.

Se pasó dos días y medio en la sala alternativa Theater for the New City construyendo cabezas gigantes de la Isla de Pascua con cajas de neveras; pero se marchó asqueada cuando el director de la obra le sugirió que a lo mejor podría dejar que otro de los ayudantes —uno que sabía lo que estaba haciendo— le enseñara la forma correcta de armar aquellas cosas.

En una ocasión, le dio un arrebató budista. Se pasaba horas y horas recitando el mantra «Nam-myoho-renge-kyo». Rezando para obtener riquezas.

Nada funcionó.

La verdad es que se sentía desesperadamente sola.

Y con qué fuerza se aferraba a mí. Los brazos rodeándome el vientre. La cara apoyada en mi cuello. Me aspiraba, no ya colmándome de amor, sino sepultándome en él. Me pedía consejo continuamente. ¿Qué me pongo hoy? ¿Qué hago hoy? ¿Por qué no me aprecian? ¿Por qué no me ayuda nadie?

¿Y cómo iba yo a responder a aquello? «Soy un niño, Mamá. No puedo ayudarte. ¿No te das cuenta? Mamá, por favor.» Pero no era capaz de decirlo.

Ella me pedía:

—Cántame una canción, Freddy. Estoy triste.

Y yo cantaba:

Sing. Sing a song.

Sing out loud. Sing out strong.

Sing of good things not bad.

Sing of happy not sad.

A veces, un destello de alivio o distracción —llamémoslo amor— le iluminaba el rostro como una estrella fugaz. Duraba tan solo un momento, el tiempo suficiente para que yo me diera cuenta justo cuando desaparecía.

Yo cantaba:

*Oh, baby, baby, it's a wild world,
it's hard to get by just upon a smile.*

*Oh, baby, baby, it's a wild world,
I'll always remember you like a child, girl.*

A veces, ella se me unía y cantábamos juntos, siguiendo la melodía en los ojos del otro, y pensábamos secretamente en Lenny, el uno en el otro, en lo difícil que es ser la persona que los demás necesitan que seas.

Mi madre tenía dos amigas. Cindy Belloc e Isha Ali. Vivían a años luz de nosotros —el Upper East Side, Harlem— y no recuerdo haberles hecho más de tres o cuatro visitas a cada una, pero, por la forma en la que hablaba de ellas, parecía que se vieran todos los días.

Cindy era glamurosa de una forma discreta. Trajes de pantalón y el pelo

desafiantemente liso. Se comportaba siempre con una compostura que reconocía que la empatía dependía de la seguridad en uno mismo. Tomando el té en sus tazas de porcelana auténtica, sin siquiera una sola muesca, en su clásico y antiguo piso neoyorquino, nos sentíamos casi ennoblecidos, halagados de que nos tratara como a iguales.

Había participado en el movimiento, de forma periférica, en los tiempos en los que salía con Sy. Ahora trabajaba para la revista femenina *Redbook*. Había publicado un par de artículos escritos por mi madre, después de revisarlos a fondo, o, mejor dicho, de reescribirlos por completo. Pero, aun así, estaban publicados, constituían una oportunidad de presentar la nueva conciencia a la gran nación subestimada de las mujeres, que solo esperaban su llamada para encontrarse unas a otras. Cuando nos llegaron aquellos cheques, comimos bien durante unas pocas semanas. Conseguimos rebajar un poco la cuantía de nuestros pagos atrasados del alquiler.

La compasión puede herir profundamente cuando uno es pobre de verdad. Supongo que mi madre sabía que Cindy le había encargado aquellos trabajos por lealtad sentimental, como una especie de gesto filantrópico destinado a absolverla de su culpabilidad por haber abandonado la contracultura cuando las cosas empezaron a caldearse en exceso, pero aun así Mamá empezó a soñar con que podría ser columnista y a bombardear a Cindy con ideas a medio cocerse. Cómo encontrar las prendas más chic de la tienda de segunda mano de tu barrio. Ocho tácticas infalibles de autodefensa para cuando te encuentres sola en la calle a las tres de la madrugada. Cómo matar una rata. Y, cómo no, Lenny, Lenny, Lenny, sus tribulaciones. Temas que quizá habrían servido para el periódico contracultural *The East Village Other*, pero que les resultarían bastante estrambóticos a las felices amas de casa abonadas a *Redbook*.

Cindy debía de armarse de valor cada vez que sonaba el teléfono, temiéndose los sueños imposibles de mi madre. Sea como fuere, dejó de contestar. Dejó de invitarnos a su casa.

Isha Ali, sin embargo, era tan dura como un diamante tallado, y tenía la calidez de alguien que rebosa amor y discernimiento. Ni fingía ni admitía fingimientos. Sentías que, si le gustabas, te acogería como a una hermana, pero, si la contrariabas, cuidado, ten por seguro que te dejaría cicatrices de por vida. Con un grado de autenticidad que mi madre temía no poder alcanzar

jamás.

El marido de Isha, Calvin Williams, había sido asesinado por la poli en Filadelfia; de un tiro, mientras dormía. Otro Pantera más que añadir a la lista de mártires. Y, aunque, comparado con aquello, el autosabotaje de Lenny parecía un chiste malo, Isha se mostraba tolerante al respecto, abrazaba la paradoja. Le importaba más la similitud de las circunstancias que compartían mi madre y ella que la rectitud de los hombres que las habían ocasionado.

Ambas habían participado en las guerras. Ahora estaban maltrechas y luchaban para evitar que la pobreza las aplastara mientras criaban a sus niños ellas solas. Se reían mucho juntas —con todo el cuerpo, sin reservas— y se lamentaban de la infinidad de grietas que se habían abierto en torno a ellas.

—Esto es lo que pasa cuando la izquierda empieza a ganar la partida. Los ricos progres se apropian de lo que quieren y lo explotan. Los demás nos empezamos a sacar los ojos los unos a los otros por las migajas.

Una carcajada entre dientes.

—Nosotros (y no nos incluyo a nosotras dos) solo sabemos perder. Es más, queremos perder.

—Los unos queremos que los otros pierdan. Queremos (y yo tampoco nos incluyo a nosotras), queremos ganar a costa de todos los demás. Las mujeres, los negros, los gays, todos. Solo les importa conseguir lo suyo. Cuando dicen «solidaridad» quieren decir «¡ponte a la cola!».

Un bufido pesaroso.

—En realidad queremos que pierdan los pobres. ¿Acaso es de extrañar que mataran a Martin justo después de que anunciara la Campaña de los Pobres?

—Bueno, nosotras, y esta vez sí me refiero a nosotras dos, ya hemos perdido. No nos queda más que morirnos.

Una sonrisa de satisfacción. Con Isha, mi madre se sentía reconocida, por fin, y comprendida.

Mientras tanto, en la otra habitación, el hijo de Isha, Amari, me cogía los juguetes, se apropiaba de ellos y me mantenía alejado con el brazo extendido para que no pudiera recuperarlos. Me fulminaba con la mirada. Se burlaba de mí aludiendo al sufrimiento de su raza:

—¡Ha llegado la hora de las reparaciones, capullo!

Qué tiempos aquellos.

Pero con frecuencia Isha también guardaba las distancias. Tenía que andarse con cuidado para que no la vieran con un par de judíos como nosotros. Sus benefactores militantes no lo habrían tolerado.

La mayor parte del tiempo, Mamá se sentía olvidada. Aislada. Solo me tenía a mí.

Buscó consuelo en los hombres y, un par de veces, en mujeres. No la juzgo. Ya por entonces entendía que, fuera lo que fuera lo que le dieran aquellos desconocidos que pasaban por mi casa, aliviaban la carga que yo me veía obligado a soportar.

En todo caso, la libertad significaba que no me correspondía a mí decidir al respecto.

Aquellas aventuras amorosas nunca duraban mucho, con su voluble mezcla de ternura y compasión. Un día, una semana, y Mamá retrocedía, llena de asco por su propia debilidad y llena de odio hacia las buenas intenciones de aquellos gilipollas. Su compasión no era comparable a la salvaje y frenética propulsión de Lenny.

¿Qué lo era?

¿Qué podría serlo jamás?

La libertad significaba asistir al espectáculo de mi madre malgastando su vida. Verla tirada en el sofá con el antebrazo sobre los ojos, mientras se le enfriaba el té, mientras el día se iba difuminando en la noche. Signos de debilidad que escapaban a mi comprensión. Esos momentos en los que yo había hecho alguna tontería, había pintado en las paredes, o había roto un cristal por accidente, o había pedido a gritos el desayuno a sabiendas de que no había comida, o le había hecho cosquillas con un dedo, un, dos, tres. Y ella me espetaba:

—Para. Vete. Largo de aquí.

Yo desplazaba mi peso de un pie al otro, sin saber si lo decía en serio. A veces se deshela y se acordaba de que yo solo era un niño. Su niño. Me atraía hacia su pecho y me asfixiaba con sus remordimientos.

Las más de las veces se ponía tensa, echando humo, y yo escapaba y me echaba a mí mismo, no a ella, la culpa de mi ostracismo. Pero también me enfadaba. Temblaba de ira. Porque ella me había fallado. Ella y Lenny, los dos.

La libertad significaba vagabundear por las calles en busca de una razón para no volver a casa.

Vivíamos todos unos encima de otros, como capas de pintura en una misma pared. Tenías que conocer a tu facción y a todas las demás, cómo vivían, cómo pensaban, su punto de vista proverbial, lo que los hacía reír y lo que te haría ganarte una paliza.

Significaba espabilar para detectar los peligros que acechaban en el campo de batalla al que llamábamos barrio. Uno aprendía a interpretar las señales: ¿cómo es la chaqueta de cuero de ese tipo, ajustada y estilosa como las de los portorriqueños o gastada y envejecida como las de los blancos? ¿Y qué otras pruebas secundarias podían encontrarse? Los parches significaban Ángeles del Infierno. Las chapas indicaban la nueva especie blanca denominada punkis. Ambos grupos podían joderte, pero, como los Ángeles se regían por un código, era posible que incluso llegaran a protegerte.

Había otros: hippies como nosotros. «Superestrellas» de arrabal: los restos de la Factory warholiana, glamurosas con su purpurina, sus andrajos y sus gomas. Maricas y artistas (a menudo eran los mismos). Chavales negros de los suburbios de las zonas cercanas al río. Aquella confederación anarcónihilista que se autodenominaba los Pedófilos. Los viejos judíos, polacos y ucranianos, los únicos habitantes del gueto originario que seguían allí: se negaban a desaparecer y vivían en una sociedad que se había quedado desfasada hacía años. Nos soportaban a todos los demás mientras esperaban a que nos diéramos por vencidos, y sus hijos eran los cabrones más duros del lugar.

Algunos —bueno, Lenny— podían hablar con todo el mundo. Pero yo no era Lenny. Siempre tenía que estar preparado para recibir, en cualquier momento, un empujón en la espalda tan fuerte que me hiciera caer al suelo despatarrado. Me llevé tantos rasponazos en las rodillas que dejé de ponerme pantalones cortos. Aprendí a darme cuenta de cuándo la gente que me rodeaba cambiaba el paso, cuándo dejaban las manos metidas en los bolsillos un segundo de más. Me movía con las llaves desplegadas en abanico entre los dedos como nudilleras de metal.

La libertad significaba que en la vida te ocurrían putadas. No podías controlarlo.

Se armaba una bronca. Provocaciones. Empujones. De pronto, un

puñetazo. A veces conocías a uno de los implicados. A lo mejor hasta sabías cómo se llamaba. Los habías visto a todos por ahí. Pero pasabas de largo. No te parabas a mirar.

Un día, a un yonqui que estaba sentado en St. Mark's Place le ofendió de tal manera el estampado casero de mi camiseta que me la arrancó directamente de la espalda y solo me dejó el cuello de algodón alrededor de la garganta.

Una vez, unos chavales me inmovilizaron contra el bordillo de la acera en Stuyvesant e intentaron hacerme tragar una paloma muerta. Cuando empecé a forcejear, uno de ellos me apuntó al ojo con el cálamo de una pluma y me amenazó con sacármelo si no me estaba quieto. Me quedé inmóvil y él dijo: «¿Qué te pasa, gallina?». Se comportaban como si estuvieran siendo simpáticos conmigo.

Llevaba mi AK a todas partes, como si fuera un loco perdido en su delirio.

Se incendiaban las cosas más insospechadas. Papeleras. Neumáticos. Apartamentos del segundo piso. Nunca sabías quién lo había hecho ni si había sido intencionado.

La libertad significaba no darle importancia, tratar de no darse cuenta.

Significaba transformarte deliberadamente en esa criatura desviada que creías llevar, tal vez, agazapada en tu interior. Eso si tenías el estómago, los cojones, para hacerlo, claro.

Pero también significaba un aburrimiento punzante.

Recuerdo algunas tardes largas y tediosas en que no echaban nada en la tele; Mamá había salido por ahí, quién sabe adónde, y yo estaba asándome al sol que entraba a raudales por las ventanas, preguntándome dónde se encontraría Lenny en aquel momento, qué estaría tramando. Alguna aventura emocionante. Recuerdo que a veces lo sentía cerca, observándome en secreto, animándome a sobrevivir.

—Lo que estamos haciendo es muy importante —me decía mi madre en los días lentos y tristes en que le preguntaba si era esto lo que se sentía cuando estás muerto—. Nos negamos a veniros abajo. Algún día la historia recordará nuestro valor y nuestro sacrificio.

Flípalo con las connotaciones ocultas en esta afirmación. Había que estar orgulloso de que a uno lo detuvieran. Perder a tu padre era un motivo de celebración. Hasta cuando nos sentíamos pequeños e insignificantes, hacíamos lo que hacíamos para los anales de la historia. Porque, claro está, el mundo

giraba a nuestro alrededor. O, al menos, alrededor de Lenny. Nosotros gozábamos al calor de su gloria.

Ella hacía lo que podía para intentar distraerme. Íbamos a Tompkins Square y yo me escondía bajo los bancos, me quedaba muy quieto detrás de los árboles, corría por todas partes esquivando a los hippies, a los indigentes y a los yonquis. Hacía ochos en torno a los Hare Krishna con sus cascabeles y sus sitares y sus sucios pies ennegrecidos. Y ella se quedaba rezagada detrás de mí, ralentizando el paso, asegurándose de no alcanzarme, con los brazos extendidos y los dedos abiertos como garras. A este juego lo llamábamos «el fugitivo» o a veces simplemente «Lenny». Nunca nos cansábamos de él. Ella me perseguía hasta caer extenuada. O hasta que los dos caíamos. Ella se me echaba encima y me hacía cosquillas. Nuestras pequeñas alegrías.

Y después nos sentíamos cerca de él durante el resto del día.

Renovados.

Capaces de seguir adelante.

Recuerdo una noche en que yo andaba por la calle y las farolas no funcionaban: estaban estropeadas, o destrozadas, o tal vez ni siquiera hubiera farolas. Yo me encontraba cerca del río. El aire tenía esa característica pesadez salada. Estaba solo. Sin Mamá. Solo con aquel rincón silencioso e inquietante de la ciudad.

Por una vez, no tenía miedo.

Recuerdo que no me apetecía volver al tumulto, a las luces parpadeantes, al ruido; lo oigo incluso ahora, amortiguado, una fiesta en la lejanía.

Unos pasos se me acercaron taconeando por los adoquines; era un hombre, a juzgar por la cadencia del sonido.

Y recuerdo haber pensado: Puede que me muera hoy, aquí mismo. Quizá les lleve una eternidad encontrarme. Y quizá eso le facilite la vida a mi madre.

Ahora podía distinguir al tipo. Una especie de radical. Un tío blanco vestido de negro de pies a cabeza, luciendo chatarra y acero. Pavoneándose. Despedía chulería por todos los poros de la piel, como fumaradas de diésel. Serían las doce de la noche y estábamos entre las sombras, pero llevaba puestas unas gafas de sol. No había reparado en mi presencia, o eso parecía.

Cuando llegó a mi altura, meneó la cabeza y pivotó sobre las puntas de los pies, con gracilidad, casi bailando. Agitó los hombros a toda velocidad. Se inclinó, invadiendo mi espacio, se agarró las gafas con el índice y el pulgar, se

las retiró de la cara y me reveló sus ojos; había algo en él, una cierta energía que se grabó en mi mente infantil como una forma nueva de seguridad en uno mismo, carente de rabia. No se me ha olvidado en todos estos años. Aquel desconocido que me dejó vislumbrar por un segundo su masculinidad juguetona. Su alegría desbordante. Con la palma de la mano abierta, describió frente a mí un semicírculo, como si estuviera mostrándome el mundo entero. Luego volvió a cubrirse los ojos con las gafas y prosiguió su camino como si nada hubiera pasado, como si aquel encuentro no hubiera sido más que un producto de mi imaginación.

Durante mucho tiempo, estuve convencido de que aquel tipo era Lenny, de que se me había acercado con uno de sus disfraces. Para levantarme el ánimo. Para ahuyentar a los perros. Para recordarme que algún día volvería con nosotros.

Solo teníamos que aguantar. Teníamos que tener fe.

Porque, a fin de cuentas, en esencia, eso era lo que significaba la libertad.

Significaba consumirnos. Los últimos verdaderos creyentes de Lenny.

Había momentos en que la presión se aflojaba y yo lograba vislumbrar cómo sería mi vida si fuera aquel chaval solitario. Durante un minuto, o una hora, tenía la lujosa sensación de flotar sin lastre alguno a través del tiempo y del espacio. Simplemente leyendo un libro al sol de la tarde. Arrojando una pelota de tenis contra un muro e inventándome reglas cada vez más complicadas para seguir entreteniéndome con el juego. Atravesando el aburrimiento hasta alcanzar un lugar que quedaba más allá de él, donde todo se volvía interesante.

Así que aquello era lo que la gente quería decir con «normal». Querían decir «sin miedo». Querían decir «sin necesidad de una coraza defensiva».

Me ocurría únicamente cuando estaba solo, cuando mi madre y sus humores estaban lo bastante lejos como para parecer abstractos y hasta cierto punto irreales.

Recuerdo una tarde, debía de ser junio; los niños aún estaban en el colegio, pero hacía un calor de tres pares de cojones. Y yo me pasaba las horas muertas escarbando en la arena de Tompkins Square. Tenía una lupa. Había encontrado una hoja seca y vieja. Era un día soleado. Perfecto para provocar incendios. Recuerdo el enorme placer que me producía poner toda mi concentración en dirigir los rayos del sol de un lado a otro. Era capaz de enfocar la luz y hacerla bailar y moverse por mi nido de arena, pero mantenerla inmóvil sobre la superficie de la hoja, eso sí que resultaba difícil. Adictivo por lo frustrante. Casi imposible, pero no del todo. Se me cansaba el brazo. Entonces lo sacudía y volvía al ataque.

En todo el universo solo existíamos la lupa y la hoja y yo, perdido entre ellas. Las otras personas que había en el parque, fuera lo que fuera lo que estuvieran haciendo, los perros, las ardillas, las ratas, todo se había ido difuminando y desvaneciendo. Así que, cuando una niña —Rosalita, se llamaba— se me acercó corriendo y me arrancó la lupa de la mano, tuve la sensación de que había salido de ninguna parte.

Era una de los niños okupas de la Calle 13. Dura. Con el pelo ralo y sin brillo, los ojos oscuros y malignos y la sombra de una vieja cicatriz atravesándole la mejilla.

—Lo estás haciendo mal —me espetó. Se hizo la interesante, con una mano en la cadera, esperando mi respuesta—. Ni siquiera estás intentando quemar algo que valga la pena.

Otro día, en otro contexto, atrincherado en la paranoia de mi familia, quizá habría reaccionado encogiéndome y deseando desaparecer. Pero, en lugar de eso, le devolví el desafío:

—¿Ah, sí? ¿Y qué es lo que vale la pena quemar?

Ella avanzó solemnemente hasta una papelerera combada, plantada junto a una hilera de ruinas de hormigón de lo que un día habían sido bancos. Se metió la lupa en el bolsillo trasero y examinó la basura. Siguiéndole la pista a algo. Arriba y abajo, por encima, alrededor. Trazando su camino. Con las manos en alto, lista para agarrarlo. De pronto, una palmada.

—Joder. —Más palmadas—. Mierda, hostia, joder.

Inclinaba y retorció la cabeza. Yo casi podía ver la línea de puntos que describía la trayectoria de sus ojos.

Me paseé hasta donde estaba. No para ayudarla. Solo para ver si lo conseguía.

Al acercarme, notó mi presencia y agitó la mano.

—Quita de ahí.

Se fijó en una mosca que estaba descansando un momento en una piel de plátano, agitándose, pasándose las patas delanteras por la cabeza para limpiarse.

Otra palmada, pero volvió a fallar y la mosca se escapó volando.

—¿Por qué has hecho eso? —me dijo.

—¿El qué?

—La has asustado.

Podría haberla contradicho, pero aquella niña me gustaba. Me gustaba la forma en la que había tomado el mando. Así que contesté:

—Lo siento.

—No vuelvas a hacerlo.

Para demostrar mi valía, me fui a atrapar moscas por mi cuenta. Busqué entre la basura que rebosaba de las papeleras y que el viento amontonaba en las esquinas y por los senderos. A las moscas las atraían los lugares donde solían estar los yonquis. Les gustaba el olor a meado.

Y..., espera, espera, espera...

Por fin.

—¡He pillado una! —grité.

Rosalita vino corriendo. La mosca me hacía cosquillas dentro de las manos ahuecadas al batir las alas contra mis palmas.

—Enséñamela —me dijo. Qué exigente.

—Si te la enseño, se irá volando.

Negociamos el traslado, sus manos sobre las mías, sin dejar un solo resquicio abierto. Ella me mangoneaba y yo hacía lo que me decía.

Entonces, con la mosca en sus manos, volvimos al lugar donde estaba yo al principio —allí la luz era pura— y ella empezó a estirar las palmas hasta que tuvo a la mosca agarrada entre sus dedos índice y pulgar. La colocó en la arena, manteniéndola bien sujeta por un ala, y se sacó la lupa del bolsillo.

—Mira, se hace así —dijo.

Y, con un movimiento del dedo, le destrozó el ala.

Los dos estábamos tirados boca abajo, apoyados en los codos. Dos niños siendo niños, inmunes al miedo. No existía nada más allá de nosotros. Recuerdo que me di cuenta de ello. Me dejó perplejo. Que de pronto nos viéramos inmersos en aquella intensa comunión. Algo que yo siempre había deseado. Y que aún deseo.

Observamos a la mosca renquear en círculos, agitando el ala sana, intentando escapar. Se la oía zumbear en su esfuerzo. Parecía ser consciente de que estaba herida. Y, al cabo de un rato, se agotó y se rindió.

Rosalita jugó con el ángulo de la luz a través de la lupa. Se le daba mejor que a mí.

Tenía el pulso firme. Cuando consiguió formar su punto de luz, lo condujo hasta la mosca, que ahora se mantenía dócil. Esperamos a que ocurriera algo. La mosca resplandecía. Sus ojos y su torso relumbraban como el acero, amarillos, morados y verdes. Y entonces una columnita de humo se elevó desde su cuerpo.

Rosalita empujó suavemente el cadáver con el dedo. Dentro de él ya no había nada. No quedaba más que una frágil carcasa muerta.

Me sonrió de oreja a oreja, enseñándome los dientes, uno de ellos roto en una esquina.

—¿Lo ves? —presumió—. Así es como se hace.

Se levantó de un salto y me tendió la lupa. Aún sonriente. Orgullosa. Como si se hubiera sorprendido incluso a sí misma.

A mí la mosca me dio pena, pero intenté que no se me notara. Probablemente murmuré algo. No recuerdo el qué. Lo que sí recuerdo es lo que sentí: No te vayas.

—¿Quieres besarme? —me preguntó ella.

Le devolví la pregunta:

—¿Quieres besarme tú a mí?

—Puede.

Llevaba la amenaza dentro, corriéndole por las venas. No podía reprimirla ni siquiera en sus momentos más amables.

Me coloqué frente a ella, esperando, y los dos nos quedamos allí parados, dubitativos, sin saber qué hacer a continuación.

—Tienes que acercarte más —me dijo, así que di un paso hacia ella, fruncí los labios, tensé los músculos y cerré mucho los ojos—. ¿Sabes qué? —me dijo entonces—. He cambiado de idea.

Y se fue corriendo. Y recuerdo haberme preguntado: ¿Será esto lo que significa tener amigos?

Mi madre y Lenny se las arreglaron para mantenerse en contacto. No podían llamarse. Seguíamos teniendo el teléfono pinchado. Nos vigilaban o, en cualquier caso, Fran, la vecina de abajo, todavía tenía el ojo puesto en todos nuestros movimientos, y vete tú a saber a quién iba a quejarse de nosotros. Lo que hacían mis padres era mandarse cartas, como de contrabando. El contacto de mi madre era Ted Barrow, llevábamos las cartas a la librería Namasté.

Evitábamos la puerta principal y entrábamos y salíamos por el sótano, escurriéndonos por el hueco de la escalera, que estaba atestado de ediciones baratas sobrantes, abombadas y descoloridas, hasta la oscura madriguera de coleccionista, llena de papel quebradizo, donde Barrow guardaba los excedentes de sus existencias. Aquel lugar me ponía los pelos de punta. Estaba incompleto. Era frío y húmedo. Albergaba demasiados secretos. La única vez que bajé allí, el moho que campaba a sus anchas entre las pilas de papel me agobió de tal manera que sentí cómo las esporas me cubrían todo el cuerpo, igual que la peste negra. Me figuraba que aquella era la puerta a las profundidades de la Clandestinidad. Quién sabía los monstruos que habría allí agazapados, esperando para abalanzárase encima. Heroinómanos y sanguijuelas y Nosferatu.

A partir de entonces, mi madre se apiadó de mí y decidió dejarme fuera, montando guardia. Recuerdo andar fisgoneando por ahí, con la nariz a nivel de la acera como un trol, examinando los zapatos que pasaban de largo y localizando de vez en cuando un par que decía «poli» a gritos. Orgulloso de mí mismo, con el rifle preparado.

En los días buenos, mi madre salía con un sobre de manila lleno de cartas que llevaría en su bolso de flecos el resto de la tarde. Las cartas sobresalían de él, una esquina nada más, con las solapas abiertas, exponiendo nuestros secretos a cualquiera que quisiera hacernos daño. Nos paseábamos por el barrio haciendo esto y aquello y yo tenía la certeza de que todo el mundo — buenos, malos o neutrales— podría descubrir lo que le diera la gana acerca de nosotros con tan solo mirarnos.

A ella no le importaba. Se mantenía impasible.

Salvo cuando no lo conseguía y empezaba a palpar el sobre, a acariciarlo, a toquetear los bordes de los sobres más pequeños que había dentro, intentando adivinar su contenido, consciente de que debía tener cuidado con dónde y cuándo los abría. Una tortura exquisita.

Y yo sabía que aquello significaba que, cuando por fin llegáramos a casa, tendría que entretenerme yo solito toda la noche, mientras ella entraba en íntima comunión con los fragmentos de la vida de Lenny que él le había mandado.

Hace años que no leo esas cartas. Es muy doloroso. Me llevan de vuelta a la paranoia que, durante toda mi vida, he intentado dejar de lado. Llámalo incapacidad para aceptar la realidad. O instinto de conservación. Cuando te crías en una secta, desarrollas ciertas tácticas. Para poder sobrevivir. Para que no te vuelvan a arrastrar a ella.

Pero últimamente me estás haciendo pensar en estas cosas. La semana pasada, arreglé mi camioneta y me fui hasta Brandeis a echarles un ojo a los papeles que Lenny les vendió antes de morir.

Me sorprendieron. No recordaba que fueran tan...

Bueno, mira. Escucha esta:

Penélope:

Lo primero que querrás saber es si lo conseguí.

Sí, lo conseguí, y no veas cómo. Flípallo:

Mario y Gypsy se encontraron conmigo en el cine, como habían prometido. Las pasé canutas. Se habían sentado en la fila de atrás dejando un asiento vacío entre los dos y yo entré tarde, cuando ya habían apagado las luces; pasé apretujándome por delante del primero y me senté en el sitio libre. Iban tan bien disfrazados que, durante unos veinte minutos, estuve convencido de que la había jodido y de que me había equivocado de tíos. Pero entonces Mario se levantó para ir al baño y en su asiento, ¡tachán!, allí estaba el sobre. Su gente cumplió — estos de Weather Underground son la leche— y, en menos que canta un gallo, tenía un nombre nuevo y un billete a Alguna Parte entre las manos. (No puedo decirte adónde, claro; algún día todo saldrá a la luz, cuando alguien escriba mi historia.) Gypsy me miró con dureza. «Ya

estamos en paz —siseó—. Si nos pides algo más, no habrá respuesta.» Siguió viendo la peli durante otra media hora y luego también se largó a hurtadillas.

Y no te lo pierdas: la peli que escogieron era *Tal como éramos*. Así que a lo mejor va a resultar que sí tienen sentido del humor. Yo me quedé a verla entera. Investigación. Es una buena peli. Hay un personaje basado en mí.

Entonces pillé una habitación en un motel de mala muerte cerca del aeropuerto y me teñí el pelo. Ahora soy rubio y es verdad lo que dicen por ahí: me lo estoy pasando mucho, mucho mejor.

Te voy a contar un secreto: el anonimato es un coñazo. Ahora no soy más que un gilipollas del montón. Ni siquiera tú me reconocerías. Tengo una nariz nueva. Bueno, casi: aún está cicatrizando. Estoy currándomelo para cambiar de andares. Tengo un pasaporte limpio y un carné de conducir válido. Me voy acostumbrando poco a poco a mi nuevo nombre, aunque aún me olvido de responder a él la mitad de las veces. La única cuestión sería que me queda aún por resolver es: ¿quién quiero ser en realidad?

Resulta emocionante. Ahora estoy listo para aceptar lo que me venga.

Lo más difícil ha sido desprenderme del pasado. Habría sido capaz de quedarme para siempre ahí de pie contigo, en la oscuridad, viendo dormir al chaval. Ya lo sabes. Tú también estabas allí. Pase lo que pase de aquí en adelante, me convierta en quien me convierta, y por mucho que nos alejemos físicamente el uno del otro, por favor, recuérdalo.

Habrán épocas en las que no sepas nada de mí. Quizá el peligro sea demasiado grande. El terreno, demasiado inestable. Te llegarán rumores. Quejas. Campañas de desinformación. Tú, ni puto caso. Ya sabes cómo les gusta rajar a esos cabrones, y los mismos agitadores que me acusaron de robar la calderilla de la asociación de Estudiantes por una Sociedad Democrática en el 68 siguen difundiendo mentiras y tratando de desacreditarme.

Enséñale al chaval quién era su papá. No dejes que otros lo hagan por ti.

Mi único apoyo eres tú, Suzie-Q. Ten fe. Míralo de este modo: estoy de camino a casa, dando un rodeo. Allá donde vaya, tanto si lo sabes como si no, os llevo a los dos conmigo.

ULISES

Ella no sabía nunca cuándo le iban a llegar estas cartas. Recibía seis en la misma semana, dos meses enteros de conversaciones unilaterales llenas de detalles minuciosos sobre las obsesiones de Lenny. Luego se pasaba unos cuantos meses más sin recibir noticias tuyas y empezaba a preguntarse si estaría en peligro, si lo habrían encontrado y si habría tenido que volver a cambiarse el color del pelo y subirse a otro autobús rumbo a ninguna parte.

Aquí tengo otra:

Luna:

Anoche tuve un sueño. Nos encontrábamos los dos en un barco. Un bote minúsculo que apenas parecía estar en condiciones de navegar. En la lógica de mi sueño, se convertía en un yate de lujo en cuanto embarcábamos. La belleza del mar en un día tranquilo y soleado. Nos balanceábamos. Flotábamos. Mar adentro. Y en este sueño nos rodeaba una sensación de paz tremenda y radiante. Estábamos sentados en una manta extendida sobre la cubierta, comiendo manzanas recién cortadas y queso bañado en miel. Pan frito caliente y esponjoso como el que solíamos comer en el Curry Tandoor. Vagueábamos y dormitábamos y follábamos... ¡Ay, cómo follábamos! El balanceo del barco. El movimiento de nuestras caderas. La olas besando el casco del barco. Estábamos en sintonía con el mar y con la tierra y con el universo. Sexo cósmico. Eso es lo que era. También andaba por allí el chaval. Con ese gesto serio que a veces pone. Sentado en la proa, mirando el horizonte a través de un periscopio dorado. Sin moverse. Guiándonos hacia tierra firme. Hacia un refugio seguro. Yo qué sé. Nuestro rumbo resultaba bastante incierto. Lo único que tenía claro era que nosotros —tú y yo— estábamos en sus manos y que ambos sabíamos, con esa certeza profunda a la que uno accede en los sueños, que nos estaba conduciendo a un lugar mejor que el que habíamos dejado atrás. Flotamos así durante mucho tiempo. Empezó a chispear. Una llovizna entre los rayos del sol. Y entonces el chaval gritó: «¡Tierra a la vista!»,

y seguimos a las gaviotas hasta una cabeza de playa que no habíamos visto jamás.

Me desperté despacio, sin querer marcharme, con la sensación de que podía escoger entre aquel mundo y este. Pero, claro está, no puedo hacerlo.

Al final me encontré aquí otra vez, parpadeando en el sofá del sótano húmedo y frío del piso franco donde vivo ahora. Casi sin poder reconocermme.

Llevo todo el día pensando en ese sueño. ¿Es esto lo que llaman un sueño escapista? Porque a mí me parece más un espejismo de lo que podría, debería, tendría que haber sido. Como si la verdad fuera que tú y el chaval estáis en ese bote sin mí, navegando hacia nuevas fronteras que yo no veré jamás.

Me estoy perdiendo tantas cosas.

Escríbeme.

SOL

Las cartas que ella le escribía a él resultan... menos interesantes. Bueno, eso no es verdad. Lo que pasa es que me pillan demasiado cerca. De mí mismo. De mi experiencia. Aun hoy siento que tengo que protegerla.

Pero he encontrado esto. A veces, ella me ponía a actuar para él. A improvisar historias delante de la grabadora, para que él pudiera oír mi voz y sentir que aún formaba parte de la familia. Lo había olvidado por completo.

Escucha:

¡SEÑORAS Y SEÑORES!

¡BIENVENIDOS A LA HISTORIA DE LOS TRES CELDITOS!

Había una vez, en un reino muy muy lejano, tres celditos que se llamaban Joe y Bo y Stinky que querían tener sus propias casas, porque habían crecido todos juntos en una pocilga chiquitíiiiita chiquitita. Era una pocilga muy chiquitita y sucia y asquerosa y los tres celditos se quedaban pegados en el barro y a veces se chocaban contra los otros tres celditos cuando querían darse la vuelta. Estaban muy muy tristes y, aunque se querían mucho mucho, a veces querían estar solos y no tener que compartir sus juguetes todo el rato.

Y encima vivían con el granjero malo, que siempre les escupía y les insultaba. Era grande y gordo con un peto y un sombrero, o sea, un sombrero así, de granjero, y fumaba cigarrillos y no miraba a un lado y a otro antes de cruzar la calle y un montón de cosas así. Y era el que les obligaba a vivir en la pocilga. Y hacía todas las cosas que hacen los malos. Los perseguía con un palo y no les arreglaba la calefacción en invierno.

Así que un día los tres celditos se escaparon de allí. Se marcharon a un país muy lejano para hacerse sus casas y conocer al lobo feroz.

Cuando llegaron al país lejano, se pusieron a jugar. O sea, se revolcaron por el barro porque eran tres celditos y les gustaba eso. Y también jugaban al pillapilla, pero un celdito, Stinky, no quería jugar porque siempre se la llevaba él y era mucho más lento que los otros celditos y no los pillaba nunca y los otros le hacían llorar. ¿Y qué más? Jugaban a policías y ladrones y a pasarse la pelota y, eeh, a veces iban a casa de su padre porque también vivía allí y jugaban con él. ¿Y sabes una cosa? Nunca nunca nunca nunca nunca nunca tenían que ir a casa de Amari a comer colinabo guisado asqueroso para que su mamá pudiera hacer cosas de mayores sin ellos porque si no le cortaban las alas.

Su papá era un papá molón. Jugaba con ellos y nunca les gritaba ni se reía de ellos porque se lo pasaba chachi jugando con ellos. Y luego, al rato, cuando normalmente empieza EJEM, EJEM y hace sonidos como de que se quiere ir, pues él no hacía eso nunca porque, aunque se hubiera tirado todo el día jugando con ellos, pues aún quería jugar un poco más. Y, cuando llegaba la hora de irse a la cama, pues tampoco quería que se marcharan a casa.

Y luego, en su casa, cuando era de noche y muy tarde y tenían sueño porque habían jugado todo el día en casa de su papá, no se podían dormir. Estaba demasiado oscuro y tenían miedo y echaban de menos a su papá. Y hacía mucho frío... y estaba muy oscuro... y..., y hacía mucho, mucho frío... y a veces llovía y había gente que gritaba de noche por la calle.

Y monstruos, también había monstruos. No los podían ver muy bien.

Los monstruos vivían muy muy lejos, en el bosque —y eran supergrandes, como así de grandes—, y tenían unas cabecitas superpequeñitas con unos dientes grandes y afilados que se movían muy rápido porque tenían cuellos de serpiente. Podían mandar la cabeza volando hasta los tres celditos y decirles muy bajito y susurrando: «¡NO TE DUERMAS O TE MATO!». Y, cuando los celditos miraban, echaban las cabezas para atrás superrápido y eran como fantasmas. Los celditos se asustaban tanto que se tenían que dar muchos abrazos muy grandes toda la noche.

Deseaban poder estar todavía en casa de su papá.

¡Entonces se hizo de día y los monstruos se marcharon y los celditos se construyeron sus casas!

El primer celdito se la hizo de paja. ¡Y el segundo celdito se la hizo de palos! ¡Y el tercer celdito se la hizo de ladrillos!

Y entonces se pusieron muy contentos porque ya tenían sus casas y dentro se estaba calentito.

¡Pero entonces vino el lobo feroz!

—¡Celdito, celdito, déjame entrar!

—¡No! —gritó el celdito que se llamaba Joe y que vivía en la casita de paja, y...

En fin, puedes hacerte una idea.

Es extraño. Tengo un montón de estas, pero no recuerdo haber grabado ninguna.

Tres meses después de que Lenny pasara a la clandestinidad, casi un año después de que lo trincaran, una noche de principios de agosto de 1974 no tan distinta a la que lo había visto entrar, delirante y a toda prisa, en el hotel Whitmore, la noche, y esto es lo más importante, que marcaba el final del día anterior a la fecha señalada para el inicio del juicio, mi madre volvió a darle caña a la salvia. Encendimos velas; eran unos trastos gigantes, del tamaño de rocas lunares, con cinco o seis mechas cada una. Empuñando mi AK con tal fuerza que los dedos se me durmieron, me dediqué a moverme por el salón a toda velocidad, de un puesto de guardia a otro, patrullando, sin quitar ojo a las ventanas ni a las sombras del pasillo, mientras mi madre, agachada junto a la radio, no perdía detalle de la WBAI, del programa de Fass o, cuando este se iba por la tangente, del de Vin Scelsa, girando el dial de un lado a otro, ansiosa por oír noticias de Lenny que a nadie le interesaba ya retransmitir.

Creo que creíamos que volvería. Que se presentaría en el juzgado, a pesar del riesgo, y se vindicaría a sí mismo como ya había hecho en el pasado. Que bajaría las escaleras dando volteretas, lanzaría sus famosas carcajadas ante las cámaras y proclamaría:

—¡Venga, troncos! ¿Qué os esperabais? Nadie puede pillarme. ¡Llevo mis botas de siete leguas!

Creo que creíamos que aquella noche nos mandaría alguna señal para avisarnos de que debíamos prepararnos para recibirlo.

Lo último que recuerdo es que yo estaba tirado sobre los cojines y que era tardísimo y que llevaba ya un buen rato contemplando cómo las velas ahogaban y se tragaban sus propias mechas.

A la mañana siguiente, me despertó el chillido del timbre de la puerta. Entonces empezó a sonar también el teléfono y de pronto me di cuenta de que ambos llevaban zumbando ni se sabe cuánto tiempo y de que yo había estado oyéndolos mientras dormía, respunteando mis sueños.

Era tarde. Ya pasaban de las nueve. El sol se recortaba en un rectángulo en torno a las persianas cerradas.

El timbre de la puerta lanzó otro chillido, esta vez más largo, más

cabreado.

Yo estaba desconcertado, atrapado entre los brazos de mi madre sobre el futón de su cuarto. Supongo que me llevaría hasta allí a cuestras cuando caí rendido. Al verla ahora, hecha un ovillo a mi lado —abrazándome, casi en calma, con la respiración entrecortada por suaves y tímidos ronquiditos—, me pregunté cómo podía dormir así, tan tranquila, cuando aquello que fuera a suceder ya estaba ocurriendo, aquí y ahora.

Me desenredé escurriéndome de su abrazo y avancé pesadamente por el pasillo para ver quién llamaba a la puerta. Me pasaban cosas raras dentro de la cabeza, como un *déjà vu*, pero más difuso. Como si el futuro —el futuro inmediato, los próximos segundos— ya hubieran transcurrido en alguna otra dimensión. Notaba su impulso, pero no podía verlos. Recuerdo sentir un terror enorme ante la incógnita de quién podría estar ahí. El temor a que fuera Lenny y, al mismo tiempo, a que no fuera Lenny.

El timbre otra vez. El teléfono. Las botas del apocalipsis dando patadas en la puerta.

Me encaramé a una silla de la cocina para echar un vistazo por la mirilla. No vi más que pelo, deformado por la lente y ampliado de forma desproporcionada.

—¿Lenny? —dije.

El tipo se movió, pero no contestó. Su pelo se curvó y se torció. Oí que alguien mascullaba. O susurraba.

—¿Quién es? —pregunté.

Un ojo.

—Me llamo Douglas Horsley.

—Eh...

Retrocedió para que pudiera verlo. Entonces sonrió a la cerradura y saludó con la mano. Un carca de cojones.

—¿Están tus padres en casa? Anda, pórtate bien y ve a buscarlos.

Teníamos normas sobre qué hacer cuando la poli venía a casa. Protocolos. Pasos a seguir. Derechos que afirmar. Ni de coña recordaba uno solo.

Salté de la silla y fui corriendo donde estaba Mamá, exclamando:

—¿Le dejo pasar?

Ella se dio la vuelta hasta quedar boca arriba. Parpadeó. Remoloneó.

—No —respondió hastiada—. Ya voy yo.

El teléfono volvió a sonar. El timbre zumbó.

Cuando por fin se apagó el ruido, mi madre se incorporó haciendo acopio de todas sus fuerzas y apoyó la frente en las rodillas.

—¿Mamá?

—Te he dicho que ya voy. —Era como si yo también me hubiera unido a las filas de sus enemigos.

Una vez en pie y de camino a la cocina, no hizo el más mínimo esfuerzo por prepararse. El pelo le colgaba como un géiser de rizos negros y mechones rebeldes desperdigados por todas partes. La camiseta deformada que se había puesto para dormir le llegaba justo por debajo de las caderas, sin tapanle del todo el culo desnudo.

Y, aunque no era para nada una mojigata —para ella, la desnudez constituía, como todo lo demás, un acto político—, aquello... parecía peligroso. Imprudente. Llevaba cierto tiempo teniendo premoniciones del apocalipsis. Y ahora los federales acechaban en el pasillo. El teléfono parecía a punto de descolgarse de la pared de tanto sonar. Y quién sabe qué más nos esperaba. Tanto ella como Lenny me habían advertido que aquel día llegaría. Llevábamos años —toda mi vida— esperando el momento en que los federales entrarían a saco en nuestra casa y le harían pagar a Lenny por todas las veces que los había dejado con el culo al aire. Pues bien, ese momento había llegado. Mamá necesitaba una armadura. Un buen calzado. Para protegerse a sí misma y para poder protegerme a mí.

O no. Había formas de ejercer el poder que yo aún no podía imaginarme.

Mi madre sacudió con rabia los múltiples cerrojos que Lenny había instalado en la puerta. Giró el pomo del pasador atravesado por encima del picaporte. Levantó de una patada la barra de hierro de su anclaje en el suelo. Después abrió la puerta y bloqueó el paso a Douglas Horsley con su mata de pelo púbico.

¿Se quedó él de piedra al verle las partes? Puedes apostarte lo que quieras a que sí. No solo eso. Se quedó mirándolas embobado. Contemplando todos sus rizos y sus pliegues.

—Aquí arriba. —Mi madre le chasqueó los dedos delante de la nariz—. ¿Y la orden de registro?

Él la miró divertido.

—¿Tú qué crees?

—Déjame verla.

Él se golpeó un fajo de papeles contra la palma de la mano. Se lo tendió. Lo retiró. Jugando al gato y al ratón. Flirteando con ella. Tras él, la escalera estaba infestada de polis.

Mientras mi madre estudiaba la orden, el teléfono sonó por centésima vez. Maldijo:

—Me cago en Dios.

Se dio la vuelta, recorrió el pasillo entero dando pisotones en el suelo y luego empezó a soltar tacos y a aporrear la caja de los truenos mientras Douglas Horsley y yo nos mirábamos como idiotas.

—Tenemos que hablar con tu papá —dijo, falso como la sacarina. Tenía algo de vendedor de coches de segunda mano.

Retrocedí un paso.

—¿Está aquí? —Hizo una mueca y miró debajo de la mesa. Me sonrió como si no se tratara más que de un juego infantil. Como si él fuera un animador contratado para hacerme reír—. ¿Está aquí detrás? ¿En el armario? ¿En el baño?

Me quedé callado. Di otro paso atrás. Los engranajes de mi cerebro traqueteaban mientras yo recorría en sentido inverso la cronología de los objetos perdidos que, ojalá, me conduciría hasta mi AK-47. La noche anterior la había tenido en las manos. La había dejado en algún sitio. Pero ¿dónde? Ahora me infundiría valor solo con empuñarla.

—¿Cómo te llamas, chico? —me dijo el fulano.

Me había acorralado. Estaba en cuclillas, con las piernas abiertas. Tensando las costuras de sus pantalones.

—Estás asustado. No pasa nada por asustarse de vez en cuando. Yo tengo un chaval más o menos de tu edad. A veces también él se asusta. El mundo es un lugar aterrador.

Algo se estrelló contra la pared —otra caja de los truenos que mordía el polvo— y oímos a mi madre rugir desde la otra habitación:

—¿Qué parte de «idos a tomar por culo» es la que no entendéis?

El tipo paseó la mirada a través del rosario de habitaciones hasta mi madre, que seguía al teléfono, vigilándola, mirándola de arriba abajo, ambas

cosas a la vez.

Y de pronto me acordé. Los cojines. Debía de estar ahí, tirado por el suelo. Salvo que Mamá lo hubiera recogido. Pero eso no era propio de ella.

—Parece que te ha dejado al mando —dijo el tipo—. Pero tú eres capaz de hacerte cargo de todo, ¿a que sí? ¿Y sabes qué? Eso significa que tienes que tomar una decisión muy importante. Pareces un chaval majo. Un chaval que trata de no meterse en líos. Y ahora mismo no te has metido en ninguno. Que te quede claro, ¿eh? Y puedes seguir así. Es muy fácil. Solo tengo que saber qué ha pasado con tu papá. ¿Te llama para darte las buenas noches? Venga, dímelo. Yo soy de los buenos.

Como si yo fuera imbécil.

—Lo que pasa es que, si no me lo dices..., bueno. Hay cosas de las que deberías enterarte. Distintas clases de líos. «Complicidad.» «Ocultar a un prófugo.» ¿Te suenan esos términos?

Traté de invocar a Lenny. ¿Qué habría hecho él en un momento así? No conseguía acordarme.

Ahora los polis estaban dentro. Solo unos pocos. Se apretujaban en torno a la puerta. Al parecer, habían llamado al escuadrón entero. Yo reconocí alguna cara que otra; tipos que habían sido majetes en los viejos tiempos, que se habían comportado como si estuvieran al tanto de la broma. Y puede que lo estuvieran. Puede que la broma la hubieran orquestado ellos desde el principio y que Lenny y su movimiento en realidad fueran los pringaos.

Todos me observaban. Esperando a que dijera algo. Me entraron los calores. No podía pensar.

Y, de pronto, allí estaba mi madre, apoyándome la palma de la mano sobre la cabeza, transmitiéndome firmeza. Protegiéndome. Se había envuelto en un caftán y empuñaba mi AK.

—Lenny no está aquí —dijo—. Pero eso ya lo sabes.

—Yo no sé nada —dijo Horsley. Pero se levantó y se alejó de mí.

Ella empezó a sorber agua por el cañón de la escopeta y a bebérsela. Un farol. Una afirmación de su imperturbable serenidad.

—Claro que lo sabes. Esto es acoso. Nuestros abogados ya están al corriente.

—¿Te importa si echamos un vistazo?

Mi madre le apuntó con el rifle durante medio segundo, con despreocupación, casi como si no fuera en serio. Como si no se tratara más que de un accesorio, una baliza con la que le dejaba vía libre. Y allá que se lanzó él a saquear el piso, con toda su escolta policial pisándole los talones.

Mientras esperábamos a que acabaran, ella se sentó detrás de mí y me abrazó con fuerza con las rodillas. Me dio un beso en el cuello, en el delicado punto donde converge todo.

—No tengas miedo, hombrecito —me dijo—. Esto es un paso adelante.

Luego, cuando se marcharon sin haber encontrado nada, ni un tallo, ni una sola semilla, ella se explicó:

—Ya verás, Freddy. Ahora las cosas van a mejorar. Ahora que todo el mundo sabe que se ha marchado, podremos empezar a luchar para hacerlo volver.

—¿Y? —pregunté yo.

—¿Y qué? Eso es todo. No hay más.

Se marchó para meterse en la ducha y me dejó allí comiéndome el tarro.

Aquello no era suficiente. El mundo nos había prometido algo. O, mejor dicho, Lenny nos lo había prometido. No podía explicar con exactitud en qué consistía esa promesa, pero sabía que quedaba muy lejos de la vida que estábamos viviendo. Ya nadie hablaba de ello. Y, a ver, nos acababan de arrasar el piso. Pósteres arrancados de las paredes. Carpetas y recortes de periódico desperdigados por todas partes. Huellas de zapatos en el pladur donde los polis habían dado patadas en busca de compartimentos secretos fantasma. Las famosas camisas de la bandera estadounidense de Lenny —esto lo recuerdo con claridad meridiana— desgarradas y esparcidas por todas partes. Resultaba más bien difícil dar el salto desde estas ruinas a algo tan nebuloso como la esperanza. Lo máximo que podía hacer era dar rienda suelta a mis deseos de orden reprimidos e intentar volver a ponerlo todo en su sitio. Empecé a doblar mantas de punto, a apilar libros en las estanterías, a ordenar papeles rasgados en montones clasificados por colores, y abrí un pasillo largo y estrecho en mitad del piso. ¿Sirvió de algo? No, de nada.

Volvieron a llamar a la puerta. Gente que venía a unirse a la causa. Bueno, por lo menos una persona.

—Soy Ochs.

Eché una ojeada por la mirilla. Se lo veía más viejo que la última vez, más

gordo, como hinchado. Parecía agotado. Medio descolorido.

—No deberías estar aquí —le dije. Pero le abrí la puerta, odiándome a mí mismo y a mi debilidad mientras lo hacía.

Tartamudeó..., aunque no, esa no es la palabra adecuada. Más bien se trataba del susurro de un eco de duda en su voz:

—¿Me-me dejas pasar? —Y, sin darme tiempo a responderle, se deslizó al interior con los brazos cargados de periódicos.

Lo que más me llamó la atención fue que, bajo toda aquella grasa, era el mismo Phil de siempre, con el mismo uniforme de toda la vida: la camisa de faena de color azul claro, los pantalones chinos con manchas de grasa, las botas de trabajo bien atadas en torno a los tobillos. Y la misma resolución melancólica —llamémosla idealismo— lacerándolo como un cilicio. Parecía inofensivo. Como un helecho.

Yo quería que se marchase.

Desperdigó los periódicos por toda la mesa de la cocina y empezó a abrir los armarios. A cerrarlos. A abrir otros.

—¿Dónde está el café en esta casa? —preguntó.

—¿Y dónde está todo lo demás? —le respondí.

Y él la emprendió con la nevera, removiéndolo todo para ver lo que había allí escondido.

Ya duchada y vestida para la batalla, mi madre apareció en el umbral y se apoyó contra el marco de la puerta, donde hasta aquella mañana había colgado una cortina de cuentas. Se quedó observándolo impasible, y me lanzó una sola mirada para hacerme ver que la había cabreado.

Cuando por fin se dio cuenta de lo que estaba pasando, Phil se dejó caer en una silla y la miró con los ojos entrecerrados:

—Hola —dijo—. Suzy. —Blando como una esponja.

Se miraron fijamente, sopesando lo que aquello implicaba, negociando en silencio las condiciones. Su compasión debió de encolerizarla. Debió de parecerle lástima.

—No lo sabes, ¿verdad? —acabó diciendo él.

—¿El qué? ¿Lo han pillado? —dijo ella.

—No.

—Entonces claro que lo sé. Huyó hace meses.

—Deberías habérmelo dicho —dijo Phil.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué?

Él se quedó mirando el suelo.

—Da igual. No tengo tiempo para esto. —Pasó por delante de él en dirección a la puerta—. Ahora este es problema tuyo —dijo. No a él, sino a mí. Y se marchó. A ver a Kunstler, según supe después. Papeleos. Informes. Un *mea culpa* privado. El inicio de un expediente público destinado a demostrar que nosotros no sabíamos nada, que Lenny nos había abandonado, que teníamos derecho a una pensión estatal.

Cuando mi madre se marchó, el miedo me atenazó el pecho con más fuerza aún. Me dolía. Dentro de mí todo vibraba, inestable. Así iban a ser las cosas a partir de ahora. Para siempre. No paraba de darle vueltas a aquello.

Sin saber qué otra cosa hacer, me volví a entregar a mi fiebre por el orden. El cubo de la basura; lo puse de pie y empecé a llenarlo de porquerías. Cortezas de limón, cáscaras de naranja, posos de té a granel, servilletas, todo asqueroso, húmedo y pegajoso. Las cuentas de la cortina que colgaba de la puerta de la cocina. Había mierda por todas partes. Emprendía una tarea que parecía más o menos abarcable y, presa del pánico, terminaba pasando a otra. Enderezaba sillas caídas y recogía cupones desperdigados e imanes atrapados debajo del horno o de la nevera.

Phil —adicto a la tragedia, experto en cosas inútiles— se limitaba a mirarme, triste, preocupado. Era insoportable.

La emprendí con él con todas mis fuerzas.

—¿Por qué coño estás aquí, Phil? ¿A qué has venido? No te queremos aquí. ¿Te crees que nos estás ayudando? Pues no. Nadie te ha pedido que vinieras. No queremos tu ayuda. Ni tus periódicos. Ni tu estúpida... —busqué una debilidad que pudiera explotar— camisa. Vete a componer unas canciones o algo —le dije. Todavía no se me daban bien los insultos de patio de colegio. No era capaz de pensar con rapidez—. Eres idiota —le dije—. No soporto tu cara de idiota. —Le dije que mi madre y yo podíamos cuidarnos solos. Le dije —: Somos duros. Mucho más duros que tú.

Y él se limitó a aguantar el chaparrón. Resistencia pasiva a escala íntima. Allí encogido, con el hombro apoyado en la pared, perspicaz, paciente, esperando, esperando y esperando a que me cansara, sin siquiera intentar consolarme para que yo pudiera volver a rechazarlo.

Cuando por fin llegué al borde del llanto, ladeó la barbilla y me dijo:

—¿Has encontrado ya el café?

Lo miré atónito.

—¿De verdad quieres que me vaya? —me preguntó.

Demasiado orgulloso para darme por vencido, salí de allí con aire indignado en busca de mi rifle.

Después, mantuvo las distancias durante un rato. Cada uno se instaló en una habitación distinta. Yo escuchando a través de las paredes. Armarios abriéndose y cerrándose. El grifo. El hervidor de agua. El fogón haciendo clic y encendiéndose. Me alegré de que Phil estuviera ahí.

Al final, acabó por instalarse una sorda cotidianidad, y yo mismo fui a buscarlo.

Quiero que entiendas el papel tan importante que Phil desempeñó en mi vida en aquella época. Tenía un don: daba la sensación de aparecer por arte de magia, en cualquier momento o lugar, cada vez que lo necesitaba.

Me puse a rondar por el salón y a observarlo, con los periódicos colocados en dos pilas, a un lado los que ya había leído, al otro, los que le faltaban por leer. Yo todavía no tenía claro si estaba dispuesto a hablar con él, pero sí que estaba dispuesto a rondarlo. Agarré con más fuerza mi AKy me acerqué un poco, intentando que no se diera cuenta. Había doblado la sección que tenía en las manos como suele hacer la gente en el metro. Me aproximé aún más. Se retiró el pelo de los ojos y me observó un segundo antes de volver a su periódico.

—¿Qué dice? —le pregunté al cabo de un rato.

Tensiones en Chile. Bombas en un hotel en Noruega. Las probabilidades de victoria de Foreman en el combate de boxeo de aquella noche. Nacimientos. Muertes. Un día más. El mundo estaba lleno de noticias.

—Mira por la ventana —me dijo al final.

Se había congregado un grupito en la calle. Diez o doce canallas de aspecto despreocupado. La prensa. Se les veía en la postura, en las cuencas de los ojos. Vestían como todo el mundo, quizá con un poquito más de estilo.

—Esta noche y mañana van a hablar de Lenny sin parar. Se trata de un tema emocionante. La caza del fugitivo. Podríais hasta hacer una declaración. Entonces la noticia seríais vosotros.

Lenny me había prevenido contra aquella gente. Vivían en el país del cinismo. «Cada vez que te las ves con un periodista —solía decir— alguien acaba quedando como un idiota. Tu labor consiste en asegurarte de que sea él y no tú.»

—¿Qué pretenden? —dije.

Phil dejó escapar una sonrisilla discreta y reservada. Dejó el periódico en la mesa.

—¿Qué haría Lenny?

—A él nunca lo pillarían en una situación como esta.

—Pues lo han pillado, de hecho. Esta es exactamente la situación en la que se encuentra. Y tú también.

Estaba de pie. Paseándose de un lado a otro. Con la mano pegada a la frente. Parecían chirriarle los engranajes del cerebro. Sacó la guitarra vieja y desvencijada de mi madre del rincón donde descansaba sin que nadie la tocara nunca.

—Podríamos componer una canción. Parafraseando el eslogan de *The New York Times*, «Todas las noticias que son aptas para ser cantadas».

Enganchó el pie en el reposabrazos del sofá, se apoyó la guitarra en la rodilla, la afinó en un momento y rasgó un par de acordes. Luego ajustó la cejilla y le arrancó una melodía, perfectamente acabada, una balada, en la que trinaban ecos de los días de antaño. Puede que fuera nueva, que acabara de inventársela. Pero sonaba igual que el resto de sus canciones. La armonía en tono menor. Los abruptos cambios de clave. El tempo que se aceleraba o se ralentizaba en función de la longitud de los versos. El rumor de las cuerdas cuando imprimía a la música un giro hacia la esperanza.

—Las canciones no arreglan nada —le dije yo.

Eso lo entristeció. Un niño tan pequeño y ya tan resabiado.

—¿De verdad piensas eso? —Se dejó caer en el sofá, rodeó con los brazos el mástil de la guitarra y me miró con fijeza, tomándose en serio—. Es exactamente lo mismo que diría tu padre —dijo.

—¿Y qué?

—Pues que es interesante. —Y, colocándose la guitarra como un bastón entre las piernas, se inclinó hacia mí—. ¿Alguna vez has ido a una manifestación? Sí, ya sé que sí. Yo mismo he ido contigo. Antes marchábamos

el uno al lado del otro. Así que..., así que en realidad lo sabes. Son las canciones lo que une y centra a las multitudes. Es la música lo que las hace moverse en la misma dirección. —Reflexionó un momento sobre lo que acababa de decir. Luego añadió una enmienda—: En lo que Lenny perdió la fe no fue en la música. Fue en la dirección.

Aquí tengo que hacer un par de comentarios. Lo primero: puedes dar por sentado que todo esto escapaba a mi comprensión. Y Phil no se paró a pensar dos veces en si yo lo entendía o no. Llevaba años guardándose aquello y ahora estaba presentando su alegato, si no ante Lenny, ante el segundo mejor juez. Intentando hacer las paces. Dejando claro que, al margen de los malentendidos que pudieran haberse acumulado entre ellos, su lealtad nunca había flaqueado. Lo segundo: no te olvides de lo angustiado que estaba yo. Ni de que Phil me había prometido una vaga posibilidad de consuelo. Así que aquello no ayudaba.

Phil continuó:

—Sabes que él tiene razón, ¿no? Nos hemos desviado de nuestro camino. ¿Quién sabe adónde carajo nos dirigimos ahora. ¿Y quién se acuerda ya del sitio al que estábamos intentando llegar? ¿Quién dejará constancia de todo ello? Pues yo te lo voy a decir. Los cantantes. Los trovadores. Ellos. Es decir..., la música.

Algún resorte saltó en su interior y entonces se dio cuenta de que estaba hablándole a un niño de seis años.

—¿Te ha hablado Lenny alguna vez del día en que él y yo nos conocimos? Supongo que no. ¿Por-por qué iba a hacerlo? Pero tienes que oír esta historia. Saber quién era. De-de lo que era capaz.

»A ver. —Sopesó mi interés. Continuó—: Fue aquí al lado. En St. Mark's. A finales de septiembre de 1967. No mucho antes de que nacieras tú, la verdad. Yo iba de camino a visitar al viejo Lester, al que llamábamos "Toro Viejo". No sabrás quién es. Una figura fundacional. Quizá el último de aquella generación de vagabundos que trajeron los sonidos del sur a las ciudades del norte. Con el folk y el blues y la brisa solitaria en el furgón. Sin pensar en la fama ni por un segundo. Alan Lomax se lo encontró viviendo en un piso sin agua caliente en la Avenida C. Lo grabó y consiguió que varios de nosotros nos interesáramos por él. Ochenta y cuatro años, artrítico y cegado por las cataratas. Pero todavía conservaba el genio, que le dicen. Había inventado una

técnica (inconscientemente; no había recibido ninguna formación musical) que le permitía sacarle a su instrumento dos acordes distintos a la vez y armonizarlos. Estábamos en deuda con él, por esto y por muchas más cosas. Lo venerábamos. Los domingos, me asigné la tarea de pasar a ver cómo se encontraba, aprender lo que sabía, mantener vivos los viejos sonidos y llevarle la compra y el vino tinto dulce que tanto le gustaba. Hace ya mucho que nos dejó.

»En fin. Otoño del 67. Yo iba de camino a casa del Toro Viejo, andando bajo las vías elevadas del metro hasta pasar Astor Place y luego bajando por St. Mark's hacia el parque. En mitad de la calle, al lado de la discoteca The Dom, vi que estaba pasando algo. Un intenso torbellino de conflicto. La gente se había arremolinado y se encaramaba a los porches intentando vislumbrar algo.

»E-era una época muy tensa en el Lower East Side. Las tribus estaban inmersas en el caos, peleando por mantener sus territorios y forjar un nuevo equilibrio. Había habido disturbios en varios sitios, las sensibilidades étnicas se iban de madre y las intervenciones de la poli exacerbaban la desconfianza. Las revueltas de Newark flotaban aún en el ambiente, lo cual empeoraba las típicas situaciones en las que nadie escucha a nadie. Yo llevaba cierto tiempo prestando atención a todas estas cosas, preguntándome si terminarían dando lugar a un momento de comunión o de discordia. Y me temía lo segundo, lo cual... Te diré una cosa: la desesperanza nunca está lejos. Siempre permanece ahí, al acecho detrás de la siguiente colina.

Se perdió durante un instante.

—Para poder terminar con la guerra, íbamos..., íbamos a necesitarnos los unos a los otros. Bueno, pues resultó que un chaval negro (no tendría ni dieciséis años) estaba de tan buen humor que había cruzado un semáforo en rojo. Y luego había saltado sobre el parachoques de un coche para darle una torta a una señal de prohibido aparcar. Y un poli que estaba de mal humor lo había visto hacer todo aquello y se había empeñado en joderle el día al chaval. Cuando llegué al lugar, el chico estaba intentando salvar la cara, suplicando y contándole todo tipo de milongas. Ya sabemos cómo son estas cosas. Siempre es el poli el que hace escalar la tensión. Se acercó al chaval, lo empujó, y el chico no respondió, retrocedió y levantó las manos. «Yo no he hecho nada», dijo. «Vaya que no», respondió el poli. «Acabas de infringir por

lo menos tres o cuatro ordenanzas municipales. Y me están entrando muchas ganas de detenerte.»

»Yo estaba a punto de marcharme, agitando la cabeza avergonzado, cuando Lenny salió de la nada como un profeta lunático, armando jaleo por mitad de la calle, arrastrando un paraguas roto contra las verjas que había delante de los edificios y bramando como un loco. “¡Gadget! ¡Eh, eh, inspector Gadget! ¡Necesito su ayuda!” Con aquella voz suya rasgando el aire como un rayo.

»Yo ya sabía quién era, claro. Por aquel entonces ya había empezado a hacerse notar. Pero nunca lo había visto en acción. “¡Eh! ¡Inspector Gadget! ¡Es una e-mer-gen-cia! Hay alguien por aquí perpetrando la paz. Tiene que impedirlo. Es su deber. ¿No pertenece usted acaso a los cuerpos de inseguridad?” Todo el mundo lo miraba, el poli, el chaval, todo el mundo. “Venga, hombre”, dijo Lenny. “¿Por qué no la tomas con alguien de tu tamaño?” Todos nos reímos, todos menos el poli. El tío era un tapón. El chaval le sacaba más de una cabeza.

»Lenny se paseaba ahora por la mitad de la calzada. Agitando los brazos en todas direcciones, parando el tráfico, subiéndose en los capós de los coches y bajándose de un salto, bailando claqué, como un Fred Astaire con botas militares.

»En algún momento del espectáculo, el chaval salió zumbando de allí. Pero Lenny aún no había terminado. “¿Quieres detener a alguien, Gadget? Detenme a mí. Mira, estoy cruzando en rojo.” Hizo girar el paraguas como si fuera un bastón de *majorette*. “Venga, gente, a cruzar todos en rojo. Es el nuevo baile de moda. Todos los chavales lo bailan.” El poli, nervioso y humillado, se estaba poniendo como un tomate. “Gadget se aburre, amigos. Venga, vamos a ayudarlo. Vamos a darle algo que hacer.”

»Los ojos de Lenny se pasearon veloces por entre la multitud, chispeando con los mil cálculos que estaba haciendo en aquel gesto. Entonces me vio y me llamó. “¡Eh, Phil! Es Phil Ochs, amigos. Dadle un aplauso.” Y he de decir, por vergonzoso que sea, que agaché la cabeza al oír mi nombre. Aún no estaba preparado para escuchar el mensaje de Lenny. Él era un tío demasiado molón para mí. Yo seguía anclado en el 64. “Oye, Phil, tú eres un tipo de fiar. Dime la verdad. ¿Has visto a ese chaval destruir alguna propiedad pública?” “No.” Me aclaré la garganta y volví a decirlo, en voz más alta: “No”. “¿No?” “No.” “Ya me parecía”, dijo él. “Porque...” Nos tenía enganchados, a la

multitud, a mí, incluso al poli. A todo el mundo. Y lo que hizo con aquella atención fue, bue-bueno, pues quedarse callado. Nos hizo esperar. Y esperar. Hasta que, justo en el momento en que notó que íbamos a perder el interés, plantó una bota en el parachoques del mismo coche desde el que había saltado el chaval, se elevó y se quedó allí de pie. Dio un par de pasos y se paró en medio del capó. Su voz rasgó el aire. “Esto es lo que se llama destrucción de la propiedad pública.”

»Y de pronto estaba en el aire, con los dos brazos flexionados por encima de la cabeza, agarrando el paraguas, blandiéndolo y enganchándolo a la señal de prohibido aparcar para después tirar de ella. Uno de los tornillos saltó y la señal giró, doblada, en torno a su poste.

»Lenny se las arregló para aterrizar sobre ambos pies, en cuclillas, justo delante del poli. Sonrió. “¿Qué vas a hacer ahora, cerdo? Cruzar en rojo. Destrucción de la propiedad pública. ¡Me parece que ahora ya tienes a quién detener!”

»Y se marchó triunfante, carcajeándose, corriendo entre la multitud, agitando las manos para invitar a todos los niños a que se unieran a su carrera. Entonces giró sobre sus talones y dio marcha atrás, gritando: “Creo que vas a tener que añadir desacato a la autoridad a tu lista”. Y entonces torció la esquina con la Segunda Avenida y desapareció; el poli echó a correr tras él, entre jadeos, pero al final tuvo que pararse, resollando.

Phil se colocó la guitarra sobre la rodilla, pellizcó un par de notas y luego rasgó un acorde. Mientras tanto, se miraba los dedos atareados, con la cabeza inclinada y el pelo cayéndole por delante de la cara. Sin darme una sola pista sobre lo que se suponía que yo tenía que hacer con aquella información. Sobre la relación que guardaba eso con lo de hoy. Conmigo. Recuerdo haber sentido que todo aquello era irrelevante. Que Lenny era irrelevante. Él no estaba allí. No iba a salvarnos. Y recuerdo la vergüenza que acompañaba a este sentimiento. La sensación de que renunciar a Lenny significaba traicionarme a mí mismo.

Phil se pasó la mano por la cabeza y se retiró el pelo de la cara.

—Diga lo que diga la gente de tu padre —me aconsejó—, y te aseguro que van a decir toda clase de cosas, aférrate a lo que tú sabes de él. Lenny no es la persona que te dirán que es. —Volvió a su rasgueo, apoyó dos dedos contra el mástil y ejecutó un ritmo sobre un solo acorde—. Creo que la canción ha

quedado bastante bien. ¿Probamos a ver qué pasa?

Soltó los cierres que había en la parte superior de la ventana y abrió las hojas de par en par, levantó la mosquitera y, agachándose, salió a la escalera de incendios y sacó la guitarra tras él.

¿Y qué iba a hacer yo? Me parecía mal dejarlo allí tirado.

Saludó a los periodistas con un breve toque de dos dedos en la frente.

—Hey —dijo, usando la voz que ponía en el escenario—. Qué día más bonito. —Se aclaró la garganta—. Freedom y yo... —Me empujó hacia delante para que los reporteros pudieran verme, me rodeó el cuello con el codo y me atrajo hacia sí como a un colega—. Freedom y yo tenemos un mensaje que daros. —Lanzó una risita tímida y añadió—: Una perspectiva diferente. Se titula «El payaso con la bomba en las manos». —Y, sin más, empezó a rasguear, a cantar la misma canción que había tocado dentro, primero muy suave, con la voz ahogada por el aire cálido y húmedo, después creciéndose y acumulando energía a medida que aumentaba su confianza.

Y la gente que había en la calle, los periodistas, sí, pero también la gente del barrio, respondieron exactamente como yo pensaba que lo harían. Le abuchearon. Le gritaron por las ventanas. *Cierra el pico, cabrón*. Uno de los periodistas, que lo reconoció, le gritó:

—¿Es que estás haciendo de niñera, macho? ¿Tan bajo has caído?

Phil siguió tocando. No era la primera vez que actuaba para un público hostil. Debía de creer que su fe los acabaría conquistando, como antes había hecho con tantos otros.

Pero yo me sorprendí a mí mismo apuntando con el rifle y disparando, lanzando agua en dirección al público, un chorrillo débil que murió antes de alcanzar la diana. Y ellos se rieron, así que agarré un pedazo de cemento, una moldura decorativa que se había desprendido de la fachada del edificio y que había caído en la escalera de incendios. La arrojé y abollé un coche. También se rieron de eso. Participaban de la misma broma que los polis de aquella mañana.

Cuando el último estribillo de Phil se apagó y el último trémolo de su canción se disipó, los periodistas estallaron en un aplauso. Irónico. Cruel. Humillante.

¿Sabía Phil que pasaría aquello? Quizá. Puede que ya hubiera predicho todo lo que ocurrió ese día. Me lo imagino, tras una noche de borrachera,

arrastrando los pies por delante de un quiosco de periódicos de camino a casa a la hora de cierre de los bares y topándose con las ediciones matinales de los periódicos, aún atadas con sus cintas de plástico termosellado. El bajón que sentiría al darse cuenta de la fecha y al pensar en Lenny, en su juicio, en Mamá y en mí. Me lo imagino achispado y sentimental, sin pararse a pensar en lo que hacía, simplemente respondiendo a la llamada. Fiel, como siempre, a sus antiguos aliados, al margen de lo que estos pudieran pensar de él. Quizá se diera cuenta de que yo aún no era capaz de comprender las consecuencias de lo que estaba pasando. Quizá supiera que yo iba a necesitar a alguien sobre el que descargar mi impotencia. Alguien capaz de fingir que daba más pena que yo. Y quizá supiera que él y solo él estaba adecuadamente dotado para ser esa persona.

Al agacharnos para volver a entrar, alargué la mano y le di unas palmaditas en la espalda, como si fuera su hermano mayor o algo así.

—Phil —le dije—, todo va a salir bien.

Las circunstancias de mi vida y de la de mi madre se volvieron, en cierto modo, más y a la vez menos reales después de aquello. Todo cambió sin cambiar en absoluto.

Seguimos renqueando.

Los restos acabaron en la calle, en su mayoría. Todo lo que no pudimos rescatar del asalto.

—Las cosas no son más que cosas —dijo mi madre—. Artefactos del pasado. ¿Nadie te ha dicho nunca que la historia está muerta?

Durante meses, seguimos topándonos con trocitos de papel —lo único que quedaba de los carteles de eventos pasados que mis padres creyeron que serían recordados para siempre— debajo de los muebles, por las esquinas y en los armarios. De vez en cuando aún nos resbalábamos al pisar alguna cuenta; parecía que no se iban a acabar nunca.

Pero uno se acostumbra. Sigue tirando.

Encontrábamos la esperanza donde podíamos.

Una mañana antes del alba, mi madre desapareció; yo me quedé solo con mis comeduras de tarro, sin tener ni idea de dónde estaba ella, seguro de que la habían secuestrado los cerdos, y ella mientras tanto hacía cola en la oficina de la seguridad social, se reunía con un asistente, rellenaba los formularios correspondientes y se inscribía en una lista que tal vez, quizá, nos proporcionara la poquísima seguridad que necesitábamos para vivir. Cuando por fin regresó, como a las ocho de la noche, estaba tan cabreada por culpa de todas aquellas gilipolleces que yo no pude decir ni pío. Tuve que tragarme mi miedo, y punto.

Pero puede que las cosas empezaran a pintar mejor. Lenny había vuelto a las noticias. Había llegado la hora de que mi madre saltara a la acción como la buena Yoko Ono que era. Volvió a defender a Lenny una vez más en *The Village Voice*, contradiciendo la historia que venía cociéndose desde hacía cierto tiempo —Lenny el charlatán, el cobarde, el farsante, que les robaría el dinero de la merienda a tus hijos si pudiera— con sus propias teorías de la

conspiración gubernamental, el infame COINTELPRO, el cumplimiento de la ley erigido en mazo con el que pulverizar nuestro derecho constitucional a discrepar. Recapituló el largo historial de acoso que había sufrido Lenny, las campañas de rumores difamatorios que se habían realizado contra él y contra la Izquierda en general, iniciadas por topos empeñados en joderle la vida a cualquiera que soñara con un mundo mejor.

Estaban pasando cosas. Yo no sabía de qué se trataba, pero percibía la excitación de mi madre. Las llamas en sus ojos. Ella y Kunstler hablaban mucho de Ronnie Walker. Contrataron a un detective para que averiguara la historia de su vida, quién y qué era o había sido. Aún no habían descubierto nada, pero estaban cerca. Eso es lo que ella decía todo el rato. «Estamos cerca.»

Y puede que no hicieran más que dar vueltas en torno a un espejismo, pero aquello la mantuvo animada por un tiempo.

Se paseaba feliz por el piso con la música a todo trapo.

A veces me arrastraba fuera, a la luz del sol. Saltábamos por encima de los tornos del metro y subíamos traqueteando hasta la pradera de Central Park, lugar de mi concepción. Íbamos a un par de zonas de columpios. A pasar el rato con los niños ricos que se creían dueños del parque. Los dos. Nos hacíamos con el poder. O, mejor dicho, ella se hacía con el poder. Se columpiaba más alto que yo y se movía más rápido por las estructuras de trepa. Yo la seguía. En el balancín, utilizaba su peso como palanca, clavaba los pies en la arena y se anclaba, dejándome suspendido muy por encima del suelo, y, en un arranque de alegría desbordante, se ponía a cantar:

Even though we ain't got money

I'm so in love with you, honey.

Everything will bring a chain of loooove.

Qué latigazos sentía yo al intentar emular sus momentos de euforia. Cuánta responsabilidad y cuánto temor, a sabiendas, ya a los seis años, de que su alegría, su esperanza, su fe en lo posible... terminarían por estrellarse. De que ella acudiría a mí para que la ayudara a reconstruirlas y de que yo no sabría cómo hacerlo.

¿Ves?, a eso es a lo que me refiero con lo del cambio. No fue material,

pero... ahora entendía lo que significaba la cadena del amor. Entendía quién tenía que proteger a quién.

Ella empleaba la mayor parte de sus energías en intentar resucitar el fondo para la Defensa de Lenny Snyder.

A pesar de todas las pruebas que indicaban lo contrario, a pesar de sus experiencias mendigando dinero, cuando nadie había colaborado ni con un centavo para la fianza de Lenny, mi madre se convenció a sí misma de que esta vez —ahora que él estaba escondido y a salvo, viviendo como el forajido que siempre había afirmado ser— sus antiguos aliados sí se unirían a la causa. El LSD devolvería al movimiento su auténtica identidad. Las tribus se congregarían de nuevo y volverían a atizar los fuegos que se habían ido apagando durante aquellos años en que todos habían entrado en decadencia. Sería una especie de celebración nostálgica, donde todo el mundo levantaría el mechero y cantarían las viejas canciones que llevaban clavadas en los huesos. Y Lenny sería la estrella que los guiaría a todos, su espíritu estaría presente en la sala con una fuerza aún mayor precisamente por el hecho de no poder asistir en persona.

Aquello le causó tantos quebraderos de cabeza como a cualquiera que hubiera organizado una fiesta con invitados de los que no se fiara ni un pelo. Todo el día anterior a la primera reunión del LSD, que resultó también ser la última, anduvo a vueltas con los detalles, sacando las lámparas de lava del fondo del armario de los trastos viejos, colgando de las ventanas sábanas con estampados indios. Recolocando los muebles un poquito, así. Apiló de seis en seis los álbumes favoritos de Lenny en el tocadiscos: los Airplane, los Dead, Buffalo Springfield, Santana, Steve Miller, *The White Album*. Hizo sonar el primero, se tiró en el sofá y dejó que su cascabeleo y su cadencia se derramaran sobre ella.

Y esperó y esperó y esperó y esperó a que se presentaran los paladines de Lenny.

¿Y a que no adivinas quién vino?

Phil Ochs.

Nadie más.

Solo Phil, el eterno defensor de las causas perdidas. Dadle a los más cansados de los vuestros, a los más pobres, a vuestras masas hacinadas y ansiosas de libertad, y él les escribirá un himno de seis mil palabras para

publicarlo en *The Nation*, organizará un concierto benéfico en su honor y se emborrachará hasta salir haciendo esos de sus fiestas de cumpleaños.

Lo recuerdo entrando como un elefante en una cacharrería en la habitación que mi madre había decorado con tanto esmero. En una mano, una masa informe de comida china barata. En la otra, dos garrafas de Carlo Rossi. Desganado, le lanzó a mi madre su habitual saludo con dos dedos, se derrumbó en una silla plegable en el rincón, sin apenas prestar atención a los asientos vacíos en torno a él, y se puso manos a la obra. Recuerdo haber sentido algo parecido a la admiración por su indiferencia. A mí me parecía audacia. Confianza en sí mismo. Y recuerdo la mala cara que puso mi madre al verlo, como si él no contara, como si fuera un intruso que se había colado en la fiesta.

Colocó los envases de cartón en abanico a su alrededor y fue abriéndolos y comiéndose metódicamente su contenido. Cerdo agridulce bañado en jarabe. Judías verdes cocidas. Arroz. Pollo al sésamo. Más arroz. Una especie de guiso de ternera que brillaba como una mancha de petróleo. Aún más arroz. Y para terminar *lo mein*: se lo zampó en ovillos gordos y enredados inclinándose por encima del cartón y mordiendo los tallarines que habían quedado sueltos.

Dios, qué ruidos hacía. Sorbía y mascaba y gruñía de placer. Ñam, ñam, ñam. Comía a gran velocidad, salpicando sus pantalones y el suelo de salsa de soja. Regando cada bocado con vino que se bebía a morro, directamente de la garrafa.

Mi madre apenas lograba forzarse a sí misma a quedarse en la habitación. Phil le producía asco y fascinación a partes iguales. Y quizá acertara al sentir asco. Tal vez él estuviera haciendo una obscena exhibición del glotón triste y tiquismiquis en que se había convertido, pero para mí brillaba con toda la magia de un adulto que había conseguido resolver los misterios de la vida. Me senté a sus pies. Me quedé observándolo, tratando de aprender de él.

Por fin, Phil miró a mi madre y, como si acabara de darse cuenta de dónde se encontraba, preguntó:

—¿Dónde está todo el mundo? —Hablando con la boca llena.

Ella se limitó a negar con la cabeza. Lo taladró con los ojos.

Apoyándose los palillos y el cartón en la rodilla, Phil la envolvió por un momento en su mirada lastimera y compasiva. Luego se encogió levemente de hombros y volvió a su festín.

Mi madre se encerró en su cascarón después de aquello. Regodeándose en la humillación. Se repantingó en el sofá con los ojos cerrados, articulando con los labios las letras de las canciones que sonaban en el tocadiscos como si de alguna manera pudieran trasladarla al paraíso.

Y recuerdo —lo cual me pareció mucho más importante que la fiesta en sí— que, cuando Phil ya se había puesto las botas y uno habría creído que ya no le entraba ni un bocado más, sacó de la bolsa dos rollitos de primavera, uno para él y otro para mí.

Entiéndeme: los rollitos de primavera eran una de las pocas cosas que podíamos permitirnos. Costaban cuarenta y cinco centavos. Yo los comía a todas horas. Y cada uno de ellos era una auténtica tortura. ¿Lo sacabas del paquete, arriesgándote a que la grasa te chorreara por el brazo? ¿O lo dejabas dentro y acababas con un amasijo pegajoso de salsa de pato que se acumulaba en el fondo y reblandecía las partes crujientes? ¿Por qué el relleno se salía siempre después del primer bocado? Una habilidad tan básica para la vida diaria... No debería ser tan difícil. Pero yo no conseguía dominarla. Nadie me había enseñado. Cada rollito que me comía implicaba una lucha incómoda y vergonzosa. Y Phil percibió mi nerviosismo. Me entendió.

—Mi-mira —dijo, enseñándome su rollito como ejemplo.

Se lo colocó, aún envuelto, sobre la rodilla y agarró la salsa de pato. La sujetó con dos dedos por el extremo sellado, agitó el paquete para que la salsa se asentara y utilizó las estrías grabadas en el borde para rajarlo solo un poquitito, lo suficiente como para pinchar la burbuja de aire que había en el interior y formar un pitorro.

—Es fácil.

Lo máximo que yo había conseguido jamás era hacer un tajo largo por el que la salsa se escapaba a chorros.

Luego sostuvo el paquete por encima del rollito de primavera y le echó en el extremo un chorrito de salsa en espiral. Repitió la operación. Y se lo fue zampando bocado a bocado. Arrancando cada vez un trocito más de celofán. Así hasta terminarse todo lo que había dentro.

Aquello fue toda una revelación. Una lección de vida pequeña e insignificante, pero impartida con una enorme concentración metódica. Como si Phil me viera de verdad. Mis necesidades. Mi confusión. Como si yo importara. Como si el desconcierto fuera una respuesta totalmente razonable a

un mundo enigmático y no hubiera nada raro en que los niños, a veces, necesitaran algo de ayuda.

Es una estupidez, lo sé.

Pero —y esto es lo más importante— recuerdo que fue en ese momento cuando comprendí que Phil me quería.

Y recuerdo que, más tarde, mi madre y él se emborracharon y se pusieron cariñosos y él estaba allí a la mañana siguiente y muchas más después, y que Mamá nunca volvió a celebrar ninguna reunión del LSD. Ni se le pasó por la cabeza. El LSD se convirtió en otra prueba. En otra evidencia que confirmaba la gran conspiración que existía contra Lenny.

Aquí tienes otra carta:

La Mer:

Han pasado tantas cosas desde la última vez que te escribí que no sé por dónde empezar.

¿Quizá con una disculpa? Te prometí que te escribiría absolutamente todos los días, pero en las dos últimas semanas no he cumplido. Y lo siento muchísimo.

En mis circunstancias actuales, lo único que tengo es mi palabra. Me hunde pensar que he faltado a ella... ¡y contigo! Hazme un favor, preciosa, y en tu próxima carta saca el mazo. Chasquea el látigo. Recuérdate quién soy.

Ay, guapa, si supieras el follón en el que he estado metido.

He tenido que liarme la manta a la cabeza y salir por patas otra vez. A estas alturas ya debería reconocer las señales. El silencio aterrador que me persigue por todas partes. La gente que reacciona con efecto retardado en la calle. La señora de la tienda de comestibles, que normalmente suele ser tan simpática, turbándose y evitando mi mirada. Pero parece ser que he perdido mi sentido arácnido. Cuando recibí la llamada anónima diciéndome que escapara, me quedé tan planchado como si una apisonadora me hubiera pasado por encima. Y, al montarme en el siguiente autobús a ninguna parte, temblaba como un cabrón. Una parte de mí deseaba que me pillaran y que toda esta farsa acabara de una vez.

Bueno, obviamente, no lo hicieron. He vivido para seguir peleando un día más.

Ahora estoy en otra ciudad industrial deprimente donde la gente es tan gris y descolorida como el cielo y las aceras están llenas de baches y la gasolina cuesta una fortuna. ¡Estados Unidos! Ahora lo veo con otros ojos —unos ojos cansados—, y el viaje resulta jodido. Es un lugar áspero e implacable. Desde donde estoy ahora sentado, parece

imposible que fuéramos capaces de conseguir todo lo que conseguimos hace solo unos pocos años.

¿Fuimos unos ilusos? No lo creo. Creo que no fuimos lo suficientemente lejos.

La verdad es que me encuentro en un estado muy precario. Se me está yendo la olla. No sé cuánto tiempo más podré vivir así.

Pero, guapa, por favor, no te preocupes. No es problema tuyo. Bastante tienes ya con el chaval. No necesitas otro bebé al que cuidar.

Ni siquiera debería estar contándote estas mierdas. Sería mejor que mis cartas estuvieran llenas de vino y de rosas. De todo lo bueno. Solo de lo bueno.

Y quizá es por eso por lo que no he sido capaz de soportar escribir ni una palabra en las últimas semanas. Hacerlo habría significado echar una carga innecesaria sobre tus hombros.

Bueno, pues te lo diré ya mismo: te libero oficial y eternamente del lastre de Lenny Snyder. Prométeme que no permitirás que te hunda conmigo.

Por si te sirve de ayuda, hay una mujer que lleva algún tiempo viajando a mi lado. Apareció en mi vida en el momento crucial en que aún estaba aprendiendo a ser otra persona. Es un alma profunda. Una gentil con conciencia. La llamo la Reina de Saba. Saluda desde el reino de la luz. Confío en ella. No hay secretos entre nosotros. Ha probado de un millón de maneras que no piensa traicionarme. Y sin ella, lo juro, ahora mismo estaría muerto.

Así que no te preocupes. Me hallo en buenas manos.
¡Sé libre!

TU MARINERO PERDIDO

Y mira, aquí tengo esta otra:

Ratón de ciudad:

El otro día fui a una fiesta, una reunioncilla de lo que supongo que constituye lo más cercano a la contracultura que existe en este sitio. La mayoría son gente del teatro. *Amateurs* excéntricos. Homosexuales no

declarados. Mujeres demasiado tímidas para abrazar la liberación que anhelan. No encajan aquí, pero todavía se creen lo que ven en las noticias de la CBS.

Menudo viajecito, guapa. Lo único de lo que quería hablar todo el mundo era de Lenny Snyder. El juicio. Todo ese rollo.

¿La conclusión? Lenny Snyder es un farsante y, si realmente creyera en todas las cosas en las que dice creer, se habría presentado ante el tribunal para plantar cara a la situación.

No los culpo. Tienen una vaga impresión de que las cosas no son como deberían ser, pero carecen de los medios para acceder a la verdad. Nunca han estado expuestos a nada más que a propaganda.

Y he llegado a conocer a esta gente. Me ven como un hombre callado y pensativo que se ha pasado toda la vida haciendo trabajos manuales. Alucinarían si se enteraran de que soy Lenny Snyder.

Había un ejemplar del *Newsweek* encima de la mesa, con mi foto del archivo policial en la portada, y yo no paraba de mirarla de reojo esperando a que alguien empezara a atar cabos. Pero no lo hizo ni uno. En serio, fue el momento existencialmente más difícil que he vivido hasta ahora. Una de las mujeres —una tía muy sensible y ya entrada en años, un poco meapilas; en un mundo distinto estaría por ahí predicando la teología de la liberación— me preguntó qué opinaba y me sorprendí a mí mismo diciendo que tenían razón. Que Lenny era un cobarde. Y lo más alucinógeno es que de verdad lo pensaba al decirlo.

Eso es lo que este tipo de vida le hace a la gente. Tienes que dejarte poseer por el personaje que representas. Cambiar tus estructuras mentales. Es como ser un actor de método. Tienes que ser la otra persona al cien por cien. Pero, desde algún lugar en tu interior, una parte de ti mismo observa a este nuevo yo desde la perspectiva de la persona que eras, horrorizado, desafiante, dándote puñetazos en el cerebro.

Claro que no he sido capaz de moverme del sofá desde esa noche, pero mejor dejo esa historia para otro día.

Te quiero mucho,

EL RATÓN DE CAMPO

Y aquí hay otra más. Tengo un montón.

Estrella polar:

Las cosas no han dejado de empeorar desde la última vez que te escribí.

Hace unos días fui a otra fiesta. Era una situación totalmente distinta a la anterior. Más agobiante. Con un ambiente que de verdad parecía San Francisco. Con montones de antiguos compatriotas y amigos.

Ya antes de salir del hotel supe que no debería ir. Pero a tomar por culo. Me importaba una mierda. Necesitaba el peligro. Ser temerario y, por una sola noche, sentirme vivo.

Y, bueno, en realidad era una prueba de fuego. La persona que iba a esa fiesta no era Lenny Snyder. Era el otro tío. El tío en el que me he convertido. Un amigo de la Reina, que era amiga de una amiga de un amigo del anfitrión. Y, mientras caminaba hacia la discoteca con mis nuevos andares de hombros caídos, me sentí bastante a gusto siendo esta persona. Sano. Lleno de energía. Ligerero de pies. Me emocionaba pasearme por las calles de una ciudad, contemplar la basura desparramada por las aceras, las colillas y las botellas rotas en las alcantarillas, los coches eructando sus humos, la cruda realidad de la vida desenvolviéndose en ese mismo instante ante mis ojos y rodeándome por todas partes, y Ratso Rizzo gritando: «¡Eh, tú, que estoy cruzando la calle!». Chavales jóvenes con el pelo a lo afro, las Ray-Ban y una actitud de macarras sin remedio, tirándose el pisto: «Venga, a ver si te atreves a tratar de echarme». Todas esas atmósferas distintas rebotando unas contra otras, negociando sus normas de convivencia. Dios, cómo la echaba de menos. La ciudad. Saca lo mejor y lo peor de la gente.

Y, de pronto, el tipo que había estado fingiendo ser se desvaneció. Adiós, paleta provinciano. Adiós, bobo tímido y regordete. Volvía a ser El Puto Lenny Snyder.

Obviamente, la Reina se dio cuenta del cambio de inmediato. La tía es adivina, al menos por lo que a mí se refiere. Me agarró por los brazos y me frenó en seco:

—Para ya —me espetó—. Contrólate. —Me atravesó con una mirada incandescente—. O, si no, nos damos la vuelta y desfiliamos otra vez para el hotel. —Qué poder tiene esta mujer sobre mí. Me ha salvado mil veces. No puedo oponerme a ella.

Me reprimí y llegamos a la fiesta. Se celebraba un cumpleaños, aún no estoy muy seguro de quién.

Escondido tras unas gafas oscuras, representé mi papel mientras la Reina hablaba con viejos amigos. Me presentó a varios de ellos, o, mejor dicho, presentó a la persona que yo fingía ser, pues aquello era lo adecuado y lo correcto.

Una de las cosas más curiosas de la vida en la clandestinidad es la diferencia que existe entre *fingir* que eres otra persona y *creerte* que eres esa persona. Cuando estoy fingiendo, me lleva una fracción de segundo más responder a mi nombre. Se me escapa el acento, empiezo a comerme las haches. Casi nadie lo nota, salvo la Reina, y en esta fiesta me estaba pasando continuamente. Todas mis interacciones, por breves que fueran, acababan con ella dándome una patada en la espinilla o un pellizco en el codo. Pero yo no podía parar. Cuanto más lo intentaba, peor lo hacía. Como cuando te piden que no pienses en la palabra *naranja*.

Y, cómo no, todo el mundo hablaba de Lenny Snyder. Lenny Snyder por aquí, Lenny Snyder por allá. Mi nombre rebotaba por las paredes, como un eco constante. Lenny Snyder. Lenny Snyder. Rumores y amenazas espoleando mi paranoia. Cada vez que alguien miraba aunque solo fuera vagamente en dirección a mí, sentía que me acusaba y me condenaba por ser quien soy.

Debería haberme marchado entonces. Pero, en vez de eso, me quedé y me hundí en los oscuros confines de la habitación.

Al final, la Reina y yo nos encontramos sentados al lado de una chica rubia con rastas en el pelo, una poetisa, según me dijeron. Una más de la siempre creciente tribu de almas perdidas de Ginsberg. No sé cómo acabó en nuestra mesa. No paraba de barrer toda la sala con la mirada, alucinada de ver a tantas estrellas.

La Reina, con la cortesía que la caracteriza, se las arregló para entablar una conversación con esta mujer —en realidad era una

chavala de unos veinte años, aún una niña—, y resultó que tenía un alma combativa. Apasionada. Implicada. Fogosa en todas sus ideas. La Reina es una maestra de las conversaciones de circunstancias, lo lleva en la sangre. Mantuvo un tono ligero. La actualidad. La tele. La poesía que escribía la chica. Alejando la conversación de cualquier tema que pudiera hacerla gritar.

Bueno, pues vale. Hice todo lo posible para desconectar.

Pero, cuando salió a relucir el nombre de Lenny Snyder, te puedes apostar lo que quieras a que empecé a prestar atención. Sobre todo cuando la poetisa se calentó y dijo:

—No entiendo por qué habríamos de tener ninguna compasión por ese tío. Es un misógino y un baboso. ¿Qué opinaba de la igualdad de derechos? ¿Qué opinaba de la liberación de los negros? Nada de nada. Se posicionó en contra de la guerra, pero ¿por qué? Porque estaban masacrando a otros tíos blancos como él. Cuando hablaba de la liberación sexual, está claro que se refería a liberar a las mujeres de su derecho a decir que no cuando él quería follárselas.

O sea, la misma cantinela de siempre. Y, guapa, simplemente no pude más. Me quité las gafas, me incliné hacia ella y, antes de que la Reina pudiera pararme, le dije a la chica:

—Oye, niña, me encanta lo preparada que estás para la batalla. Me encanta tu espíritu. Pero, en serio, necesitas estudiarte un par de lecciones de historia. No tienes ni puta idea de lo que estás hablando.

—¿Quién coño te has creído que eres y quién te ha pedido tu opinión? —dijo ella.

Y, tal vez no se diera cuenta, pero me había pillado in fraganti. En aquel momento, fui total y absolutamente Lenny Snyder.

La Reina lo ve todo. Proclamó mi nuevo nombre como si estuviera cerrando una puerta de un portazo. Recitó mi historia falsa y le dijo a la mujer:

—No le hagas caso. Hoy no se encuentra bien.

Pero para entonces yo ya había pasado del punto de no retorno:

—¿Pero qué sabrás tú de Lenny Snyder? —le solté.

—Sé que le encantaba verse el careto en la tele y que renunció a la poca credibilidad que le quedaba cuando se buscó él solito que lo

detuvieran por tráfico de cocaína.

Ginsberg y Ray Garrett se nos habían unido en la mesa. Estaba sufriendo tal ataque de claustrofobia que no había reparado en su presencia hasta aquel momento.

—¿Qué es lo que te molesta exactamente, que traficara o que lo pillaran? —preguntó Garrett. Aquello la cogió por sorpresa. Él continuó—: Porque yo he pensado mucho en ello. Lenny y yo éramos amigos, ¿sabes? No era perfecto, pero ¿quién lo es? Y es innegable que se le fue la olla una temporada, pero a todos se nos fue.

Ella seguía erre que erre.

—Por favor —dijo—. Lenny Snyder no tiene ni la más remota idea de lo que significa estar oprimido. ¿Por qué iba a irse de rositas él y no, digamos, yo?

—Pero ¿acaso él se ha ido de rositas? —preguntó la Reina—. Lo detuvieron. La única razón por la que no está en la cárcel es porque se escapó.

—A no ser que le tendieran una trampa —dije.

Garrett me estudió. No sabría decir si me reconoció o no. Yo llevaba barba y tenía una nariz nueva. Aunque estaba oscuro, me había dejado las gafas de sol puestas.

—Los dos sabemos que no le tendieron una trampa.

—¿Ah, sí? —dije—. Pues yo sé de buena tinta que sí se la tendieron.

Y por un instante fue como si me hubieran despojado de todos mis disfraces. Aunque hubiera querido, no habría podido esconderme.

—Pero eso no es lo que quería decir —replicó Garrett, volviendo a la poetisa—. Podrás juzgar a Lenny todo lo que quieras, pero te diré una cosa. Si él estuviera aquí, no te juzgaría a ti. Es la persona menos dada al moralismo que conozco. Bueno, excepto Allen —dijo, palmeándole la rodilla a Ginsberg—, pero Allen es un santo. Lenny es esclavo de sus emociones. Si estuviera aquí con nosotros esta noche, oyendo cómo te indignas por la forma en que los hombres (incluidos los izquierdistas que se declaran ilustrados) siguen fracasando estrepitosamente a la hora de respetar a las mujeres, te diría una sola cosa: «¿Cómo puedo ayudaros?». Y lo diría en serio. Pese a todos sus

defectos, esa es la clase de persona que es Lenny.

Ella digirió aquello lentamente.

—Vale, hombre blanco —dijo, y su postura, como la de un gato enroscado, daba a entender que se estaba preparando para volver a saltar.

Y ya conoces a Garrett. Se amariconó.

—Vale tú, bonita —le espetó, y me guiñó un ojo. Y la Reina, que como ya te he dicho lo ve todo, aprovechó el momento para anunciar que nos marchábamos.

La había fastidiado. Había corrido riesgos innecesarios. Pero en aquel momento el tema del peligro me pillaba a años luz. La sangre me hormigueaba radioactiva en las venas. La persona en la que me había convertido se había esfumado y yo era total, completa y exclusivamente Lenny Snyder. Me la sudaba quién pudiera enterarse.

No, la cosa era aún más jodida. En realidad quería que el mundo entero lo supiera. Quería que me descubrieran, si no eran Garrett y aquella joven poetisa estridente, otro cualquiera. Para así tener alguna prueba de que yo aún existía.

Ay, si tú supieras, guapa. He visto todas esas noticias sobre Lenny Snyder, el revolucionario chaquetero, el rebelde desacreditado, he visto ir y venir todas esas acusaciones en la prensa y nadie las refuta nunca. Nadie levanta un dedo para corregir lo que dicen. Y el mito se transforma y muta, vive una vida independiente de la mía. He desaparecido. El mejor yo. El yo que es Lenny Snyder. Ha quedado suprimido. Y a veces la carga se hace tan pesada que explota dentro de mí mismo.

Eso fue lo que ocurrió en esa fiesta. No debería haber ido. Nunca debería haberme permitido encontrarme cara a cara con los viejos amigos que me recordarían mi antigua vida.

Cuando pasé apretujándome por delante de Ginsberg, él me puso una mano en el brazo. Hasta entonces no le había dicho ni una palabra a nadie. Se había limitado a escucharnos, sentado junto a nosotros, con ese aire tan tranquilo y atento que tiene, sin dar a entender nada de lo que le pasaba por la cabeza. Me hizo un gesto indicándome que acercara mi cara a la suya y me incliné para recibir su bendición, como

he hecho cien veces en el pasado, como hacen tantos cuando se encuentran ante su venerada presencia, y, flípalo, él me apretó el hombro y me susurró: «Me alegro de verte». Nada más. Su mirada transmitía el resto.

Aquello me hizo polvo.

Pero la Reina ya había tenido suficiente. Me sacó de allí a empujones antes de que yo pudiera siquiera darle las gracias. Me metió en un taxi. Me trajo al hotel.

Y desde entonces...

En fin, cómo te lo explico: hubo un momento en que tuvo que arrancarme físicamente de la ventana porque estaba con medio cuerpo fuera, dispuesto a saltar gritando: «¡SOY LENNY SNYDER! ¡SOY EL PUTO LENNY SNYDER!». Me ató de pies y manos a una silla. Digamos que fue mi momento Bobby Seale. Ahora está aterrorizada por lo que pueda hacerme a mí mismo. Ha escondido todos los cuchillos y me ha quitado todas las pastillas.

Suzy, me estoy derrumbando. Joder, ya me he derrumbado. Lloro en sueños. La Reina me dice que grito: «¡PIEDAD! ¡MAMÁ! ¡PIEDAD!».

Pero no hay piedad que valga. Lo único que hay es sumisión o rechazo. Y me he pasado la vida rechazando. Se me da BIEN rechazar. La resistencia es el núcleo mismo de mi ser. Al margen del peligro que pudiera haber, yo siempre estaba allí en primera línea de combate, dispuesto a sacrificar mi cuerpo por la causa.

¿O no?

Suzy, dímelo. Recuérdame quién soy. Por favor.

Porque no paro de preguntarme: ¿cuándo llega el momento de decir «ya está bien»? ¿En qué momento sucumbe nuestro derecho sagrado a la libertad ante la riada que lo rodea? ¿De qué sirve la libertad cuando tu vida es un fraude?

L.

Podía ponerse así, pero también podía ponerse de esta otra manera:

Esther:

Ahora me dice Kunstler que no hay nada que hacer a menos que me entregue, *hasta* que me entregue. Y, en serio, esta noticia me ha sentado como un puñetazo en los huevos.

Y me pregunto: ¿Qué has estado haciendo tú? ¿Qué ha pasado con el LSD?

Confiaba en ti.

Pero al parecer me vas a dejar aquí tirado hasta que me muera. A lo mejor eso es lo que tenías planeado desde siempre.

Me has traicionado, Suzy. Me has traicionado y me has robado la libertad.

EL JUDÍO ERRANTE

Me acuerdo de cuando recibió esta última. Sus intentos por ocultarme sus emociones. Estaba de pie en la cocina, como siempre, a dos pasos de la puerta de entrada, abriendo los sobres incluso antes de quitarse la chaqueta. Y recuerdo que se quedó de piedra. Helada. Estrujó la carta con una mano y la arrojó a la basura. La recogió de nuevo. Y la volvió a leer. Una y otra vez. Era como si la energía vital se le estuviera escapando del cuerpo. Le pregunté: «¿Qué te pasa?». Pero nada. Se le cayó la carta de las manos. No dijo ni una palabra. Se arrastró hasta la ventana y allí se sentó, mirando al vacío, sin fuerzas para hacer nada más.

Me quedé con aquella carta. La estiré y la doblé con cuidado y empecé a llevarla a todos lados en el bolsillo. De vez en cuando la sacaba, para recordarme a mí mismo que tenía que hacerlo mejor. Que me tocaba a mí arreglar nuestras vidas. No sabía cómo, pero estaba seguro de que, si me preocupaba con la intensidad suficiente, si forzaba a mi mente intrigante a bucear lo bastante hondo en las profundidades de la inmensidad blanca que superaba mi comprensión, se me presentaría el plan correcto con total claridad. Aquello no ocurrió nunca, claro. ¿Qué sabía yo? Pero llegué a provocarme dolores de estómago en el intento.

La clave era Ronnie Walker. O eso pensaba yo. Mi madre llevaba meses sin mencionarlo, ni en las llamadas de teléfono que escuchaba a hurtadillas entre ella y Kunstler, ni en los rollos que me metía para así poder «procesarlo todo». Era como si su presunto papel en la detención de Lenny hubiera sido

borrado. A pesar de todo, yo me obsesioné con él. Quizá todos los demás lo hubieran olvidado, pero yo no. Ya verían. Yo encontraría a Walker y lo arreglaría todo.

Aquella era la suma total de mi plan: acorralar de alguna manera a Walker y obligarlo a confesar. A punta de pistola, si era necesario. Tenía mi AK.

Pero, dondequiera que buscara, él nunca estaba allí.

Vale, aquí hay una de mi madre que estoy dispuesto a enseñarte.

Tras meses y más meses de salvar todos los obstáculos que le ponían los servicios sociales, de reunirse con los asistentes, de rellenar los mismos formularios una y otra vez, de recibir promesas más tarde anuladas u olvidadas y de persistir pese a todo, terca, incansable, para probar su pobreza, mi madre había recibido por correo una única carta repleta de faltas de ortografía, informándola de que su solicitud había sido denegada. No le daban la pensión. El motivo alegado: los bienes del marido.

Lo que aquello significaba no quedaba del todo claro. Lenny había ganado algún dinero con su libro y con sus conferencias. Pero ella tenía entendido que aquel dinero había volado. Lenny se lo había donado íntegro a los Panteras en un grandilocuente gesto público: cámaras, flashes, discursos, él y Huey Newton intercambiándose un aluvión kamikaze de saludos del *black power*, hasta que Lenny alzó ceremoniosamente un cheque gigantesco, como los que salen en los concursos de la tele, y lo dejó en las fiables manos de Newton. Aquello fue lo que salió en todos los medios de comunicación. Era lo que él había declarado a Hacienda y lo que ella más tarde declaró a los servicios sociales.

¿Acaso Lenny le ocultaba algo? ¿Habría sido capaz?

Daba igual.

Ella necesitaba sobrevivir. Y seguía siendo su mujer. En la riqueza y en la pobreza.

Así que le mandó esto:

L:

Por favor, no te lo tomes a mal, pero ¿crees que aún podrían estar pagándote derechos de autor por tu libro y, en ese caso, habría alguna forma de que yo accediera a la cuenta o al dinero? He hablado con Kunstler y me ha dicho que no sabe nada al respecto. También he llamado a la editorial y me han dicho que no están autorizados a hablar de tus honorarios con nadie más que contigo.

Supongo que lo que quiero decirte es: ¿puedes ayudarme?

Me odio a mí misma por preguntar siquiera, pero me he quedado sin opciones. Me han denegado la pensión. Supongo que podría reclamar, pero me llevará meses, quizá otro año entero (ya sabes cómo es la burocracia, está ahí para matarte lentamente), y parece que la vida del escritor no está hecha para mí: Cindy Belloc ni siquiera me devuelve las llamadas. Soy una luchadora callejera y una agitadora, y demasiado extrema, me temo, para la historia que quiere contar la prensa progre. («Poco razonable», me llaman. Muy bien, los nazis eran razonables. ¿Acaso prefieren eso?)

La verdad es que estoy agotada.

Freedom se ha vuelto totalmente insoportable. Aunque no lo culpo. Lo quiero mucho y todo esto es durísimo para él. Pero a veces se pasa varios días enteros sin hablar, escenificando una protesta silenciosa por tu ausencia. O, si no, la toma conmigo. Me sermonea como si él fuera el padre y yo la niña arrogante que se porta mal. El otro día tuvo el morro de decirme: «Ni lo estás intentando siquiera, Mamá. Si yo fuera Lenny, también te habría dejado». ¿Te lo puedes creer? Tuve que emplear todas mis fuerzas para no soltarle un guantazo. Y luego, cuando por fin me tranquilicé, aquello me rompió el corazón. Pobre chaval. No es culpa suya que el mundo esté del revés.

Eso por no hablar de la vigilancia constante. La semana pasada encontré otro micrófono en la lámpara del techo. Y ayer los del FBI volvieron a llamar a la puerta. Siguen creyendo, contra toda evidencia, que sé exactamente dónde estás. Les dije: «A ver, si ni siquiera encuentro el talonario de cheques, ¿cómo cojones queréis que le siga la pista a Lenny?». No se rieron. Nunca lo hacen. Y últimamente tampoco lo hago yo.

Las cosas se están poniendo muy negras aquí en el Lower East Side. No sé cómo vamos a sobrevivir Freedom y yo.

Con fe, supongo.

¿Y quizá con algo de ayuda tuya?

Te echo de menos más que a Dios.

SUZY

¿Razonable?

Pues bien, así fue como respondió Lenny:

Susan B. Anthony:

Mensaje recibido.

Lo único que diré en mi defensa es que sabías que esta vida iba a ser dura desde el día en que pisaste por primera vez la Tienda Gratuita. Y que hablamos largo y tendido de lo mucho que iban a aumentar las dificultades cuando yo pasara a la clandestinidad. Sabías dónde te metías. Ojalá pudiera decirte que lo siento, pero no sería verdad. Este es el precio que hay que pagar por dedicarme a lo que me dedico. Nada de esto debería sorprenderte ni lo más mínimo.

Supongo que quizá pensé que eras más dura de lo que en realidad eres. En fin, mi oferta sigue en pie. Presenta una demanda de divorcio si eso es lo que quieres. Dile al juez que te maltrataba. A quién le importa si es verdad. Manda al chaval con tu madre si te resulta demasiado difícil manejarlo. Sigue adelante con tu vida.

Pero no me eches la culpa.

Y no digas nunca que fui yo quien así lo quiso.

Nos vemos.

BENEDICT ARNOLD

Durante varios meses después de aquello, durante toda aquella primavera y el verano que le siguió, mi madre continuó haciendo sus excursiones hasta la librería Namasté con la esperanza de recibir noticias de Lenny. Siguió dejándome de guardia en la calle. Siguió charlando con Barrow sobre los rumores que le hubieran llegado. Fingiendo. Preparándose para la decepción, pero intentando demostrarle a la gente que le importaba que era más fiera que nunca.

Nadie se lo creyó.

Cada vez que salía de aquella mazmorra, la oscuridad la acompañaba. Y, cuando las cartas de Lenny dejaron de llegar, hubo periodos en los que, sin más, la oscuridad se la tragaba por completo.

Su silencio —la ardiente cicatriz de su desprecio— era demasiado para

ella.

Tenía momentos mejores y peores. Pero, sea como fuere, estaba desquiciada. Cambiaba de sitio los muebles. Los volvía a colocar donde antes. Miraba abatida los tejados al otro lado de la calle. Observaba a las palomas. Deseando ser una de ellas. Su cuerpo aún se arrastraba por el piso, pero ya no había nadie dentro. Quizá se estuviera metiendo anfet. O ludes. O ambos. Quién sabe. Cualquiera cosa que cayera en sus manos. Odiaba la luz del sol. Se quedaba paralizada cuando estaba con otra gente, incluido yo. Le temblaban las manos.

Durante una semana eterna y perturbadora, se dedicó a repintar de forma obsesiva las paredes del piso, poblándolas de flores, de enredaderas, de criaturas de los bosques, de arcoíris, de manifestantes por la paz, de niños jugando, de gente desnuda y peluda de todas las razas y credos danzando en torno a la vara de la fiesta de los Mayos. Se quedó la primera noche en vela y también la siguiente, y así tres, cuatro, cinco noches seguidas, pintando y repintando su trabajo, imaginándolo de nuevo. Las flores se iban volviendo más y más cursis. Los bailarines cada vez tenían más pinta de colgados. Su ansiedad se fue transmitiendo a sus pinceladas, la violencia y la rabia que las imágenes negaban se manifestaba en la textura de la pintura. Salpicaduras. Trazos gruesos como candelas romanas encendidas en lugar de caras sonrientes. Dedos de pintura deslizándose hacia el suelo; no se molestaba en limpiarlos. Tajos de rojo. Involuntarias escenas del crimen. Y, flotando por encima de todo ello, como Cristo crucificado, Lenny y su mata de rizos salvajes, sus ojos cansados, su camisa de la bandera estadounidense rasgada y ondulante como el mismísimo estandarte original.

Solo tenía treinta años, mi madre. Era aún muy joven, ahora me doy cuenta.

Dejó de contestar al teléfono. Dejó de buscar a los demás. Se pasaba semanas sin intercambiar ni una palabra con Isha ni con nadie más.

Pero, no, eso no es cierto: Phil seguía apareciendo por casa a veces. Para entonces ya era como de la familia. Tenía sus propias llaves. Entraba con la compra, o a veces nos traía comida china, y se quedaba rondando por el piso como si viviera allí. No todos los días, claro. Quizá un par de veces a la semana. Justo lo necesario para recordarle a mi madre que, cuando ella quisiera, podía darle la mano y él haría lo que pudiera para sacarla del abismo. Hasta entonces, él me echaría un ojo cariñoso y me aconsejaría en lo

que pudiera. ¿Era suficiente aquello? Por entonces me lo parecía. Me leía en voz alta. Shakespeare: recuerdo que leímos entero el *Julio César*. Baudelaire. Walt Whitman. *Los archivos secretos de la Sra. Basil E. Frankweiler*. *La guerra de las carretillas*.

Mi forma de idolatrarlo frustraba a mi madre. Más adelante me diría: «Mira, Phil no estaba en condiciones de salvarnos. Apenas si conseguía ir tirando él solo». Lo cual es verdad, sin duda alguna, pero yo mantenía —y lo sigo haciendo— que al menos sus intenciones eran las correctas. A lo cual ella respondía que él no era tan altruista como parecía. Sacaba lo que le interesaba de aquel arreglo.

En fin, de eso yo no sé nada. Pero a mí, por aquel entonces, me parecía que ella apenas se daba cuenta de que él estaba allí.

De hecho, apenas se daba cuenta de que yo estaba allí.

A menos que me interpusiera en su camino.

Yo había aprendido a mantener las distancias. A centrarme en la tele, que ahora siempre estaba sintonizada en los mismos programas. Los concursos *Joker's Wild* y *El precio justo*, y el culebrón *Los días de nuestra vida*. Me sentaba en el suelo a medio metro de la pantalla y me quedaba mirándola hasta que se me nublaba la vista. Una especie de vértigo. Una caída hacia el interior en dirección al sonido y a la imagen, que todo lo consumían.

Por las tardes ponían dibujos. Programas viejísimos. A veces en blanco y negro. *El Pájaro Loco*. *Las urracas parlanchinas*. Si cambiaba de canal para verlos, allí aparecía ella en el acto, girando la ruedecilla para devolverla a su posición original.

Así que yo veía lo que a ella le apetecía ver. *La pirámide de los diez mil dólares*. *Trato hecho*. Lo que fuera con tal de que el murmullo no se apagara nunca.

A veces la mera idea de tenerla cerca ya me sobrepasaba. Esta persona que presuntamente se había dedicado a protegerme del mundo y a enseñarme lo que sabía de él y que ahora zumbaba dentro de su cascarón, consumida por la amargura, incapaz, durante días y días, siquiera de darse una ducha... ¿cómo iba a ocuparse de mí?

A veces la sorprendía mirándome sumida en la semiinconsciencia. Aquella expresión en su rostro, ¿qué era? Remordimientos. Y algo más. Impotencia. El vago reconocimiento de que su amor por mí no me hacía ningún bien. Y eso...

resultaba más difícil de soportar que las ocasiones en que simplemente se enfadaba.

Yo me retiraba a mi cuarto a fantasear con escapar, con reunirme con Lenny en la colosal Clandestinidad.

Pero lo desconocido, allá en el exterior, me aterrorizaba también a su manera. Los federales aún nos acechaban. O al menos eso creía yo. Vigilándonos. Siguiendo nuestros pasos, tal vez. Tomando notas.

O quizá hubieran perdido por fin el interés en nosotros.

Con el paso del tiempo, dejaron de llamar a la puerta. Cada vez los veía menos merodeando por la calle. Pero yo seguía notando su presencia, como fantasmas instalados en mi visión periférica. Amenazas borrosas en los confines de mi campo visual que se desvanecían cuando intentaba mirarlas de frente, dejándome con las manos vacías y con dolor de cuello por haber vuelto la cabeza demasiado rápido. Una tensión constante, aunque no podía asegurar que estuviera justificada.

Algunas tardes, lo único que hacía era quedarme sentado en el porche acariciando mi AK-47 y contemplando cómo cambiaba la luz. Las sombras. Montaba guardia, eso es lo que hacía. Cumplía mi promesa de protegerla. Durante horas, observaba a la gente que había en la calle, gente buena y gente mala, viviendo sus vidas. Viejecitas empujando carritos chirriantes por encima de las grietas de la acera. Punkis encendiendo sus Zippos contra el viento. Moteros de patrulla por las calles, haciendo rugir sus motores. Madres, a veces padres, guiando pacientemente a sus hijos de una distracción a otra, con un dedo siempre a punto para que el pequeño se agarrara, o, si no, repartiendo collejas, camelándoselos, marcando las normas. Estudiaba a estas personas e intentaba aprender de ellas. Cómo el tipo del alzacuello cerraba la puerta siempre a la misma hora todas las tardes. Cómo el gigantón, dueño de un lebrél irlandés aún más grande que él, apareció un día con el brazo en cabestrillo. Me esforzaba por comprender, por vislumbrar la estructura general que conectaba todas estas fugaces escenas callejeras, por encontrar algún modo de concebir mi aislamiento como algo distinto de una aberración.

Anhelaba cosas que no sabía expresar, como la seguridad en sí mismo de aquel hombre solitario vestido de negro. O la agresiva y deslumbrante energía de aquella chica, Rosalita. Él era imaginario, pero ella..., ella era real. Aunque no hubiera vuelto a verla desde aquel día en el parque. Solo pensar en

ella ya me planteaba un desafío; convertirme en algo, ser algo, volverme más duro.

Más tarde, mucho después de ponerse el sol, subía otra vez a hurtadillas a esperar a que terminara el día.

A veces encontraba a mi madre sentada en el escritorio que se había fabricado con una puerta vieja, perdida en sus pensamientos, escribiendo algo con su caligrafía nerviosa y puntiaguda, otra carta desesperada a Lenny, otra fábula de valentía lanzada al vacío, retractándose de la confesión que tanto lo había enfurecido, declarando que estábamos bien, que yo crecía y me hacía más listo e inteligente cada día, que ella se encontraba de maravilla, que se sentía autónoma y poderosa, que nuestra mayor preocupación era su seguridad durante aquella travesía. ¡Me preocupo! ¡Mi mente se imagina lo peor! ¡Dinos cómo estás!

Hiciera lo que hiciera, ten por seguro que se hallaba demasiado ensimismada como para darse cuenta de que me había ido. Recuerdo haber esperado tantísimas veces en la penumbra, deseando que al menos me preguntara dónde había estado. Y, al final, haberme marchado en silencio al armario que me servía de habitación. Ni siquiera tenía puerta con la que dar un portazo. Me sentaba en el colchón y empezaba a levantar con la uña la pintura de la pared.

No había espacio suficiente para dar cabida a lo que yo sentía. Más que el resentimiento, o la cólera, o el dolor —incluso más que el terror—, lo que recuerdo es la vergüenza. La lástima y la vergüenza. Lástima de ella y de su vida dura y solitaria. Vergüenza de mi incapacidad para salvarla de sí misma. ¿Qué no sacrificaría un hijo por su madre? ¿Qué valor tiene su vida cuando su madre está sufriendo?

Me agotaba pensando en todas las formas en las que le había fallado. Luego me quedaba dormido y, cuando me despertaba hacia las tres de la madrugada, a veces me la encontraba en la puerta, mirándome distante.

—Toma —me decía, lanzando un par de bollitos industriales sobre mi cama—. La cena.

Al final acabé aventurándome por mi cuenta más y más lejos de casa. Dejando que mi madre se cuidara ella sola, para variar.

Salía a media mañana, pasando junto a su cuerpo dormido, me dirigía de puntillas hasta la escalera y bajaba los peldaños volando, de cinco en cinco, o de ocho en ocho, sin apenas tocar el suelo salvo para girar en el rellano de cada piso. Abría con tal fuerza la puerta principal que se golpeaba contra la pared y rebotaba hasta volver a cerrarse. Descendía los escalones del porche y me internaba en las calles.

Corría. Solo por correr, corría. Para experimentar aquella fugaz sensación de autonomía total. Iba hacia el río, hacia el oeste, hacia el norte, hacia el sur, adonde fuera. Adondequiera que fuera, llevaba conmigo mi rifle de agua, colgado a la espalda con una cinta de cáñamo raído.

Cualquiera de las direcciones que escogiera me llevaba ante los símbolos de la menguante influencia de Lenny. Tiendas de accesorios para fumetas que todavía vendían bongos, pero con menos alegría psicodélica y fantasmagórica que antaño. La Tienda Gratuita, tapiada aún con tablones, con la palabra ODIO pintada con espray por encima del antiguo letrero que decía AMOR sobre la puerta. Los símbolos de la paz sustituidos por aes anarquistas y esvásticas. Nada de eso importaba. Lo que importaba era mantener la velocidad y seguir moviéndome.

Correr. Correr siempre. Dejar atrás a los drogadictos y a los casos perdidos que dormitaban de pie. Dejar atrás la iglesia de San Marcos. Bowery. Dejar atrás la zona de los ucranianos, que, ya a aquella hora de la mañana, olía a repollo cocido y a casquería. Dejar atrás a los grupos de viejos chinos que hacían su taichí matutino en el parque al sur de Houston Street.

Pero no podía correr para siempre, claro.

Al final, como haría cualquiera, terminaba echando el bofe. Me doblaba en dos, con las manos en las rodillas, jadeando. Me masajeara los calambres que sentía en el costado. Caminaba durante un rato para que se me pasaran. La quemazón en las rodillas. El escozor en los pulmones. El sudor que me helaba el rostro.

Vagabundeaba por las calles. Perdiendo el tiempo. Buscando cualquier mierda. Sin ir a ningún sitio, en realidad. Tocándome los huevos y punto.

A veces me asustaba a mí mismo, convenciéndome de que cualquier cara vagamente reconocible con la que me cruzara pertenecía al equipo de vigilancia destinado a torturarnos a mi madre y a mí. Notaba sus ojos persiguiéndome, sus manos deseosas de alargarse para rozarme la ropa. Me preguntaba si sería aquel el día en que me cogerían y me encerrarían en una de esas cámaras de aislamiento sensorial, donde me centrifugarían y me matarían de hambre y me colgarían cabeza abajo, negándose a creer, por mucho que les suplicara, que no sabía nada de nada sobre Lenny y su paradero.

Otras veces, me olvidaba de tener miedo. Me colaba por entre ciertos filamentos de mi conciencia hasta alcanzar un estado mental menos opresivo. Entonces, guau. *Libertad*. Podía perderme en ella.

Aunque también cabía la posibilidad de que pasara por alto los peligros que me rodeaban.

Como aquella vez que, sumido en mis pensamientos en el aparcamiento sembrado de basura que hay detrás de la entrada del metro de Lafayette Street, volví a la realidad para descubrir que había otro tío rondando por allí. Parecía un extraterrestre, con la cara lampiña y triangular que siempre suelen tener. Ese cuello insólitamente delgado. Había cruzado las piernas como si fuera a ponerse a meditar, pero sus ojillos me miraban con fijeza.

Cuando vio que yo había reparado en él, una sonrisa le apareció en los labios como si hubiera recordado un secreto.

—Hola —me dijo.

Me saltaron todas las alarmas.

—¿Qué tal? —preguntó.

—Bien.

La sonrisa misteriosa iba y venía.

—¿Sí?

—Sip. Bien —dije.

—Pareces... ¿Qué estás haciendo aquí tú solo?

—Nada.

Se deleitó con aquello, asintiendo con la cabeza sobre el cuello delgado, como si yo hubiera dicho algo profundo.

—Qué pasada —dijo.

Se había enganchado un montón de chapas a la chaqueta, estropeando un ante que por lo demás se hallaba en perfecto estado. Un *smiley*. Un águila del sindicato de los trabajadores agrícolas. Un símbolo de la paz. Un batallón de eslóganes y chistes.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó.

—¿Cómo te llamas tú?

—Rick. —Me miró—. ¿De qué estás huyendo?

—De nada.

—Bah, eso no puede ser verdad. Estás huyendo de algo.

—¿Y tú cómo lo sabes?

Clavó sus ojos al otro lado de la calle, como si allí hubiera algo de lo que tuviera que estar pendiente.

—Te he visto. Antes. En Bowery. Te movías muy deprisa para no tener ningún sitio adonde ir.

—Es mi forma de andar. ¿Y qué pasa? ¿Me has estado siguiendo o qué?

Se metió la mano en el bolsillo y rebuscó allí dentro.

—Me llaman el tío de las chapas —dijo, sacando otra más. La estudió con cariño durante unos segundos y empezó a jugar con ella entre los dedos—. ¿Quieres una?

Y desde allí, bajo su forro de plástico, me sonrió el retrato icónico de Lenny, con su ojo morado y todo, exactamente la misma imagen que mi madre y Kirsh y yo habíamos pegado por toda la ciudad, ahora impresa encima de un cojín de letras verdes y azules: LIBERTAD PARA LENNYSNYDER. Debería haber huido. Me dije a mí mismo: Sal de aquí por patas. Pero algo me detuvo. Llamémoslo curiosidad.

La sonrisa misteriosa apareció de nuevo cuando el tipo me puso la chapa en la mano.

—¿Lo conoces?

Yo era lo suficientemente espabilado como para no delatarme, y le dije:

—Sé quién es. Todo el mundo lo sabe.

—Qué putada lo que le ha pasado, ¿eh?

Le lancé de vuelta la chapa y le dije:

—Quédate con tu chapa de mierda. Ni siquiera tiene sentido. Lenny Snyder

ya es libre. Se escapó.

El tipo se volvió a meter la chapa en el bolsillo y sacó otra.

—Estás en la onda, ¿eh, chaval? Sabes lo que se cuece por ahí. —Estudió la nueva chapa como si no la hubiera visto nunca. Esperando a que le pidiera que me dejara verla—. ¿Alguna vez te preguntas adónde ha ido? —dijo.

—No. ¿Por qué iba a hacerlo? —Y enseguida—: ¿Es que eres poli?

Tardó un instante de más en decir que no, así que quizá yo estuviera en lo cierto, quizá fuera un poli. O quizá solo fuera otro pervertido que intentaba forzar algún vínculo con un niño de siete años. Pero la coincidencia era demasiado grande para quedarme por allí. Pensé en el hombre solitario vestido de negro con el que me había encontrado unos meses atrás, la fuerza que me transmitió, aquella sensación de que todo era posible. Me pregunté: ¿Qué haría Lenny?

Y, levantándome de un salto, le espeté mi mejor que te jodan.

—Nunca lo encontrarás, cerdo —le dije. Y luego, retrocediendo, le hice un doble corte de mangas.

Una parte de mí continuaba al acecho por si veía a Walker. Analizaba la altura y los andares y la actitud general de todos los hombres negros de tez clara con los que me cruzaba. Como si aquello fuera a servir de algo. Como si, de alguna forma, la salvación fuese aún posible.

De vez en cuando montaba guardia en el parque, esperando a que él y su pandilla se apropiaran de una esquina del quiosco de la música. Nunca apareció.

Bueno, en una ocasión, en una sola ocasión, creí haberlo visto agachándose para entrar en una tiendecita de comestibles. El mismo gorro de punto. La misma chaqueta militar. La misma soltura al andar. Entré detrás de él. Me escondí entre los pasillos y lo espí. Lo observé en el espejo de ojo de pez que había montado en el techo. Me acurruqué en un rincón junto a la puerta de servicio mientras él revolvía en la nevera en busca de su pack de seis latas de cerveza High Life.

Lo seguí al exterior de la tienda. Era él, lo sabía. Tenía sus mismos pómulos. Sus mismos ojos de tigre. Eché a andar tras él, al principio guardando las distancias, luego atreviéndome a acercarme más y más. Se paró en un semáforo y yo casi me di de bruces contra él, y entonces se dio la vuelta —sabía que iba tras él desde el principio— y me dijo: «¿Qué pasa, chaval?».

Y, en lugar de la voz de bajo que recordaba de Walker, este tío croaba como una rana y arrastraba las palabras con acento dominicano.

Me encogí y escapé. Eché a correr de nuevo.

A veces exploraba el parque en busca de Rosalita. La bandada de niños okupas que podría haberme conducido hasta ella siempre estaba allí, pero hacía meses que no la veía entre ellos. Me pasaba horas sentado al borde del quiosco de la música, golpeando los talones contra el hormigón, pensando que, cuanto más tiempo esperara, más probabilidades habría de que ella apareciera.

Muchas veces, el único niño okupa al que veía era un chaval mayor al que todos llamaban «el Chichones». Tendría..., yo qué sé..., doce años o así. Algo le pasaba. O puede que fuera un mal bicho, sin más. En retrospectiva, se había adelantado a su tiempo. Iba uniformado: todo de negro. Vaqueros. Camiseta. Botas. Chaqueta. Parecía que le hubieran cortado el pelo con tijeras de esquilar. Llevaba la cabeza llena de calvas que dejaban ver su cuero cabelludo sembrado de heriditas entre mechones de pelo de un centímetro más o menos. Nada que ver con las fregonas que todo el mundo llevaba en la cabeza. Y tenía las hormonas jodidas, o al menos eso me dijo Rosalita más adelante. Su cuerpo parecía el de una morsa albina.

Cuando me daba la impresión de que a lo mejor no iba a intentar pegarme —cuando no llevaba un palo en las manos, por ejemplo, o cuando no estaba destruyendo el mobiliario urbano—, me acercaba a él y le preguntaba dónde estaba Rosalita.

—Vete a la mierda. —Era su respuesta para todo.

—¿La has visto?

—Vete a tomar por culo.

—¿Crees que va a salir hoy?

—A lo mejor no me has oído. Vete a la mierda, hijo de puta.

Yo pensaba que, si perseveraba lo suficiente, si no echaba a correr en cuanto él hacía como si fuera a arrearme un puñetazo, a lo mejor me decía donde estaba Rosalita solo para librarse de mí. Pero nunca lo hizo. Yo siempre acababa cagándome y huyendo.

Pero, un día de septiembre en que hacía mucho viento, allí me la encontré, entreteniéndose sola al otro lado del parque, mirando incómoda cómo los otros niños okupas jugaban con las cartas al Flinch, dando patadas en la arena

mientras ellos bromeaban unos con otros y haciendo con un chicle unos globos gigantes que estallaban o se le pegaban a la nariz. Cuando la llamé, fingió no oírme.

Al día siguiente volvió a aparecer. Otra vez volvió a fingir que no me veía. Pero esta vez no la llamé. Me quedé allí enfurruñado, preguntándome qué le habría hecho yo, por qué no le gustaba, suspirando por ella, negándome a bajarme de mi atalaya en el quiosco de la música y a arriesgarme a sufrir en público la vergüenza de su desinterés.

Lo mismo ocurrió al día siguiente. Esta vez pasé de ella y me centré en jugar con las malas hierbas que crecían entre las grietas del hormigón del quiosco de la música. Y, cuando por fin había conseguido olvidarme de que ella estaba allí, al otro lado del parque, apareció justo delante de mis narices, adoptando una pose, con los puños en las caderas y la pelvis echada hacia delante, toda ella rezumando desdén.

—¿Pero a ti qué te pasa? —me preguntó—. ¿No tienes amigos o qué?

Resoplé, imitando lo mejor que pude a Lenny.

—¿Y tú qué? —le dije.

Y, después de aquello, quedó tácitamente establecido que, si yo me encontraba allí y ella también, estaríamos juntos, que yo iría detrás de ella siempre y cuando me dejase, y que ella se alegraría en secreto de ello.

Rosalita. Era intrépida. En el mejor de los sentidos, con ella todo era posible. Hacíamos todas las cosas que los niños hacen juntos. Construíamos castillos y nos entreteníamos a base de juegos con reglas inventadas por nosotros, tanteando los límites de la lógica, de nuestros cuerpos y del mundo conocido. Íbamos de exploración: hacíamos espeleología por los túneles del metro, husmeábamos como ratas por fábricas abandonadas. Ella me enseñó a fumar cigarrillos. Yo le enseñé a esconderse caramelos en la ropa interior sin que el dependiente de la tienda se diera cuenta. Un día, sin razón aparente, mientras hurgábamos en la arena bajo el puente, me agarró bruscamente y me plantó un beso en los labios. *Mmm-mmm*. Hizo soniditos de morreo. Apretó su boca contra la mía. No fue romántico, solo sorprendente. Dos niños haciendo el idiota. Fingiendo que sabíamos algo. «Ahora con lengua», me dijo, y me enseñó a sacar la lengua y a restregarla como papel de lija contra la suya. En otra ocasión —en el mismo sitio—, nos desafiamos mutuamente a enseñarnos nuestras partes. Y luego a tocarlas.

Pero no era nada de eso lo que me empujaba a buscarla.

Compartíamos nuestras pequeñas y oscuras ilusiones. Y, aunque yo no llegaba a entender del todo cómo era su vida en realidad, ni qué relación la unía exactamente con los otros niños de la comunidad okupa —a veces eran sus «hermanos» o «hermanas» o «primos»; a veces eran «esos cabrones»—, ni siquiera si tenía padre y madre, yo sentía que la comprendía. Su arrogancia. Lo que escondía. Era mucho más capaz de arrojarme una tubería afilada y oxidada a los pies, retándome a que no moviera un músculo, que de admitir que le temía a algo en esta vida.

La mayor parte del tiempo nos limitábamos a existir el uno junto al otro. Sentados por ahí. Tumbados en la hierba. La proximidad constituía una forma de intimidad. No teníamos ningún sitio adonde ir. Nada que hacer. Y, aun si lo hubiéramos tenido, ¿en qué habría cambiado eso las cosas? Éramos cínicos precoces, de esa forma tan endémica que se da en los niños de la ciudad. No nos impresionaban los museos ni ver a algún famoso ni los conciertos ni los monumentos ni el teatro gratis en el parque. Sabíamos que todo aquello era un timo. Sabíamos que ninguna de las oportunidades culturales que ofrecía la ciudad nos elevaría a nosotros, unos completos salvajes, al vago y refinado ideal cívico que prometían. Ese rollo no era para nosotros. Pero tampoco nos impresionaban las sórdidas diversiones que ofrecía la contracultura como camino alternativo ni las drogas duras ni los trapicheos ni los cuerpos en venta. Ni las guitarras chirriantes ni los alaridos rebeldes ni las discotecas ni los baños públicos ni eso de que todo el mundo, absolutamente todo el mundo, hasta los que vivían en la miseria, clamara por alcanzar la fama. Nada nos impresionaba. Fuera cual fuese la mentira en torno a la cual decidiéramos construir nuestras vidas, la verdad iba a ser siempre la misma. Los pobres serían pobres. Los ricos serían ricos. Y nosotros dos seguiríamos solos, sin ningún amigo de verdad salvo el otro.

A veces, cuando me tumbaba en la hierba junto a ella, nuestras manos se tocaban. A veces, el sol nos daba con tal fuerza en la cara que nos quedábamos dormidos.

Cuando hablábamos, lo hacíamos con un cosquilleo desdeñoso. Ella me enseñó a fanfarronear y a mentir. Decía lo que fuera, todo lo que se le ocurría.

—¿Sabes esa tienda de animales de la Calle 9, la que apesta a pájaro? La dueña mató a su marido, ¿lo sabías? Lo picó en trocitos y se lo dio de comer a

los gatos. Es verdad. Nunca la pillaron.

O bien:

—¿Te has enterado de lo del tío ese, el artista de las barbas? ¿Sabes quién te digo? ¿El que siempre se disfraza de Jesucristo? Ahora hace pelis guarras. Pone a su hija a actuar en ellas. Lo sé porque les preguntó al Chichones y al Paulie y al Agujón si querían salir en una. ¿Tú lo harías? Yo nunca lo haría.

Quién sabe qué era verdad y qué no. Un día me dijo que se estaba muriendo.

—Tengo un agujero en el corazón. Es una enfermedad muy rara. La tengo desde que nací. Algún día me caeré muerta. Podría ser hoy. Para el año que viene, seguro.

—No tienes pinta de estar enferma —le dije—. Ni te comportas como una enferma.

—Pues lo estoy. ¿Qué harías si me muriera en este mismo instante?

—Nada. Porque no te vas a morir.

Cuando se frustraba, en sus ojos destellaba una mirada especial que le encendía la cicatriz en forma de lápiz que le cruzaba la mejilla izquierda.

—Pues sí que me voy a morir. Dentro de dos años como mucho.

Lo mejor era seguirle la corriente. En todo caso, le disgustaba más que yo no me creyera que iba a morir que el hecho mismo de irse a morir.

—A lo mejor yo me muero contigo —le dije.

—¿En serio? ¡Dios mío! —Se me echó encima. Bofetadas y pellizcos—. ¡Di-na-mi-ta!

Se levantó y se fue a trepar por el puente, esforzándose por elevarse de un remache a otro, salvando huecos casi tan anchos como su propio cuerpo. Temeraria. Mirando hacia abajo, donde yo seguía clavado en el sitio, y burlándose de mi miedo a seguirla.

—¡Freddy, mira! ¡Es divertido! ¡Freddy! ¡A lo mejor resulta que eres un gallina! —Parecía que, fuera cual fuese la verdad sobre el agujero en su corazón, estuviera condenada a morir de un modo u otro.

Una vez consiguió de alguna manera un látigo, e insistió en que nos turnáramos para intentar hacer caer al otro al suelo. Solo había un problema: éramos demasiado pequeños y el látigo, demasiado largo para que pudiéramos manejarlo, mucho menos chasquearlo. Ni siquiera lo lográbamos extenderlo por

completo; se quedaba ahí, balanceándose flácido en nuestras torpes manos.

En otra ocasión, encontró una bolsita de polvos debajo de un banco del parque.

—Vamos a probarlo —dijo.

No sabíamos lo que era. Tenía un color amarillo meado. Estaba marcada con un unicornio.

—Ni de coña.

—Venga. No nos va a pasar nada.

—A lo mejor es veneno —dije.

Ella se rio.

—Pues vamos a probarlo.

Seguí negándome. En mi cabeza rebotaron visiones de Lenny en sus peores momentos. De mi madre. De los ojos de muerto que uno vislumbraba en los rostros oscilantes de los yonquis. Del tío puesto de polvo de ángel al que había visto una vez en pelotas delante de Cooper Union, enfrentándose a un grupo de polis, con añicos de cristal clavados en el pecho y sangre por todas partes, corriéndole muslos abajo.

—¡Venga! ¡Métete una raya!

Derramó el polvo sobre uno de los listones del banco y empezó a colocarlo en líneas como había visto hacer a algunos okupas.

—Podría matarnos.

Miró hacia arriba y bramó.

—¿Y qué?

Y, mientras ella se afanaba por enrollar una hoja seca para formar una pajita, a mí me dio un ataque de pánico y soplé esparciendo el polvo por el aire.

—¿Pero por qué has hecho eso? Te odio. Siempre te cargas la diversión.

Pero no me odiaba. Aunque gritara y me insultara y me pegara todo el tiempo. Yo lo sabía. Necesitábamos aquel tira y afloja. Ella tiraba hacia la destrucción. Yo tiraba hacia otra cosa. La revelación. La liberación. Algo que no podía nombrar, pero que estaba seguro de que tenía que existir.

A finales de septiembre del 75, mi madre se dio cuenta de que su vida sería más fácil si yo no estuviera todo el día por allí dándole la lata con mis necesidades. Me matriculó en un colegio. Mientras yo pasara a ser problema de otro, ya no le importaba si me adoctrinaban o no. De todos modos, hasta ella estaba ya medio aburrida y harta de sus propias peroratas. La política había perdido su significado. Lo único que hacía era traerle más problemas.

Y así fue como terminé en el Colegio Público nº 64, la cloaca donde se acumulaba y se pudría la escoria del Lower East Side.

Lo primero que ocurrió en mi primer día fue que el subdirector trató de confiscarme el AK. Adoptó un tono falsamente simpático. Mientras mi madre rellenaba los formularios de matrícula sobre el mostrador alto del despacho, le dijo:

—Se la devolveremos a las dos y media cuando salga del colegio.

—Venga, tronco —le dijo ella sin apenas prestar atención—. Si es una pistola de agua.

—Pero sigue siendo una pistola.

Ella lo taladró con la mirada. Siguió con sus formularios.

—Tenemos normas, señora. Directrices. —Era un tipo alto y descomunal que, como yo mismo descubriría más tarde al verlo patrullar los pasillos, siempre llevaba los pantalones demasiado ajustados.

Ella dejó de escribir. Empezó a golpetear el mostrador con el bolígrafo y lo miró fijamente.

—Tienes que estar de coña.

—Yo no bromeo. ¿Se sentiría usted segura si se enterara de que dejo a otros niños traer armas al colegio?

—Es una pistola de agua. Lanza agua. No balas. ¿Lo pillas?

—En este caso, señora, esa distinción no marca ninguna diferencia en absoluto.

—Es un juguete —dijo—. Le sirve de consuelo. —Pero negó con la cabeza, asqueada, dándose cuenta de que no tenía posibilidades de ganar—.

Menuda gentuza.

Sonriendo, él le preguntó:

—¿A qué gentuza se refiere? —Era negro.

Más asco, teñido de desprecio.

—Los burócratas. —Mi madre me miró y vio cómo yo intentaba luchar contra mi terror, abrazándome a mi rifle como si fuera a morirme si me lo quitaban—. Esta jugada no te va a salir bien —dijo, refiriéndose al subdirector, aunque bien podría haber estado hablando conmigo, porque al final cedió y se llevó el rifle a casa, dejándome indefenso, solo y desamparado.

Yo odiaba aquel sitio.

Ya en segundo, las dinámicas estaban totalmente establecidas.

Los chavales negros —y la gran mayoría eran negros— iban en grupo, oscilando entre la obediencia resentida y los arrebatos incontrolables de desdén sistemático por el proyecto de educación pública en su conjunto. Eran conscientes del valor de lo que les ofrecían y le profesaban el mismo respeto que recibían. Eran los amos del patio de recreo. Bajaban en estampida por los toboganes, esquivaban los columpios, escalaban por las estructuras de trepa y las verjas, disfrutando al máximo de aquel espacio donde los dejaban en paz, libres de los prejuicios que proyectaban sobre ellos los profesores veteranos con pensión garantizada por el sindicato, condenados de por vida a trabajar en aquel colegio —es decir: que con solo nacer ya habían fracasado; que, cuanto más se esforzaran, mayor sería el batacazo—, y libres también de la condescendencia humillante, de los halagos fingidos de los profesores más jóvenes, aquellas almas caritativas que, resistiéndose aún a reconocer los límites de las buenas intenciones, se habían propuesto demostrarles a los veteranos que se equivocaban. A veces pillaba a Dante Alexander —el niño que se sentaba a mi lado— clavando la vista en su mesa con una rabia helada sin límites y pensaba: No te culpo. Tu papá te dijo la verdad. Estás jodido de antemano.

Yo los comprendía. Tenía la certeza de que yo también estaba jodido de antemano.

Los blancos —los rusos y los polacos, los vástagos de los artistillas hippies y de los aspirantes que los habían seguido hasta el barrio, los judíos de la vieja y de la nueva escuela— no querían juntarse conmigo. Se

relacionaban únicamente con los suyos, igual que hacían los negros, y yo apeataba a algo que no terminaba de encajar en ningún lado. Todos llevaban las mismas chaquetas vaqueras, adornadas con las mismas chapas. Las mismas boinas de repartidor de periódicos bajo las que sobresalían idénticas greñas. Fuera cual fuese su obsesión —los cómics, el ajedrez, la magia, el teatro, el cine, *Star Trek*, Hashem, las estadísticas de bateo de jugadores de béisbol que llevaban años retirados—, todos daban la impresión de perseguir el mismo objetivo subyacente: demostrar que eran singulares, que estaban destinados a lo mejor de lo mejor. Como a mí nadie me había instruido en los temas que los preocupaban, ni siquiera merecía la pena dominarme. ¿Qué podía yo decirle a un fanático de los Beatles que proclamaba por diezmilésima vez todas sus razones para defender que *Revolver* era su mejor álbum? ¿Que una vez mi madre se había follado a John Lennon en una orgía? No iba a creerme, pero está claro que me iba a odiar. Y probablemente yo iba a tener que explicarle lo que significaba *follar*. Así que mejor ceder, seguir siendo invisible.

Los portorriqueños existían en un mundo aparte, oculto al resto de nosotros por un velo de español.

Los asiáticos se sentaban en las primeras filas y no hablaban con nadie, y muchísimo menos unos con otros.

Y ya por último estaba aquella otra tertulia de chavales, los hijos de la alta burguesía venida a menos, periodistas, actores y estudiantes de doctorado, pintores y poetas y fotógrafos, una clase de neoyorquinos aparte, multirracial, que era, tanto entonces como ahora, pobre en recursos económicos, pero rica en capital cultural. Los habían criado para encarnar los ideales de sus padres, un humanismo de izquierdas que, conforme se fueran haciendo mayores, supuestamente iba a colonizar el mundo. Transcendían las razas y los credos y, en lugar de ello, lo que los unía era su gusto exquisito, su facilidad precoz para el lenguaje del arte, la moda y lo moderno. Su conciencia del destino. En otra vida, habrían sido mi tribu. Pero lo único que me proporcionaban era el frío consuelo de saber mi nombre, lo que significaba y por qué ese nombre era un buen motivo para darme de lado.

Y esta era la educación que uno sacaba del colegio público. No la lectura, ni la escritura, ni la aritmética, sino una introducción práctica a la teoría social. Aprendías a reconocer a tu tribu y los peligros de intentar trascenderla. No te muevas de tu casilla, ámala, deja que te moldee. Aférrate

con fuerza a tus resentimientos. En las masas está el poder. La protección. Si sales por ahí tú solo, te van a pisotear. Lo único que no puedes hacer es pensar por ti mismo.

En aquel contexto, yo conformaba una tribu de un solo hombre. Era un perro rabioso. Mordía. Lanzaba puñetazos a lo loco, incluso a las chicas. En lugar de dar miedo, lo único que provocaba era risa.

Los administrativos, el puto subdirector y los trabajadores sociales, y hasta mi profesora, la señora Rice —que no era una mujer cruel, pero sí lo suficientemente tonta como para confundir la existencia de las normas con su valor—, todos ellos llamaron en algún momento a mi madre para hablarle de mi comportamiento díscolo, para mandarme a casa y librarse del problema. Ella a veces estaba en casa y a veces no. Cuando sí estaba, a veces contestaba al teléfono. Y, cuando contestaba, a veces se mostraba dispuesta a venir hasta el colegio a buscarme.

Otras veces, dejaba que me quedara allí sentado en el pasillo delante del despacho del director con sus tres sillas rígidas y su gigantesco reloj de pared. Y luego, cuando llegaban las dos y media, aún podía quedarme otro par de horas más allí sentado, escuchando cómo el ruido de los demás niños armando jaleo por los pasillos iba apagándose gradualmente hasta convertirse en un eco vacío, y esperando el momento en que la secretaria por fin me soltara para poder irse a su casa.

Aunque también podía ser, en algunas ocasiones, que mi madre viniera a buscarme, escuchara lo que yo había hecho y luchara un poco por mí.

—Ya os he oído —les decía—. No paráis de repetirme lo mismo. Le ha tirado la regla. Lo que no entiendo es por qué. ¿Qué le ha hecho el otro niño? ¿Lo sabéis siquiera? Ha tenido que provocar a Freedom. ¿Acaso os importa? Estáis tratando los síntomas, pero, ¿sabéis qué?, me parece que a lo mejor vosotros sois la enfermedad.

Ay, cómo deben de haberla odiado.

Pero yo no. Yo no le echaba en cara sus ausencias. Las pocas ocasiones en que vino y dio la cara por mí me bastaron. Yo sabía que luego, en casa, me devolvería el rifle. Puede incluso que me abrazara y me dijera que era un valiente. Que era justo. Que Lenny estaría orgulloso de mí.

A veces, cuando acababa el colegio, salía y me encontraba a Phil apoyado

contra la abombada verja de malla metálica. Hiciera el tiempo que hiciera, lloviera o nevara o granizara o hiciera sol, siempre llevaba puesto el uniforme, la botas de trabajo viejas, la camisa azul con manchas, la chaqueta grasienta.

Me saludaba con la mano para que me acercara y me decía:

—Me parece que hoy estamos solos tú y yo, Freddy. Tu madre está liada. Vamos a aprovecharlo al máximo. —Se ponía de rodillas y alargaba la mano hasta mi oreja para sacarme de detrás una moneda de veinticinco centavos, un truco que había aprendido en su juventud solitaria y enfermiza—. Podríamos buscar alguna forma creativa de gastarnos esto —me decía.

Y nos íbamos al quiosco a que yo me pusiera ciego de chuches. Corríamos por todo el barrio, saltando en los charcos cuando llovía, dejando que el agua nos calara hasta los huesos. Atajábamos por la zona de las viviendas sociales de la Avenida D, esquivábamos a los coches en la vía de acceso que quedaba bajo la autovía FDR, saltando por encima de la mediana para llegar al parque del East River, donde nos parábamos junto a la barandilla que bordeaba el río y contemplábamos las gotas de lluvia golpear la superficie del agua.

Entonces, puede que el sol se abriera paso entre las nubes y Phil dijera:

—Mira, las fuerzas del bien vuelven al ataque. —Me ponía una mano en el hombro y me decía—: Vamos a algún sitio caliente a secarnos.

A veces, eso significaba que íbamos a ir a su casa en Clinton Street, un tercer piso sin ascensor con vistas al puente de Williamsburg. Nos abríamos paso entre el laberinto de los periódicos que tenía almacenados allí: doce años de diarios, apilados como murallas romanas que dividían el piso en compartimentos cada vez más pequeños. Nos sentábamos junto a la ventana en banquetas hechas de periódicos y contemplábamos cómo el tráfico en dirección a Brooklyn se acumulaba y se iluminaba, mientras escuchábamos los cláxones y las sirenas que salpicaban el merengue que ponían los dominicanos, los amos y señores de aquella zona, como banda sonora de las eternas partidas de dominó que jugaban encorvados. El chirrido de la vida en la ciudad.

Cuando llegaba el invierno, Phil preparaba un chocolate caliente y aderezaba su taza con un chorrito de vodka.

Me solía dejar a mi aire. Me permitía escarbar entre los periódicos en busca de tesoros mientras él garrapateaba en su cuaderno al otro lado de la

habitación. Cuando me quedaba dormido, me llevaba en brazos a casa, con mi madre.

Otras veces, aquella frase significaba vámonos a un bar.

Entiéndelo: vivíamos tiempos sórdidos. Yo conocía a niños que se saltaban el colegio para hacer de ganchos para sus tíos trileros, que les pagaban en caramelos de manzana ácida de la tienda de la esquina, y ellos tan felices. Niños que no tenían calefacción en sus casas porque el casero se la había cortado, que se escondían en el cuarto de calderas del colegio y pagaban en mamadas al perverso del conserje para poder pasar la noche en un sitio caliente. Corrían en manadas por entre las ruinas de edificios medio quemados, pisaban cristales rotos hasta que las suelas de sus zapatillas se llenaban de añicos incrustados, afilados como cuchillas, y saltaban de un tejado a otro hasta que alguno se mataba. En comparación con aquello, hacer el gilipollas en un bar —arrancar trocitos de la tapicería vieja remendada con cinta americana en el Blue & Gold, por ejemplo, jugar a solitarios rebuscados con las bolas de billar o hacer dibujos en el vaho de mi propio aliento en los espejos— mientras Phil se dedicaba a pimplar durante la hora feliz no era nada.

Vale que Phil era un borracho y un dejado. Vale que estaba eterna e irremediamente ahogado en la autocompasión. ¿Y qué? Pasarme dos o tres horas con él tras los cristales ahumados de un tugurio vacío me proporcionaba una maravillosa sensación de estabilidad, una estabilidad mayor que la que me daba ninguna otra cosa en mi joven vida. Y yo no sabía —es decir, nadie sabía — lo cerca que se encontraba Phil de caerse por la borda del mundo.

Piensa en todo por lo que había pasado él ya a aquellas alturas. Un niño solitario cuyos padres lo habían arrastrado por todas partes en su afán por escaparse de sus yoes secretos. Que no se quedaban nunca en ningún sitio el tiempo suficiente para que él llegara a sentirse en casa. Pero que siempre regresaban, una y otra vez, a Columbus, Ohio. Allí era donde Phil se había definido a sí mismo. Ahí estaba aquel niño. Sensible, inteligente. Inmerso en las tradiciones del Oeste Americano, todos aquellos vaqueros e indios y ferroviarios y charlatanes, especuladores y mineros y sindicatos y antisindicalistas. Un judío solitario en una tierra fría y calvinista, donde si algo aprendió fue que los engranajes de la sociedad te harían picadillo si te diferenciabas lo más mínimo de los demás. Salvo que fueras rico, y lo más

probable era que no lo fueras. Él no lo era. Se pasó toda su infancia escondido en la sala de cine, proyectando su propia psique sobre las imágenes de Brando y James Dean que se elevaban frente a él. Deseando con todas sus fuerzas llegar a ser como ellos algún día. Valioso, aun en su insignificancia. Necesario. Un agente del cambio.

Y se trajo a Nueva York todo cuanto tenía que ofrecer. Una guitarra acústica. Un deseo inmenso de algo en lo que creer. Imagínate el momento en el que pisó por primera vez el escenario del Café Wha? y miró aterrorizado a todos aquellos desconocidos, que habían visto mucho más mundo que él, apretujados en la penumbra en torno a las mesas cojas. Supo que aquello lo superaba. Pero controló los nervios, se echó la guitarra al hombro como si fuera una ametralladora y lanzó su débil voz de barítono a flotar por la sala. Un sonido trágico. Alguien cruel podría haberlo roto como quien pisotea a una hormiga. Pero lo escucharon mientras cantaba con suavidad y gesto serio sobre la crisis de los misiles de Cuba. Captaron el anhelo que se desprendía de su voz, las punzadas de ansia de una sociedad no corrompida por la coerción del imperio, y supieron que era ingenuo, pero lo amaron por serlo. Les pareció valiente. Aquella ingenuidad había que protegerla. Quizá Phil fuera el salvador que llevaban tanto tiempo esperando, el tonto sabio que los conduciría de vuelta al Edén.

Sacó un álbum. Luego otro. Y después otro más. Experimentó la sensación ambivalente y contradictoria de que lo elogiaran —a veces parecía que lo idolatrarán— por su humildad ante la causa. Hacía dedo para asistir a concentraciones sindicales en Kentucky. O se metía en un autobús para realizar el larguísimo viaje hasta la Universidad de Mississippi, con el objetivo de recabar apoyos para el SNCC, tocando todo el camino, dirigiendo las canciones del grupo, haciendo vibrar al autobús entero de alegría embotellada. Fue entonces cuando vio los efectos de su predicación en el mundo real.

No obstante, el problema de las causas es que derivan su significado de sus logros. Los soldados rasos, las personas cuyas pasiones agregadas alimentan el cambio, pueden encontrar más adelante motivos de satisfacción —o arrepentimiento— en el papel que desempeñaron a la hora de provocarlo, pero más les vale andarse con ojo y no construir sus identidades en torno al espíritu comunal que promueve la causa. Corren el riesgo de acabar atrapados, solos, en un movimiento que se ha desvanecido, preguntándose adónde se ha

ido todo el mundo. Algunos reconocen este peligro desde el principio. Se apuntan al espíritu de los tiempos mientras les sirve de algo, sacándole todo el partido que pueden, para su propio beneficio. Y, para cuando el resto de la gente se da cuenta de que se ha acabado la fiesta, ellos hace ya tiempo que se han marchado.

Dylan, ese astuto fanfarrón, pertenecía a esta clase de tipos. Él y Phil entraron en escena casi al mismo tiempo. Al principio se llevaban bien, casi se podría decir que eran amigos. Pero había algo que Dylan sabía, y que Phil no podía comprender: que, en realidad, eran rivales. Solo podía ganar uno de los dos. Y Phil no quería ganar. Él quería contribuir. A la causa. Al futuro. A algo más grande que él mismo. Y creía que era eso lo que quería todo el mundo.

Cuando eres el paleta en presencia del cínico, percibes destellos del rencor que él abriga contra ti. Y, cuando él acumula un éxito tras otro mientras tú sigues igual, empiezas a anhelar su aprobación. Le entregas tu poder y le suplicas que lo comparta contigo. Pero, como eso de compartir nunca le ha gustado mucho, se lo queda y lo utiliza para fortalecerse. Phil empezó a moldear sus decisiones en torno a la vana ilusión de que, si lo hacía todo a la perfección, se ganaría la bendición de Dylan y se redimiría a sus ojos. Se traicionó a sí mismo sin darse cuenta, se dejó convertir en el suplicante que se arrastra a los pies del personaje más carismático.

Siempre hombre de fe, aunque confuso ahora respecto al lugar al que esa fe conducía, Phil sacó algunos discos más. Menos pegados a la actualidad. Más oscuros y poéticos.

Hizo piña con Lenny y con Sy y con su circo de kamikazes, asimiló su llamada a convertirse en el cambio, a hacer lo único razonable que permitía este mundo y rechazar toda razón. Los vitoreaba cuando declaraban que la guerra se había terminado. ¿Qué guerra? Pero si no hay ninguna guerra. Pide un deseo y, puf, la guerra se desvanece. Cuando subieron al escenario de sus concentraciones a un cerdo embadurnado de grasa y proclamaron: «Ya que el presidente de los Estados Unidos gruñe y huele como un cerdo, ¿qué os parece si llevamos la cosa hasta sus últimas consecuencias? ¡Vamos a poner a este cabrón al mando!», Phil les hizo la comparsa con su guitarra, él fue su banda de acompañamiento de un solo músico. Estaba encantado de ejercer de juglar. De envolver la fe —la esperanza— de la que seguía sin poder deshacerse en

su cinismo y en sus disparates.

Aquello funcionó durante un tiempo, pero todos sabemos lo que pasó después. Las botas militares entraron en acción. El poder autocrático, tanto explícito como encubierto, acabó a patadas con todas las cosas bellas del país. Una lección de cruda realidad política a la que Phil llevaba haciendo oídos sordos mucho mucho mucho mucho tiempo. Demasiado.

Perdió la confianza en sí mismo. Primero Dylan, después Johnson y por último Nixon se la arrebataron. El único que jamás le había fallado era Lenny, y, por razones que Phil no alcanzaba a comprender, Lenny se había vuelto en su contra y se le había cerrado en banda. A principios de los setenta, el movimiento había entrado en crisis. El aire estaba envenenado de humo y gas lacrimógeno. La comunidad se había fracturado y las esperanzas se habían esfumado.

Probó a desviar sus energías hacia el conflicto de Chile, inspirado por la negativa de Allende a dejarse domar y, en mayor medida, impresionado por Víctor Jara, el cantautor nacional chileno. Celebrado. Idolatrado. Aunque lo más importante era que lo escuchaban. Como harían con Dylan si Dylan no hubiera abandonado el movimiento.

En Jara, Phil vio una versión de la persona que él podría haber sido si la revolución hubiera triunfado en los Estados Unidos. Y, en Chile, vio una versión de lo que su país podría haber sido si hubiera elegido al cantautor adecuado para guiarlo hacia la nueva era. Una vez, se encontró con él en persona, y lo primero que hizo Jara fue agarrarlo por los antebrazos y decirle que siempre lo había preferido a Dylan. Que su música había sido una motivación enorme para él, un consuelo que le había dado calor y había alimentado su fe durante los años fríos y oscuros antes de que Allende subiera al poder.

Imagínate.

E imagínate las asociaciones que hervirían en la mente de Phil cuando se enteró de que, en los días posteriores al golpe de Estado, Jara había sido detenido, llevado a un estadio de fútbol junto con otros treinta mil creyentes en la causa y exhibido frente a ellos. *Aquí lo tenéis, mirad a vuestro cantautor, escuchad su canción, escuchad cómo habla de vuestros sueños, esperanzas e ideales, sentid las emociones que os despierta, y ahora mirad —sin perder detalle— y aprended.*

Imagínate la lección que Phil extrajo de la muerte de Jara, al que habían obligado a rasguear su guitarra y a cantar, para luego sujetarle las manos contra una mesa y, con un machete, cercenárselas del cuerpo. *Mirad el poder transformador que tiene vuestra música. Mirad lo que opinamos de vuestras esperanzas y de vuestros sueños.* Pero, en vez de arredrarse, Jara se envalentonó. Utilizó lo que le quedaba. Si bien ya no podía tocar la guitarra, aún podía cantar. Y eso fue lo que hizo, y lo fusilaron. Pero él siguió cantando, y volvieron a dispararle. Y aun así no dejó de cantar. Le pegaron treinta y siete tiros hasta que las palabras se le cayeron de la boca entre chorretones de sangre, hasta que murió, y con él la última esperanza que abrigaba Phil de que nadie pudiera llegar a redimirse jamás. Podía unir los puntos: ya lo había hecho antes del martirio de Jara. La ITT, el Bank of America, la CIA, Pinochet. Comprendió que, si eran capaces de hacer aquello en Chile, también podían hacerlo aquí; y lo harían.

¿Y dónde dejaba todo esto a Phil? ¿Qué le quedaba? ¿Dónde estaba el camino que debía seguir? Él sospechaba que las respuestas eran: en ninguna parte, nada, en ninguna parte. ¿Y qué vas a hacer con el tiempo que te queda cuando sabes que tu vida ha terminado, pero tienes que seguir viviendo?

Todos somos unos cabrones de una forma u otra. Phil era algo menos cabrón que la mayoría. Era buena persona. Se mostraba paciente conmigo. Yo no tenía ni idea de lo que era el alcoholismo. Mis padres eran fumetas. Cuando Phil conseguía mantenerse medio sobrio, me llevaba a museos y me hablaba de poesía. La mayoría de las veces, como ya te he dicho, pasábamos el rato en un bar, en algún viejo tugurio polaco. O en el Gerde's en la Calle 4, donde por pena le dejaban beber gratis. A veces nos aventurábamos en territorio enemigo al norte de la Calle 14, para refugiarnos en alguno de los autoservicios irlandeses de la Segunda Avenida.

Se tomaba un par de tragos: un chupito de vodka, y medio segundo más tarde otro chupito o dos, probablemente dobles, yo era demasiado pequeño para apreciar la diferencia. Y, si estaba de humor, me llamaba con la mano para que me sentara a su lado, me pagaba un zumo de arándanos rojos con gaseosa y se quedaba mirándome fijamente con la boca medio abierta, ya un poquito atontado. Se le ponía una expresión tímida en el rostro, como si estuviera esperando a que yo le contara mis secretos. Los ojos se le iban hacia las botellas, hacia su propio reflejo distorsionado en el espejo que había tras

ellas, para luego desviarse flotando lentamente hacia el techo; a continuación, se pasaba la mano como un peine por el pelo grasiento y volvía a posar la mirada en mí.

Golpeaba la barra con el pulgar, rompiendo el hechizo en el que se había sumergido, y me contaba dónde acababa de estar, algún instante que recuperaba de la década ya pasada en la que había sido viril e importante y en la que había sentido la alegría de vivir. Me relataba su historia. Todas las cosas que acabo de contarte.

En ocasiones —bueno, puede que fuera en una sola ocasión—, conseguía olvidarse del olor a humedad que despedía la nostalgia y entrar en un estado de apremio nervioso. Sucedió en un instante, como si se hubiera disparado una pistola en su cabeza; de pronto se llenó de una vivacidad inquieta que me asustó —era tan poco característica en él—, hasta que me di cuenta de que así debía de haber sido el Phil de los viejos tiempos.

—Vamos, Freddy —me dijo, separándose de un empujón de la barra del bar—. Quiero enseñarte una cosa.

Salimos pesadamente a la grisura de la tarde, donde el aire sabía a cenizas y estaba demasiado frío para captar su olor. Por un momento, nos quedamos allí parados delante del bar, titubeantes, dudando qué dirección tomar. La ciudad parecía estar suspendida en el tiempo. Una bruma flotaba sobre ella. El vapor se escapaba por las tapas de las alcantarillas.

Phil recorrió con la vista la Calle 7, primero un lado y después el otro. Al este, a varias avenidas de distancia, divisó una llama minúscula. Y hacia ella nos encaminamos.

Si caminábamos lo suficiente, o eso debió de pensar él, llegaríamos a una hoguera. Todos sus amigos pasados y futuros estarían allí. Sus compatriotas. Acurrucados, buscando calor y camaradería en torno a las llamas. Le darían la bienvenida. Tal vez hasta Lenny estuviera allí, con los brazos abiertos, esperando un recio abrazo con palmadas en la espalda incluidas. Le pedirían que se descolgara la guitarra del hombro y les marcara el ritmo una vez más mientras entonaban «I Ain't Marching», su himno de paz, la única canción que todo el mundo, incluso Dylan, había venerado un día. «¡Caray!», diría él, fingiendo timidez. Inclinaría la cabeza, lanzándose físicamente a la melodía, y nos elevaría a todos con su canción. Y a mí, un niño que ni siquiera era hijo suyo, se me concedería la herencia que él temía haber perdido para siempre.

Pero, cuando por fin llegamos, allí no había nada que ver. No se trataba más que de otra papelera llena de rescoldos de basura y unos pocos drogatas mugrientos revolviendo en ella, buscando una dosis que no estaba allí.

Así que me lo llevé a casa. Igual que todas las demás veces. Hacía lo que podía para pagarle por todo lo que él había hecho por mí.

En algún momento, a veces nada más empezar la noche, otras veces a altas horas de la madrugada, los ojos se le volvían de cera, su cuerpo pesado se tambaleaba contra cualquier cosa que tuviera cerca y me tocaba a mí guiarlo hasta un lugar seguro. En el mejor de los casos, lo único que tenía que hacer era meterlo en un taxi, sacarle la cartera del bolsillo y pagar al conductor.

—Al 24 de Clinton Street —le decía al tipo—. Aquí van cinco pavos de más por si vomita. —Y me quedaba mirando hasta que desaparecían por la avenida.

Pero, otras veces, Phil se ponía a braccar y se resistía, «¡No! ¡Todavía no!», como un parvulito rebelde.

O, si estaba demasiado ido incluso para conseguir pronunciar aquellas palabras, forcejeaba y se zafaba de mí, manteniendo el equilibrio a duras penas, y yo lo seguía por puro sentido del deber. Escuchaba sus balbuceos. Sus saltos conceptuales y sus asociaciones étlicas. Decía algo sobre Marrakech, quizá. Sobre un barco. Una adivinanza misteriosa sobre una promesa que le había hecho a Lenny hacía mucho tiempo. Y, mientras tanto, yo lo empujaba todo el rato. Le hacía girar. Lo engañaba para llevarlo en la dirección correcta.

Y, como los bares siempre estaban más cerca de la Calle 7 que de Clinton, y como él estaba borracho y me cuadruplicaba en tamaño, la dirección correcta significaba mi madre y mi casa.

Y para cuando llegábamos ya volvía a querer otro trago, solo una copita antes de acostarse, dos dedos de vodka en la taza de *Underdog* que teníamos solo para él. La mayoría de las veces, se olvidaba de ella antes de llevársela siquiera a los labios. Se quedaba cabeceando en la silla. Se convertía en un muñeco de cabeza oscilante. Rendido, llegaba entonces al punto de la noche en que la poca consciencia que le quedaba lo empujaba en busca de mi madre para que esta le enjugara los sudores y se acostara a su lado, no demasiado cerca, solo lo justo para anclarlo mientras el mundo giraba y se columpiaba a su alrededor.

Ella lo llamaba «el Zángano».

Decía, por ejemplo: «Puaj, ya está aquí otra vez el Zángano».

O: «Estaría bien que el Zángano moviera ese culo gigantesco que tiene al sofá y me dejara dormir un poco de una vez».

No sabría decirte si le gustaba. Lo soportaba. Se adaptaba a él.

Recuerdo una noche —quizá fuera la misma noche en la que habíamos ido en busca de la hoguera— en que él estaba totalmente pedo y ella se encontraba agotada y él la presionó demasiado.

Durante todo el camino a casa, había ido farfullando: «Este no soy yo. No me veas así. Me tienes que ver como...». Se le iba la olla. No lograba terminar las frases. Había un vacío en el lugar que le correspondería al yo. Y luego se empezó a llenar de rabia. No contra mí. Era más bien una beligerancia superficial. La frustración del borracho contra sí mismo por perder el hilo. Se tropezó en las escaleras y a duras penas consiguió enderezarse. Volvió a tropezarse, esta vez conmigo, y tuve que tirar de él con todo mi peso para ponerlo derecho. Cuando por fin llegamos a la puerta, el poco autocontrol que pudiera haberle quedado se había esfumado.

Entró tambaleándose, vio a mi madre y la agarró de las caderas, tirándole de la pelvis hacia la suya. Se restregó contra ella. Como si estuviera en trance. Letárgico, pero sobándole el culo, los riñones, las costillas. Con la cabeza desplomada sobre el hombro de ella. Un oso con náuseas.

No era la primera vez que ella se enfrentaba a una de sus borracheras. Sabía deshacerse de él, reírse y llevárselo de paseo como a un perro de tres patas hasta cualquier esquina donde pudiera dejarlo tirado.

—Vete a dormir la mona, anda —le dijo—. Venga. Ven por aquí.

Él se resistió. La atrajo hacia él con más fuerza. No la soltaba.

Pelearon por el control de su cuerpo.

—En serio, Phil —dijo ella—. Si ni siquiera se te levanta.

El farfulló:

—*Déjameabazalte.*

—Ahora no. —Le colocó la palma de la mano en el pecho, abriendo un espacio entre los dos, y dijo—: Es muy tarde. Vete a dormir la mona.

Cuando ella se separó un poco para mirarle, para asegurarse de que la había oído, él la agarró con más fuerza aún. La besó. Baboso, rezumando

desesperación. No dio en la diana. Se entrechocaron las frentes. Volvió a intentarlo. Le puso la boca en la barbilla.

Ella no lograba zafarse. Aun borracho, no podía manejarlo.

—Para ya —repitió—. ¡Para ya!

Él le toqueteó los pechos. De su boca se escapaban a cámara lenta frases a medias, frases que no iban a parar a ningún sitio.

Y de nuevo:

—Para ya. Quítate de encima, joder. —Y mi madre empezó a agitar el cuerpo frenéticamente, en un baile loco y vertiginoso que culminó arreándole un codazo en la cara a Phil.

Durante un instante, casi pareció que él empezaba a enterarse de algo. Pero no, no era más que el espeso silencio del borracho que escucha demasiadas voces en su cabeza. Se desplomó sobre mi madre, dejándole caer encima sus ciento dieciocho kilos. Aferrándose a ella.

Y de repente empezó a llorar.

Se deslizó hacia abajo por el cuerpo de mi madre y cayó de rodillas. Empezó a aullar. A lanzar unos sonidos bestiales y guturales, como si una herida en lo hondo de sus tripas acabara de empezar a supurar su hedor.

—¿Por qué no me quieres? —berreó.

Con los brazos rodeando con fuerza las piernas de mi madre y golpeándole suavemente las ingles con la cabeza. Como si ella fuera una diosa y él, su desgraciado suplicante.

—¿Por qué no me quiere Lenny?

Se encontraba más allá de las lágrimas. Atacado de arcadas silenciosas.

Y de repente, de golpe, se derrumbó en el suelo, inconsciente.

Ella se quedó en pie frente a él, echando humo. Hizo como si fuera a darle una patada. Llevaba las botas puestas. Y, justo en el momento en que su dedo del pie le rozaba la tripa, se echó atrás y se desplomó contra el fregadero.

Yo hice acopio de todo mi valor.

—¿Por qué has hecho eso?

—Es un puto imbécil —fue lo único que respondió ella.

Phil le daba lástima, pero por todas las razones equivocadas. Vale que estaba un poco tocado, sí, pero todas las personas a las que yo conocía estaban algo tocadas. Por lo menos él se había acordado de mi cumpleaños.

Después de aquella noche, él ya no volvió más.

Cuando le pregunté adónde había ido, mi madre me contestó:

—¿Soy acaso su guardián?

—¿Estás enfadada con él?

Me dijo que no. Me miró como si fuera tonto.

—¿Por qué iba a estarlo? —me dijo.

Y no volvimos a hablar del asunto.

Ahora que ya no tenía las tardes con Phil como aliciente, empecé a hacer pellas durante días enteros. No todos los días, solo dos o tres a la semana. Pensé que, en el caso de que alguien se diera cuenta, se alegraría de no verme por allí. Y lo cierto es que nunca me llamaron la atención por eso.

Por alguna razón, aquellos días siempre acababa alejándome mucho hacia el norte por la Calle 5, ya pasada la Avenida C, y perdía horas y horas en un Pinto quemado que había por allí. Se trataba de mi escondite secreto. Todos los niños tenían uno. Llevaba allí toda la vida, era un elemento más del paisaje, y en algún momento le tomé un cariño especial. Al asiento de atrás le quedaba la cantidad justa de vinilo chamuscado para cubrir los muelles, de forma que yo podía tirarme encima. Escondido. Invisible. Libre para regodearme en mis dulces miserias, en el melodrama de mis emociones.

Las señales estaban por todas partes: el silencio de Lenny, el alejamiento de mi madre, el abandono de Phil, la cárcel disfrazada de colegio a la que ella me había mandado, el giro posapocalíptico que había tomado la ciudad, donde todo estaba o demasiado frío o demasiado caliente, la violencia ubicua, sin sentido, prosaica, a veces dirigida a desconocidos, a veces a uno mismo, el sadomasoquismo erigido en rector de la sociedad; todo aquello me arrollaba como una avalancha, me sepultaba como una nieve negra. Tenía ocho años y sabía que la esperanza era cosa de tontos, que no me aguardaba ningún futuro, solo una batalla contra el hambre. Un rebuscar entre las ruinas. Una perspectiva aterradora. Una oscuridad agobiante. Pero allí, en mi Pinto, con mi rifle al lado, me sentía cómodo y a salvo.

Con el tiempo, fui acumulando una colección de tótems, todos colocados en fila cuidadosamente en el paisaje lunar que antaño había sido el salpicadero. Un muñeco trol con el pelo violeta. Un pedazo de hormigón con forma de tortuga. Chapas de todo tipo que me encontraba por la calle. Un indio

de plástico blanco montado a caballo, con el arco tenso y apuntado para disparar: mi Gerónimo particular. Taponos de botellas que me encontraba en los días de suerte. Toda clase de mierdas. A nadie que pasara por allí le llamarían la atención, pero para mí esos objetos, igual que el coche mismo, contenían gotas de mis sentimientos más frágiles, aquellos que temía que me arrancaran a palos. Eran objetos sagrados. Me resguardaban del mundo. Un brazo minúsculo que protegía a mi yo chiquitín.

Salía de aquel lugar sintiéndome centrado, en contacto con la tierra, como si, después de todo, hubiera algo de verdad en los clichés Zen que vomitaba mi madre.

Y, me paseara por donde me paseara durante el resto del día, fuera cual fuera la nueva realidad grotesca que se cruzara en mi camino, me mantenía impenetrable, casi indiferente, capaz de contemplarlo todo a distancia. Podía encontrarme con un yonqui que se quedara adormilado en plena calle, en mitad del paso de peatones, como si se hubiera olvidado de que se dirigía a la otra acera, y que acabara atropellado por un autobús municipal que había acelerado para ganarle la carrera al semáforo en ámbar; o con un hombre apoyado contra un muro de ladrillo con la piernas estiradas frente a él y los brazos caídos a sus costados, pasando el rato sin que nadie le hiciera ni caso (o al menos eso parecía hasta que le veías el agujero en la frente, el hilillo de sangre que se deslizaba por la arruga entre sus cejas); o con un mocoso, quizá una niñita pequeña, que gritaba a pleno pulmón mientras corría de tienda en tienda por la Segunda Avenida, sin que hubiera ni rastro de sus padres por ninguna parte; fuera lo que fuera, no me afectaba. O, si lo hacía, si mi corazón se apenaba, no me sentía implicado. Ya tenía yo suficientes magulladuras propias como para echarme más encima.

Al final, no sé cómo, llevé a Rosalita a mi escondite particular. Le enseñé mis tesoros.

—¿Taponos de botellas, eh? —dijo—. ¿Chapas? ¿Un cacho de cemento que te encontraste por la calle? —Si le hubiera contado que me protegían, se habría reído en mi cara, los habría cogido del salpicadero y los habría arrojado en una alcantarilla. Castigando mi debilidad. Mi evidente desesperación.

—Me gustan —le dije—. Les he puesto nombre a todos.

Desviar la atención. Negar la debilidad propia. Eso ella podía respetarlo.

Al final, terminó por apreciar el encanto de aquellas cosas. Su forma de montar guardia en la guarida. Cómo, tras aquella línea de defensa, en las profundidades del cadáver calcinado y oxidado del Pinto, casi resultaba posible creer que uno estaba en otro mundo.

Pasamos mucho tiempo allí dentro. Llegamos a un punto en el que, si no la encontraba dando vueltas por el barrio, sabía que simplemente podía ir a esperarla allí en el asiento de atrás y que, tarde o temprano, ella aparecería. Puede que ninguno de los dos estuviera dispuesto a admitirlo en voz alta, pero dependíamos el uno del otro. Mi escondite secreto se convirtió también en el suyo. Así de íntima era nuestra relación.

A veces, cuando hablábamos, dejábamos al descubierto nuestros voes más profundos. O al menos yo lo hacía. Rajaba compulsivamente sobre, buf, yo qué sé. Lo inestable que era mi madre. Lo imposible que me resultaba ser el chico que ella quería, cuando ese chico era Lenny y yo jamás lo igualaría. Lo triste que estaba de que él se hubiera marchado. Y también Phil. ¿Qué tenía yo de malo, qué tenía ella de malo? Para que nos abandonaran así. ¿Qué era lo que habíamos hecho? Quizá fuera nuestra mera existencia. Le revelé mi yo más sensiblero e incoherente a Rosalita. Y puede que ella no llegara nunca al punto de consolarme, pero lo que sí hizo fue dejar de intentar endurecerme. Su silencio funcionaba como una especie de compasión. Me sentía apoyado, aunque fuera tímidamente.

—Volverá —le dije. Más de una vez—. Lenny volverá a buscarnos. Cuando pase el peligro.

Y, si alguna vez yo me hacía preguntas sobre su dolor, bueno, ella siempre encontraba otras formas de comunicármelo.

—¿Sabes para qué están los asientos de atrás de los coches? —me preguntó un día.

—Es donde se sientan los niños —dije yo.

—No, bobo, es donde se echa un polvo. —Este término era nuevo para los dos. Ella lo empleaba con deleite, como si fuera un juguete nuevo y mágico—. Ya sabes. Donde se folla. —Hizo un círculo con una mano y empezó a meter y sacar de allí un dedo de la otra mano.

En aquel momento debí de quedarme con cara de tonto, porque ella insistió:

—¿Quieres probar?

Pues no, la verdad. Pero no podía rechazar un desafío, y menos viniendo de ella.

Nos quitamos la ropa. En los reducidos confines del coche, no parábamos de chocar el uno con el otro, un pie en la espinilla, un hombro en la barriga. Cuando estábamos en ropa interior, los dos nos detuvimos. En parte porque hacía demasiado frío. En parte porque no creo que ninguno de los dos estuviera preparado para lo que venía a continuación. Habíamos visto a los adultos hacerlo. Ese no era el problema. Lo que pasaba era que nos parecía una guarrada, hasta para nosotros, aunque ya nos hubiéramos enseñado las partes íntimas e incluso nos las hubiéramos tocado mutuamente. Aquel pequeño espacio en la parte de atrás de aquel coche quemado, el uno junto al otro, era lo más próximo que teníamos a la inocencia. Por muy imprudentes y estúpidos que fuéramos, contábamos con el suficiente sentido común para pensárnoslo dos veces antes de renunciar a ella.

Así que nos quedamos allí parados, tiritando, frotándonos la carne de gallina, sin saber qué hacer a continuación.

—¿Lo has hecho alguna vez? —le pregunté.

—Todo el rato. —Otra fanfarronada de las suyas. Quién sabe si sería verdad—. El Chichones me lo hace a veces. Y el Aguijón.

En las otras ocasiones, cuando habíamos jugado a los médicos o a lo que fuera, no le habíamos enseñado al otro más que destellos rápidos de nuestros cuerpos. Ahora, viéndola sin nada más que sus braguitas de Wonder Woman, reparé en unas cicatrices que tenía en el tórax, toda una hilera de circulitos. Debió de verme mirándolos. Cruzó los brazos para taparlos.

Nos quedamos allí sentados durante un rato que se me hizo eterno. Pasando frío. Creo que hasta empezó a nevar. Recuerdo haber cogido mi AK-47 y haber empezado a enredar con el cierre de seguridad de plástico. Para tener algo que hacer. Algo que me distrajera de ella. Y, al final, el tedio se tornó más fuerte que lo que acababa de pasar y poco a poco fuimos poniéndonos la ropa de nuevo y, cuando volvimos a vernos, cosa que seguiríamos haciendo constantemente, nos comportamos como si aquel día nunca hubiera existido.

Un secreto. Algo a lo que poder llamar mío.

Había víctimas por todas partes. No solo nosotros. No solo los dioses del rock muertos. Era el espíritu de los tiempos.

A menos que te salieras de aquel fregado como Sy o te marcharas al campo a jugar a la utopía, vivías sitiado. Le perdías la pista a cualquier conexión que existiera entre tú mismo y los movimientos amplios de la sociedad. En el perímetro de las catorce manzanas que consideraba mi hogar, el concepto de lo normal adquiría unas connotaciones enfermizas. Mientras no me alejara de allí, no me daba cuenta, pero un paso al oeste de Bowery, un vistazo al norte de la Calle 14, e inmediatamente me veía enfrentado cara a cara con la evidencia de lo extraño e inescrutable que me había vuelto.

Tienes que entender que nosotros no nos dábamos cuenta de que éramos víctimas. Creíamos —al menos mi madre lo creía— que la guerra seguía en pleno apogeo y, pese a la apabullante cantidad de pruebas que demostraban lo contrario, aún creíamos que la ganaríamos. Como te decía, estábamos sitiados. Pensamos que podríamos aguantar el asedio y que, cuando este terminara, seríamos capaces de volver a los viejos tiempos como si nada hubiera pasado.

Y quizá fuera aquella la libertad con la que Lenny y mi madre habían soñado, pero a mí más bien me parecía un mero consumirse hasta desintegrarse. Era famosa la intervención de Lenny en Woodstock, diciéndole a la gente que no se tomara el ácido marrón. Pero nosotros lo habíamos hecho. Todos nos lo habíamos tomado. Alguien se lo había echado al agua. Una corriente continua e inagotable de incoherencias psicodélicas.

La gente que estaba ahí un día ya no lo estaba al siguiente.

Sable, la transgénero de manos temblorosas y uñas agrietadas. Antaño había sido uno de los satélites menores de la órbita de Warhol. Ahora vivía en un sótano frío y húmedo de la Calle 11, metiéndose anfetaminas y confeccionando muñecas de ojos tristes con trapo y algodón, criaturas historiadas con rostros moldeados, vestidos cosidos a mano y pelo que ella misma se cortaba de su propia cabeza. Transmitían algo así como un doloroso anhelo de vivir. Sable se las llevaba en sus paseos por el barrio como si formaran parte de ella. Un día, al menos según los rumores, un par de gilipollas de las afueras le

arrancaron una de las muñecas de los brazos. Se pusieron a provocarla y a tocarle las narices a base de pasarse la muñeca entre ellos. Yo no estaba allí y no lo vi, pero se decía que, cuando se aburrieron de oírla suplicar, uno de ellos hizo como si fuera a devolverle la muñeca a Sable, dejó que le agarrara una pierna y entonces tiró de ella a lo bestia. La muñeca se desgarró por la costura. El relleno salió volando por toda la calle. Sable chilló como si acabara de presenciar un asesinato, lo cual quizá fuera cierto. Todos oímos sus gritos, incluso a varias manzanas de distancia. Y después de aquello ya no se la volvió a ver nunca más.

O Moishe Kirschenbaum, un neurótico de guerra huido de los distritos jasiidies de Brooklyn. Como si acabara de llegar de Neptuno. Parecía incapaz de comprender los hechos más básicos de la sociedad secular estadounidense. Todo lo que sabía era que tenía que ser mejor que el lugar del que procedía. Y era un gigante de dos metros, tan delgado como el papel. En los sesenta había tocado en un grupo musical de canción protesta. Hacía sonar garrafones soplando. Tocaba el kazoo. El birimbao. Ahora se dedicaba a pedalear por todo el barrio montado en su bicicleta, disfrazado con una careta de Groucho que le tapaba su largo rostro de asno, con un maillot amarillo gastado y con unos pantalones de payaso arcoíris abiertos por la entrepierna. Una mañana, le vi escalar el pedestal de la esquina de Tompkins Square y quedarse allí encaramado, encorvado como una mantis religiosa. Me marché al colegio. Volví a casa. Salí otra vez a la tienda para comprarme un batido de chocolate. Durante todo aquel día, cada vez que pasaba por allí, me lo encontraba allá arriba, sin moverse, sin siquiera parpadear. Y esa es solo una de los cientos de cosas extrañas que le vi hacer. Si a alguien le hubiera importado, se lo habrían llevado al psiquiátrico de Bellevue, pero aquí no era más que un elemento del paisaje. Hasta que, un día, uno se preguntaba, ¿dónde estará Moishe? Me parece que llevo varias semanas sin verlo. Y te ponías a preguntar y todo el mundo te decía lo mismo. Y te quedabas con la duda para el resto de tu vida.

O Hank Palmer, el yonqui gordo al que habían echado de los Ángeles por razones desconocidas. Iba mucho por el St. Mark's Bar & Grill, donde más adelante los Stones filmarían el videoclip de «Waiting on a Friend». Un día se pinchó en el baño y murió de sobredosis. No conseguían sacarlo de allí. Estaba demasiado obeso. Tuvieron que picar la pared para hacer un agujero lo suficientemente grande para que pasara su cadáver. Todos los chavales del

barrio nos congregamos allí a mirar cómo se lo llevaban.

El Pastor Paolo, Rico el Hurón, Sally Sturges y el pequeño Mickey Moonbeam. Y algunos más. Uno oía sus historias constantemente por las calles del barrio.

La muerte nos acechaba.

Y la cosa se pondría peor, se veía venir.

Tanto si las cosas te iban bien como si te iban mal, te mirabas al espejo y te preguntabas si serías tú el siguiente.

Recuerdo a mi madre plantándole cara a esta pregunta, enfrentándose a sus miserables alternativas.

Como no tenía a nadie con quien hablar, hablaba conmigo. Procesando. Utilizando la nueva jerga de la autosuperación.

—Me estoy esforzando por entrar en contacto conmigo misma —me decía, sentada en el alféizar de la ventana, jugueteando con las hojas del helecho medio muerto—. Y he empezado a darme cuenta de que a lo mejor le guardo rencor. Inconscientemente. Porque... la cosa es que nos creíamos Bonnie y Clyde. Eso decíamos. «Nos marcharemos los dos juntos entre una lluvia de balas.» Pero resulta que no. Somos solo Clyde. Clyde y su compañerita. A la que puede tomar o dejar cuando quiera. ¿Y qué tiene que hacer Bonnie mientras Clyde está por ahí? Cambiarle los pañales a Clyde junior. Mantenerle el café caliente. Pasarse las tardes limpiando la escopeta que seguramente no volverá a usar nunca más. Y me siento fatal, Freddy. Te das cuenta, ¿verdad? Carezco de objetivos en la vida.

No servía de nada gritarle: ¿Y yo qué? ¿Qué pasa con lo de ser mi madre? ¿No es eso un objetivo en la vida? ¿No es lo bastante difícil? Pero ni siquiera me habría oído. No era capaz de verme como un ente distinto de sí misma.

Quién sabe lo colocada que estaba. Cuando más claras veía las cosas era cuando se había metido anfetaminas. O no más claras, pero sí con más lucidez. Sus premisas podían ser falsas, pero su argumentación se volvía sólida y sus conclusiones, lo bastante convincentes como para incitarla a pasar a la acción. Pero, cuando actuaba, se comportaba de forma incoherente. Tratando de aferrarse a cualquier razón que justificara su decadencia.

No, eso no es justo. Mamá buscaba de verdad algo en lo que creer, aunque avanzara sin rumbo fijo. Había construido su fe en torno a la revolución. No podía soportar la idea de que esta se hubiera desmoronado.

Se fue obsesionando cada vez más con su amiga Isha. Llevaban meses sin hablar, no habían vuelto a verse desde la complicada época previa a que la huida de Lenny saliera a la luz pública. Pero nada de aquello importaba. En la imaginación neomítica de mi madre, ella e Isha compartían la misma visión. Juntas lanzarían un asalto coordinado contra el sistema de desigualdad en el que ambas se encontraban atrapadas.

También me largaba rollos sobre esto, a veces cuando estábamos los dos solos en el piso, esperando a que pasara la noche. Hacía planes. Hipotéticos. Teóricos. Fantasiosos. Nada grande. Nada dramático. Ya había pasado la época de los ardidés teatrales.

—Empezaremos por cosas pequeñas —decía—. Cosas que podamos conseguir. Isha y yo, durante estos años, hemos aprendido lo duro que es. Podemos usarlo. Nuestra experiencia como madres solteras. Y seremos nosotras dos, nuestra mera existencia (una mujer negra y otra blanca, las dos duras de cojones), lo que le recordará a la gente cuáles son los problemas de verdad. La pobreza. Las mujeres pobres. Las que perdemos todo el día esperando en las oficinas de los servicios sociales. Las que le suplicamos al vendedor que nos cambie los vales de comida por dinero en efectivo. Las que vestimos a nuestros hijos en las tiendas de baratillo. Todas esas mujeres de las que se burlan las feministas ricas y famosas cuando reivindican que lo quieren todo. Montaremos seminarios. Sabemos hacerlo. Cultivaremos la conciencia comunitaria. Organizaremos intervenciones en la calle para enseñar a esas mujeres olvidadas a ganarle la partida al sistema y...

A veces perdía el hilo. Articulaba ideas perdidas, quejas, penas. Por ejemplo:

—Toda la conversación se desarrolla dentro de un sistema de valores que refuerza los imperativos capitalistas.

O bien:

—Estoy tan harta de oír que he fracasado en la vida solo porque no soy una rica progre...

Y se quedaba esperando, como si pensara que yo tendría algo inteligente que decir.

A veces se ponía emotiva, sentimental, como hacen los drogatas. Se desgarraba.

—Ay, Freddy. Ay, mi niño, tan dulce y tan bueno. Estoy cansada. No hay

palabras para expresar lo cansada que estoy. Pero... —reviviendo, con la voluntad de continuar—, cuando Isha y yo pongamos nuestros cerebros a trabajar juntos, ya verás. Todo mejorará.

Al principio se limitaba a hablar. Luego empezó a llamarla. De forma impulsiva. A horas intempestivas e inapropiadas. Isha nunca contestaba. Su hijo, Amari, el que se cobraba las reparaciones económicas por la opresión racial en juguetes Fisher-Price, lo cogía algunas veces. Siempre había alguna razón por la que ella no podía ponerse.

Al final, una mañana, desfilamos hasta Harlem para llamar a su puerta.

Recuerdo el edificio de pisos de alquiler donde vivían, tan parecido al nuestro, con la misma puerta de entrada rota y las mismas montañas de basura rebosando bajo el hueco de la escalera. Alguien había hecho añicos las luces del vestíbulo. Las ventanas estaban rajadas y pintadas. Las paredes, salpicadas de gotitas de un color marrón anaranjado, como el jarabe. Los escalones, cubiertos de pegotes negros de suciedad. Si no fuera por los olores —pescado frito, guisos de verduras, ni rastro del familiar tufillo a repollo cocido—, habríamos podido estar perfectamente en el Lower East Side.

Subimos las escaleras hasta el tercer piso. Llamamos a la puerta. Nada. Volvimos a llamar. Seguimos sin recibir respuesta. Acelerada y ansiosa, mi madre pegó la oreja a la puerta y escuchó. Volvió a llamar, con más fuerza esta vez, golpeando con el puño, y por fin alguien respondió. Amari.

—¿Qué queréis? —dijo. No abrió la puerta.

—Soy Suzy —dijo mi madre—. Snyder. La amiga de tu madre. La he estado llamando por teléfono.

Esperamos, insistentes.

—¿Qué queréis? —volvió a decir Amari.

—Estoy aquí con Freddy. Pasábamos por el barrio. Se me ha ocurrido parar a saludaros.

Un nuevo silencio y, a continuación, el sonido de varios cerrojos descorriéndose y la puerta abriéndose dos centímetros, aún sujeta por la cadena. El ojo ambarino de Amari, frío y cauteloso. Su frente abombada. Valorándonos con la mirada.

—¿Lo ves? Somos nosotros —dijo mi madre—. ¿Podemos pasar?

—Mamá no está.

En el piso de arriba, una puerta se cerró de golpe, y la atmósfera del pasillo cambió. Era como si hubiéramos transgredido alguna norma y estuviéramos a punto de que nos pillaran. Seguimos esperando. Una viejecita arrugada vestida con una bata bajó haciendo crujir las escaleras, empujando un carrito de la colada lleno a rebosar. Nos miró. Suspiró con desdén. En Harlem, igual que en Brooklyn, los únicos blancos que pasaban por allí eran las monjas y los trabajadores sociales, los polis y los agentes supervisores de la condicional. Nosotros no éramos nada de eso. Éramos intrusos. La viejecita continuó su camino, renqueante, pasándolas canutas para bajar el carrito por las escaleras, sin decir una palabra, protegiéndose de nosotros con su silencio.

—¿Seguro que tu mamá no está? —dijo mi madre—. Me gustaría muchísimo verla.

—¿Me estás llamando mentiroso?

—Podríamos esperarla. ¿Cómo se encuentra? ¿Me puedes decir eso al menos?

Siguieron así un rato, inmersos en un toma y daca. Dando vueltas y más vueltas. Cuanto más tiempo pasaba Amari allí, más evidente se hacía que Isha estaba dentro. Recuerdo haberme preguntado qué nos ocultaba él, de qué tenía miedo, qué oscuridad intentaba proteger. Víctimas. Había víctimas por todas partes. Las mejores mentes de cada generación. Así son las cosas. Ahora lo sé.

Años después, en el último álbum que sacó antes de que lo mataran, Amari grabó una canción que lo explicaba todo. Tenía una cadencia lenta. Lastimosa. Simple y directa. «Isha —decía, casi cantando, pero no del todo—. Significa pureza, regalo de Dios.» Utilizó como motivo principal el «Mercy, Mercy Me» de Marvin Gaye, con su cansado aire de derrota. Y, rapeando por encima del ritmo, contaba la historia del declive de Isha. Cómo se había alimentado del combustible del movimiento del *black power* y cómo había mantenido un rumbo firme por entre las hogueras que estallaban por todas partes. Cómo, cuando los cerdos tirotearon a papá, ella se negó a odiar. «Me enseñabas dignidad, que había que mantenerse erguido, levantarse, no dejarse arrastrar.» Y él había intentado hacer honor a aquellas palabras, «pero, Mamá, era difícil ver cómo te lo echabas todo encima». Contaba que la podredumbre se le había metido hasta los tuétanos. Y que se había infligido la vida que creía merecer: drogas duras, traficantes aún más duros y llagas abiertas. «Sin más dignidad que perder.» Ella solo trataba de sobrevivir. «Mamá, tú me querías.» La voz

de Amari vibraba de emoción doliente. «Oh, piedad, ten piedad de mí.» Cambió un poco la letra. «Las cosas no son como deberían ser.»

Aquella canción me impresionó. La cantidad de cosas que Isha y mi madre habían tenido en común. Lo similares que habían sido sus caminos, aunque el de Isha había tomado un rumbo peor. Pienso mucho en ello.

Y recuerdo, de pie allí, frente a su puerta, haberme preguntado qué haría yo si Isha y Amari se presentaran inesperadamente en nuestra casa. ¿Les dejaría entrar? ¿Incluso si eso significaba que iban a ver a mi madre subiéndose por las paredes? No. No les dejaría. Haría lo mismo que estaba haciendo Amari. Yo era él. Él era yo. Los dos luchando por salvar a nuestras madres. Los dos carentes de los recursos necesarios para plantearnos siquiera cómo lograrlo. Y recuerdo haber comprendido ya entonces que nunca llegaríamos a hablar de ello, que nunca seríamos aliados, ni siquiera amigos, igual que mi madre e Isha tampoco volverían a serlo.

Pero mi madre parecía incapaz de captarlo. Estaba demasiado desesperada. Se había arriesgado a arrastrarnos hasta aquí para implorar la ayuda que le hacía falta para salvarse de sí misma. Y, ahora que había llegado, no podía ver nada más que su objetivo.

Se puso a implorar. Había metido un pie en el hueco de la puerta para evitar que Amari le diera con ella en las narices.

—Tenéis que marcharos —repetía Amari una y otra vez—. Tronca, tenéis que marcharos. Dejadnos en paz.

Y mi madre le respondía:

—Solo dile que soy yo. Suzy. Ella lo entenderá. Me conoce. Díselo, por favor. Ya verás. Por favor. Me conoce. Seguro que quiere verme.

Forcejearon con la puerta. Ambos. Tirando y empujando, hasta que por fin la cadena se rompió o el cerrojo se salió o algo pasó; en cualquier caso, la puerta se abrió de golpe y Amari cayó hacia atrás trastabillando, intentando mantener el equilibrio. Y allí estaba Isha, encogida en el sofá, contemplándolo todo con ojos vidriosos.

—No quiere verte —dijo Amari. Ahora era él el que imploraba—. No necesita la ayuda de una blanquita como tú.

La violencia y la lucha y la imagen de Isha frente a ella, medio ida: mi madre se quedó helada. Sin palabras. Incapaz de moverse. Ahora entendía, con una claridad indeleble, que no debería haberse presentado allí.

—Déjanos en paz —dijo Isha—. No tienes nada que ofrecernos.

Estaba en lo cierto. Mi madre no podía ayudarla. Ella no podía ayudar a mi madre. Fuera lo que fuera lo que las había unido en el pasado, ya se había roto. Ahora todos estábamos solos.

Pero tuvimos suerte.

Ver a Isha en aquel estado sacudió a mi madre lo suficiente como para empujarla a salir de casa a buscar trabajo. O algo parecido. Se ofreció como voluntaria en el Compañera's. Se mantuvo fiel a sus principios y trocó su trabajo por el bien común. Ganaba lo justo para pagar el alquiler.

Y ahora al menos teníamos comida. Menos da una piedra.

Recuerdo las noches que pasé en el Compañera's durante aquellos pocos meses buenos, esperando por allí mientras mi madre trabajaba. Escarbando en el pastel de carne que me ponía delante. Formando montoncitos —las zanahorias aquí, las cebollas allí, los champiñones de la salsa bien lejos, a un lado del plato— hasta asegurarme de que la carne quedaba totalmente limpia. Luego los deberes: cuadernos de caligrafía y de aritmética básica. Me balanceaba sobre las patas de la silla coja hasta que alguien me lanzaba una mirada.

Las mujeres del Compañera's me trataban con un amor maternal. No les importaba que estuviera merodeando por allí la mitad de la noche. Yo era su mascota.

Meg y Colleen y Nita y Violet. Billie, la de las puntas abiertas, a la que le faltaban un par de dientes. Era como si la tierra se le quedara pegada a las plantas de los anchos pies planos, el viejo mundo se elevaba a través de ella, enraizaba todo lo que tocaba.

Misty y Juana, que a lo mejor eran pareja y a lo mejor no. Cuando el comedor se quedaba medio vacío, se sentaban a mi lado y me hacían preguntas. «¿Qué estáis dando? George Washington, ¿eh? ¿Qué opinas de él? ¿De verdad te crees eso de que nunca dijo ninguna mentira?» Me aceptaban tal como me encontraban y me elogiaban por lo que veían. «Eres tan listo..., tan sensible..., qué buen chico. Cuidas mucho a tu vieja, ¿verdad?» Me halagaban con sus ilusas suposiciones.

Yo palpaba mi rifle de agua, que siempre iba a mi lado, y decía: «¡Qué te apuestas!». Mi frase favorita. La había oído en la tele.

Ellas me contaban sus historias, las vidas que habían vivido. Cómo se había hecho Colleen aquella cicatriz en el brazo. Por qué se había marchado Violet de Detroit y las muchas paradas que había hecho antes de llegar a este destino inesperado. «No es gran cosa, pero al menos es nuestro», decía, fingiendo un falso acento sureño para camuflar y burlarse de la sinceridad de sus sentimientos. Luego se reía —con sonidos bruscos similares a hipidos—, como si tuviera que sellar incluso aquella grietecita.

Hasta la mismísima Compañera —así la llamaba todo el mundo— me prestaba atención. Al subir del sótano con una bandeja de lasaña, me lanzaba al pasar una mirada benévola y chasqueaba la mejilla dos veces, con un sonido parecido al que hace una pistola al montarla. Se apoyaba en el mostrador y sonreía, no tanto a mí como a aquel espacio que ella había creado. Como diciendo: *Esto, todo esto, es mi pequeño milagro.*

Y sí, supongo que lo era.

Todas aquellas mujeres, sin excepción, habían tenido unas vidas muy duras. Pero, guiadas de un modo u otro por la visión de la Compañera, se habían forjado un espacio para ellas mismas, un rinconcito donde no importaba lo desastrosas que pudieran llegar a ser. En aquel lugar reinaba una benevolencia acogedora y femenina, radical en su compasión y en su carencia de juicios. Podían sanar o podían no hacerlo. Lo que ellas quisieran.

Mi madre se mantenía al margen. Escéptica. Siempre se había sentido más cómoda entre los chicos. Aquella aceptación blandengue la ponía nerviosa. No estaba tan convencida de querer sentirse segura.

Yo la observaba mientras atendía la caja registradora o servía el rancho en la barra, manteniéndose a una distancia prudencial de las demás. Le tomaban el pelo —Juana o Meg, las payasas del grupo—, echándole un brazo sobre los hombros y adoptando una pose, esperando a que se le inflaran las narices y las mandara a freír espárragos. O le preguntaban por Lenny, si tenía noticias de él, si estaba a salvo, si Kunstler por fin había obrado el milagro.

—No sabemos cómo lo haces, creer así en él, cuando todo el mundo te dice que deberías olvidarlo. —Y seguían metiendo el dedo en la llaga—: Tienes una voluntad de hierro. Te admiramos. Yo ni de coña esperarí­a así a un hombre, pero, bueno, cada una...

Mamá les dejaba ver su sonrisita.

—Dadme un puto respiro —decía—. Vale, soy una tonta.

—Eres tú la que lo ha dicho, no yo. ¿Pero sabes qué? Alguien tiene que dar la cara por esos pobres hombres oprimidos.

Le tocaban la fibra sensible. Sabían buscarle las cosquillas.

Pero luego nos daban empanadas para llevárnoslas a casa. Bandejas rebosantes de sobras.

El día en que mi madre cumplió treinta y dos años, la Compañera le preparó una tarta. Un pastel de ángel con cobertura de merengue.

—No lo quiero —dijo mi madre—. No voy a celebrarlo.

—Acabas de entrar en tu año jesucristico —le dijeron—. Al menos celebra eso.

—Soy judía. ¿Qué me importa a mí ese gilipollas?

Y Juana, que sabía darle la vuelta a su ceño fruncido, o quizá fuera Meg, le guiñó un ojo y dijo:

—Pues os importó lo bastante como para matarlo. Piénsalo.

Así que lo celebraron, poniendo a Aretha y a Diana Ross a todo trapo hasta altas horas de la madrugada y bebiendo demasiado vino de garrafón y cerveza aguada. No eran orgullosas. Ahí residía su encanto y su fuerza. Hasta mi madre bailó, un poco agachada, moviendo las caderas.

Yo vi cómo aquel lugar surtía su efecto en mi madre. No tanto suavizándola, sino rodeándola de suavidad.

Y luego, en casa, se pasaba el día quejándose de ellas.

—Son como una secta. ¿No crees, Freddy? Todo ese montón de buenas intenciones. Si no me ando con ojo, me van a convertir en bollera. Ja. Bueno, no, pero...

Negaba con la cabeza, clavaba la vista en el suelo, y yo sabía que se ponía a pensar en lo geniales que eran todas. Billie, con su cambiante desfile de hombres violentos; Colleen, asustadiza como un gatito perdido en medio de un campo de batalla; y Misty y Juana, tan sospechosamente felices. Y la propia Compañera, que a mi madre debía de recordarle a Lenny, como una versión más tranquila y menos presumida de Lenny. Todas.

Debía de ser humillante para ella. Debía de dolerle ver a la Compañera aferrarse a sus sueños irracionales.

Pero siempre regresaba. Por el dinero, claro está, por el poco que le daban, pero también por la amistad. Por —y esto lo digo con total sinceridad

— la libertad que aquello suponía.

Se estaba desenganchando.

Seis semanas al cuidado de la Compañera y corría el peligro de volver a soñar. De volver a concebir ideas sobre el futuro. De arrancar el motor y acelerar un poquito para ver si aún funcionaba.

Y fue entonces cuando le llegó esto por correo:

Petulante:

¡Ya basta de silencio! Es insoportable. Ya te lo he dicho antes y te lo volveré a decir, cien veces, mil: tú y yo somos la misma persona. El mismo corazón. La misma mente. Si no puedo poner a prueba contigo mi sentido de la realidad, estoy perdido.

¿Me entiendes? Estoy perdido, Susan. Pasan las semanas y sigo en un estado catatónico. No soy capaz de escribir. No soy capaz de leer. Ni siquiera puedo pensar. Si la Reina no estuviera aquí, probablemente ni comería. Me prepara sopas. Me vigila para asegurarse de que me las como. Me saben a amargura. A mi hiel particular.

Te necesito.

No sé por qué me has abandonado. Quizá solo sea cosa de la distancia y de las perturbadoras consecuencias de lo que debe de parecerte una senda interminable de persecución estatal. Quizá hayas perdido la fe y hayas decidido que no merezco la pena. Eso podría entenderlo. No es tu estilo, pero podría entenderlo. Lo que no entiendo es por qué has cortado toda comunicación conmigo sin ningún tipo de explicación. ¿No te das cuenta del daño que eso le hace a mi mente?

¿Es por la Reina? Ella no supone ninguna amenaza para ti. El amor no es un bien escaso como el oro. Se renueva constantemente. Cuanto más amor dejas entrar en tu vida, más amor tienes para dar. E, incluso aunque esto no fuera cierto, mi corazón es lo bastante grande como para acogeros a las dos. Deberías alegrarte de que ella esté a mi lado, manteniéndome vivo. Es un curro de cojones y se le da de maravilla. Ella es como una guardiana que me mantiene engrasado y en funcionamiento hasta que tú y yo podamos volver a reunirnos.

Pero no creo que sea eso. Nos hemos compartido con tantas otras personas a lo largo de los años que ya lo sabría si fueras celosa por

naturaleza.

¿De qué se trata, entonces? ¿Del dinero? Si tuviera algo perdido por ahí, tú serías la primera en saberlo, ¿vale?

Por favor, habla conmigo. Mándame un mechón de tu pelo.

TU LOCO DE DOS CORAZONES QUE TE QUERRÁ SIEMPRE

Y esto:

Olivia:

Me ha entrado la depre. No me la quito de encima. Ya no soy yo; no sé quién soy. La gente habla del legendario Lenny Snyder y me pregunto: ¿Quién será ese tío? Me parece que le conocía. ¿Le reconocería si me lo encontrara por St. Mark's? ¿Me reconocería él? Pensaría que soy un bobo. Un tarugo convencional. Tímido, miedoso. Un paleta que jamás se enterará de lo que pasa a su alrededor.

Me he perdido a mí mismo aquí, en estas mesetas altas; y no, eso no es una pista, es una metáfora. En estos momentos, el país entero parece una meseta alta. Nos falta el aire. La guerra está lejos.

Necesito verte. Necesito ver al chaval. Ver mi cara reflejada en la suya y recordar quién soy.

No vivo más que para eso.

POPEYE

Era como si Lenny notara que ella estaba empezando a alejarse y no pudiera resistirse a la tentación de recordarle que había sido él quien había marcado su vida entera. Al no recibir respuesta de ella, elevó la apuesta.

Narciso:

¿Tienes libre el fin de semana del 19 de abril? ¡Yo sí! ¡Y quiero verte!

Ven. Me importa una mierda el riesgo. Ven y ya está.

Ya he arreglado todos los detalles con Kunstler. Por razones obvias, son complicados. Entre otras cosas, tendrás que agenciarte un coche. Pregúntale y él te pondrá al día. ¡En persona, eso sí! ¡Nada de

teléfonos!

¿Estoy oyendo un sí? ¿Sí? ¡Sí! ¡¡SÍ!!

¿Nos vemos entonces? ¡Estoy deseándolo! ¡Y la Reina se muere de ganas de conoceros!

LA ABEJITA

P. D.: Tráete al chaval. Tengo una pelota de béisbol que podemos lanzar por ahí.

La recuerdo perfectamente después de leer esto. Empezó a agitarme la hoja de papel rayado delante de la cara y a señalarla golpeándola con un dedo rígido. Su excitación estaba cargada de violencia.

—¿Qué te había dicho, Freddy? ¿No te dije yo que todo iba a salir bien?

Desfiló hasta la cadena de música y la puso a todo trapo. Se derrumbó en el sofá con la cabeza echada hacia atrás y dejó que la virtuosa guitarra de Richie Heavens la catapultara al futuro de ensueño en el que había estado a punto de perder la fe.

Aquello era una confirmación. Un gigantesco «jódete» dedicado a todos aquellos que habían tratado convencerla de que rehiciera su vida sin él. Los cínicos y los realistas y los curanderos comeflores. Coño, una vez hasta Kunstler le había sugerido que abandonara la esperanza.

Pues que les dieran por culo.

Que les dieran por culo a todos.

Éramos gloriosamente libres.

Lenny nos había llamado a casa. Exactamente como nos había prometido. En cuanto a nosotros, ¿íbamos a acudir? Eso ni se pregunta.

Pero, antes, una última cosa sobre Phil:

Había momentos en los que yo pensaba que todo iría mucho mejor si él volviera a visitarnos como hacía antes. Pero nunca regresó. No después de aquella noche tan brutal con mi madre.

Cuando pienso en él ahora, me lo imagino consumiéndose en aquel piso de Clinton Street, encajonado entre ejemplares de *The New York Times*, bebiendo tragos de vodka de una taza de desayuno con muescas. Borracho y sentimental, agarraría un periódico de una de las pilas y leería los titulares. Watergate, My Lai, Gerald Ford. El segundo —¿o era ya el tercero?— retorno de Dylan. Se burlaban de Phil, aquellas noticias sobre el poder y la trascendencia. Incluso cuando revelaban verdades necesarias, las distorsionaban. Apuntalaban el sistema que fomentaba la misma corrupción que la prensa había jurado desenmascarar. Adulando —aplacando— a los socialdemócratas sordos que, atrapados entre sus buenas intenciones y sus deseos de comodidad, contaban con el periódico para que les demostrara lo justos que eran. «Todas las noticias aptas para ser publicadas»: el lema del *Times*. ¡Ja! ¡Bonita arrogancia delirante la suya!

Me imagino a Phil tropezando por el piso, pensando, en la medida en la que aún fuera capaz de pensar, que se había equivocado en la crítica. Se había equivocado en la forma de contar la historia. Y lo habían tachado. Le habían etiquetado como bufón, alguien a quien ni siquiera merecía la pena despreciar. Y tenían razón. Él lo sabía. Siempre había creído que la bondad era una virtud. Como si estuviera en juego algo más grande que su ego. Debería haber aprendido de Dylan, de Lenny, a utilizar la maquinaria a su favor, a hacer que todo girara en torno a él, a vincular el drama de su propia vida al mensaje. Debería haber jugado al ajedrez con el mundo y no haber apelado nunca a la bondad. La bondad siempre pierde. Has perdido, Phil, se diría a sí mismo. Tienes lo que te mereces. Despreciar el juego no te convierte en ganador.

Me lo imagino tropezando por aquel piso oscuro, chocándose con los artefactos de su pasado. Los cuadernos llenos de viejas ideas abortadas, la guitarra, los periódicos, los periódicos esparcidos por todas partes,

arrugados, con manchas de agua, amarilleando en los bordes. Letras deslizándose por dentro de su cerebro, no las suyas, sino las de Dylan... *No hay éxito como el fracaso y el fracaso no es éxito en absoluto...* Lo herían y le hacían mella... *Menuda cara más dura..., no tenías ninguna fe que perder y lo sabes...* Se las sabía mejor que las suyas propias.

Y me lo imagino tropezándose con sus propios pies y cayendo sobre las pilas de periódicos. Incapaz de volver a levantarse. Sin voluntad ninguna de hacerlo. Si alguien tenía que arrastrar su cuerpo por ahí otro día más, que fuera otro, no él. Me lo imagino desmayándose, deseando estar muriéndose, y despertando al día siguiente como un hombre diferente, cínico, con un repentino deseo de sobrevivir.

Pero esto es lo que pienso ahora. No sé lo que pensaba entonces.

Lo único que sabía es que nos había borrado de su vida, a mi madre y a mí, y que yo lo echaba de menos con tal desesperación que una tarde fui a Clinton Street y me puse a llamar a su puerta. Un simple toque y la hoja se abrió sola. Aquello estaba desmantelado. Completamente vacío. Las ventanas estaban abiertas de par en par, las oscuras cortinas de arpillera habían sido arrancadas y yacían amontonadas a lo largo de la pared. Los únicos signos de que Phil había vivido allí eran una página de *The New York Times* pegada con barniz a las tablas del parqué y un envase de cartón de *lo mein* que se pudría en la nevera desenchufada.

Le eché la culpa a mi madre. Corrí a casa para gritarle:

—¿Dónde está? ¿Qué le has hecho? Te odio. Hazlo volver. Te odio.

Ella intentó ablandarme.

—Mira, Freddy, Phil está muy ocupado. No nos debe nada. Cuando quiera ponerse en contacto con nosotros, nos encontrará, estoy segura.

Pero no me lo tragué.

—No lo hará. Le has hecho algo. ¿Qué le has hecho?

Grité hasta quedarme afónico. Las complejidades de los adultos no me cabían en la cabeza. Para mí, la vida era todo o nada. Y, cuando las cosas iban mal, siempre tenía que haber un motivo para ello.

—¿Quieres que le llamemos? —me preguntó. Le hacía gracia la intensidad de mis emociones.

—No podemos llamarle. Ya no vive allí. Ya te lo he dicho.

Fue hasta el teléfono y levantó el auricular.

—¡Ya no vive allí!

Marcó un número, luego otro, picándome.

—¡Mamá!

—¿Entonces no quieres que le llame?

—¡Ya no vive allí! ¡Todas sus cosas han desaparecido!

—Bueno, pues ahí lo tienes, Freddy. Se ha mudado. A lo mejor se ha vuelto a Los Ángeles. —Sopesando hasta qué punto había funcionado su táctica, y viendo que yo había picado, volvió a colgar el teléfono y se quedó un rato observándome.

—Se habría despedido de nosotros —dije yo—. ¿Por qué no se ha despedido?

Mi madre se arrodilló. Me atrajo hacia ella.

—Eso significa que te quiere. Cuando crezcas, lo entenderás. La gente odia las despedidas. Despedirse significa que es para siempre.

Lo que no me dijo, aquello de lo que estaba intentando protegerme, era de los rumores que circulaban últimamente por la ciudad. Alguien había oído decir a alguien, quien a su vez se lo había escuchado a uno que lo sabía de buena tinta, que habían visto a Phil hecho un ovillo delante de una tienda en un semisótano del número 12 de Little West Street, cubierto en su propia orina, medio muerto de congelación; que lo habían visto merodeando por McDougal con un martillo en el cinturón, acusando por igual a amigos y a desconocidos de haberle robado algo que él llamaba «las campanas»; que había intentado arrear a Sy Neuman con el martillo, después a Marcus Kirsh e incluso al pobre viejales de Pete Seeger; que llevaba a todas partes un estuche de guitarra lleno de pasta y que lo abría con inquina para tirarle billetes a la cara a cualquiera que tratara de hacerlo entrar en razón; lo último que mi madre había oído era que Phil estaba atrincherado en el hotel Chelsea, que se negaba a abandonar su habitación por ningún motivo y que hacía que le subieran cajas enteras de vodka de la licorería de al lado, mientras grababa una teoría intrincada y grandilocuente sobre la persecución a la que lo estaban sometiendo el *Times*, Bob Dylan y la CIA y la Interpol y el MI6, el mismísimo general Robert McNamara, Henry Kissinger, Richard Nixon, Lyndon B. Johnson, toda la caterva de políticos piratas; una historia totalmente aterradora, según aquellos que la habían oído, no porque fuera verdadera, sino por la lógica patética que

la estructuraba, por el alcance histórico de las quejas de Phil, que establecía conexiones entre él mismo y el Che y Fidel en Sierra Maestra, los Rosenberg, Emma Goldman, Leo Frank y muchos otros, desde James Dean, Marilyn y Edgar Allan Poe, Herbert Melville, pasando por Ralph Waldo Emerson, Guy Fawkes y Jean-Paul Marat, hasta Juana de Arco, Robin Hood, el Viejo de la Montaña, Jesucristo, una larga cadena ininterrumpida de mártires que se remontaba a los tiempos de Jeremías, todos ellos ardiendo como herejes en los templos de los corruptos, todos ellos luchando contra los mismos peces gordos cobardes, todos ellos derrotados, aunque al final victoriosos en su derrota, salvo Phil Ochs, que simplemente había salido perdedor de su propia derrota, o eso decía el hombre que lo sometía a juicio en su habitación del cuarto piso del hotel Chelsea, razón por la cual había tenido que matar a ese cobarde a sangre fría y asumir la tarea que Phil había sido demasiado débil para culminar. Ahora se hacía llamar John Traine, o eso era lo que ella había oído. Y, en la misma medida en que Phil había sido sincero y generoso, Traine era rencoroso e implacable. Se había transformado en un loco desagradable cuyo odio hacia sí mismo abarcaba al mundo entero.

Mi madre no me contó nada de aquello. Quizá, al no haberlo presenciado en persona, se negara a creer lo que decían por la calle. Quizá no pudiera soportar plantearse hasta qué punto ella había podido contribuir a empujarlo hasta ese estado, quizá fuera incapaz de afrontar su culpabilidad, si es que era eso lo que sentía. Ella era libre, éramos libres, todos los demás eran libres de seguir su propio camino individual sin importar con cuántas penurias decidieran cargar, y se suponía que eso conduciría a la liberación, a una sociedad abierta que diera cabida a todos los seres humanos, hasta a los más trastornados. Quizá le doliera tanto no saber cómo ayudarlo que se había ocultado a sí misma la profundidad del sufrimiento de Phil. Ella era una persona a la que le importaban los demás. Había visto a tantas víctimas... Quizá se negara a aceptar que Phil hubiera resultado ser una de ellas.

Fuera lo que fuese, cuando nos enteramos de que Phil iba a dar un concierto secreto en la sala Gerde's, mi madre se resistió a ir. Yo imploré y supliqué hasta que ella accedió, lo cual me costó mucho menos esfuerzo de lo que, visto lo visto, debiera haberme costado.

Como era habitual en ella, cuando llegó la noche del concierto no lograba decidirse a salir de casa. Se cambió tres veces de ropa y no acertaba a

dibujarse la raya del ojo como tenía que ser. Después, no encontraba las llaves. Ni el alegre sombrero blando de ala ancha que quería ponerse. Remoloneaba. Siempre encontraba algo más que hacer antes de marcharnos. Aquello también tenía cierto significado para ella, volver a ver a Phil. Quizá intuyera que se trataba del final.

Por fin conseguimos bajar a la calle, para volver a subir inmediatamente a cambiarnos las chaquetas por otras más ligeras. Luego, mientras cruzábamos la ciudad andando, se le ocurrió que teníamos que comer algo y me metió en una pizzería.

—Nos lo vamos a perder —protesté. Yo estaba acelerado. Ansioso.

—Nah. Estas cosas siempre empiezan tarde. Y la gente enrollada sabe que no mola ser puntual. Vamos a llegar en el momento ideal, justo para que parezca que en realidad nos da igual.

—¡Pero no nos da igual!

Mi madre se inclinó sobre la mesa y se puso un dedo en los labios.

—Sssssh —dijo—. Eso es un secreto. Que no se entere nadie. —Tomándome el pelo. Contenta. Bromeando. Humedeció una servilleta en su vaso de agua y me limpió la grasa de la mejilla.

Cuando por fin llegamos, el concierto ya había empezado, quizá no con puntualidad, pero sí con más puntualidad que nosotros. Había gente oculta en la penumbra nada más pasar la entrada, de espaldas a la puerta. En algún lugar al otro lado de la cháchara, Phil rasgueaba su guitarra y le susurraba al micrófono, pero lo único que oíamos desde la puerta era el tenor de su voz, el ruido sordo que hacían las cuerdas cuando las ametrallaba para acentuar algo. El tío que estaba cobrando no nos dejaba pasar.

—No quedan entradas. Ya hay demasiada gente ahí dentro —dijo.

—Estamos en la lista —repuso mi madre.

—No hay ninguna lista.

—Y una mierda. Siempre hay una lista.

El tío le lanzó una mirada que combinaba dos tercios de pena y una de miedo, y en ese momento deberíamos haber sabido lo tenso que estaba el ambiente allá dentro.

—Esta noche no. Pero, de todas formas, da lo mismo. El niño es demasiado pequeño.

—Somos amigos de Phil.

Él la miró, inflexible, como esperando a que le explicara en qué cambiaba eso las cosas.

Phil cantaba ahora una vieja canción sindicalista. Su voz chirriaba sobre la melodía, más parecía ladrar que cantar.

—Nos lo estamos perdiendo —gemí.

Y mi madre aprovechó la situación.

—Mira —le dijo al tipo—, vas a hacer llorar al niño.

Nos dejó entrar.

Y allí —una vez que logramos pasar entre los cuerpos apretujados al fondo de la sala— vimos a Phil. Estaba sentado en equilibrio inestable sobre una banqueta alta, apoyándose en una pierna estirada. Se había puesto aún más gordo que la última vez que lo había visto, hacía tan solo unos meses, y llevaba la ropa demasiado apretada, la camisa desabrochada por necesidad, las botas desatadas por desidia. Ya había abandonado la canción sindicalista. Tenía la cabeza colgando, con la barbilla inclinada sobre el pecho, y el pelo grasiento le cubría la cara hinchada. Como si estuviera demasiado cansado para interpretar el papel que toda aquella gente esperaba de él.

Miró al techo y se pasó la mano por el cabello como le había visto hacer cien veces antes y, por un instante, parpadeó un destello del hombre a quien yo había conocido. El mismo, pero más triste.

—¿Dónde está esa copa, tronco? —dijo mirando a la barra. Rasgueó la guitarra—. No puedo cantar otra canción hasta que me sirvas otra copa.

Mi madre y yo nos habíamos colado entre el público que estaba de pie y las mesas. Apretujados por todas partes, avanzamos de lado hacia la pared de ladrillos, donde había un poquito más de espacio para respirar. Aún no nos habíamos adaptado al ambiente que flotaba en la sala. Intuíamos una especie de perturbación, pero no teníamos información suficiente para comprender la causa. Solo sabíamos que la gente estaba fascinada por algo que no era la música. Y que Phil parecía sentirse muy solo allá arriba, mientras esperaba su bebida.

Por fin, un vaso de medio litro de un líquido translúcido llegó al escenario. Phil lo levantó como una ofrenda y dijo:

—Por fin. El servicio aquí es una mierda.

Se bebió de un trago la mitad del vaso y lo dejó en una segunda banqueta vacía que le habían puesto al lado.

—Ahora os voy a tocar otra que vais a odiar. —Rasgueó un par de acordes—. Directamente de labios del profeta. —Y empezó a tocar un tema de Dylan. De entre el público se elevaron gruñidos y protestas. Phil hizo como si no se enterara, se miró los dedos y siguió divagando hasta que se equivocó con la letra y se dio por vencido—. Demasiadas estrofas —dijo, farfullando ante el micrófono—. Ese tío nunca sabe cuándo parar. —Apuró el resto de su bebida y volvió a mirar a la barra—. ¿Otra ronda para el trovador? —dijo. Rasgueó. Graznó un par de letras aleatorias. Comienzos en falso. Gestos abortados—. «No hay éxito como el fracaso y el fracaso no es éxito en absoluto.» —Se le ocurrió una idea y se detuvo para anunciarla—. Pero es un genio. Indudablemente. Siempre fue mejor que Phil Ochs.

El público se tensó. Alguien gritó:

—¡Toca tus canciones!

—Phil lo supo desde el primer momento en que lo vio. «En fin, estoy acabado.» Eso pensó. Debería haberlo matado allí mismo.

Más protestas provenientes del público. Gente suplicando, gritando títulos de canciones.

—Esas son una mierda —dijo Phil—. Phil me obligó a prometerle que no volvería a tocarlas jamás. Me lo suplicó. Mientras yo le apuntaba con mi pistola a la cabeza. «Son una vergüenza», me dijo. «Son una sarta de mentiras. Voy a dejar que me mates, Traine. Entiendo por qué tienes que matarme. Pero, cuando esté muerto, debes empezar a decir la verdad. Así que no más canciones. No más falsas esperanzas.»

Continuó así sin parar durante un rato, hilando sinsentidos, sin siquiera fingir que pretendiera hacer algo más que largarnos aquel rollo durante el resto de la noche. A veces perdía el hilo y se quedaba contemplando el abismo. Luego se agarraba a una idea nueva y nos sermoneaba otro poco. Una parábola. Un discurso. Volvía a pedir más bebida. Yo no entendía lo que estaba pasando. Aquel no era Phil. Me asaltaba constantemente el deseo de, al menos, oírle tartamudear. Algo. Que apareciera una grieta —un destello de luz— y que aquella criatura oscura que se había apoderado de su cuerpo se estremeciera para revelar al hombre decente, triste y comprensivo al que yo amaba. Ojalá, pensaba yo todo el rato, aquello fuera solo una pose. Pero Phil

nunca había aprendido a separarse de la ilusión que presentaba ante los demás. Estaba condenado a una sinceridad poco pragmática. Ese había sido siempre su encanto. Sus insoslayables buenas intenciones.

Ahora estaba relatando una nueva batallita sobre alguna clase de apuesta que había hecho con Arthur Rimbaud. No sé qué historias sobre el juego de las damas chinas y unas putas y los secretos profanos del universo. Y, cómo no, Dylan. Dylan y Rimbaud estaban jugando una serie de partidas: ¿Al mejor de cinco? ¿Al mejor de siete? Si ganaba Rimbaud, Phil Ochs tendría constantemente a su servicio a un montón de putas que le revelarían secretos cósmicos. Si ganaba Dylan, Phil sería ejecutado. O alguna gilipollez por el estilo. Yo era incapaz de seguir la lógica de todo aquello. Dudo que el propio Phil pudiera. No paraba de dar marcha atrás para cambiar y aclarar la historia que estaba contándonos.

Le pregunté a mi madre:

—¿Qué le pasa?

Ella me dirigió una mirada cansada, preocupada y llena de compasión:

—Deberíamos marcharnos —dijo.

—¿Pero qué le pasa?

—Pues... no lo sé.

—Tenemos que ayudarlo.

—No —dijo—. Tenemos que marcharnos. No deberíamos haber venido, para empezar.

—Pero él nos ayudó —dije—, así que ahora tenemos que ayudarlo nosotros.

Los ojos volvieron a llenársele de compasión.

—Las cosas no funcionan así. —Me estrujó el hombro e intentó conducirme hacia la puerta por entre la maraña de gente que se apelotonaba en torno a ella.

Y lo único en lo que yo podía pensar era en que Phil aún no me había visto. Y tenía que despedirme de él. Era importante. Aunque despedirse significara —especialmente si significaba— que era para siempre. Phil no paraba de rajar —las putas con sus tetas enormes provocando a Dylan, revoloteando a su alrededor, manoseándole el pecho, intentando distraerle para que ganara Rimbaud— y mi madre me empujaba hacia la salida; se me

estaba acabando el tiempo, así que grité:

—¡Phil! ¡Oye, Phil! ¡Mira! ¡Hemos venido!

Y él me oyó. Dirigió la mirada hacia la multitud, entornando los ojos a través de los focos.

—¿Quién ha dejado entrar aquí a un niño?

—¡Soy yo! ¡Soy Freedom! ¡Lo conseguimos! ¡Estamos aquí!

—Freedom... —Retirándose el pelo de la frente, trató de orientarse, de localizarme en la oscuridad y recordar quién era él.

—Toca aquella canción —le dije—. La que trata sobre Lenny. —Quién sabe en qué estaría yo pensando. Debía de creer que así lo ayudaría.

—Freedom... —Una chispa—. Claro. Freedom. El hijo de Lenny Snyder. Ese tipo es un agente secreto. Tengo información clasificada, documentos que prueban que Lenny estuvo personalmente implicado en el asesinato del Che Guevara... —Miró directamente a las luces y, por un segundo, pareció confuso. Cuando se recuperó, dijo—: Y además me debe diez mil pavos. —Soltó una risita—. Un ladrón y un canalla, así es Lenny Snyder, amigos. Pero se la devolví. Me vengué. Le puse los cuernos. Me follé a su mujer. Fue muy fácil. La dejé suplicando que le diera más y más. —Puede que continuara. Que se embarcara en una nueva diatriba. No lo sé. Mi madre me sacó de allí en el acto.

No me dirigió ni una sola palabra durante todo el camino a casa.

Nunca hablamos de aquella noche. ¿Qué había que decir? Lo siguiente que supimos fue que Phil estaba muerto. Se había colgado del marco de la puerta de la cocina de su hermana.

Y una última cosa sobre Rosalita:

Tuve que despedirme de ella. Había habido veces, en los últimos meses, en que no nos habíamos encontrado. La nieve era demasiado alta; el aire, demasiado helador. O uno o el otro nos dábamos plantón por el motivo que fuera. Había semanas en que, para aplacar a mi madre, iba al colegio todos los días, y había otras semanas en que el caos que reinaba en la vida de Rosalita, y del que ella no hablaba jamás, la empujaba a un lugar tenebroso, un lugar del que yo solo sabía que no debía hacerle preguntas cuando volvía a verla. Pero no era para tanto. La ilusión de esperarla, sin saber si iba a aparecer, con cara de pocos amigos, a la vuelta de la esquina, con los puños cerrados como si fuera a darle una paliza a alguien, aquella mera posibilidad, aquella efímera perspectiva, era suficiente para sostenerme en los momentos en los que ella faltaba.

Yo me dedicaba a hojear cómics. Soñaba despierto acerca del contenido de los paquetes de cromos que ella y yo habíamos empezado a colocar en el salpicadero del Pinto a modo de refuerzos de mi ejército de tótems protectores. Me echaba siestas en el asiento de atrás.

Y, de pronto, un día me la encontraba allí haciendo globos, esperándome con un arsenal de tiras cómicas de las que venían en los chicles Bazooka.

—Dónde estabas —me decía—. Pensé que te habías muerto.

Y yo le decía:

—Eres tú la que ha desaparecido.

—Pues vale. Mira este. Y este. Este es el mejor. —Y me empezaba a pasar aquellos papelillos encerados como si explicaran todo lo que yo iba a necesitar saber en la vida.

Pero últimamente no había hecho más que esperarla. Había pasado un mes, quizá más. Y vale que algunos de esos días yo había estado en el colegio, o donde la Compañera con mi madre, o sencillamente ocupado, pero, desde la última vez que la había visto, el invierno había dado ya paso a la primavera. El sol había despertado de su letargo, y habían empezado a brotar hierbajos

por las ranuras y los rincones del coche. Todos los demás volvían a dejarse ver por ahí. Pero de ella no había ni rastro: ni un solo envoltorio de chupachups, ningún paquete de cromos nuevo. La preocupación me retorció las tripas. Las exageraciones casi increíbles que me había contado me revolvió el estómago. Quizá fuera todo verdad. Yo debería haberla escuchado de otra manera.

Y, ahora que el tiempo había empezado a cambiar, mi madre y yo nos íbamos a marchar. Habíamos entrado en la selección. Quizá no volviéramos nunca.

Esperé en el Pinto durante ratos más largos. Días enteros.

Ni rastro.

Me paseé por las calles, la busqué bajo el puente.

Incapaz de encontrarla en los lugares habituales y temeroso de no volver a verla nunca, empecé a montarme en la cabeza una historia que implicaba al Chichones, al Agujón y a los demás chavales de su comuna okupa. Quizá la hubieran atado. Quizá le estuvieran haciendo cosas. No sabía el qué. Los detalles no los tenía claros. Pero eran muy malas y a nadie, ni siquiera a los adultos okupas, les importaba lo suficiente Rosalita como para detener aquello. Ella había acertado en su visión fatalista del futuro, pero su agujero en el corazón era el menor de sus problemas. Aquellos chavales la matarían antes de que le diera tiempo a morir por su cuenta.

Nuestra amistad se desarrollaba en lugares públicos, en rincones semisecretos del vasto exterior donde podíamos fingir ser quienes quisiéramos. Yo no tenía ni idea de si había algo de verdad en todo lo que ella me había contado. Pero sus cicatrices en el tórax eran sin duda reales. Alguien la había quemado con un cigarrillo, eso era cierto. Y estaban volviendo a hacerlo. A nadie le importaba. Solo a mí.

Tenía que salvarla. O al menos intentarlo, así que me eché el AK-47 a la espalda y me dirigí a la Calle 13.

Nunca había entrado en la casa okupa. Lo máximo que había hecho era merodear por la parte de fuera mientras Lenny —me parecía que habían pasado siglos desde aquello— llegaba a acuerdos con los «caníbales», los anarquistas atrincherados en el bloque de al lado. El edificio se alzaba allí mismo, amenazador. Los niños, quizá la propia Rosalita, correteaban por su interior entre las sombras. Jugando a ver quién era el más gallito. Violentos, o

eso me parecían. Capaces de cualquier cosa. Al acercarme ahora al edificio, me asaltaron los mismos temores. Las mismas viejas inseguridades. Era demasiado débil, tenía demasiado miedo. Estaba condenado al fracaso. Pero de alguna forma conseguí subir los tres escalones que conducían a la puerta blindada de acero, atravesada por dos agujeros de bala, pintada tantas veces con grafitis que ya estaba casi completamente cubierta de negro. Tiré con fuerza del asa industrial que tenía atornillada y la puerta giró de golpe sobre sus goznes. La cerradura —como todas las del barrio— estaba rota.

Dentro, aquel sitio casi relucía. Tenía un aspecto limpiísimo. Era tan diferente a lo que me había imaginado... Contaba con el esqueleto de un edificio de pisos de alquiler, igual que el de mi casa, pero en lugar de un pasamanos medio podrido, unos escalones destartados y trozos de linóleo agrietado de colores y estampas disonantes pegados en los agujeros del suelo, la casa okupa tenía estilo, intención, un sentido estético que había sido estudiado con cuidado y ejecutado para adecuarse a una visión precisa.

Los escalones estaban hechos de tablones de madera anchos y gruesos, y habían sido lijados y pintados de un negro elegante. Las paredes estaban cubiertas de murales. No las flores marchitas y temblorosas que adornaban las paredes de mi madre, sino criaturas mitológicas, calamares gigantes y rapés, incandescentes en medio de un agua oscurísima. Por los pasamanos se enroscaban luces navideñas. Del techo colgaban lámparas de trabajo. Los alargadores eléctricos, trenzados para formar cuerdas gruesas, discurrían ordenadamente por los bordes del pasillo, para no molestar.

Agucé el oído. El primer piso parecía abandonado. No se oía nada ni había luces. Empecé a subir las escaleras despacio. Sobresaltándome con cada sonido que yo mismo hacía sin querer.

En la superficie del océano, había barcos vikingos cabalgando las olas, con sus enormes velas hinchadas al viento. En el segundo piso, ninguna de las viviendas tenía puerta. Todas se abrían directamente al pasillo, como una sola mazmorra laberíntica. Una cadena ininterrumpida de pasillos y habitaciones.

Volví a prestar atención, pero seguía sin oír nada. O no, sí que oía algo. Débilmente. Un correteo, como de ratas, por la pared, pero ¿qué pared? Todo parecía muy lejano. Le di la vuelta al fusil, lo agarré con ambas manos y me arrastré como un soldado por las junglas de Vietnam, atravesando una puerta tras otra. Todo despejado. Todo despejado. ¿Aquello era música? ¿Alguien

tocando la guitarra? Pero ¿dónde? ¿Y cómo iba a llegar allí desde donde me encontraba?

Me deslicé de una habitación a otra. Parecía como si un puño de hierro me atenazara el corazón, estrujándolo con más fuerza conforme iba torciendo más y más esquinas.

Resultaba inquietante lo acogedoras y cálidas que eran estas madrigueras. En lugar de miseria, me encontré con comodidad. Camas con mantas apiladas. Estantes llenos de cestas y cajas, todas ellas etiquetadas, adaptadas al tamaño de las estanterías y meticulosamente organizadas. Todo hecho a mano. Esta gente vivía mejor que mi madre y yo. Aquel sitio rezumaba cuidados y atenciones por cada esquina. Aquello me molestó. ¿Dónde estaba la podredumbre? Por algún sitio tenía que estar. El retorcimiento con el que Rosalita se enfrentaba al mundo no había surgido de la nada.

Seguí avanzando.

Encontré el origen del punteo de guitarra. Un tipo blanco y escuálido, tendría veinticinco o treinta años, estaba sentado sin camisa en un alféizar, frente al conducto de ventilación. El cabello le colgaba liso y sucio por delante de la cara mientras se observaba los dedos. Levantó la vista cuando entré. Se apartó el pelo de la cara y sonrió. «Hola.» Como si ver a un crío desconocido rondando por allí con un AK-47 fuera lo más normal del mundo.

Retrocedí.

Después, vi a una asiática fibrosa, con el pelo casi tan largo como su vestido de estampado africano. La observé desde una distancia de dos o tres habitaciones. Se hallaba de pie frente a una pesada tabla de cortar en lo que debía de ser la cocina. A su alrededor, la encimera estaba llena de tarros de vidrio abiertos. En la radio sonaba suavemente la NPR. No me acerqué más. Escogí otro camino.

Subí las escaleras hasta el tercer piso. Pasé por delante de más criaturas sofisticadas pintadas en las paredes. Fénix, dragones, grifos, unicornios.

Allí arriba había más señales de vida. Una tele encendida. O un tocadiscos. La voz de Richard Pryor quebrándose mientras gimoteaba, interpretando a un personaje de su monólogo cómico. Un rumor de vida tras el primer umbral. Me pegué a la pared y traté de escuchar. El suave ronquido de un tipo que siempre respiraba por la boca. El Chichones. No podía ser otro. Agucé el oído. Un ruido metálico y luego una voz suplicante.

«Devuélvemelo.» ¿Era Paulie? Allí dentro había alguien más. Estaba seguro.

Antes de asaltar el lugar tenía que prepararme. Recurrí a los cientos de series policiacas que había visto. La forma en la que Kojak o Rockford o los tíos de *Hawái 5.0* se movían entre las sombras. La posición exacta de sus cuerpos. Con las piernas separadas. Con las armas montadas. Su forma de entrar en acción y pillar a los malos por sorpresa. Eso era lo que yo tenía que hacer. Había llegado la hora.

Tal vez Rosalita estuviera allí, o tal vez no. Si lo estaba, correría hasta ella. La protegería utilizando mi cuerpo como escudo. Si no, Paulie y el Chichones, o el Agujón, quienquiera que me encontrase, sabrían dónde la habían escondido. Los obligaría a decírmelo. Me las iban a pagar. Vaya si me las iban a pagar.

Torcí la esquina y allí estaban todos. El Chichones y el Agujón y Paulie y otros cuyos nombres no me sabía. Puede que fueran ocho en total. Chicos de distintas edades y razas. Apenas me echaron una ojeada. Uno de ellos, sentado en un triciclo sin pedales, ladeó la cabeza, incrédulo, y se colocó un M&M en la lengua.

—¿Dónde está Rosalita? —clamé.

El Agujón levantó la vista el tiempo justo para sisearme:

—Chist.

Richard Pryor decía: «Yo estaba mirando aquella teta y ella me miraba a mí, y me pareció que me guiñaba el ojo».

Los chicos se encontraban, en su mayoría, tirados por el suelo en torno al tocadiscos, escuchando. Ahora yo ya no sabía qué hacer. Se suponía que tendrían que estar alucinados y desorientados por mi llegada, tendrían que haber emprendido una carrera frenética para escapar borrando sus rastros y escondiendo sus crímenes. Por lo menos tendrían que estar haciendo algo más que no hacer absolutamente nada. Hice un par de barridos con el rifle y avancé un par de pasos al interior de la habitación. Richard Pryor decía: «Es que no quiero ofender a esa zorra con este pie travieso, ¿sabes?».

Estaba perdiendo la paciencia.

Alguien había derribado las paredes de este piso, había roto las barreras entre los antiguos apartamentos y había transformado aquel espacio en un ático gigantesco. Había juguetes por todas partes. Juguetes y libros infantiles ilustrados y materiales artísticos. Todo lo que un niño pudiera desear. Justo en

medio de la estancia, alguien había levantado unos columpios modulares. Sentí que me encendía de ira, y no por las razones productivas por las que había venido aquí a echar humo. No, mi cólera se dirigía contra todas aquellas cosas. Contra la forma tranquila y atenta en la que se estaban divirtiendo. Contra todo lo que ellos tenían y yo no.

Hasta el Chichones. Míralo ahí. Apenas era capaz de sentir nada. Un trol atrofiado. Tan tonto como una piedra. Hasta a él le iba mejor que a mí. Y le había hecho daño a Rosalita. Y a ninguno de estos gilipollas les importaba un pimiento.

—Chichones —rugí—. ¿Dónde está Rosalita? ¿Qué le has hecho?

—Lárgate —dijo.

—No, no me voy a largar. Dímelo. Aguijón. Tú también. Y tú. Tú, el idiota del triciclo. Que alguien me diga lo que le habéis hecho a Rosalita. —Les apunté con el rifle como si fuera a atemorizarlos. Ellos siguieron pasando olímpicamente de mí.

Me dediqué a merodear por la habitación. Si no me daban lo que quería, me quedaría por allí hasta que se hartaran lo suficiente como para echarme. Me paseé por la sala dando pisotones. Cotilleé varias cajas repletas de tarros de mermelada de barro, llenos de lápices de colores, como si pensara que Rosalita tal vez estuviera escondida dentro. Di patadas a varias cosas. Me subí al columpio y me balanceé con la esperanza de que el chirrido consiguiera cabrear a alguien.

Nada.

—No voy a marcharme, troncos —dije—. ¿Eh, troncos? —Me puse de pie—. ¿Me habéis oído? Voy a quedarme aquí mismo.

El Aguijón se incorporó hasta quedar sentado.

—Pero ¿a ti te conocemos de algo? —Me había visto cientos de veces por ahí. En el parque.

—Es el novio de Rosie —dijo el Chichones—. Follan juntos.

Y se me fue la olla. Vaya si se me fue.

Intenté dispararle con el rifle, pero estaba vacío. Se me había olvidado rellenarlo de agua. Así que me arrojé en mitad de su pequeño cóncave. Ahora todos se reían de mí. Todos ellos. Hasta el niño de cuatro años del triciclo, aunque quizá él estuviera llorando. No lo sé. Fui directo a por el Chichones, tratando de agarrarlo del cuello. Era dos o tres veces más grande que yo. Con

un simple gesto de su brazo regordete, me lanzó rodando contra el tocadiscos y el triciclo. El disco se ralló y se salió del aparato. Yo debía de estar gritando. Y aquel niño, tanto si antes se había reído de mí como si no, ahora definitivamente estaba llorando. Empecé a lanzar manotazos, codazos y patadas a diestro y siniestro, a dar golpes con el rifle agarrado por el cañón. Ya no pensaba en mí mismo. Me consumía pensando en Rosalita, en cómo habían abusado de ella, en cómo la habían torturado y herido, en cómo los castigaría. A todos. Aunque me dieran una paliza. Si caía, los arrastraría a todos conmigo. Y lo siguiente de lo que fui consciente era de que había arrancado al niño pequeño del triciclo, me había sentado encima de él y le había agarrado las orejas con las manos mientras él me miraba con los ojos saliéndosele de las órbitas de puro terror. Trataba de aplastarle la cabeza contra el suelo. Y recuerdo haberme quedado atónito ante lo que estaba haciendo. La sensación de que sí, guau, le estaba haciendo daño de verdad, y a la vez la impresión de que todo estaba sucediendo en algún lugar muy lejano, fuera de mi control. Yo no me encontraba allí en realidad. Mi cuerpo había sido poseído por otra persona.

Y recuerdo lo extraño que resultaba. Que ningún otro de los niños que había allí —chavales mayores y más fuertes, que conocían y a los que supuestamente les importaba aquel mocoso—, ni uno solo hiciera nada para detenerme.

No sé cuánto tiempo duró aquello. Puede que casi nada. A mí me pareció una eternidad.

Y luego una voz adulta, profunda, negra e inequívoca dijo:

—¿Qué coño te crees que estás haciendo, hijo?

Y me quedé congelado y levanté la vista, y allí estaba Ronnie Walker. No sé cómo supe que era él, pero lo supe. Y, en lugar de descubrirlo yo a él y salvar a Lenny, o lo que fuera que me había imaginado que sucedería si localizaba a Walker y lo delataba a mi madre, a Kunstler o a la poli, había sido él quien me había pillado a mí haciéndole a saber qué a un niño aún más pequeño que yo.

Bajé la vista hacia el chiquillo. Resultó que ya lo había soltado, que me había levantado y que había dado un paso atrás, sin ser plenamente consciente de ello. No había sangre. Quizá no le hubiera causado ningún daño. Él se hizo un ovillo como si pensara que le iba a dar una patada en las costillas.

Sollozaba con tal intensidad que no hacía ningún ruido. Las lágrimas vibraban en su cuerpo. Su boca se movía como la de un bebé buscando un pezón. Así que tal vez sí que le hubiera hecho daño. Siempre me lo he preguntado. En aquel momento, con Ronnie Walker mirándome de arriba abajo y rodeado de todos los niños okupas que habían presenciado mis acciones, me horrorizó mi poder y la forma en que lo había utilizado.

—¿Me oyes? —dijo Ronnie—. ¿Vas a decir algo en tu defensa?

Lo único en lo que yo podía pensar era en abrazarme a mi rifle, en usarlo como el osito de peluche que siempre había sido para mí, pero lo había dejado caer al suelo en medio de todo aquel caos, y Walker estaba esperando mi respuesta. Su presencia llenaba la estancia entera.

Balbuocé algo a medias. Un leve sonido, nada más, y el Aguijón, voluntarioso y petulante, dijo:

—Está buscando a Rosie, es su...

—Ya sé quién es —dijo Walker.

Y fue entonces cuando me di cuenta de que Rosalita se encontraba allí, en la habitación, con nosotros. O no dentro del todo, sino abrazada al umbral. Siempre había estado flaca. Pero ahora lo estaba aún más. Con ojeras profundas y las mejillas huecas. Parecía que llevara semanas sin lavarse el pelo.

—Lo que no entiendo es por qué ha venido aquí. —Walker miró a Rosalita mientras decía aquello.

Ella entró en la sala cojeando. Creí que se dirigía a mí y alargué los brazos para abrazarla. Para protegerla. Ella pasó de largo. Ni siquiera me miró. Fue hasta el niño al que yo había atacado. Entretanto, él se había pegado a la pared, y ella, enferma como estaba, lo rodeó con los brazos y lo consoló.

—¿Creías que te iba a elegir a ti antes que a su propio hermano? —me dijo Walker.

Su hermano. Su familia. ¿Qué relación tenían exactamente todas aquellas personas? No eran hijos de Walker, desde luego. El Aguijón era el único negro. El Chichones era tan blanco como un polaco. Formaban un desordenado grupo de niños de la ciudad que, de alguna forma, habían acabado todos en el mismo sitio.

—Solo quiero que dejéis de hacerle daño —dije con un hilo de voz.

—¿Hacerle daño? Aquí nadie está haciéndole daño a nuestra Rosalita. —

Walker respondió a mi debilidad con furia. Desde la última vez que lo había visto, se había dejado crecer unas patillas de boca de hacha enmarañadas y le habían aumentado las entradas, todo lo cual lo hacía parecer mucho más matón y más terrorífico si cabe. Se me acercó y pegó su cara a la mía, amenazante. Me obligó a retroceder un paso—. Te lo voy a dejar muy clarito, chaval. Y me vas a escuchar atentamente. Nuestra Rosie tiene mucha imaginación. Ve visiones. Se precipita. No es culpa nuestra que tú te lo hayas tragado todo. Yo no sé nada de ti, chaval, y tú no sabes nada de nosotros, pero te diré una cosa: la única razón por la que no te he tirado por aquella ventana de allí es porque le tengo mucho respeto a tu papaíto. ¿Me has entendido?

Hube de hacer acopio de todo el coraje que pude para asentir con la cabeza. Rosalita seguía sin mirarme. Acunaba a su hermanito en su regazo como si él fuera lo último que le quedaba en el mundo.

—Te he preguntado si me has entendido.

Mis órganos internos se estaban licuando. Pero de alguna manera conseguí sacar un último espasmo de resistencia.

—¿Y sus cicatrices?

—No te preocupes por sus cicatrices.

—Pero...

—Nada de peros. Cojones, niño. ¿Voy a tener que repetírtelo?

—Pero el Chichones...

—El Chichones nada. El chaval es corto. Punto. Hasta tú deberías ser capaz de darte cuenta. No fue el Chichones el que le hizo esas cicatrices a Rosalita. Nadie en esta casa se las ha hecho. Me cago en Dios. Usa la cabeza, chaval. ¿Cómo te crees que vino ella a parar aquí para empezar? —Su boca arrojaba saliva. Proyectiles minúsculos que llovían sobre mí.

Él estaba en lo cierto. Yo no tenía ni idea de nada.

Rosalita, ella... Aquello ya no importaba.

Recobrando el control de sí mismo, Walker dijo en voz baja, amenazador:

—¿Por qué sigues aquí, chaval? —Si me movía, empezaría a llorar, y si lloraba, me mearía encima—. Lárgate.

—¿Puedo... —dije—, puedo recoger antes mi rifle? —Lo había dejado caer en la refriega.

Walker siguió la dirección de mis ojos hasta donde estaba el AK, junto al

tocadiscos. Caminó iracundo hasta allí, lo recogió y me lo mostró.

—¿Esto? —me espetó—. Esto no es un rifle. Es un puto juguete de mierda. —Y entonces, en vez de dejarme cogerlo, lo partió en dos contra su rodilla. Lancé un alarido mientras los trozos volaban por todas partes. Fragmentos de plástico. Piezas. Arrojó al suelo los pedazos que aún tenía en la mano y dijo —: Esto, esto es una puta arma de verdad. —Se sacó una pistola del cinturón y me apuntó con ella como si realmente fuera a usarla.

Cuando llegué al rellano del primer piso, abajo, entre los peces, ya había perdido el control de todas mis funciones corporales. No quedaba ningún yo capaz de contenerlas. Me había convertido en la suma de mis partes: lágrimas, mocos, pis y, súbitamente, mierda viscosa. Intenté correr las seis manzanas que me separaban de casa, pero era como si tuviera los pies recubiertos de hierro. Cada paso me costaba más que el anterior. Caminaba con dificultad. Me tambaleaba. Sabía exactamente qué aspecto tenía. Mis vaqueros meados se enfriaron y empezaron a rozarme las piernas, y una y otra vez me veía obligado a parar para limpiarme los mocos de la cara.

Una vez en casa, me encontré a mi madre. Era como si hubiera estado esperándome. Me arropó. Me lavó. No me preguntó lo que había pasado y yo tampoco se lo dije.

En mi memoria, todo esto ocurrió un par de días antes de que nos marcháramos a visitar a Lenny. Esto último y también el concierto de Phil. Los acontecimientos se amontonan unos sobre otros. Golpe tras golpe, machacándome todos a la vez.

Pero seguro que no fue así.

Tuvo que haber un respiro en algún momento. Un instante o dos de seguridad vacua y expansiva. De aburrimiento. Algún rato en que me limitara a seguir adelante. Incluso ahora que estoy haciendo tantos esfuerzos por recordar, veo que mi mente ha borrado los fragmentos felices de mi pasado. Para endurecerme. Para ayudarme a sobrevivir.

El plan era ir de visita a casa de mi abuela. Una reunión familiar. La vieja por fin tenía ganas de conocer al niño y, tal vez, de reconciliarse con su hija. Y allí que nos iríamos. Soportaríamos con nuestra mejor cara aquellas cuarenta y ocho horas en Long Island. Y mi abuela, contenta de ver que mi madre por fin trataba de tomar decisiones vitales algo menos catastróficas, consentiría en prestarle el coche. Luego emprenderíamos un largo viaje a quién sabe dónde, a algún lugar lejano, a algún lugar, quizá, Clandestino. Cualquiera que nos viera pensaría que mi madre no era más que otra niñita perdida en la ciénaga espiritual de la década de 1970. Otra buscadora que, tras años persiguiendo a la paloma de la paz a través de la densa humareda de marihuana de su juventud malgastada, por fin se había dado cuenta de que nunca podría cambiar el mundo.

He ahí nuestra tapadera.

La verdad era que teníamos frío, estábamos agotados y anhelábamos un refugio. Mi madre necesitaba reunir fuerzas. Le hacía falta un coche, claro está, pero también ver a su mamá.

* * *

Recuerdo el andén del metro en hora punta. Los olores: a colonia fuerte, a humo de cigarrillo, a patatas fritas y a orina vieja. A óxido. Las vibraciones de los cuerpos que invadían el espacio personal de los demás. Los pegotes de chicle aplastados y renegridos contra el hormigón. Recuerdo el nerviosismo que flotaba en el ambiente, a mi alrededor. Toda aquella gente mirando al fondo del túnel en busca de las luces. Mi madre entre ellos. Incapaz de estarse quieta.

Y el viento y el chasquido eléctrico de las vías y el estruendo y el traqueteo aturridor del tren. El repentino apretujamiento.

—Espera. —Mi madre me retuvo mientras el andén se vaciaba y las puertas se cerraban entrechocándose. Ahora los únicos que quedaban allí

éramos nosotros.

Recuerdo viajar hacia el sur para luego volver al norte. Subir escaleras. Hacer trasbordos. Zigzaguear por toda la ciudad hasta que por fin llegamos a aquel laberinto de curvas sin visibilidad llamado Penn Station. El revoloteo de símbolos cada vez que cambiaba el panel de los horarios. La mano de mi madre agarrada al cuello de mi chaqueta, tironeando, guiándome hasta un tren.

Atravesamos traqueteando varios túneles forrados de polvo y hollín. Al salir a la superficie en Queens, contemplé un desfile de casas bajas de ladrillo, todas idénticas. Me recordaban a Brooklyn, a aquellas calles tristes por las que Lenny me había arrastrado el día en que fuimos en busca del hogar de su infancia. Kilómetros y kilómetros de casitas minúsculas. Todas iguales. Después el ladrillo desapareció y dio paso a un nuevo tipo de uniformidad. Casas de mayor tamaño, más limpias pero menos estables. De pronto, el mundo entero brillaba más. Como si lo hubieran blanqueado. Nos hallábamos en las zonas residenciales de las afueras.

Y luego nosotros dos en la salida de la estación de Great Neck, observando a un montón de idiotas con gabardina mientras correteaban hacia los coches parados junto a la acera, hacia sus mujeres, sus familias, los pilares de su existencia. El aparcamiento se vació enseguida, dejándonos solos a nosotros y a un par de rezagados más, y poco después llegaron también los coches que venían a buscarlos a ellos, y mi madre y yo volvimos a quedarnos solos.

La recuerdo mirando el reloj, rozándose la mejilla, mirándolo de nuevo.
—Bueno, pues no nos han seguido —me dijo—. ¿Lo ves? Somos libres.

Recuerdo el Impala marrón tierra de mi abuela entrando en el aparcamiento y parándose no frente a nosotros, sino al final de la estación.

Recuerdo la primera vez que alcancé a verla. Eran tan pequeña. La cabeza apenas le sobresalía por encima del salpicadero. Sus dos manos estaban agarradas al volante, retorciéndolo. Y recuerdo la oscuridad que parecía rodearla. El silencio. Como si hubiera decidido hacía mucho tiempo aferrarse a sí misma y dejar fuera todo lo demás. Sus ojos quedaban ocultos tras unas gafas de sol graduadas, gruesas y redondas. Recuerdo que cuando avanzamos hacia el coche siguió mirando al frente y no sonrió ni nos saludó con la mano.

Mi madre abrió la puerta de atrás y arrojó nuestra bolsa de deportes sobre el asiento. Me dio un empujoncito y yo entré y me senté junto a la bolsa. Recuerdo haberme sentido atemorizado, intimidado, como si hubiera penetrado en un territorio desconocido y estrictamente controlado. Dándose la vuelta en su asiento, sin quitarse las gafas, mi abuela me estudió. Alargó la mano y me midió la frente con los dedos. Largo y ancho. Hasta su sonrisa era severa.

—Tiene la frente de los Morgenstern —le dijo a mi madre—. Muy buenos genes. Hay esperanzas para él. —Me dijo que la llamara *oma*. En alemán, como su acento.

Después, de camino a su casa, las recuerdo a las dos discutiendo sobre el retraso de mi abuela.

—Me dijiste a las ocho y diez.

—No, te dije a las ocho menos veinticinco.

Ambas sostenían categóricamente estar en lo cierto y afirmaban intransigentes que la otra se equivocaba.

Y recuerdo que todo mi cuerpo se tensó, como si estuviera sintonizando una nueva frecuencia ansiosa.

* * *

En su casa: una atmósfera de luto, de duelo. Todas las persianas bajadas. Todas las luces tenues. Los muebles, hasta el enorme sofá rectangular, eran incómodos y picaban.

Su marido, mi abuelo, solía pintar en los ratos libres. Sus cuadros poblaban todas las paredes. Rostros asustados, con cabellos que goteaban tristeza. Cuerpos luchando por liberarse del marco. Hasta los paisajes resultaban sombríos e inquietantes, con un matiz de sangre en todos los colores.

La casa daba impresión de ancianidad. Olía a papel antiguo. Pulverulento. Quebradizo. Un tanto alcalino. Como si se le hubieran metido gorgojos por entre las fibras y estuvieran comiéndose lentamente sus cimientos. Cuando pienso en ella ahora, veo a psicólogos al acecho en la carpintería, ajustándose los quevedos y diciendo: Ah, siempre nos quedará Viena. Era como si mi abuela se hubiera encerrado en algún dolor antiguo y nada ni nadie fuera capaz

de convencerla de que saliera de allí.

Recuerdo un cuadro en concreto, un retrato de mi madre. Doce o trece años. Ni niña ni adulta. Con todos los rizos enredados. Apartaba el rostro.

Y la cena —¿fue aquella noche o la siguiente?— en un tugurio francés con ínfulas de gran restaurante. *Escargots*. *Steak tartare*. La adusta elegancia del viejo continente que se respiraba en el ambiente. Y la impresión que daba mi abuela de hallarse en su elemento. Comía en silencio, concentrada. Agarrando el tenedor como si fuera un lápiz. Guiaba el cuchillo con un dedo estirado. Lúgubre y decidida. Como si la acción repetitiva de pinchar y cortar, la exigencia que le imponía el cuerpo de llevarse comida a la boca una y otra vez para proporcionarle combustible, fuera una tarea molesta que había que rematar lo antes posible. Como si le fastidiara tener que llevarla a cabo todos los días. Recuerdo que, incluso entonces, cenando en aquel restaurante tan caro, se mantuvo parapetada detrás de sus gafas oscuras.

Pedí el pollo. Lo recuerdo porque vino todo recubierto de champiñones. Un asco. Y recuerdo que mi madre me exigió que lo probara.

—Un bocado. No te pido más. Luego no estarás obligado a comerte el resto.

¿Cómo? ¿Qué?, pensé. ¿Qué ha pasado con eso de hacer lo que a cada uno le venga en gana? ¿Quién es esta tía? ¿Y qué ha hecho con mi madre?

No era solo que me estuviera imponiendo nuevas normas. Nunca la había visto esforzarse tanto por demostrar que podía portarse bien. Recuerdo —¿fue el primer día?, ¿el segundo?— que guardó sus vaqueros rotos y sus blusas campesinas y que se puso un vestido viejo de sus años del instituto, de una elegancia conservadora, discreta y anticuada. Le llegaba hasta las rodillas. Y una rebeca para abrigarse. El pelo recogido hacia atrás con una cinta de cuero. Sus chinelas adquirieron incluso un aspecto digno al ir combinadas con todo aquello. O al menos lo suficiente como para salir del paso, para dar la impresión de que se había esforzado.

Y recuerdo a mi abuela pasándole revista, inclinando la cabeza en un ángulo concreto —un gesto invisible, por lo menos para mí— antes de sentenciar por fin:

—Estás muy guapa.

E, incapaz de detectar el elogio a través de las críticas sedimentadas

durante toda una vida, mi madre saltó:

—Por Dios. Ya empezamos.

Mi abuela se declaró inocente:

—¿Qué pasa? ¿Es que ahora no puedo elogiarte?

—No. Porque... no. Sé lo que estás pensando. Voy sin sujetador. Se me van a caer las tetas. Bueno, pues vale. A todo el mundo se le caen.

—Susan, estamos en los setenta. ¿Qué más me da a mí si llevas sujetador?

—Vale. Tú trata de convencerte de lo que quieras. Pero no te da igual.

Y mi abuela, haciendo gala de su propia energía subversiva, empezó a mirarla con mucho más descaro, retorciendo una sonrisa en su rostro adusto.

Y luego, tras una hora o más de moverse en silencio la una en torno a la otra emitiendo numerosas advertencias, mi madre se arrojó en el sofá y se quedó tumbada con la cabeza echada hacia atrás, reconcomiéndose, con la vista fija en las persianas bajadas. Y qué cómoda se la veía allí. Qué relajada físicamente. Resultaba fácil visualizarla allí así, estirada en aquel sofá, en diversos momentos de su vida: de pequeña, de adolescente. Como si siempre hubiera estado allí. Como si aquel fuera el lugar que mejor conocía. Pero, al mismo tiempo, noté que algo turbulento se removía bajo sus párpados. Quejas. Aflicciones. Los fantasmas de yoes pasados.

—No quiero pelearme contigo —dijo en voz alta.

La respuesta, que surgió por detrás de una puerta cerrada:

—Pues no lo hagas.

Y luego, cuando hubo pasado otra hora más o menos, fue como si no hubieran discutido nunca.

No había relojes. Recuerdo que aquello me asustaba y me desorientaba. Mi abuela no tenía más que un artilugio bajo una campana de cristal sobre la mesa. Una fortaleza de tolvas, engranajes, palancas y cintas transportadoras que conducían unas canicas a lo largo de unos carriles. Se suponía que medía el tiempo de una manera ingeniosa, pero nunca conseguí averiguar cómo funcionaba. Lo observaba sin descanso. Arrodillado en el suelo, contemplaba el movimiento de las canicas. Para distraerme. Para desaparecer. Cada engranaje giraba a una velocidad diferente, arrastrando las canicas una a una hasta la cúspide de la máquina. Y estas se reunían en los carriles, como si

fueran coches de carreras esperando al pistoletazo de salida. Periódicamente quedaban libres y descendían rodando por los distintos tramos de carril, para congregarse en estaciones situadas a diferentes alturas, donde esperaban a ser transportadas por una de las palancas o empujadas a través de un embudo, para regresar a la parada inicial en lo alto de la máquina. Las canicas que llegaban abajo del todo se clasificaban en filas numeradas, y aquellas cifras, junto con la cantidad de canicas que había en cada fila en cada momento, indicaban la hora, si es que conseguías leerlas correctamente.

Algo quería de la vieja. Me refiero a mi madre. No sabía el qué, o quizá sí lo supiese, pero era incapaz de ponerle nombre. Se trataba de algo demasiado global, demasiado arraigado en su propia esencia. Y, al mismo tiempo, desearlo parecía mezquino. Infantil.

Se alimentaban la una a la otra. Como si ambas se vieran compelidas, por una fuerza más allá de su control, a hacer todo lo posible para que la otra las volviera a decepcionar de la misma forma que en el pasado.

He pensado mucho en ello durante todos los años que han transcurrido desde entonces. La forma en que mi abuela debió de haber interpretado las decisiones de mi madre.

Mi abuela había llegado a este país a los dieciséis años; era una refugiada que había salido clandestinamente de su Alemania natal a un coste exorbitante para su familia. Su padre había ido sacando con cuentagotas pequeñas sumas de dinero de la tienda de zapatos de la que una vez fuera propietario y en la que ahora solo era un empleado; había contactado con sus primos segundos de Chicago, a los que nunca había visto; y había pagado a toda una serie de funcionarios poco fiables para obtener los documentos y los sellos que permitirían a su hija viajar hasta Gran Bretaña, donde ella, agobiada, atemorizada y sin saber ni una palabra de inglés, tendría que arreglárselas sola para tomar el vapor que la llevaría hasta el Medio Oeste americano.

Aquello ocurrió en 1937. Aún era pronto, pero resultaría ser demasiado tarde para todos los demás. Su hermana. Su madre. Su padre. Esperó, bajo el cuidado de aquellos primos segundos, a que llegaran noticias del viejo continente sobre la forma en que los otros habían escapado y adónde, si es que lo habían conseguido. Pero esas noticias no llegaron nunca.

Así que se encontró allí, náufraga en aquella ciudad desconocida. Sin

ninguna conexión con nadie, salvo con aquellos estadounidenses desconcertantes, que al parecer eran su familia, a quienes su presencia molestaba cada día más. La utilizaron como criada. Se aprovecharon de su deseo de demostrarles que entendía el sacrificio que habían hecho, de su deseo de contribuir, de no ser una carga.

Quizá no fueran ellos los que la hacían sentirse rechazada. Quizá fuera ella misma quien se generó ese sentimiento. No eran mala gente. Lo que pasaba era que no habían visto lo que ella había visto. Los cristales rotos. Las hogueras. Cómo habían matado a su gato lentamente. Hombres adultos recibiendo puñetazos de chavales no mayores que ella, dejando que los chicos los vapulearan en lugar de contraatacar. Su propio padre. Los sonidos que emitía al negarse a resistir, casi como si se sintiera aliviado.

¿Cómo explicarles aquellas cosas a sus primos de aquí, que se hallaban tan ocupados con sus orquestas de jazz y sus estofados y sus amores adolescentes? Apenas eran capaces de localizar Alemania en el mapa. ¿Por qué iban a entender su melodramático pasado? En realidad, se merecía aquella desatención. De eso estaba totalmente segura. Eran ellos los que tenían razón; debería estar contenta, henchida de esperanza, como todo el mundo en aquel país que nunca llegaría a sentir como suyo.

Para escapar de sí misma, iba a escuchar sinfonías. No en directo. Discos. Una vez al mes, los miércoles, se organizaba una sesión para los refugiados en el centro cultural judío del barrio. Allí fue donde conoció a mi abuelo, elegante, competente, vienés. Él reparó en su aislamiento. Le atravesó el corazón.

La familia de mi abuelo se había dedicado a la importación. Habían mantenido las cafeterías vienesas bien abastecidas de café en grano. Llevaban generaciones asimilándose con orgullo. Se contaban entre los mecenas de la ciudad, con lo cual quiero decir que una vez llegaron a comprar un boceto inacabado de Klimt. Habían contado con los medios económicos y el olfato suficientes para decidir subirse, todos juntos, al primer tren que salió de la ciudad a la mañana siguiente de la *Kristallnacht*. Sin perder nada salvo el orgullo, se dispersaron por Palestina, Inglaterra y diversos países de África, donde los contactos que habían establecido a lo largo de los años les brindaron protección. Cuando por fin volvieron a reunirse en los Estados Unidos, se esforzaron por recrear el estilo de vida burgués que tan buenos

resultados les había reportado en el viejo continente. Las convenciones culturales habían cambiado, pero sus aspiraciones seguían siendo las mismas. Se limitaron a trasladar sus lealtades a los usos estadounidenses. Clubes de campo. Clases de tenis. Viajes de esquí.

Mi abuelo, el hijo predilecto, le ofreció todo lo que había recibido a aquella chica solitaria y vulnerable del centro cultural judío. Se la llevó a Nueva York, donde empleó todo su dinero y las oportunidades que este le brindaba en construir una fortaleza en torno a ella. Y dejó enteramente a su elección si quería aventurarse a salir de la oscuridad o no. Según las fuerzas de las que pudiera hacer acopio cada día.

En vista de todo esto, me he preguntado muchas veces qué estaría intentando demostrar mi madre al consagrarse a Lenny como lo hizo. Al sacudir la jaula que mantenía a su madre a salvo. ¿Sería aquella su forma de mostrar amor? ¿O habría en ello algún elemento más pasivo-agresivo, cierta necesidad de castigar transmitida de generación en generación?

Recuerdo a mi abuela salirse del guion una sola vez. Aquel día, el sol se había puesto ya, pero ni ella ni mi madre se habían molestado en encender las luces de la casa. Poco a poco, el aire se iba volviendo gris. Las dos estaban sentadas por separado, alejadas en aquella habitación forrada de madera, ambas esperando a que la otra rompiera el silencio, ambas resistiendo el impulso de hacerlo. Mi abuela miraba a mi madre con aire distante y solitario. Necesitaba algo, pero no sabía cómo pedirlo.

La habían estado llamando por teléfono. Al principio colgaban de inmediato, luego se quedaban callados, solo se oía su respiración. Finalmente, empezaron a hablar. Hacían preguntas. ¿Cómo se llama usted? ¿Vive en el número 19 de Coronet Lane? ¿Cuánto tiempo lleva usted viviendo ahí? Cosas triviales. Voces profundas de bajo que cotejaban los detalles. Y aquella noche, en la oscuridad, mi abuela le preguntó a mi madre, suplicante:

—¿Quién es esta gente, Susan? ¿Por qué me están molestando? No lo entiendo. Lo hacen todos los días. A veces tres o cuatro veces al día. A veces incluso personas diferentes. Las voces son diferentes. Pero no se comunican entre sí. O no toman nota de lo que les digo. Todos me preguntan las mismas cosas. Ya se lo he dicho, se lo dije ayer a su amigo. Pero ¿acaso a ellos les importa? No, no les importa nada. Tengo miedo, Susan. ¿Sabías que uno de

esos hombres me preguntó si juego al tenis todos los martes por la mañana con Rose Lieberman? A las ocho y media, me dijo, en el club. ¿Por qué me preguntan estas cosas? ¿Qué les importa a ellos cuándo juego al tenis?

Y mi madre, como siempre, decidió atacar para no escuchar aquello que no quería oír.

—Son los nazis, Mamá —dijo.

Mi abuela, que ya se sabía aquel truco, se lo perdonó.

—Chist. —Y luego—: Esto es acoso puro y duro. Están abusando de una vieja indefensa.

—Un día se van a presentar aquí a tomar posesión de tus entradas para la Filarmónica. Es la nueva normativa, te dirán. Ya no se admiten judíos en el Lincoln Center.

—Te lo estás tomando a broma.

—Te confiscarán la suscripción a *The New York Times*.

—Debería llamar a la policía y denunciarlos.

—Mamá.

—Eso es lo que debería hacer.

—Mamá.

—¿No te parece, Susan? Eso es lo adecuado.

—¡Mamá!

—¿Qué? ¿Por qué me gritas?

—Lo que tienes que hacer es dejar de contestar al teléfono. Esa gente que te está llamando *es* la policía.

Mi abuela se lo pensó un segundo.

—Pero tengo que contestar al teléfono. ¿Y si es Alice Fein? ¿Cómo me voy a enterar de en qué casa jugamos al *bridge*?

—Mamá, ¡en serio!

—¿Qué?

—¡Piensa! Esta gente, Mamá. Está buscando a Lenny.

El sonido que brotó entonces de la garganta de mi abuela. Como si hasta el último átomo de su ser se hubiera retorcido de desdén. Un sonido que solo un judío amargado puede articular: obstinado, displicente, ofendido con el universo.

—Aj —dijo—. Ese hombre.

Ahora tranquila y calculadora, mi madre se acercó y le dijo:

—¿Cuándo fue la última vez que recibiste una de esas llamadas?

—Hace varias semanas.

—¿Varias? ¿Como cuántas? ¿Dos? ¿Tres? ¿Un mes? Es importante, Mamá.

—Hace ya tiempo. No me acuerdo. ¿Qué quieres que te diga, Susan? No llevo un registro de todas las llamadas telefónicas que me hacen.

—¡Pues deberías!

Y mi abuela, en vista de la exasperación de su hija, dio su brazo a torcer.

—Fue hace cuatro meses. Tal vez cinco. Pero, Suzy, ¿qué importa eso?

Hicieron una pausa mientras se preparaban para recobrar las formas.

—Eres imposible, Mamá. No voy a decir más. —Una respuesta que pareció satisfacerlas a las dos.

A pesar de sus conflictos, mi abuela quería presumir de nosotros. Fuimos «al Club», una mansión exclusiva de la que estaba absurdamente orgullosa de ser socia. Sin embargo, incluso allí, en aquella mañana tranquila de un día laborable entre amigas y compañeras de *bridge*, mujeres cuyos maridos, igual que el suyo, se habían hecho un lugar entre los gentiles, mi abuela se mantenía distante, dejando que la conversación —más bien el interrogatorio— con su hija fluyera frente a ella como agua turbia.

Habían oído historias. Mitos. Antimitos. En sus ojos se veían las preguntas que tenían hacer. La turbación. El nerviosismo. He oído que quemáis dinero. ¡Dinero! ¿Y de qué vivís? ¡Susan! ¡Mírate! Tú no puedes permitirte quemar dinero. Lo que nunca he podido entender es: ¿qué te han hecho a ti los Estados Unidos? ¿Por qué ese resentimiento? ¿Por qué tanta ira?

En lugar de eso, hablaron de los peligros de vivir en la ciudad. El metro. Las pandillas. Los *shvartzes*, como llamaban ellas a los negros, y su violenta desesperación.

Mi madre les seguía la corriente. Se reía. Se andaba con ojo. Se hallaba extrañamente cómoda entre ellas. Aunque estuviera fingiendo. En sintonía con los ritmos de la sociedad que había rechazado a voz en grito con enorme fiereza.

La conversación tomó otros derroteros. Se puso a recordar a sus viejos amigos. ¿Cómo está Fulanita? ¿A qué se dedica ahora Menganito?

Revelándose miembro de una tribu que hasta entonces yo ni siquiera sabía que existía.

Yo no era más que un adorno al que admirar y no escuchar. Superfluo, como lo había sido durante toda nuestra estancia en Great Neck.

Recuerdo haberme removido en el asiento, mirando a mi alrededor. Luego empecé a pasearme por allí. Todas aquellas columnas, paredes y verjas de un blanco cegador, sin una sola mancha, ni una huella dactilar ni una marca de derrape por ningún lado, como si repintaran el club entero absolutamente todas las noches. Recuerdo haberme quedado embobado mirando la piscina, tapada con una lona tan estirada como la piel de un tambor, y todas las toallas apiladas que esperaban la llegada del verano. Los cubiertos brillantes en el puesto de la camarera. Los manteles tersos y almidonados que caían en pliegues casi hasta el suelo. Y las mujeres reunidas en los rincones, en los mejores sitios frente a las ventanas, bebiéndose a sorbitos el café o el zumo de naranja, palpándose las joyas. Tan bien vestidas y elegantes, hasta con trajes de poliéster. Todos aquellos judíos viviendo como nobles en la tierra de los libres.

Recuerdo haber sentido como si algo se me retorciera en el pecho, como si un animalillo estuviera arañando el nido. Y también mi asombro ante los excesos de aquel lugar. Cada uno es su propio contexto. Aquel no era el mío. Pero podría haberlo sido. En algún lugar, en algún pasado que se me había negado, todo aquello había pertenecido a mi madre. Qué vergüenza. Salí de la casa club a la zona ajardinada que había delante, dos semicírculos de césped a ambos lados de una entrada cubierta, donde los coches de lujo de esa gente podían parar y esperar mientras sus pasajeros se apeaban sobre los adoquines pulidos. Recuerdo haberme quedado allí plantado junto a una urna plateada llena de arena y colillas, aquejado de lo que se me antojaba una realineación de las propiedades físicas de mi ser, una quemazón interna tan intensa que me chisporroteaba por toda la piel, crepitando, gimiendo, exigiendo que le diera rienda suelta. La rabia. Mi vida podría haber sido segura. Podría haber sido fácil. Me pregunté: *¿Qué diría Lenny? El Edén está en tu mente. Abre la puerta y sal al jardín. No hay nada menos civilizado —habría dicho— que lo que llamamos sociedad civilizada. Nuestra labor consiste en desenmascararla y mostrar lo que es en realidad.* Lenny habría dicho que mi deber patriótico era causar el mayor caos posible. Entonces aprenderían la

lección.

Y Lenny presentiría lo que yo había hecho. Lo sabría, sin más. Se sentiría orgulloso. Me pediría que me quedara con él. Estuviera donde estuviera.

El cenicero parecía un arma viable. Podría blandirlo como una porra, con el extremo pesado hacia fuera, y hacer añicos unas cuantas cosas. Pero, cuando fui a cogerlo, no conseguí levantarlo. Lo único que logré fue inclinarlo sobre su trípode y verlo estrellarse contra el suelo. La arena y las colillas se esparcieron por los adoquines. Menudo acto de vandalismo. Podría haber sido un mero accidente.

Nadie lo vio. En aquel sitio no había aparcacoches.

Volví adentro, dispuesto a montar un buen numerito. Me dirigí a la barra, o lo que hacía las veces de barra. Estaba vacía, claro. Aquellos judíos no eran bebedores de verdad, al menos no a aquellas horas. Acaricié con la mano la madera brillante y resbaladiza. Metí los dedos en los agujeros de las sillas altas de mimbre. Los bares me recordaban a Phil, pero él habría detestado este sitio.

Junto a una maceta con un helecho situada detrás de la estación de servicio, encontré un cuenco lleno de libritos de cerillas, apilados como los recuerdos de una fiesta, con el nombre del club grabado en una recargada caligrafía en cursiva. Cogí uno. Cogí diez. Me llené los bolsillos de ellos.

La verdad es que no pensé en las consecuencias. Como te decía, lo que quería era encender una hoguera. Sacar fuera el fuego que llevaba dentro para poder contemplarlo y así equilibrar la balanza, por decirlo de alguna forma. Demostrarles a aquellas abuelitas pijas de lo que era capaz un niño como yo. Reclamar mi lugar como legítimo heredero del irreductible e impenitente Lenny Snyder. ¿Y qué haría Lenny? Prenderle fuego a aquella mierda. *Burn, baby, burn.*

Salí del bar caminando a toda velocidad, con las manos metidas en los bolsillos de los vaqueros para disimular los bultos de las cerillas — mirándome los pies en plan: ¿Quién, yo?, yo soy inocente—, y me choqué con un tío que apenas era más alto que yo. Un ayudante de camarero o algo así. Un enano con una franja de pelusa apenas perceptible en el labio superior, que acarreaba a duras penas un cesto de servilletas del tamaño de su torso. Las servilletas revolotearon hasta el suelo como palomas moribundas.

—Muchas gracias, chaval.

No me asustó. No se trataba más que de un blanquito novato de quince años que trabajaba en un club de campo. Yo era un tipo duro de la ciudad. Yo era el hijo de Lenny Snyder.

—Mira por dónde vas, hijo de puta.

Y lo dejé allí plantado, preguntándose qué cojones acababa de pasar.

Di varias vueltas por el lugar. Nada. Al menos, nada digno de mi proyecto. Nada que me permitiera dar el golpe dramático que necesitaba para impresionar a Lenny. Mi madre seguía allí fuera con las compañeras de *bridge* de mi abuela, sonriendo ante las cosas que le decían, apreciándolas. Si estaba allí a disgusto, desde luego no se le notaba. Quizá, después de todo, aquello no fuera una tapadera. Quizá fuéramos a quedarnos aquí de verdad. A retirar la escalera después de haber subido por ella. ¿Y luego qué? Me pasaría los veranos chapoteando en la piscina, haciéndoles aguadillas a las chicas, tirándome en bomba y gritando «¡Gerónimo!» en el aire. Una vida vergonzosamente fácil e innoble. Pero sería todo un alivio poder relajarse por una vez.

¿Qué diría Lenny? ¿Qué haría Lenny?

Mi voluntad flaqueaba.

Huí del edificio y me paseé hasta el extremo opuesto de la piscina, junto al muro que había detrás de la caseta del socorrista. Saqué una de las toallas blancas y ásperas de la estantería, la desdoblé y me quedé allí, con las piernas abiertas, ondeándola frente a mí como una bandera. Empecé a encender cerillas; la llama no duraba nada. La brisa las iba apagando continuamente. Pero yo no cedí en mi empeño. Encendía una cerilla tras otra. ¿Qué haría Lenny? Lenny no se rendiría. Y por fin conseguí obtener una llamita, la resguardé del viento con mi cuerpo y la acerqué a una esquina de la toalla, deseando que la tela prendiera. Y así lo hizo, aunque tímidamente. Encendí más cerillas, acercándolas al fuego. Llamaradas y chispas. Los hilos de la toalla quemándose como mechas. La llama chisporroteaba y tosía. No quería prender del todo.

De pronto me di cuenta de que había conseguido una cosa. El club entero me estaba mirando a través de las ventanas. Me había convertido en el centro de atención.

Las llamas crecieron. Ahora la toalla ardía de verdad.

Entonces el chaval de la pelusilla de melocotón se abalanzó sobre mí a

todo correr. Me golpeó el pecho con el hombro, me arrebató la toalla y con solo agitarla una vez apagó el fuego. La arrojó al suelo y entonces vi que apenas había conseguido chamuscarla un poco.

Mi madre me sacó de allí a rastras, desfilando avergonzada por delante de la mesa de las amigas de la abuela. Hasta desde lejos pude percibir el efecto que mi hazaña había causado en aquellas mujeres. Ya se imaginaban que yo debía de ser un desastre, y, mira por dónde, tenían razón. Desde más cerca, se apreciaban ciertos matices y variaciones en sus rostros. Un toque casi lascivo en el de esa que se había alegrado en secreto de presenciar mi gamberrada. Un toque agrio en el de aquella que me tenía miedo de verdad. El picor en los dedos de las cotillas que se morían de ganas de ir a contárselo a todo el mundo.

Y mi abuela, abochornada, intentando que no se le notara. Salió detrás de nosotros, sin delatar nada tras sus gafas oscuras.

Luego recuerdo que por fin, a las tres o a las cuatro de la mañana, mi madre me sacudió para que me levantara y me guio, sonámbulo, al exterior de la casa.

Cuando desperté a la mañana siguiente, descubrí que habíamos robado el Impala y nos dirigíamos hacia el norte por una autopista de Massachusetts.

Si alguien nos estaba siguiendo, no lo veíamos. Apenas se atisbaba ningún otro coche. Nos hallábamos solos con la carretera y el dial FM. Cat Stevens, Harry Chapin, los Carpenters. Mamá cantaba con la radio. Estaba loca de emoción. Linda Ronstadt, Wings, los Doobie Brothers.

Yo también estaba fuera de mí, borracho de fantásticas ideas sobre lo que iba a ocurrir cuando llegáramos a dondequiera que Lenny estuviera escondido. Quizá nos lo encontraríamos afeitado y presentable, vestido con una camisa almidonada que limara todos los picos y asperezas de su alegría y de su furia, siempre tan ligadas la una a la otra. O quizá hubiera tenido que ocultarse bajo tierra, en un refugio antinuclear, donde comía cerdo y alubias enlatadas con las manos. Tendría el pelo enmarañado y lleno de rastas. Habría cucarachas anidándole entre las greñas. La barba rala no solo le habría crecido, sino que le habría crecido amorfa, cuatro pelos colgándole de la barbilla como si fuera un místico jasidí, Juan el Bautista en el desierto. O quizá realmente estuviera viviendo en la chabola de tablones que yo llevaba imaginándome desde el día en que desapareció, vestido como un indio, armado hasta los dientes, preparándose para el momento en que oiría el susurro de las agujas de los pinos, miraría por entre las rendijas y vería a los polis acechando detrás de los árboles: entonces habría llegado por fin su última batalla. Quizá llegáramos allí a tiempo de unirnos a la pelea; yo y mi madre y la Reina de Saba —¿cómo sería esa mujer?— guarneceríamos las barricadas. Si él nos dejaba, claro. Si es que habíamos demostrado ser dignos de él.

—¿Nos vamos a quedar a dormir? —pregunté.

—No lo sé. —Mi madre levantó la vista al cielo gélido a través del parabrisas y se permitió una sonrisa egoísta—. A lo mejor.

Pasaban las horas y seguíamos en la carretera, ahora ya en Vermont, fuera de la autopista.

—El Mad River Valley —me dijo mi madre—. Nos estamos acercando,

me parece.

Rebotábamos sobre los baches de caminos sin asfaltar, poco más anchos que el coche; resollábamos para salvar pendientes imposibles a través de las montañas. Bosques frondosos. Sombras y hojas en descomposición. Vimos ciervos, pavos salvajes. Estábamos a finales de abril. El suelo aún seguía salpicado de pegotes de nieve y había tramos de camino con tantos badenes que teníamos que esquivarlos y pasar lentamente por encima de las piedras o rozando arbustos quebradizos. Aquellos caminos no tenían nombre. No aparecían en el mapa. Por eso sabíamos que nos estábamos acercando; por eso y por nuestra creciente expectación, la sensación de que, cuanto más perdidos nos sintiéramos, más cerca debíamos de hallarnos de nuestro destino.

A veces teníamos que detenernos para que mi madre pudiera consultar las indicaciones garabateadas que Lenny le había hecho llegar a través de Kunstler. Al llegar a la roca, gira a la derecha. Pero ¿qué roca? ¿Esta? ¿Aquella? ¿La que acabamos de pasar? Me daba la hoja de papel amarillo rayado y me pedía que comprobara lo que le dictaba su intuición. Y seguíamos adelante haciendo un acto de fe, sin saber si habíamos acertado con la última indicación hasta que llegábamos a la siguiente, sin saber si acertaríamos en la próxima o en la que vendría después. Continuamos avanzando a tientas de esta manera hasta que nos encontramos con lo que parecía ser la entrada de una casa: un muro de piedra, un farol, un buzón con forma de granero en miniatura. Había varios letreros colgados: USO RESTRINGIDO. PROHIBIDO EL PASO. PROHIBIDO CAZAR.

Seguimos por el sendero de gravilla, que crujía a nuestro paso, giramos en una curva, ascendimos una colina y de pronto nos encontramos en un claro, ante una casa de piedra. Así que era posible que hubiéramos llegado. Pero allí no había más coches. Y dentro de la casa no había luces. Ningún signo de que estuviera habitada.

Le pregunté a mi madre:

—¿Dónde está Lenny?

—A veces, las apariencias engañan —fue su respuesta.

No estábamos preparados. Ninguno de los dos. Salimos del coche y nos entretuvimos un poco. Buscando en el maletero cosas que no nos hacían falta.

Yo no encontraba mis zapatos. Hundiéndome en la tierra blanda, con un calcetín clavado en el barro, rebusqué a tientas bajo el asiento y hallé uno,

pero no el otro. Seguí palpa que te palpa por allí. Entonces rocé los cordones. Hurgando hacia delante y hacia atrás con la punta del dedo, conseguí mover el zapato un poco.

Mi madre, ansiosa, descargó su enfado sobre mí.

—Deja de hacer el tonto.

—No estoy haciendo el tonto. Se ha quedado enganchado en la barra.

—Anda ya. No está enganchado.

—Claro que sí. No puedo sacarlo.

Lo intentó ella misma y tampoco lo consiguió.

—Pues ve descalzo, Freedom. Quítate los calcetines. Vamos.

Así lo hice y, agarrándolos por la goma, intenté quitarles el barro con un palo.

—Déjalo. Mira, remángate los pantalones. ¿Pero por qué te has quitado los zapatos para empezar?

—Porque...

—No. No me lo digas. Me da igual. Cuidado con el charco. Vamos.

Nos encaminamos a la puerta. La golpeamos con los nudillos. Llamamos al timbre. Esperamos. Volvimos a tocar. Volvimos a llamar al timbre. Lenny no aparecía.

Y de pronto me asaltó el pánico; era por mi culpa. Si lo habían pillado, era por mí y por Rosalita y por mi fracaso moral, aunque yo no podía entenderlo así en aquel momento, por mi incapacidad para distinguir la vergüenza del deber y para comprender las cosas que no sabía, por mis engaños, por mi traición, por mi..., ¡y Walker! Había olvidado que todo lo que me ocurría, todo lo que yo hacía con mis horas secretas, no era más que un reflejo de Lenny.

—Yo... Mamá... Yo... —No encontraba las palabras para empezar mi confesión.

—¿Qué? ¿Freddy, qué pasa? —La culpa se me retorció en el pecho. Ella debió de darse cuenta: sus manos revolotearon en torno a mi rostro, pero resistió el impulso de tocarme—. Ya estamos aquí. ¿Qué te pasa? Dímelo.

—He hecho... algo malo.

Dio un respingo y vi que ella también lo había visto: la posibilidad de que yo le hubiera dicho algo inadecuado a la persona inadecuada, incluso por

accidente.

—Tú no has hecho nada. —Lo que quería decir era: ¿Cómo has podido?

Fue entonces cuando brotaron las lágrimas.

Me condujo al coche y nos sentamos allí mientras yo luchaba conmigo mismo. Me hizo el favor de cogerme la mano.

—Tengo una amiga —le dije por fin—. Ella... Una vez fui a visitarla. Vive..., hay una... Ronnie Walker estaba allí.

Si yo hubiera estado menos agobiado, quizá me habría dado cuenta de que ella luchaba por ocultar la expresión divertida —y de amor infinito— que le acababa de asomar al rostro.

—¡Ronnie Walker, Mamá! Lo encontré... y me amenazó, o a lo mejor no, o a lo mejor... No lo sé... Me rompió el rifle y... ¡Ronnie Walker! ¿Y ahora dónde está Lenny, Mamá?

La estaba haciendo reír.

—Ay, cariño —me dijo—. Ay, amor mío. —Me atrajo hacia su asiento y me rodeó con un brazo—. Qué exagerado eres. —Me dio un achuchón.

—No soy un exagerado. Porque, mira, ¡Lenny no está aquí!

—Tienes razón. No está aquí. —Contempló la casa a oscuras, el claro enfangado y vacío, los surcos y terrones en el lugar donde debería haber habido un coche—. Pero te prometo que Ronnie no lo ha delatado. Walker es legal. Es de fiar. Lo encontró el detective de Kunstler. Ni siquiera se estaba escondiendo. Simplemente había pasado unos días fuera de la ciudad. Así que... —Me volvió a achuchar—. ¿Estás bien?

Bueno, más o menos. A ver, ¿por qué no me lo habían dicho antes? ¿Por qué a nadie se le había ocurrido que yo debería saberlo? Se pasaban la vida diciéndome toda clase de cosas inapropiadas. Mi madre se podía tirar horas dándome la brasa con la Reina. ¿Estaban intentando protegerme? ¿Acaso habían hecho eso alguna vez? ¿Y qué pasaba con la historia de que lo habían engañado para pillarlo? ¿Y quién era el otro tío, el tío del que todos hablaban y que había desaparecido? ¿Existía acaso? ¿Y de qué era culpable Lenny y de qué no? ¿Acaso importaba? Pero sí, tenía que importar. Me habían dicho que importaba.

—Entonces, ¿por qué...? Lenny dijo...

—Ya sabes cómo se pone Lenny cuando está nervioso. Llegará. Te lo

prometo. Solo tenemos que esperarlo.

Nos pasamos horas allí sentados. ¿Qué otra cosa podíamos hacer? Se me secaron los calcetines y empecé a despegar trocitos de la costra de barro que se les había formado. Extrajimos mi zapato de debajo del asiento. Mamá se leyó una revista entera, de cabo a rabo. Incluidos los anuncios. Y luego el sol se puso, invisible, por detrás de las nubes, y los bosques, el claro y todo lo que contenía se llenaron de tinieblas.

Bastante más tarde, cuando ya había oscurecido, vimos unos faros avanzar por el camino. Giraron hacia la casa: se trataba de una ranchera. Dio la vuelta en el claro, sus luces nos barrieron, brillaron sobre la casa y volvieron a apuntar al camino. El motor se apagó, las luces se extinguieron. Se bajaron dos personas. Un hombre y una mujer. Era difícil distinguir sus facciones en la oscuridad. Recogieron unas cosas del asiento delantero. El hombre cerró el coche con llave. Tenía michelines en la cintura. Cuando se incorporó, era como si todavía siguiera inclinado, como si la vida lo hubiera vencido. Un verdadero pringao.

La mujer le habló desde lejos:

—No te olvides de la cámara, Nick. —Tenía la voz ahumada y una dicción elegante de colegio privado.

—La tengo —dijo el tipo. Ni rastro de acento de Brooklyn.

Pasaron lentamente por delante de nosotros hacia la casa, dos personas tranquilas cavando un surco pastoral. No parecieron darse cuenta de que estábamos allí, sentados en el oscuro interior del coche. Cuando llegaron a los escalones de la entrada, el hombre dio un par de pasos fuera del sendero de losas de pizarra y apretó un interruptor escondido tras un arbusto. Entonces la casa entera se iluminó, con un globo de luz sobre la puerta de entrada. Se dieron la vuelta y esperaron, dejando que los contempláramos. Se pasaron un buen rato posando, mostrándonos sus siluetas silenciosas, cansadas, mientras nosotros los estudiábamos. Todo aquello tenía un cierto aire ritual. De saludo pausado. Un toque casi japonés.

—Bueno, ¿venís o qué? —nos dijo el hombre. El Nick aquel.

La mujer le dio un golpecito coqueto con la cadera. Y también se dirigió a nosotros:

—¡Bienvenidos!

Mi madre y yo repetimos la jugada de recoger nuestras cosas, esta vez algo

cortados, conscientes ya de que ellos también nos observaban.

Mientras rodeábamos los charcos del camino en dirección a ellos, la mujer nos dijo:

—Habríamos llegado antes, pero estábamos en una reunión.

Agitando los brazos en el aire, riéndose de sí mismo, el hombre rugió: «¡Salvemos el río!», y algo familiar asomó a su gesto. Lenny. Pero un Lenny que había sido moldeado y estirado hasta quedar convertido en otra persona. De cerca, vi que tenía la nariz diferente; aquella protuberancia judía graznadora había sido sustituida por algo más plano, no mejor, sino más chato. Su mata de rizos había desaparecido, sus sienes empezaban encanecer. Y ahora llevaba barba, o algo así: por toda la cara le crecían unos descuidados mechones intercalados con calvas. Ni siquiera vestía como Lenny. Pantalones de pana gruesa de un tono verde oscuro. Chaqueta de cazador y camisa de cuadros escoceses abrochada hasta arriba. ¡Lenny! ¡De cuadros! ¡Y abrochado hasta arriba! ¡Y en sandalias! ¡Con calcetines!

Me observó, sin saber muy bien cómo proceder. Entonces se subió un poco las perneras del pantalón y se agachó. Entrecerró los ojos. Hizo sus cálculos. Aquel momento tenía algo de espectáculo; las mujeres, Mamá y la otra, la Reina de Saba, a la que por algún motivo me había imaginado negra, se mantuvieron al margen, observándonos mientras representábamos nuestros papeles.

—Tú debes de ser Freedom. Encantado de conocerte. Me llamo Nick Dixon. —Me tendió la mano, pero yo estaba demasiado confuso para estrechársela.

—¿En serio? —dijo mi madre—. ¿Nick Dixon?

El tipo le lanzó una mirada llena de picardía disimulada. Le guiñó un ojo.

—¿Por qué no? —dijo. Y allí estaba otra vez Lenny, asomando por las grietas.

Dio una palmada como diciendo ¡ja! y lanzó una carcajada, mi madre se rio también, y algo en el ambiente cambió y se esfumó.

—Bueno, muy bien —dijo él, levantándose y despeinándose con los nudillos—. Pues que empiece la fiesta.

Y eso fue todo. A Lenny no se le daban bien los reencuentros sentimentales. Prefería ser el poema, la broma, la amenaza.

Él y la Reina nos condujeron al interior y lo siguiente que recuerdo es que

él nos enseñó la casa. O, bueno, en realidad no a los dos, sino solo a mí. Mi madre debió de poner alguna excusa, no lo sé. O puede que la Reina estuviera manejando los hilos. Puede que ella y Lenny se hubieran puesto de acuerdo: educa al niño, reconecta un poco con él mientras yo me camelo a tu mujer.

En cualquier caso, Lenny me arrastró de habitación en habitación, presumiendo de todo aquello como si no hubiera duda de que iba a impresionarme. Y supongo que lo hizo. Tío, aquella casa apestaba a dinero. A dinero polvoriento. A dinero desgastado y descolorido. A dinero tan antiguo que ya se le habían borrado las manchas de sangre. Todo lo que había en aquella casa había sido mellado y castigado por la historia. Espejos del tamaño de apartamentos neoyorquinos. Muebles de distintos siglos mezclados unos con otros, como si estuviéramos en el lugar adonde iban a recalar los descartes favoritos de generaciones y más generaciones de modas cambiantes, donde cada *chaise longue*, mesita auxiliar y alfombra persa valdría una fortuna si la tasaran, aunque para qué molestarse pudiendo acumularlas todas aquí.

Pero ninguna de estas mierdas importaba, al menos no para Lenny. Lo que él quería enseñarme eran las obras de arte. Los recuerdos. Los destellos de identidad que se desperdigaban por las paredes. Las cosas que me revelarían quién era el dueño del mundo en el que acabábamos de penetrar. Quería desvelarme la mitología de aquel lugar. El famosito izquierdista que rezumaba por todas las grietas. Los cuadros originales de Ben Shahn, Max Ernst, una caricatura firmada por George Grosz de un cerdo con una porra, obeso y desquiciado, todo él orificios nasales, colmillos y lorzas. Una fotografía de un niño sentado en el barro tomada por Walker Evans. Una carta enmarcada con la firma de Diego Rivera, que estaba escrita en español, por lo que no pude leerla; gracias por su hospitalidad o algo por el estilo. Y los carteles. La historia completa de la Izquierda amarilleando sobre las paredes. Llamamientos de los años treinta que instaban a la gente, a través de su angulosa imaginería constructivista, a unirse al Partido Comunista. Pósteres de la guerra civil española que glorificaban al POUM: ¡BARCELONA LIBRE! Grabados de esqueletos con sombreros mexicanos y los rostros ocultos tras un pañuelo, empuñando pistolas: ¡VIVAN LOS ZAPATISTAS! Curiosamente, había uno que nosotros también teníamos en casa, uno con flores toscamente dibujadas y símbolos de la paz y notas musicales blancas enmarcando una lista

de promesas raras y extravagantes. VEN A CHICAGO. CONCIERTOS GRATIS. DROGAS GRATIS. CONCIENCIA LIBRE. ¡FLIPA! Era un póster que había diseñado el propio Lenny. Y allí estaba, compartiendo la pared con las leyendas.

Y también había fotos que contaban aquella historia. En todas aparecía el mismo tío, al que yo no había visto nunca, a veces acompañado de una rubia despampanante que apenas se daba importancia. El tío con Eugene Debs. Con FDR. El tío con León Trotski. Con Woody Guthrie y Pete Seeger. Fidel Castro. Che Guevara. JFK. MLK. César Chávez y Harry Belafonte. El tío con el puto Gandhi. En serio, aquel tío estaba en todas partes. En un rincón oscuro, debajo de la escalera, había hasta una foto de él con Phil Ochs. Y, en el lugar de honor, sobre el baño del piso de abajo, el tío aparecía con Lenny —el Lenny al que yo recordaba, no el Nick Dixon de ahora—, que llevaba un sombrero de vaquero, exhibía un ojo morado y una sonrisa burlona y ondeaba una bandera de Vietnam del Norte sobre su cabeza.

Durante aquella visita turística, Lenny mantuvo intacta la fachada de Nick Dixon y se dedicó a hablar de sí mismo en tercera persona. «Esta es de cuando Lenny Snyder levantó la tapadera de la Capital.» «Esta es de cuando llamaron a la Guardia Nacional para impedir que Lenny Snyder cruzara el río Delaware.» Se enorgullecía muchísimo de verse en aquella pared, al lado de todos los vips.

—Algún día tú también estarás aquí, chaval —me dijo—. Lo llevas en la sangre.

Un intento de conectar, pero, en lugar de acercarme a él, me alejó aún más de aquel lugar lleno de excesos y comodidades, de aquel hombre que era mi padre y no lo era a la vez. No me veía reflejado en nada de lo que me rodeaba.

Resultó que el viejo aquel era el padre de la Reina de Saba. Pertenecía a la rama herética de la familia Emerson. Tenía pedigrí. Lo que llaman la realeza progresista. Tras fracasar estrepitosamente en Groton y decepcionar a sus ancestros vivos y muertos al traicionar a Harvard por Yale, había acabado aterrizando en el Union Theological Seminary para estudiar con Paul Tillich. Durante las décadas siguientes, había utilizado una y otra vez su humanismo ecuménico y la autoridad moral que conllevaba su vocación para encaminar a los contactos sociales que había heredado hacia el «nobleza obliga», para dirigir el curso de la historia hacia la justicia, como suele decirse. Y, al morir,

le había legado la vieja casa de campo de su familia —la casa donde nos encontrábamos ahora— a su hija.

Estoy seguro de que las intenciones de aquel tipo habían sido buenas. Estoy seguro de que había tratado de hacer el bien. Pero el orgullo que mostraba Lenny por su vínculo con aquel hombre me dejaba perplejo. Porque a Lenny —al Lenny que yo recordaba— jamás le habría importado una mierda lo que pensarán los demás. Muy en especial los vástagos de los poderosos. No se puede destruir el sistema y venerarlo al mismo tiempo. O quizá sí, supongo. Si eres Lenny.

Pero en realidad no se puede.

El verdadero nombre de la Reina de Saba era Caroline. Se trataba del tipo de mujer que nunca lleva maquillaje. El tipo de mujer para la que se inventaron los filtros de iluminación de color azul. Venía con banda sonora incorporada. Joni Mitchell. James Taylor. Tenía ese aire de «*I've-seen-fire-and-I've-seen-rain* y a mis mejores amigos los conocí en el psiquiátrico de McLean». Las tenues patas de gallo que se le dibujaban en las comisuras de los ojos no hacían más que aumentar su belleza.

La primera noche, mientras «Nick Dixon» me llevaba de visita guiada, ella le sirvió a mi madre un té, con la enorme elegancia propia de su clase: tazas a juego alineadas sobre una bandeja de plata, galletas de mantequilla Chessmen dispuestas en abanico sobre un platito para acompañar. Según Lenny me iba conduciendo de una habitación a otra, pasábamos por delante de ellas cada dos por tres, y allí veíamos siempre a la Reina de Saba, acurrucada en el sofá sobre sus piernas encogidas, haciendo un esfuerzo consciente por proyectar intimidad y confianza, mientras Mamá permanecía plantada como una seta rugosa en el sillón con forma de capullo que había frente a la Reina, frunciendo el ceño, sonriéndose a veces, resistiendo. Cada vez que pasábamos por la estancia, éramos testigos de aquel tenso cara a cara.

A veces las oía arrojarse comentarios la una a la otra a través de la distancia que las separaba. La Reina: «Nos alegramos tanto de que hayáis podido venir. Todo esto ha sido una verdadera odisea para Nick. Ya sabes lo sensible que puede llegar a ponerse». Y Mamá: «Eres exactamente como me esperaba». Comentarios que caían en saco roto, sin respuesta, dejando aún más claro que nunca serían capaces de entablar una conexión real.

«Nick» las dejó a lo suyo. Que se pelearan por él, o no, allá ellas.

Lo que a él le importaba en esos momentos era impresionarme con las historias de los logros de aquel Viejales. Había acampado en la Explanada Nacional de Washington en solidaridad con los veteranos de la Primera Guerra Mundial, que exigían el pago de sus certificados de servicio en 1932. Había redactado una petición muy arriesgada e impopular para protestar por el trato que el Gobierno había dispensado a los Rosenberg. Había caminado junto a Castro en 1959 cuando aquel gran hombre dio su paseo triunfal por Nueva York. Había sido el único hombre blanco presente en la sala donde Martin Luther King y la Conferencia de los Líderes Cristianos del Sur planearon el boicot de los autobuses de Montgomery. Y, de alguna manera, a medida que me relataba aquellas hazañas, Nick se las iba apropiando. Eran otras tantas pruebas de la ilimitada importancia que se daba.

Que aquellas historias me pudieran aburrir, que yo quizá fuera demasiado pequeño para entender su importancia y que me habría impresionado más si me hubiera contado un chiste de «¡Toc, toc! ¿Quién es?», o si hubiera sacado un yembé y me hubiera invitado a tocar juntos, o, ¡leche!, si me hubiera hecho una mísera pregunta, cualquier pregunta: nada de esto se le pasó por la cabeza. Yo estaba allí únicamente para admirarlo y disfrutar del honor de su compañía.

Y en eso lo decepcioné. Me resistí a su control. Mientras él seguía contándose historias a sí mismo, yo iba detrás de él pensando en mis cosas, sin apenas escuchar las palabras que se le derramaban de la boca.

Pero Nick acabó por darse cuenta. Dejó de enseñarme cosas. Regresó a la habitación donde nos esperaban mi madre y la Reina de Saba. Y, al ver que íbamos a quedarnos con ellas, revivieron como unas secuestradas que vislumbraran de pronto la luz del sol. Lenny, ahora Nick, se marcó un bailecito, unos movimientos torpes que tal vez pretendieran recordar al mambo. Hizo aletear sus dedos por encima de la cabeza y volvió a decir: «¡Que empiece la fiesta!». Debía de ser su nuevo mantra, su nuevo «Que se jodan si no aguantan una broma». Y se dejó caer en el sofá junto a la Reina.

Le rozó la nuca con los labios y ella —por Dios, qué clase— le dio unas palmaditas en la rodilla y se agazapó sobre sí misma, dirigiéndole a mi madre una mueca de desazón mientras se encogía levemente de hombros, incómoda. Ambas rieron quitándole importancia, unidas por una vez en su voluntad de mimarlo.

Y entonces, por algún motivo, todos se fijaron en mí. Recuerdo el peso de sus miradas. La cara de Nick Dixon pareció cambiar de forma, dejando ascender a la superficie al Lenny que yo conocía. Recuerdo la sensación de ruborizarme. La gratitud. Pero también la impresión de que esperaban de mí algo que yo no tenía ni idea de cómo darles.

—¿Cuántos años tienes ya, Freedom? —dijo Lenny.

—¿Ya no te acuerdas? —le preguntó mi madre.

¿Ves?, ya la había cagado. Me arrebujié en el puf que había junto a su sillón, deseando que nadie se diera cuenta de mi decepción.

La Reina le susurró al oído.

—Ocho años —dijo él—. Esa es una edad suficiente para saber unas cuantas cosas.

Se levantó de su madriguera en el sofá con gran cuidado, como si fuera mucho mucho más viejo que el hombre que yo recordaba, arrastró los pies hasta la librería, extrajo de un estante un libro gigantesco —el *Ulises*, creo que era, o *Moby Dick* o la Biblia—, lo trajo de vuelta, lo dejó caer sobre la mesa de centro y abrió la tapa para descubrir una bolsita de plástico llena de marihuana. Un alijo impresionante. Si te pillaban con eso, era un delito grave. Y allí estaba Lenny, con una expresión triunfal dibujada en medio de toda la cara, esperando a que me desmayara de admiración. Y lo único que a mí se me ocurría era: ¿En serio? ¿En un libro? Te estás ablandando, tronco. En Nueva York nunca habría elegido un escondite tan cutre.

—¿Habías visto esta mercancía alguna vez?

—Eh, ¿tú qué crees? —le dije. Si haces una pregunta estúpida, te llevas una respuesta estúpida.

—No, tronco, te crees que la has visto. Pero no lo pillas. Lo que has visto es la hierba *skunk* que venden en Tompkins Square. Esta es de calidad. Cien por cien *kush* de Jamaica. Conseguimos que nos la trajeran de contrabando directamente desde Kingston.

—Pues vale.

—¿Sabes quién es Bob Marley?

—Claro.

—Esto es lo que él fuma. —Eché una ojeada a la Reina como para asegurarse—. Su colega «Mirada Asesina» Steven Braithwaite la cultiva *en el*

caaampo, tronnnco.

—Pues vale.

—Mola un huevo, ¿no?

Cuanto más se esforzaba, menos ganas tenía yo de seguirle el juego.

—Sí.

Separó un brote del amasijo enredado que había dentro de la bolsa y lo levantó para que yo lo examinara.

—Mira esa cosa musgosa que tiene en las hojas. ¿Lo ves? Si te acercas lo suficiente..., aquí, mira, ¿lo ves? Cristales. THC puro. Es cien veces más potente que la que se consigue aquí en nuestra gloriosa tierra de los hombres libres. Es un híbrido ecológico que cultiva la CIA, pero les ha salido el tiro por la culata, ¿eh? Ahora está en manos de Nick Dixon. Y por su intercesión ha llegado hasta ti, el único e inigualable Super Ratón en persona, Freedom Snyder.

Miré de reojo a mi madre, que me dedicó una mueca. ¿Sarcasmo o silencio? Silencio.

—¿Qué me dices? ¿Lío un peta?

—Si quieres. No sé. Supongo que sí.

Él ni se inmutó. Su apariencia exterior no cambió en absoluto. Pero capté la advertencia que me lanzó. La rabia que destelló en sus ojos como un interruptor de la luz que se enciende y se vuelve a apagar. La violencia que escondía bajo su contoneo molón. Sus verdaderos sentimientos hacia mí. Lo contingentes que eran. La necesidad. El odio. Durante el resto de su vida, hiciéramos lo que hiciéramos y por muy bien que nos lleváramos, parte de mí siempre se mantuvo alerta por si aquel tigre enseñaba las garras.

Duró solo un segundo y luego se esfumó. Pasó completamente desapercibido para mi madre y para la Reina, o quizá es que ellas ya habían aprendido a convivir con aquel aspecto de su personalidad.

Sacó un papel de fumar y le dio forma de canoa. Esparció por el interior unos montoncillos pegajosos de hierba, lo enrolló con las puntas de los dedos y luego una vez más con las palmas de las manos, y retorció los extremos sin llegar a sellarlos por completo. A cada paso calibraba mis impresiones, en plan: Eh, chaval, ¿lo pillas? ¿Ves cómo lo hago? Dime si alguna vez has visto un porro mejor liado. Me lo enseñó para que lo admirara. Me lo agitó delante de las narices.

—¡De libro! —dijo. Luego rebuscó un mechero en el bolsillo de sus pantalones de pana, se llevó el porro a los labios, lo encendió y le dio una honda calada.

Unos hilos de humo se derramaron de su boca y se enroscaron sobre sí mismos. Estudió las ascuas. Les dedicó una sonrisa. Le dio otra calada, esta vez más profunda, flexionando el diafragma. La hierba crepitó y crujió. Y, entonces, satisfecho, me tendió el porro.

—Si no te colocas, hermano, no puedes sintonizar —dijo, casi sin aliento, conteniendo la respiración, mientras el humo se le iba escapando por entre los dientes.

Apelé a mi madre, pero no encontré ninguna ayuda en ella. Se mantenía expectante, observando, tomando notas mentales, demasiado esperanzada aún como para admitir que ya se estaban empezando a formar bandos.

—¿Tengo que hacerlo? —dije.

Lenny dio otra calada.

—Tú no «tienes» que hacer nada —me dijo—. Pero, tronco, había oído que eras el hijo de Lenny Snyder. En mi pueblo eso significa algo. Me imaginé que serías un cabrón más enrollado. O, al menos, no un gallina.

La Reina le tocó la rodilla a Lenny como intentando recordarle algo. Él apenas se dio cuenta. Estaba completamente centrado en mí. Cómo echaba yo de menos mi AK-47 destrozado.

—¿Por qué no paras de hacer eso? —le pregunté.

—¿El qué?

—Aparentar. Fingir. Tratar me como si fuera un niño estúpido.

Y mi madre, tras todos aquellos meses de añoranza y de intercesión en su nombre, de fe ciega, de abandono y enajenación, de haber terminado por perder tanto que por fin había empezado a pensar en sí misma, solo para que él volviera a atraerla con tergiversaciones seductoras y una errática posibilidad de esperanza, hizo lo único que era capaz de hacer en aquel momento. Se deslizó hasta el sofá para colocarse junto a él, protectora. Por primera vez desde que arrancara aquella extraña prueba, ella tenía algo que decir.

—Esto ya lo habíamos hablado, Freddy. Cómo íbamos a...

—¿Aparentar? ¿Fingir? No sé lo que significan esas palabras... —dijo Lenny, blandiendo el porro como si fuera un puntero—. La realidad es un

constructo social. ¿Lo pillas? La realidad no es real. Todo es pura percepción. ¿Tú cuando me miras ves a Lenny Snyder? Vale, es tu prerrogativa. Yo me miro al espejo y veo a Nick Dixon. Caroline también ve a Nick Dixon. Y Suzy también. —Al pronunciar cada uno de sus nombres, rodeó con un brazo primero a la Reina y luego a mi madre y las atrajo hacia sí, plegándolas a su voluntad. Se inclinó hacia mi madre y le dobló el codo en torno al cuello para poder darle un tiro al porro que ahora sostenía junto a la barbilla de ella—. Así que estamos ante un problema de percepción, ¿lo ves? Nosotros tres vamos por aquí, embarcados en el mismo viaje, y mientras tanto tú estás flotando solito por ahí. Pues que te diviertas. Pero también puedes coger el peta de los cojones y venirte aquí con nosotros, a nuestra realidad. Y te lo aseguro, este sitio es mucho más divertido que esa mierda de sitio donde estás tú. —Con insistencia, amenazante, dando golpecitos con las yemas de los dedos, se cambió el porro a la mano desocupada para no chamuscarle el pelo a mi madre y luego le desenredó el brazo con el que le atenazaba el cuello.

¿Qué alternativas puede tener un niño en un momento como ese?

Atrapado en un lugar desconocido donde las paredes forradas de madera se le están echando encima y afuera el silencio se extiende hasta el infinito. Con todas las cosas cotidianas a kilómetros de distancia. Y su Mamá —la única luz, el único calor que puede estar seguro de encontrar allí, en esa gran habitación en la que lo acosa su padre— sin levantar ni un dedo para interceder. El niño agarra el porro. Se lo lleva a los labios e inhala su olor a humedad, aspira el humo hasta lo más hondo de sus pulmones y lo vuelve a expulsar tosiendo.

—Así se hace —dijo Lenny arrebatándome el porro de nuevo.

Entonces dirigió su atención a mi madre y a la Reina, hablando a toda velocidad, tirándose el rollo, arrancándoles risotadas estúpidas mientras yo me hundía más y más en el puf.

No sé de dónde habría sacado la maría —estoy seguro de que no se la consiguió Bob Marley—, pero, fuera de donde fuera, resultó ser muy potente. Empecé a tener visión de túnel. Se me despertaron los sentidos secundarios. Al tratar de seguir la conversación, me di cuenta de que me resultaba imposible. Sus voces me llegaban como los tonos de una escala musical, llanuras de sonido, no lenguaje humano, y apenas acababa de descifrar una cadena de palabras —*peral al pie de la colina*, quizá, o *espárragos silvestres*

junto al camino— cuando se me abalanzaba encima otra cadena más, y luego otra; el lenguaje se apilaba sobre sí mismo como las capas de un tapiz sobre mi cabeza, cada una de las cuales me aplastaba un poco más hasta que, para poder respirar, me veía obligado a sacudírmelas todas de encima.

Luego vinieron a por mí los aromas de la habitación. Ese olor a madera agrietada que tienen las cabañas campestres. El olor del tiempo, de la historia secándose y poniéndose rancia. Esos y el olor acre de Lenny, que, aunque ya no seguía haciendo el idiota al estilo hippie, aún no había aprendido a lavarse. Y la peste a marihuana flotando por encima de todo lo demás, trayéndome de nuevo las voces adultas, olas que se estrellaban contra mí y me arrastraban hacia las profundidades.

La única forma de escapar era refugiándome en mí mismo. Cambiando la lente a través de la cual lo miraba todo. Reajustando el marco de mis experiencias. En lugar de perseguir las sensaciones, fui tras las vívidas ideas que anidaban en mi cabeza. Aquello también tenía su peligro. Cada pensamiento adquiriría peso e importancia. Cada filamento de memoria, cada concepto semioculto, cada latigazo de razonamiento lógico, las series de aprobación y ánimo, todo ello me llevaba a cosas que me habían dicho Mamá o Phil o Rosalita, o incluso Lenny, sí: la suma total de mi experiencia limitada, ondulante, iridiscente, fuera de mi alcance como los tentáculos de un calamar abisal ciego. Y sabía, lo sabía a ciencia cierta, que, si pudiera alcanzar tan solo una de aquellas cuerdas oscilantes, si pudiera agarrarla firmemente y trepar centímetro a centímetro, siguiendo las implicaciones y las resonancias de la idea en formación que se escondía en su interior, llegaría al cuerpo desde el que surgían tanto ella misma como el resto de mis pensamientos, al gran revoltijo confuso de significados que me explicaría el secreto de mí mismo. Pero se movían demasiado rápido. Me surcaban la cabeza a tal velocidad que, cuando se estrellaban contra mi cráneo, me aturdían, me dejaban atontado. Justo cuando sentía que empezaba a comprender, me daba cuenta de que había olvidado el dato clave que me hacía falta para dotarla de sentido. La realidad sólida que creía tener entre las manos se convertía en un vacío inmenso.

Fui obsesionándome más y más con Lenny, lo observé mientras se partía de risa. Nick Dixon. Lenny Snyder. Lenny Snyder. Nick Dixon. El mismo, pero diferente. Diferente, pero el mismo. Tenía la nariz diferente, pero los mismos

ojos. Un corte de pelo diferente, pero el mismo cabello hirsuto. Y su faceta más temible permanecía intacta: la arrogancia y el engreimiento, el ego omnívoro, la necesidad compulsiva de que todo el mundo, incluido yo, le confirmara que sí, que él era el tío más enrollado del lugar. Pero su otra faceta —la faceta juguetona, de payaso temerario, la que le hacía dar volteretas en las barricadas y le daba la fuerza de decir con sorna que, por muy recios que fueran los candados de su celda de la cárcel, nada, ningún sistema ni ninguna persona ni ninguna máquina burocrática le arrebataría jamás la alegría—, esa faceta se había esfumado.

Una llama prendió y se extinguió en mi cabeza. La chispa de un mechero. Una cerilla al viento. Iluso de mí, fracasando en mi intento de incendiar el club de campo, como si con eso fuera a conseguir ganarme su amor, creyendo que podría encontrar en él un guía, la clave de cómo hacerme mayor: como si él fuera capaz de reconocer a alguien como algo más que un *groupie* o una amenaza. ¿Y yo qué era? Pues su hijo. Antes habría estado dispuesto a consagrarme a él, ciegamente, por entero. ¿Y ahora? Me había mostrado su ira. Me había convertido en su enemigo. Mi mente se crispó en torno a esa idea. La paranoia se apoderó de mí. Una ola de sensaciones me recorrió el cuerpo como agua helada. Noté cómo me tensaba, me relajaba, me tensaba, me relajaba. Un filtro de luz de quita y pon. La lente que cambiaba una y otra vez. Luego el terror y la parálisis volvieron a atenazarme.

Debieron de darme convulsiones, porque lo siguiente de lo que fui consciente fue de que mi madre me tenía agarrado por los hombros, alzado ante ella para poder buscarme algún movimiento bajo los párpados.

—Freddy —me dijo—. Freddy, ¿qué te pasa? —Y entonces me estrechó contra su pecho y me acarició el pelo húmedo.

Y recuerdo a Lenny mirando, quizá preocupado, o avergonzado, o simplemente confuso. Y le recuerdo diciendo: «¿Qué?». ¿A la Reina? ¿A mi madre? A aquella que le hubiera lanzado una mirada de reprobación. Casi gimiendo. Suplicando: ¿Qué culpa tengo yo?

Y eso no fue más que la primera noche. Nos quedamos cuatro días más.

A la mañana siguiente, me desperté aturdido y bajé las escaleras arrastrando los pies para encontrarme a Lenny y a la Reina de Saba en la cocina con Clapton a todo volumen, él desgañitándose al ritmo de la música,

ambos pasándoselo en grande, felices y en pelota picada. Al parecer, estaban haciendo unas tortillas. Aquello eran más bien verduras selladas en un fino laminado de huevo. Cebolla y champiñones, en su mayor parte. Un festín campestre, declararon. Toda una exhibición de los dones de la tierra.

Mi madre también estaba allí, envuelta en un caftán. Sentada en una silla con las piernas cruzadas, lejos de la línea de fuego de los otros dos, sosteniendo en el regazo una taza de café hecha a mano. Irradiaba beatitud. Cuando me vio parpadeando en el umbral, me hizo señas para que me acercara a ella y me atrajo hacia sí con fuerza, rodeándome con los brazos para transmitirme la tranquilidad que vibraba en su interior.

Más tarde, sentado a la mesa rústica, me puse a hurgar con el tenedor en mi desayuno, en busca de algo comestible. Al terminar, contemplé el plato y me di cuenta de que lo único que había conseguido era trasladar meticulosamente todo su contenido de un lado a otro.

—Vas a herir mis sentimientos, chaval —me dijo Lenny.

Examiné la bazofia gelatinosa que tenía en el plato.

La Reina, para rebajar la tensión, se puso a hablar de jardinería.

Un poco después, mi madre me llevó al ático, donde nos habían alojado, y me mandó sentarme.

—Sé que todo esto es muy confuso, Freddy —empezó—. Pero ¿sabes lo que te digo? ¿Qué sentido tiene tratar de empeorar las cosas cuando puedes hacer algo para que mejoren? Dale una oportunidad. Hazlo por mí. Lo necesito.

Así que lo hice. Por ella.

Y una cosa tengo que reconocerle a Lenny: durante el día, él y la Reina se esforzaban de verdad. Nos hicieron sentir como verdaderos huéspedes en su mansión campestre, controlando todo al milímetro para desplegar los ritmos plácidos e idílicos de sus vidas. Nos llevaron de paseo en coche por las montañas, nos enseñaron la estación de esquí, que acababa de cerrar por el final de la temporada, con sus remontes parados y sus irregulares pistas de barro resbaladizo. Nos llevaron a comer a una cafetería pequeña y pintoresca —uno de esos restaurantes prefabricados de aluminio aerodinámico— a la que tardamos cuarenta y cinco minutos en llegar por carreteras secundarias, y donde servían exactamente los mismos sándwiches de queso tostados que en todas partes.

Fuimos a hacer senderismo por una ruta marcada montaña arriba. A veces la Reina se quedaba atrás y dejaba que Lenny caminara a nuestro lado con esos nuevos andares suyos tan extraños. Él y mi madre se cogieron de la mano, ruborizados como dos pipiolos en su primera cita. Lo que más me llamó la atención fue que parecía que no se conocían, de lo tiernos y lo tímidos que se pusieron. Como si ambos tuvieran miedo de que el otro sufriera algún daño. No había sitio para mí en aquellos momentos. Me quedaba atrás con la Reina y la contemplaba mientras los observaba. Su tolerancia, su aprobación, su disposición a compartir.

Cuando el sol empezó a ponerse, nos llevaron al vertedero, donde nos encerramos en el coche para admirar a los osos rebuscando entre la basura y atiborrándose de verdura putrefacta y pan de molde mohoso.

Aquellos días... Bueno, en realidad el primero. Fue como una música. Suave y sentimental. Me incitaba a olvidar lo que había pasado la noche anterior. Me tentaba para que pensara que me había salido del mundo. O, por lo menos, de este mundo, con su mugre, su pecado y su terror. Que me había colado en una realidad alternativa, en un lugar sin conflictos que aún olía a nuevo, donde las malas intenciones todavía no se habían inventado, un lugar que había estado siempre ahí, escondido, esperando a que yo aceptara el desafío y dejara atrás mis propiedades y mis posesiones. Lo único que había —que yo tenía— que hacer era entregarme a él.

Y lo hice.

Todos lo hicimos.

O al menos dio la sensación de que lo habíamos hecho.

Hasta que cayó la noche y recordé que todo lo que me había traído conmigo —las cosas que Lenny había y no había hecho, los miedos y el dolor y las preguntas sin respuesta, los recuerdos y sus persistentes efectos — todavía estaba allí, imborrable, ineludible.

Aquella noche, cuando volvieron a sacar la hierba, yo salí corriendo. Me escondí en el ático con las luces apagadas. Observé cómo temblaban las sombras. Deseé con todas mis fuerzas que el tiempo pasara rápido. Nadie vino a buscarme. Qué alivio. El silencio, sobre todo. Cada ruidillo se oía con mucha más claridad. Una ardilla listada sobre el tejado: habría sido capaz de señalar el lugar exacto donde se encontraba, el momento en que había echado a correr y en qué dirección, cuándo se había parado a coger un guijarro con

sus diminutas garras. Búhos ululando en la distancia y también muy cerca. Aullidos. Gemidos. El universo nocturno estirando los músculos. Y dos pisos más abajo, a veces, los adultos armando escándalo, riéndose, gritando un momento antes de volver a bajar las voces.

Y luego, más adelante, pasos sobre las tablas del suelo.

Y también algo más. El chapoteo de la cama de agua en el dormitorio de abajo. Una risita: la de mi madre. Más chapoteos. Ella lanzó un gemido, grave como el hierro, y dijo algo que no alcancé a entender. El movimiento del agua adquirió la intensidad de la marea, una ola tras otra ascendían por el somier y se estrellaban contra los maullidos de mi madre. Y luego la voz de Lenny, aguda como una sirena alejándose de la ciudad a toda velocidad. Lanzó una carcajada. «¡Esa es mi chica!» Sonaba exactamente igual que el Lenny de siempre.

Y, flotando en la oscuridad que se alzaba por encima de ellos, me entró el mareo y me escapé escaleras abajo en busca de un sitio cualquiera, el que fuera, con tal de que estuviera lejos de ellos dos.

Entonces me encontré con la Reina, sentada en el sofá con un triste ejemplar de *The Nation* en el regazo. Levantó la vista y la posó en mí con algo así como cariño. «Hola.» Me sostuvo la mirada. Con una inmensa placidez. Con esa serenidad a la que aspiran las mujeres blancas y que solo consiguen verdaderamente cuando son ricas y han sufrido mucho. Como si el viento soplara a través de ella. Una calma intensa y abrumadora. No tuve más remedio que quedarme a su lado.

Me hundí en el abrazo inextricable del puf, sintiéndome estúpido y fuera de lugar, y esperé a que ella me apaciguara con alguna frase mordaz.

—Se alegra mucho de tenerte aquí —acabó diciendo—. Los dos nos alegramos. Yo estaba deseando conocerte, pero él está realmente feliz. Eres lo más importante del mundo para él.

Yo aún oía el lento oleaje de la cama de agua.

—Todo esto le ha resultado muy difícil. Se ha sentido muy solo. Se pasa semanas enteras sin hacer nada, tirado en este sofá. No habla. No come. Le traigo un vaso de agua y le digo: «Nick, por favor, tenemos que encontrar la forma de seguir adelante con nuestras vidas». Y ni siquiera me ve. Es como si no estuviera ahí. Como si no hubiera nadie en casa. Cuando le toco el hombro se limita a hundir la cabeza en los cojines. Pero lleva una racha estupenda

desde que tu madre le escribió para decirle que veníais. Es un Nick completamente nuevo. Y este me gusta más. —Se llevó la taza de té a los labios y le dio un trago largo y cargado de significado.

En el piso de arriba, la cama de agua se agitaba como si la hubiera atacado una tormenta torrencial.

—¿Te lo estás pasando bien? —inquirió la Reina.

Pasarlo bien. No era la expresión que yo habría utilizado, pero asentí. No había más que una respuesta para aquella pregunta.

—Me alegro. —Y volvió a mirarme, empeñada en conectar conmigo—. Tengo la esperanza de que podamos llegar a ser buenos amigos.

Yo oía a Lenny en el piso de arriba, ahora soltando ladriditos agudos como si fuera un puto chihuahua. La Reina posó en mí aquella mirada apaciguadora suya y me dijo, y no es coña:

—No te preocupes por eso. Tu padre y tu madre solo se están demostrando lo mucho que se quieren. —Me dirigió una sonrisa cómplice—. Si vamos a ser amigos —me dijo—, me gustaría conocerte un poco mejor.

Nada como la amabilidad para mandarte una desbrozadora por la columna vertebral y limpiarla de todo tipo de maleza. Mi resentimiento se derritió. El calor me invadió el pecho.

—A ver —me dijo ella—, si pudieras chasquear los dedos y trasladarte a cualquier lugar instantáneamente, ¿adónde irías?

—Al Happy Wok número tres. —Estaba pensando en Phil.

—¿Ah, sí? —dijo—. ¿Y eso por qué?

—Porque son auténticos. Y no usan glutamato.

—¿Y qué te gusta pedir en el Happy Wok número tres?

—Rollitos de primavera. Y algo que venga con salsa agridulce. Mamá me obliga a pedir el pollo, pero el cerdo está más rico.

—A mí me gusta el *mu shu*.

—¿Aquí hay chinos?

—Claro. Hay chinos en todas partes. Chinos y McDonald's.

—Mamá no me deja comer en el McDonald's.

—Los chinos son mejores.

—Sí. —Ahora mismo me sentía misteriosamente cercano a ella.

—Podríamos ir al chino mañana, si quieres. A Nick también le gusta la

comida china. Es igualito que tú. Cerdo agridulce.

Igualito que yo. Recuerdo lo mucho que significó aquello para mí. A pesar de todo. Era lo que siempre había deseado oír.

—Best New Garden. Así se llama.

—Vale —dije.

En el piso de arriba, mi madre y Lenny y la cama de agua se habían quedado en silencio. Salvo por la Reina y por mí, toda la casa estaba en silencio. Ni siquiera me había dado cuenta hasta ese instante.

—Pues decidido. Mañana vamos a cenar al Best New Garden. Nos daremos un festín. —La Reina torció el labio de un modo burlón, casi coqueto—. Pero, Freedom, ¿y si pudieras chasquear los dedos y trasladarte a cualquier sitio? Pero de verdad, a cualquiera, el que sea. Hasta a sitios en los que nunca has estado antes. Como yo, por ejemplo. Yo me iría a las islas Galápagos a ver a los dragones de Komodo y a las tortugas marinas de ciento cincuenta años.

Traté de recordar los nombres de los países a los que los amigos de Lenny se marchaban siempre.

—Liberia —dije—. Argelia. Uganda.

Aquello le encantó. Hablamos de todos esos países y de cómo eran. De cuáles podrían ser las razones para querer visitarlos. De lo que significaban, simbólicamente, para el movimiento y para el mundo.

Durante todo aquel tiempo, la mitad de mi cerebro seguía dándole vueltas a lo que ella había dicho de que yo era igualito a Lenny. Desde el día en que desapareciera hacía casi dos años, mis impresiones de él se habían escorado y oscilado, se habían fragmentado y vuelto a congelar en formas a las que yo aún me aferraba, fueran ciertas o no. Ilusiones esenciales que me recordaban quién podría ser Lenny si estuviera conmigo, en quién podría convertirme yo si aspiraba a su forma. Y había emulado a la persona que había conjurado en mi mente; no al hombre real, sino al que yo necesitaba, al mito en el que había proyectado mi soledad. En mi cabeza, Lenny había adquirido dimensiones totémicas, se había convertido en una criatura digna de asombro y veneración. Aquel halo de cabello rebelde enmarcándole el rostro. Su perversa capacidad para el desconcierto —esa gran broma cósmica que él mismo encarnaba—, la forma en que, al margen de lo que estuviera pasando a su alrededor, bueno o malo, pacífico o violento, o lo que fuera, sus ojos siempre lo recorrían todo a

la velocidad del rayo, en busca de la ironía y del momento dramático justo en que arrojar una chincheta más bajo las ruedas del imperio. Y lo había adorado por ello. Pensaba que tenía que ser eso lo que significaba hacerse adulto. Volverse temerario. Implacable. Capaz de abrazar sin miedo el caos. Ser como Lenny significaba mandarlo todo a la mierda. Y yo era demasiado sensible. Me importaban demasiado las cosas. Pero ¿y si el asunto fuera algo más complicado? ¿Y si a Lenny le importaba todo tanto que no le quedaba más remedio que mandarlo a la mierda? Bueno, entonces quizá sí fuera verdad que yo era igualito a Lenny. O que iba camino de ser como él.

Pero, mira, en este punto las cosas se me complicaban. Porque Lenny me había abandonado. Había abandonado a Mamá. Había llegado a ponerme en peligro por gastar una mísera broma o para demostrarle al mundo alguna tesis fugaz. La noche anterior me había ridiculizado hasta someterme, me había obligado a emporrarme hasta babear y luego se había partido de risa hasta el punto de tener que agarrarse la polla para no mearse en los pantalones. O sea, que una de las cosas que a Lenny parecían importarle una mierda era, claramente, yo. Yo era el perro cuyo bebedero él llenaba de cerveza. No estaba seguro de querer ser como Lenny si eso significaba que tenía que comportarme así. Aunque tal vez sí lo estaba. Y, cuando la Reina lo decía de aquella forma tan dulce y con tanta naturalidad, entonces sí, sí, sí, por supuesto que quería ser como Lenny. Quería que me mirara y se viera a sí mismo y estallara de orgullo y me dijera: «Te veo y eres una criatura milagrosa y, de todas las cosas que he hecho en mi vida, engendrarte a ti ha sido una de las mejores».

No le dije ni una palabra de esto a la Reina. Bueno, en realidad sí lo hice, pero años más tarde, cuando ya no importaba. Aquella noche, estas ideas se limitaron a rebotar semiacabadas por mi cabeza mientras yo me iba enamorando cada vez más de ella. ¿Cómo no iba a hacerlo? Era paciente y tranquila. Fingía tratarme como a un adulto. Me escuchaba.

Así que, en lugar de eso, lo que hice fue preguntarle:

—¿Dónde estabais? ¿El jueves, cuando llegamos? ¿Dónde estabais? —En una reunión, habían dicho. Pero ¿qué reunión podía ser más importante que nosotros? No podía aceptarlo. Me negaba a creerlo—. Sabíais que íbamos a llegar —le dije a la Reina—. Pero aquí no había nadie.

Tardó mucho tiempo en contestar a mi pregunta.

—Tienes razón —dijo por fin—. Deberíamos haber estado aquí. — Frunció los ojos, haciendo una pausa para que sus palabras calaran en mí—. Lo siento. Nick también lo siente. Le da demasiada vergüenza como para pedirte perdón, pero lo siente. Te lo prometo.

—Pero ¿dónde estabais? —insistí.

Apretó los labios solo un segundo y escondió el rostro detrás de la taza, examinando las gotas de esmalte, que había sido aplicado en su superficie por una mano inexperta; deseando probablemente que yo perdiera el interés, me aburriera y la dejara ganar.

—Estábamos en una reunión. Ya os lo dije. —Eché una ojeada al recargado reloj de pie que descansaba contra una de las paredes de la estancia—. Hay cosas que no pueden evitarse. La vida es más grande que tú y que yo.

Aquello fue como si me hubiera dado una bofetada.

Al final, mi madre bajó envuelta en una toalla, me dio unas palmaditas en la cabeza y me mandó a la cama. Era extraña, y supongo que hermosa, la forma en que todo el mundo en aquella casa parecía estar siguiendo el precepto de vive y deja vivir.

* * *

Al día siguiente, dimos unas cuantas vueltas más por Vermont. Hicimos otra ruta de senderismo, en esta ocasión bajando por un cañón escarpado, con algunas pendientes tan empinadas que a veces nos limitábamos a deslizarnos de un tronco nudoso al siguiente. Al fondo había un río, o más bien un riachuelo, y nos pasamos un buen rato allí sentados, remojándonos los pies en el agua helada, tomando un tentempié y admirando el estampado que formaba la luz del sol en los árboles.

Luego visitamos una granja de alpacas y la Reina nos compró unos gorros que perderíamos antes de tener siquiera la ocasión de ponérselos una sola vez. Durante todo aquel día, tuve la sensación de que me estaban observando. Sentía algo así como una presión en la espalda, parecida al calor del sol. Se producía un silencio cada vez que me daba la vuelta, lanzando miradas rápidas que intentaban captar visiones periféricas que nunca estaban ahí. Tenía la sensación de que me estaban manejando, de que ese día iba a pasar algo que me concernía, pero de lo que había que protegerme. Un par de veces, en el

camino de vuelta desde el río, Lenny se me acercó sigilosamente, como si tuviera algo especial y confidencial que contarme, pero, en lugar de revelarme aquello, fuera lo que fuera, me salía con un chiste. Esto son un cura, un rabino y un caimán que entran en un bar. Cosas de ese tipo. Cuando vio que no me reía, me dijo:

—A lo mejor al llegar a casa podemos pasar un rato lanzándonos la pelota. ¿Qué te parece? Así me enseñas de lo que eres capaz. —Aquel era un concepto desconocido para mí. Y, además, él debía de saberlo.

Malgastamos todo el día paseándonos por ahí y después volvimos a la casa de piedra. No fuimos a cenar al chino ni jugamos al béisbol. Ellos tres se emporraron y yo volví a encerrarme en mí mismo. Esta vez, cuando empezó el chapoteo en el dormitorio, estaban jugando juntos los tres.

La segunda vez es más fácil. Simplemente te aíslas. Lo que hice fue ponerme a curiosear en la oscuridad, empapándome de aquel lugar. Dejé las luces apagadas. Me deslicé por entre las sombras como un carterista. Exploré las distintas habitaciones. Sus olores. El aire húmedo y ahumado del salón. La canela y el jabón del cuartito de baño situado debajo de las escaleras. Las texturas y los sonidos. Las tablas anchas bajo mis pies, labradas y raspadas en los tiempos del hierro y del carbón. Traté de imaginarme viviendo en aquella casa. Viviendo en ella de verdad. Es decir, para siempre. La larga quietud. La falta de estímulos. En lugar de los terrores frenéticos de la ciudad, vi un aburrimiento enorme, ancho, vacío, infinito. Mi madre, la Reina y Lenny serían mis únicas distracciones. Eso resolvería muchos problemas, pero me crearía aún más. Porque ¿adónde iba a poder escaparme? Simple y llanamente, a ninguna parte. Debido a algún ardid del mundo, escondernos aquí en el campo lo volvería todo, incluso a mí mismo, más visible. Lenny también debía de sentirse así. Como si lo hubieran condenado a ser visto, aunque el tipo al que viera la gente fuera Nick Dixon. Como si hubiera perdido la capacidad de controlar la diferencia entre su yo público y su yo privado. Él era un animal de ciudad. Y aquí había encogido. Quizá fuera por eso que ahora tenía mucha más pinta de hombre que de dios, todavía terrible e imponente, pero a la vez tristemente visible, inteligible. Se estaba convirtiendo en alguien a quien yo no tenía que someterme sin más, alguien con quien podía lidiar y, tal vez, algún día, discutir.

Estudié las fotos que me había enseñado tan orgulloso. Toda aquella gente

importante. Todo su fulgor en decadencia. El tiempo atrapado en una escala de grises, despojado ya de su bullicio y su animación. Ahí colgado, inerte. Recuerdos de luchas de poder que no ejercían ya ninguna influencia urgente sobre el presente.

Colgada de la pared, encima del zapatero que había en el ropero detrás de la cocina, descubrí una imagen que Lenny se había saltado. Una fotografía en color. Reciente. Lenny —o, con aquella barba, Nick Dixon— posando como una estrella del rock, iluminado por la niebla de una densa multitud de luces. Con la pelvis echada hacia delante. Con unas gafas de sol tapándole la mitad de la cara. Rodeando con los brazos los hombros de otros dos tíos, con esa postura descuidada y despreocupada que adoptan los hombres cuando han estado de fiesta hasta altas horas de la madrugada. Puede que uno de ellos fuera aquel tipo de la cabeza de girasol que solía venir a nuestra casa y se comía toda la mantequilla de cacahuete.

¿Pero dónde estaban? ¿Y por qué? Bueno, yo conocía a Lenny. Sabía cuáles eran sus hábitos y sus necesidades. No me hacían falta pruebas para darme cuenta de que se encontraban en Nueva York, no en ninguna de aquellas ciudades lejanas en las que me lo había imaginado escondido. Resultaba obvio. Y lo más alarmante —lo más indignante— era que aquello no me sorprendía en absoluto. Tenía todo el sentido del mundo. Igual que tenía sentido que nos hubiera ocultado aquella visita a mi madre y a mí. Había estado demasiado ocupado divirtiéndose a tope como para molestarse en venir a vernos.

La verdad me dolió, por supuesto. Pero no de inmediato. Me inoculó una cápsula de resentimiento bajo la piel, un compuesto de liberación lenta que tardaría años en activarse. En aquel momento, lo único que de verdad sentí fue soledad.

A la mañana siguiente, la última que pasamos allí, subimos en coche hasta el poblachón que había crecido en torno a la estación de esquí y nos dedicamos a entrar y salir de las tiendas. Mirando. Contemplando los esquís, los chaquetones y más gorros de invierno, las incontables versiones del mismo paisaje pintado: abedules, nieve acumulada y lunas difusas. Vestidos estampados y sandalias y ollas para preparar *fondue*. Jarrones de vidrio soplado y alfarería hecha a mano, esmaltada con los mismos goterones que las

tazas que había en la casa. Y quizá fuera porque ya me había acostumbrado al nuevo Lenny, pero a lo largo de aquella mañana no tuve ni una sola vez la impresión de que se estuviera escondiendo. Salvo por la postura encorvada y el acento planchado, era exactamente el mismo tío que había sido siempre. Saltando sobre sus talones, riéndose de sus propios chistes, llamando la atención más que nunca.

Aquel sitio no estaba diseñado como los pueblos de esquí de ahora. Solo había como unas seis tiendas, todas ellas concentradas en la misma manzana. Enseguida nos quedamos sin nada que hacer y acabamos en una minúscula cafetería. Dos mesas, una barra, un chaval joven y muy borde que insistía en vendernos unos *scones* veganos.

Una vez más, tuve la sensación de que todo el mundo me ocultaba un secreto. Cada pocos minutos, Lenny se levantaba de un salto para inclinarse sobre la barra a hablar con el camarero en susurros, tramando algo, y luego se volvía a sentar para enseguida levantarse de nuevo.

—Me aburro —dije yo—. Aquí no hay nada que hacer.

—Puedes observar a la gente. —Esta era la Reina—. Imaginarte sus vidas. ¿Qué les apasiona? ¿De dónde vienen? ¿Qué los ha traído hasta este lugar en concreto en este momento preciso?

Mi madre me lanzó una sonrisa —en plan *haz un esfuerzo, no lo estropees* —, así que la obedecí, pero allí no había casi nadie y, cuando por fin alguien pasaba caminando, siempre tenía exactamente el mismo aspecto que el resto de la gente en aquel lugar tan rubio, parsimonioso, viejo y aburrido.

—Son todos iguales —dije. Pero para entonces la Reina ya se encontraba de pie en la barra, conspirando con Lenny y aquel tipo.

Mamá me dio unas palmaditas en la mano e hizo una mueca. Ella tampoco tenía ni idea de por qué seguíamos allí perdiendo el tiempo, pero estaba más dispuesta que yo a dejarlo correr.

—Ahí hay un nido, ¿lo ves? —Señaló el semáforo de la esquina, donde había una maraña de pelusa y ramitas encajada entre los brazos de metal—. Es curioso, ¿no? —Nos fijamos en él durante un rato, intentando vislumbrar a los pájaros que lo habían construido, pero no vimos muestras de vida por ninguna parte.

Los susurros de Lenny en la barra habían escalado hasta convertirse en órdenes. Decía algo sobre un «horario», sobre «Joel y Alice». No gimoteaba,

no como el antiguo Lenny. Ahora era un general.

—¿Dónde coño están, Carl? —espetó—. Tienen todo el material. ¿Los llamaste para confirmar la hora? A ver, Carl. ¿Los llamaste?

La Reina, la lugarteniente de Lenny, intervino también.

—Además, para esta hemos traído a un par de vips.

Mi madre se animó. *Vips*. Aquello le gustó mucho.

—Carl —dijo la Reina—. Vamos a ver, Carl. La gente va a empezar a llegar enseguida. Ni siquiera tenemos un megáfono. Nos van a pillar tocándonos los huevos.

Cuando Joel y Alice por fin llegaron, venían tirando de un remolque rojo, cargado de lo que debía de ser «el material». Avanzaron hacia nosotros a trompicones, peleándose con los baches de la acera. Recuerdo sus botas robustas —botas de montaña— y sus calcetines de lana por encima de los bajos de los pantalones. Recuerdo haber pensado: Son tan normales. Qué raro. ¿Qué ha pasado con los hippies?

Lenny, la Reina y Carl dejaron de discutir y salieron afuera. Mi madre y yo nos quedamos dentro, encogidos, escépticos, sintiéndonos fuera de lugar.

Los oíamos a través de la ventana. Negociaciones. Quejas. Lenny rebuscó entre los trastos que había en el remolque. Cogió un tubo de cartón y comprobó cuánto pesaba. Escarbó en una caja y sacó una camiseta, se la colocó delante del pecho para ver cómo quedaba. SALVEMOS EL RÍO, decía. Letras blancas sobre algodón azul. Unas olas que, supongo, hacían referencia al agua. Puso una cara. «Ha quedado bien, ¿eh?», dijo. Joel y Alice rieron y otra vez se pusieron todos a maquinar.

Fue llegando más gente, en grupos de dos y de tres. Se fue formando una pequeña multitud. Buena gente, gente normal. Podrían haber sido cualquiera.

No paraban de mirarnos de reojo, fingiendo no hacerlo. Y, a cada ojeada que nos lanzaban, mi madre se la devolvía. A pesar de todo, ella seguía viviendo para la lucha, y yo veía cómo la excitación de antaño se agitaba en su interior. Defensiva y ansiosa. Impaciente. Su confusión disminuía segundo a segundo.

—Quédate aquí —me dijo, y salió caminando con energía, dejándome atrás para que contemplara a través de la ventana cómo ella intentaba captar la atención de Lenny y llevárselo lejos de su nuevo rebaño de seguidores, para enfrentarse a él y recordarle que ella había sido siempre su confidente más

íntima y motivada. Se mantuvo como una sombra al margen del grupo, presente y ausente a la vez, dando un espectáculo de silencio. Yo simplemente me alegraba de que no estuviera montando una escena.

Lenny empezó a distribuir las camisetas. Le lanzó una a mi madre: «¡Eo! —Guiño, guiño—. No pierdas de vista el objetivo.» Eso fue lo más cerca que llegó a estar de él. La Reina, su lugarteniente, la condujo al otro lado de la calle para hablar. Mi madre echaba chispas, provocadora e indignada, hablaba con las manos, enfatizaba con los hombros. Y la Reina le siguió el juego. Cálida, imperturbable, absorbió la agitación de mi madre. Exactamente igual que había hecho conmigo. Probablemente igual que hacía con Lenny. Aquella mujer tenía poderes. Era la calma en persona. Cuando mi madre volvió adentro, estaba muy apaciguada, si no tranquila del todo.

—Venga, vamos —dijo.

—¿Adónde?

—Ahí fuera. A salvar el puto río.

A aquellas alturas, ya se habían congregado unas treinta personas. Llevaban las camisetas estiradas por encima de sus camisas de cuadros y sus jerséis. Algunos estaban pegando carteles hechos a mano en los tubos de cartón. Otros llevaban las pancartas al hombro y se habían distribuido por la acera en pequeños grupitos, charlando incómodos como si no se conocieran demasiado, leyendo las consignas y los juegos de palabras de las pancartas, los clichés del movimiento que tan orgullosos estaban de haber descubierto por ellos mismos. Parecía que los viejos tiempos hubieran surgido rezumando del barro, pero, en lugar de revolución, lo que flotaba en el aire era nostalgia. Y Lenny caminaba torpemente entre ellos abrazándolos a todos, jugueteando con sus bebés agitando los dedos ante sus ojos, inclinando la cabeza para atender sus preocupaciones. No lanzaba chispas como antaño, no adoptaba un aire despectivo, no soltaba chistes. Nick Dixon era muy formal.

O al menos esa fue la impresión que nos dio al verlos a él y a la Reina conspirar en la cabecera de la manifestación, mandar a Carl a hacer recados, asignar tareas a Joel y a Alice, dirigir los cánticos, impulsar la marcha hacia delante. Trabajaban juntos de una forma que su rebaño debía de admirar: con tal confianza, tanto entendimiento, una visión común tan hermosa. Entretanto, mi madre y yo, cuando por fin nos unimos al desfile, nos quedamos rezagados en la zona del medio, sumidos en el anonimato, y dejamos que los vientos que

soplaban a nuestro alrededor nos fueran empujando hacia delante. Éramos dos más del montón, no más especiales que el resto.

La manifestación nos llevó a recorrer la ciudad por calles tranquilas, por delante de numerosas casas victorianas y árboles que habían vivido y crecido tanto que sus raíces habían empezado a levantar las aceras. Volvimos a pasar por la calle comercial. Dejamos atrás una iglesia, un parque. Fue una marcha corta. Y acabamos en la explanada de césped frente al ayuntamiento, un edificio de una sola planta con el tejado en forma de aguja; resultaba muy fácil imaginarse a los habitantes del pueblo construyéndolo todos juntos en algún momento del siglo anterior. Tenía los postigos cerrados y estaba vacío, como tantas otras cosas en aquel sitio. Al parecer, éramos los únicos que se paseaban por la calle ese bonito día, o quizá es que la población entera se encontrara allí manifestándose con nosotros. Una acción simbólica, completamente inútil. Pero al menos unía a la gente. Lenny dio un discurso, no recuerdo sobre qué, sobre la salvación del río, supongo, sobre lo inspirador que era contar con tantos apoyos: Tenéis el poder de rehacer vuestro mundo si ejercéis vuestros derechos como ciudadanos de una sociedad libre. Y luego un cántico: «El pueblo unido jamás será vencido». Una vieja arenga trilladísima. De primer curso de organización de protestas. Lo que mejor recuerdo es su actitud al dirigirse a ellos. Seria. Humilde. Insegura. Nada de «¿lo pillas?» por aquí y «¿lo pillas?» por allá, nada «molaba». Era como si todo aquello fuera nuevo para él y solo hubiera hecho acopio del coraje necesario para ponerse frente a ellos porque la causa era importante de cojones. Como si ninguna de las cosas que había hecho en su vida hubieran sucedido nunca.

La Reina agarró el megáfono. Se mostraba igual sobre el escenario que en privado: encantadora, tan segura de su derecho a reclamar su lugar que, cuando te miraba como si quizá estuvieras a su altura, te sentías como si te hubiera concedido una bendición.

—Mirad a vuestro alrededor —dijo—. ¿Habéis visto cuántos somos? Se está corriendo la voz. Estamos creciendo. Ganaremos esta guerra. Si continuamos... ¡Volved a mirar! ¡Miraos entre vosotros! —Fijó sus ojos en los de varias personas del grupo, haciendo toda una demostración de lo que significaba mirar, ver de verdad. Luego, levantando los brazos por encima de la cabeza, gritó—: ¿Cómo vamos a perder? ¡El Cuerpo de Ingenieros del Ejército no es nada a nuestro lado!

Aplausos. Vítores. Los hizo callar con un gesto de la mano.

—¿Queréis saber hasta dónde se ha corrido la voz? Todos sabéis quién es Lenny Snyder. Bueno, obviamente él no puede estar hoy con nosotros, pero su mujer, Suzy, y su hijo, Freedom, han venido aquí. Han hecho todo el viaje desde Nueva York para mostrarnos su apoyo. —Se protegió los ojos haciendo una visera con la palma de la mano y buscó a mi madre entre la gente—. ¿Suzy?

Mi madre levantó la palma de la mano por encima de la cabeza y todo el mundo se volvió a mirarnos; bueno, sobre todo a mi madre. Querían algo concreto, ser testigos de una visión del pasado, de una emocionante ola de peligro.

—Sube aquí, Suzy —dijo la Reina—. Inspíranos.

Lenny, plantado a su lado como un pasmarote, medio mirándose los pies, asintió como un sabio. Nos miraba de reojo.

—Sí, y, oye, tráete aquí también al chaval.

Nosotros dudamos. Aquella persona que esperaban que fuera mi madre... ¿había existido alguna vez? ¿Existía ahora? Recuerdo haber temido por ella, haber temido que no fuera capaz de cumplir sus expectativas. Cuando me agarró de la muñeca y me condujo con paso decidido al frente de la multitud, sentí cómo la violencia de sus emociones se transmitía a mi cuerpo a través de las yemas de sus dedos. Y de pronto allí estábamos los dos, junto a Lenny y la Reina —o, digamos, junto a Nick y la Reina; él se encontraba demasiado lejos de nosotros como para seguir siendo Lenny—, y contemplamos frunciendo el ceño a toda aquella buena gente. Mi madre tenía aquel aspecto que adoptaba algunas veces, como si estuviera aún en las barricadas, tras un muro inmenso, armada y dispuesta a acuchillar a cualquiera que se le acercara demasiado.

Y entonces... Bueno, primero me miró a mí, irónica y punzante, como recordándome nuestro secretillo. Me apretó la mano. En su tacto hallé una suavidad repentina. Y entonces agarró el megáfono y dio su discurso.

No sé qué es lo que aquella gente esperaba oír. Alguna oda a Lenny. Al movimiento. Una sarta de tópicos y gilipolleces. Inspiración. Esperanza.

Pero, en vez de eso, lo que recibieron fue esto:

—¿Sabéis...? Hubo un tiempo, no hace mucho, en el que Lenny y yo creíamos que estábamos en la cúspide de la historia. Lo notábamos, había una vibración en el aire, como si cada segundo fuera transcendental, como si cada

tic del reloj pudiera cambiarlo todo. Y, bueno... —se dejó llevar sin rumbo, pensando adónde quería ir a parar con todo aquello—, supongo que cambiamos algunas cosas. Provocamos un par de convulsiones. Pero no como nosotros nos creíamos. Estábamos demasiado convencidos de ser justos. Pensábamos que nosotros, nosotros mismos, éramos la causa. Que todo aquello giraba en torno a nosotros. Que al final conseguiríamos, de alguna manera, dar un golpe transformador que lo cambiaría absolutamente todo. Supongo que lo que estoy diciendo es que creíamos que podíamos ganar. Pero escuchadme. Nadie gana nunca. Se puede llegar a hacer un par de cosas buenas. Pero eso es todo. Y, cuando nos dimos cuenta de ello, nos quedamos un poco perdidos. —Y continuó. Había bajado las defensas durante unos minutos, el tiempo justo para mostrarle a toda aquella gente que ella había sobrevivido, que era capaz de sobrevivir. Tanto ella como Lenny, estuviera donde estuviera—. Y quién sabe —les dijo—, quizá consigáis salvar vuestro querido río. Espero de verdad que lo consigáis. Os admiro. Pero, si no lo lográis, tendréis que seguir mirándoos a vosotros mismos en el espejo. —Le echó una ojeada a Lenny como si fuera a enfrentarse a él, luego cambió de opinión y le dio la espalda—. ¿Seréis capaces? —le preguntó al gentío—. Porque lo que me interesa saber es: ¿con qué tipo de yo podéis soportar vivir? Luchad por eso. Es lo único que de verdad importa.

Luego le lanzó el megáfono a la Reina y, con la misma fiereza que siempre había mostrado Lenny Snyder, quizá incluso con más, me arrastró lejos de allí por entre la muchedumbre.

* * *

Más tarde, la Reina nos llevó, como me había prometido, al Best New Garden.

No solo a nosotros. Joel y Alice también vinieron. Y Carl. Todos apretujados en torno a una mesa demasiado pequeña.

Pedí mi cerdo agridulce y un rollito de primavera, y me lo comí de aquella forma tan meticulosa que me había enseñado Phil. Pero nadie se dio cuenta. Estaban demasiado ocupados hablando. Relajándose. Repasando los méritos de la manifestación, el número de asistentes, las nuevas caras que habían aparecido, como si aquella minúscula marcha sin prensa ni oposición hubiera servido para algo. Estaban absurdamente orgullosos de las camisetas. Son tan

chulas. Han quedado tan bonitas. Lenny se mostró magnánimo con la cagada de Joel y Alice de aquella mañana: al parecer, Nick Dixon era capaz de perdonar.

A veces, Joel o Carl o Alice hacían torpes intentos de conectar con los desconocidos de la mesa, mi madre y yo, sus invitados. ¿En qué curso estás? ¿Cuál es tu asignatura favorita? Preguntas condescendientes. En realidad no les interesaban las respuestas. ¿Cuánto tiempo os quedáis? Todo esto es muy bonito, ¿no creéis? Deberíais verlo en otoño, con las hojas. Es majestuoso.

Estaban impresionados. Mi madre les imponía mucho. Y lo más extraño era que ni se imaginaban que Lenny Snyder se encontraba allí, sentado a su lado. Mi madre se mantenía impasible. Estaba en plena posesión de sí misma.

Cuando, por fin, uno de ellos —Joel— consiguió armarse del valor suficiente para hacerle una pregunta directa, le dijo:

—¿Dónde conociste a Caroline y a Nick?

—Ah, por ahí —dijo, guiñando un ojo—. Todos los rojeras nos conocemos entre nosotros de una forma u otra. ¿Y tú?

Alice colocó la mano encima de la de Lenny y la estrujó un poquito, un gesto afectuoso, lleno de buenas intenciones pueblerinas.

—Joel los casó —dijo—. Y poco a poco nos fuimos haciendo amigos.

Lo único que recuerdo es que mi madre pestañeó, fingiendo que ni se inmutaba. Allí todo el mundo, Joel y Alice, Lenny y la Reina, todos pestañeaban sin parar.

Y las preguntas que gritaban en mi interior. ¿Qué coño os pasa a todos? ¿Por qué todo el mundo se comporta como si esto fuera normal?

Y recuerdo que no nos quedamos a dormir. Hicimos la maleta y nos largamos de allí. Nos olvidamos de varias cosas. Calcetines. Aquellos estúpidos gorros de alpaca. La furia de mi madre era evidente en su negativa deliberada a montar una escena. ¿Qué más teníamos que decirle a aquella gente? No mucho. No en aquel momento. Todo se sabía ya.

Recuerdo haber sentido que nuestras vidas habían cambiado, aunque siguieran siendo como antes. Nos subimos al Impala y nos marchamos. Le fui indicando el camino por las carreteras secundarias, leyendo en sentido inverso la hoja que nos había mandado Lenny. Condujimos y condujimos. Ambos en silencio. Sincronizados.

Oscureció como oscurecen los días grises, con sombras cambiantes, con una penumbra creciente. Para cuando llegamos a la autopista, ya había caído la noche.

Recuerdo con qué fuerza se aferraban sus manos al volante. La blancura de sus nudillos, exprimidos de sangre. Y yo quería decir algo. Reconfortarla. Pero no sabía el qué, ni cómo. Era como un picor. Algo bajo la piel que se me escapaba cada vez que creía atraparlo.

Por fin encontré las palabras. Y después, durante mucho tiempo, tuve miedo de pronunciarlas.

—No es una buena persona. ¿Por qué no me lo habías dicho antes?

Ella se limitó a seguir conduciendo.

Un rato después, no sé cuánto —ni siquiera sé dónde estábamos en realidad—, tomó impulsivamente una salida.

—¿Adónde vamos? —le pregunté.

Me miró. Es posible que me sonriera.

—No lo sé —dijo—. ¿Adónde quieres ir?

Respondí de inmediato.

—Adonde sea. A todas partes.

Y eso fue lo que hicimos.

Éramos duros. Ya no creíamos en nada.

IV

ANIMALES INVISIBLES

He estado pensando que debería contarte lo de aquella vez en que Lenny me colocó delante de un enchufe y —empleando los poquísimos conocimientos que tenía de haber visto a su padre haciendo chapuzas por su piso de Flatbush — quitó el embellecedor, extrajo el mecanismo y soltó los cables, desmontó el cacharro hasta que lo único que quedó fue un boquete en el yeso, con cables negros, rojos y amarillos asomando como víboras, mientras él se reía con aquella alegre crueldad suya y me soltaba un rollo sobre la sabiduría de los mayores, sobre cómo sus conocimientos tienden a desaparecer sin que uno se dé cuenta de lo que ha perdido, hasta que, un día, el techo se derrumba y el pasado ha muerto y uno tiene la puta mala suerte de encontrarse chapoteando en medio de las aguas fecales del vecino de arriba. Me animó a que trasteara con el aparato, a que jugara con él, a que lo estudiara e intentara averiguar cómo funcionaba.

—Lección número uno —me dijo—. Vuelve a montar el enchufe. —Y se marchó y me dejó manos a la obra.

Lo primero que ocurrió fue que agarré los cables y me llevé un calambrazo de órdago, que me levantó del suelo como si fuera un dibujo animado. No conseguía soltarlos. Era como si tuviera la mano soldada a aquel puto chisme. Mi cuerpo zumbaba, zumbaba de verdad, bzzz, bzzz. Lanzaba chispas.

¿Y crees acaso que Lenny vino a ayudarme? ¿Que se preocupó por mí?

Había sido él quien había vuelto a dar la luz. Se rio tanto que le entraron convulsiones.

—Lección número dos —me dijo—. No te creas una mierda de lo que te digan tus mayores. —Taconeaba en el suelo con sus botas de *beatle* y se agarraba la polla como si tratara de contener el flujo de la presa Hoover—. ¡Y no metas los dedos en los enchufes a no ser que quieras acabar frito!

O podría hablarte de aquel día, a mis doce años, en el que solo disponíamos de una hora o así para estar juntos antes de que él saliera disparado a otro piso franco. Hacía más de un año que no lo veía. ¿Y a qué quiso dedicar aquella hora? No a ponernos al día ni a preguntarme cómo me

iban las cosas, qué va. ¿Para qué se iba a molestar cuando tenía tanto que decir sobre sí mismo? Llevaba bajo el brazo una caja de zapatos reforzada con cinta americana, tan destartada que aquello era más cinta que cartón. Un rectángulo plateado blando y fofo que colocó sobre la mesa entre los dos.

—Ábrela —me dijo.

Se me ocurrió que a lo mejor habría un regalo dentro. Unas pegatinas para el monopatín o algo así, una muestra de que había dedicado algo de tiempo a intentar comprender a aquel chaval al que apenas conocía. Pero la risita que soltó al ver mi expectación me hizo pensar que solo me aguardaba otra jugarreta más. Un escorpión, una cobra, un bicho retorciéndose, listo para atacar.

—Joder, chaval. Que no te va a morder —dijo.

Levanté la tapa y ¿qué había dentro? Una larga serie de fotografías de todas las mujeres a las que se había follado. Blancas, negras y asiáticas. Nativas americanas, hippies, existencialistas y debutantes que coqueteaban con emociones exóticas. Una chica con silueta de buñuelo que, según él, era esquimal. Todas ellas estaban desnudas, posando para su cámara. Abriendo para él los labios peludos de la vulva, sacando la lengua y levantando los pezones hacia la lente. A veces sonreían a la cámara, con una desesperación tensa y nerviosa en los ojos.

—No te prives de mirar —dijo—. El cuerpo humano es bellísimo.

A mí no me daba ningún corte el hecho de que estuvieran desnudas. No era la primera vez que veía a mujeres sin ropa. Uno no se pasa todo el tiempo que yo me pasé codeándome con alternativas radicales sin adquirir una familiaridad exorbitante con la desnudez en todo su imperfecto esplendor. Coño, antes de que mi madre se volviera normal, solía verla desnuda más veces que vestida. Lo que yo sentía era hartazgo, exasperación, ante la ironía, a aquellas alturas ya totalmente consabida, de que aquel icono de la libertad anárquica, el mismo tío que había dicho la famosa frase «Busca la felicidad y, si alguien trata de arrebatártela, méale encima», me impusiera su santa voluntad.

Hurgó en la caja en busca de sus favoritas. Cada vez que encontraba una, la sacaba y la contemplaba como si albergara el secreto de la eterna juventud. Luego me la pasaba y me contaba las locuras que aquella tía sabía hacer con la lengua o que, justo después, se había tragado un frasquito de ácido líquido y se

había convertido en una de las lunas de Júpiter.

Buscaba mi aprobación. Como si fuera un colega, un confidente. Quería que le diera palmaditas en la cabeza.

—Cuando yo tenía tu edad —me contó—, mi padre me llevó a una casa de putas y me dijo: «Ya eres un hombre. Desmádrate». Pero eso a mí no me va. Por un lado, aunque no tengo nada en contra de las putas, hasta que no se rebelen y empiecen a formar cooperativas, están y estarán explotadas. Por otro lado, el amor es libre. —Sacó un nuevo abanico de fotos—. Te voy a contar un secreto, aunque tu madre ya lo sabe: a lo largo de la vida te vas a encontrar con mujeres que querrán satisfacerte. Cuando eso pase, sufrirás una especie de conflicto moral. Te preocuparás por lo que va a pensar tu novia. Te preocuparás por hacerle daño a la gente a la que amas. Pero te voy a decir una cosa: no sufras. Haz lo que te dé la gana. Libera tu mente. Sé la revolución. Si una tía quiere que te la folles, fóllatela. Te está haciendo un regalo. Tu deber es aceptarlo. Si alguna se te escapa, te arrepentirás para siempre. No querrás convertirte en el viejo y patético gilipollas que se tambalea por un piso lleno hasta arriba de periódicos viejos, ¿verdad? Te lo advierto, Freedom, aprende lo que significa tu nombre. Hazlo. Sal ahí y fóllate a las tías. —Me propinó un puñetazo demasiado fuerte en el brazo y me dijo—: Bueno. Se acabó la lección. Tengo que largarme. Toma. Un *souvenir*. —Y me tendió una foto.

Cuando la miré más tarde, descubrí que era una imagen de mi madre.

O a lo mejor quieres que te hable de toda la cocaína que esnifó encima de la mesa cuando se suponía que tenía que estar cuidándome.

O de la vez en que me aderezó el zumo de naranja con ácido.

También está la vez en que intentó esconderme en su maleta para no tener que pagar mi billete a Nicaragua.

O la vez en que me llevó a la azotea del edificio de la Calle 7 para que los dos meáramos por encima de la cornisa sobre los dos agentes de la secreta que montaban guardia delante de nuestra entrada.

O la vez en que me disfrazó de judío jasidí y me exhibió delante de un desfile del KKK.

¿Quieres más? Tengo millones como estas.

Pero lo que de verdad quiero contarte es la historia de aquella vez en que la revista *Life* les pagó el viaje a Miami a él y a otro montón de radicales famosos de la época para una especie de encuentro conmemorativo. Te dirá mucho de aquellos tíos y también del propio Lenny. A lo mejor también te dice algo de mí.

Fue en 1988. Veinte años después de su apogeo. Quince después de su detención y todo lo que esta supuso.

Entretanto, mi madre y yo habíamos encontrado nuevas formas de vivir. No mejores, sino diferentes. Habíamos dejado atrás la ciudad y nos habíamos aventurado por ese país alternativo que eran los Estados Unidos, un lugar donde la gente no sabía lo que no sabía, donde nadie nos preguntaba siquiera lo que habíamos hecho o por qué. A veces nos encontrábamos con Lenny, cuando no nos quedaba más remedio. Como quien va a visitar a un inválido. Más por deber que por diversión. La Reina lo organizaba todo y, con sus aires de superioridad, se aseguraba de que todos cumplíamos con nuestra parte.

El encuentro de Miami duró apenas un día y unas pocas horas de esa misma noche. Una tarde de posar para las fotografías y mascar puros maduros en un restaurante cubano demasiado azul, con rejas de hierro ornamentadas en las ventanas, escogido tanto por su resonancia simbólica como por su «autenticidad», tan cuidadosamente mantenida. Luego más fotos al atardecer, mientras paseaban por la playa. Y, por último, una recepción nocturna en su honor en el Bar Bleau del Hotel Fontainebleau, el mismo lugar que algunos de ellos, incluido Lenny, habían conseguido cerrar con una tormenta de bombas fétidas en 1969 durante la convención de la OPEP, y también el lugar donde Lenny y Sy habían construido trincheras con sacas del correo llenas de arena, obligando a los delegados de la Convención Nacional Republicana de 1972 a atravesar literalmente una zona de guerra para entrar y salir de las reuniones.

Todos habían evolucionado. Bueno, todos menos Lenny. Sy, Ray Garrett, Jimbo Jackson, Bobby Seale y unos cuantos más. Sus circunstancias vitales habían cambiado radicalmente. Las aspiraciones de Sy de convertirse en el rey de las vitaminas se habían materializado en un imperio de tiendas de moderna

arquitectura de vidrio y acero. El trabajo de Garrett en el West Village lo había transformado en un agente del cambio diferente y mucho más fantástico; en la discoteca que regentaba, siempre era Halloween. Otro de aquellos tíos se había mudado a Japón para adorar al viento. Y otro se había hecho preparador de cursos del «Foro» de EST. Tom Hayden, que ni siquiera se había molestado en aparecer por allí, era ahora miembro de la Asamblea Legislativa del Estado de California. Envió una nota: «La labor que realizamos a finales de los años sesenta marcó un punto de inflexión en la historia de nuestro país. Permanecerá como un ejemplo para las generaciones futuras de lo que es posible conseguir cuando la ciudadanía se une para exigir el cambio y defender la justicia. Lamento que mi agenda no me permita asistir».

No era que se hubieran vuelto cínicos. Más bien se trataba de que estaban satisfechos con aquello en lo que se habían convertido. Aunque hubieran pasado a llevar vidas que llamaban menos la atención y ya no gozaran de tanta fama como en su momento, caminaban con una gravedad y emanaban un poderío tales que hacían que la gente de la calle, al cruzarse con ellos, se preguntara quiénes serían aquellos tíos. Se habían enfrentado a la bestia y habían regresado con el núcleo de su ser más o menos intacto.

No así el gran Lenny Snyder. En el 82 llegó a un acuerdo con la Fiscalía y resurgió de la Clandestinidad bajo el sol cegador del nuevo amanecer de Ronald Reagan, pero los ojos no se le reajustaron nunca a la luz. Lo único que sabía hacer era seguir tirando. Luchando por la igualdad social, como la llamaban ahora, encadenándose a centrales nucleares y envolviéndose en la bandera sandinista. Pero ya no se entendía a sí mismo ni entendía a aquel país. Las líneas de falla habían cambiado de lugar y él ya no sabía dónde se encontraba.

Lo que quiero decir es que se le había olvidado cómo reírse.

A duras penas logró sobrevivir a aquel día, intentando torpemente reconectar con sus antiguos camaradas, tan extraños, tan ajenos, para él, tan vendidos al sistema. Al contrario que todos los demás, Lenny había abrazado aquel reencuentro con un fervor absolutamente carente de ironía, llevaba semanas hablando de ello sin parar, cuando-vea-a-esos-tíos por aquí y cuando-la-banda-vuelva-a-juntarse por allá. Y se había vestido para el papel: una camiseta hippie teñida a mano con una espiral estallándole en el pecho, un

símbolo de la paz de madera colgándole de un cordel al cuello. Tenía un aspecto completamente trasnochado, y desde el principio resultó completamente obvio que había malinterpretado aquel momento. Incluso después de taparse con la chaqueta de pana gastada que se había traído, sus anhelos de iluso siguieron envolviéndolo como una camisa hecha con la bandera de un régimen depuesto.

La actitud de los demás era: En fin, qué te vas a esperar de Lenny.

Y las conversaciones que había imaginado, con todos ellos evocando la causa y animándose mutuamente, recordándose unos a otros los detalles que habían olvidado, anhelando juntos cosas que jamás llegarían a ser... Nunca se produjeron. En lugar de ello, intercambiaron consejos para invertir en bolsa. Hablaron de las obras de ampliación que unos y otros estaban haciendo en sus casas de Marin, Cape May, Silver Lake o Sun Valley. Charlaron sobre segundas, terceras y, en un caso, cuartas esposas. Conversaron sobre todo lo que el dinero podía comprar.

Para cuando llegaron al Fontainebleau, Lenny se había encerrado casi por completo en sí mismo. Se mantenía silencioso. Cabizbajo. Observando la fiesta desde la barrera. Contemplando los zigzags de neón montados en las paredes, encogiéndose bajo la música sintética y la magia sintética, no del todo confuso, pero sí profundamente decepcionado por aquella iluminación fría, tanto dentro como fuera, que convertía al hotel en una joya iluminada, en un decorado para la nueva película que habían conjurado los Estados Unidos, donde el dinero no suponía ningún problema y todos los héroes llevaban corbatas poderosas.

Nadie pareció darse cuenta de hasta qué punto se había alejado Lenny. O, si alguien lo hizo, a nadie pareció importarle. Conformaban un Rat Pack envejecido, y no digo que hubieran abandonado sus principios, pero no les incomodaba la idea de que, ya que alguien tenía que perder, por lo menos no hubieran sido ellos.

Bobby Seale, que llevaba todo el día acicalándose con un gorro de chef que tenía impresa una caricatura de sí mismo, se pasó toda la noche persiguiendo al fotógrafo y a su larguirucho acompañante —el periodista, supongo—, insistiéndoles en que se acordaran de dar publicidad a su salsa barbacoa. Ray Garrett, ataviado con una corbata delgada de estampado arcoíris y una chaqueta hecha con bolsas de basura, se dedicó a largar un

monólogo interminable sobre las significativas diferencias estéticas que existían entre el Bar Bleau y su tugurio de Nueva York, explicando su significado —y su relevancia cultural— a cualquiera que se aproximara a su órbita.

Sy e Imamu Sefu —que, con su nombre original, Carlton Krane, había sido «ministro de cultura» de una organización llamada RBP— improvisaban payasadas sobre el tema de *Corrupción en Miami*. Se asignaron los papeles principales: un Crockett bajito y judío que estaba empezando a echar barriga; un Tubbs con muchas entradas, que aderezaba su elegante traje con un pañuelo de bolsillo de estampado africano.

Mientras las camareras, en minifalda y camisa de vestir, pasaban sirviendo empanadillas y arepitas de yuca, Sy y Sefu adoptaban poses relajadas, inclinándose atentos e impasibles sobre la barra, intentando conseguir que les siguieran el juego.

—¿Qué puedes contarme sobre el infame Carlos Estévez? —preguntaba Sy—. ¿Nada? ¿De veras? ¿O es que tienes miedo de decírmelo?

Y, cuando las camareras les miraban confusas, Sefu tomaba el relevo:

—¿Te ha amenazado? ¿Ha amenazado a tu mami en La Habana? Si tú nos ayudas, nosotros podremos ayudarte.

A veces las chicas se reían y se escabullían, educadas pero eficaces, y otras veces simplemente esperaban a que Sy y Sefu las dejaran marchar.

—Bueno, vale —decía Sy, por ejemplo—, dame una de esas cortezas de arroz. ¿Y eso qué es, tartar de atún? Dame dos. ¿Sabes qué? Voy a coger tres. Gracias, guapa. Pórtate bien.

Y así sin parar. Los dos entreteniéndose mutuamente. Satisfechos. Al fin libres, al fin libres de las versiones de ellos mismos que habían dejado atrás hacía años.

—Oye, Lenny, ¿te apuntas? —le espetó Sy en un momento dado, sujetando una gamba a la plancha por el pincho de caña de azúcar en el que estaba ensartada—. Si es que Lenny es tu verdadero nombre. ¿Estás seguro de que no eres el infame Carlos Estévez? Apuesto a que tienes un alijo de cigarrillos de contrabando esperándote en un barco a unos kilómetros de la costa.

—Joder, tienes razón —dijo Sefu—. Es el vivo retrato de ese astuto cabrón. ¡Rápido! ¡A los Lamborghinis! ¡Si lo perseguimos por la ciudad a toda velocidad durante una hora nos llevará directos a la cocaína! —Y empezó a

canturrear—: «I can feel it coming in the air, tonight. Oh, Lord.»

Lenny los observaba atónito, con los ojos cansados. Hundidos. Ojerosos. Una marca que ya no le abandonaría jamás.

Sefu siguió cantando: «If you told me you were drowning, I would not lend a hand...».

Lenny no debía de estar a más de metro y medio de ellos, pero la distancia bien podría haber sido de diez kilómetros. Se había salido de la carretera. O quizá se habían salido ellos. Fuera como fuese, nunca los alcanzaría.

—Solo es una broma, Lenny —le dijo Sy. Ellos dos nunca habían perdido la capacidad de leerse mutuamente el pensamiento—. Oye...

Pero Lenny ya se había dado la vuelta y arrastraba los pies hacia la puerta, sin escuchar.

Mi misión era seguirle.

Afuera, en aquel aire cargado de humedad, con el océano oscuro a un lado, más allá de las luces azul pálido del hotel que lo bañaban todo, incluso a nosotros mismos, Lenny y yo nos paseamos entre las palmeras y las casetas vacías que había junto a la piscina. Lo vigilaba como se vigila a un perro legañoso, ese que quizá tenga la rabia y que cojea desamparado por entre la maleza. Pero me negaba a acercarme demasiado. Tenía veinte años. Edad suficiente para haber empezado a recomponer el rompecabezas de su vida, pero no como para comprenderlo del todo. No como para perdonarlo por ello.

—Y dale con lo de que me trincaron por tráfico de cocaína —murmuró en cierto momento, a sabiendas de que yo estaba allí, pero sin mirarme—. Como si ellos nunca se hubieran metido coca. Como si no se la metiera todo el mundo por aquel entonces.

A aquellas alturas la Reina ya lo había puesto una vez bajo vigilancia por riesgo de suicidio, y me había dado instrucciones de no perderlo nunca de vista. Pero no me había dicho que tuviera que hablar con él. Así que no lo hice.

Parecía extrañamente agradecido de mi silencio, agradecido de poder pasearse conmigo a su lado, sin rumbo fijo y a paso de tortuga. Midiendo la distancia entre el lugar donde se encontraba y el que él dominaba. El que de verdad le importaba. Donde entendía los ritmos, porque eran los suyos. El zumbido del aire que precedía a la pelea. La forma en que el mundo se quedaba en silencio y el viento dejaba de soplar justo antes de que las calles

entraran en erupción. Y la gente. Los adictos y los locos, tan profundamente inmersos en sus propios sueños que no se daban cuenta de que todo el mundo les miraba. Personas incapaces de distinguir entre sus dramas internos y la realidad que se extendía al otro lado de la puerta. Los okupas y los extremistas y las almas en pena. Los actores, los pintores y los titiriteros que habían consentido en sustituir sus sueños de gloria por una comunidad de inadaptados dispuestos a aplaudir todos sus fracasos. Aquellos otros errantes a los que nadie quería cerca. Los renegados y los forajidos que entablaban sus guerras de bandas en la otra cara de la moneda de la sociedad. El Lower East Side. Ese lugar abandonado por los Estados Unidos. Ese gueto al que habían sido segregadas las gentes con mala suerte para que se las arreglaran por sus propios medios: primero los libertos y los esclavos liberados, luego los alemanes, los irlandeses, los judíos, los polacos y los ucranianos. Y, por último, los portorriqueños y la escoria hippie como él. Pero también había sido él quien se había dado cuenta de lo que todos ellos podían hacer mientras nadie les miraba: lo que les diera la gana; esa era la ironía de la pobreza. Ellos podían poner el paradigma patas arriba. No el año que viene, sino ahora mismo. Erigir una Jerusalén, aquella ciudad que resplandecía en la colina, allí mismo, en el lugar donde se hallaban. Y él había intentado, ¡con cuánto empeño lo había intentado!, conducir a su pueblo hacia delante, y durante un tiempo creyó que lo había logrado. Una cierta libertad andrajosa había empezado a despuntar por las calles mugrientas del Lower East Side y a crecer como las setas tras una lluvia torrencial. ¿Y por qué no iban sus esporas a ser capaces de cubrir a la nación entera? Pero entonces..., pero entonces..., pero entonces...

Al borde de la piscina, Lenny se quedó parado observando las cintas de luz retorcerse y bailar en el agua. Preguntándose: ¿qué iba a ser de él? ¿Y qué iba a ser de todos ellos, de todos aquellos vagabundos a quienes ya nadie se preocupaba por salvar?

Pero esto lo sé ahora. Por aquel entonces, solo sentía amargura. Me arrepentía de haber accedido a hacerle de niñera, me cabreaba que de nuevo fuera él quien tenía carta blanca para ser egoísta y me cabreaba aún más no poder evitar verme arrastrado por su desesperación cuando estaba en su presencia.

He pensado mucho en esto. No me cabe ninguna duda de que Lenny trató

de venderles cocaína a aquellos polis. La única pregunta de verdad ha sido siempre por qué. Y dependiendo de la respuesta, ¿qué dice eso de su carácter? ¿Era una buena persona? ¿Lo había sido alguna vez?

Yo no tenía recursos para responder a todo aquello.

Él era mi padre.

—Es como si todo hubiera sido un juego para ti —le dije.

—No —me respondió—. No, no era un juego.

Y se marchó arrastrando los pies a contemplar los balcones de las suites prohibitivas que colgaban sobre nuestras cabezas.

Más tarde, en el avión de vuelta a Nueva York, le pregunté:

—¿Por qué odiabas tanto a Phil?

—¿A quién?

—A Phil. A Phil Ochs.

—No lo odiaba.

—Algo tuvo que pasar entre vosotros dos.

No dijo nada, se limitó a mirarme, con el rostro afilándosele como si me estuviera lanzando una advertencia.

—Lo tiraste por las escaleras —dije.

Farfulló algo que no entendí.

—¿Qué? —inquirí.

Aquellos ojos. Oscuros. Aplastados. Como si de algún modo le hubiera hecho daño.

Habría sido más generoso por mi parte dejarlo estar, pero sabía que nunca volvería a tener la oportunidad de preguntárselo.

—Dímelo. Nunca tuvo sentido.

—Era bochornoso —dijo Lenny. Se distanció de mí. Navegó a la deriva hacia alguna parte. La cabeza se le hundió hacia el vaso medio lleno de *bloody mary* que tenía en la mesita.

—¿Lenny?

Volviendo en sí, apuró el resto de su bebida.

—Él creía verdaderamente que iba a llegar la revolución. Como si el mundo entero fuera a llenarse de la luz del sol y de rosas en flor y nadie fuera a tener que volver a cagar nunca más. —Estaba enfadado, pero no conmigo—.

El tío no tenía ningún plan de huida.

Me lanzó una mirada furtiva, como si creyera que yo iba a pegarle. Entonces supe que nunca conseguiría sonsacarle nada más.

—¿Y acaso lo tenías tú? —le dije.

El fantasma de su antiguo yo asomó por un instante antes de volver a sumirse en el vacío de apatía que lo mataría dos años y medio después.

Durante un rato, media hora o más, permanecimos allí sentados el uno junto al otro, perdidos en nuestros propios pensamientos, lo más cómodos que llegaríamos a estar nunca en presencia del otro.

Entonces, colocó la mano encima de la mía y volvió a mi lado.

—¿Te acuerdas del día en que fuimos juntos al zoo?

No me acordaba. Pero justo entonces me vino a la memoria. Todo, hasta el último detalle.

Primavera. Un día o dos antes de que él pasase a la clandestinidad.

Me había puesto mi camiseta favorita, la de los cereales Lucky Charms, que había recibido por correo tras reunir las pruebas de compra y mandarlas a la dirección que indicaban en la parte de atrás del paquete. Bajamos las escaleras y, antes siquiera de salir por la puerta del edificio, supe que me había equivocado al juzgar el tiempo que hacía, que había confundido con calor la diáfana luz del sol que entraba por la ventana. La puerta llevaba rota desde que yo tenía uso de razón, el brazo neumático destinado a retenerla colgaba del mecanismo y chocaba contra la pared de yeso cada vez que alguien la abría. La tocabas con un dedo y salía disparada. Pero aquel día, el Día del Zoo, la puerta se resistía. Lenny la bloqueó con el pie para que no se me cerrara de golpe encima.

Luego, fuera, en lo alto de las escaleras del porche, se puso las gafas de sol y estiró los brazos como si estuviera estrechando el día entre ellos. Tragó una bocanada de aire. La luz matutina rebotaba en las ventanas del edificio de enfrente. Las flores caídas giraban y aceleraban como si fueran camino de algún lugar importante.

—¿Sabes qué olor es ese, chaval? —dijo—. El de la vida.

Me froté los brazos. Tenía la carne de gallina.

—Tengo frío —dije yo.

Me miró de arriba abajo, las zapatillas, los vaqueros, la camiseta verde.

—Qué vas a tener frío —dijo.

—Pues lo tengo. Necesito la cazadora.

—No tienes pinta de tener frío.

Me señalé el brazo.

—La carne de gallina significa que tienes frío.

—Aguántatelo. Te hará bien.

Le señalé el brazo.

—Tú también tienes la carne de gallina.

—Nah, mi piel es así. Siempre está así. —No le veía los ojos tras las gafas de sol, pero sabía que me estaba tomando el pelo. Tocándome los cojones, como él habría dicho. Volvió a abrir la puerta, como desafiándome a ser un cobardica. Esta vez se estrelló contra la pared y rebotó como acostumbraba, pero él la cogió y la retuvo para mí, y dijo:

—¿La quieres? Pues vale, sube a cogerla. Estamos en un país libre.

Me quedé allí parado contemplando las puertas recargadas de la iglesia que había al otro lado de la calle.

—¡Chaval!

—¿Por qué no puedes ir tú?

—En serio, chaval. —Dobló una rodilla y se colocó las gafas en la frente, por encima de la cresta de sus cejas colosales—. ¿Qué vas a hacer? ¿Quieres la chaqueta o no? —En la calle había gente con chaqueta. Y otros sin ella—. A la mierda la chaqueta —dijo—. Es temprano. Cuando llegemos, el sol estará bien alto y te dará calor. Y yo acabaré cargando con ella todo el día. ¿Lo pillas? A la mierda la chaqueta. Es un puto lastre.

Asentí, no muy convencido.

—A la mierda la chaqueta —volvió a decir—. Repite conmigo. —Me dio un leve codazo en el pecho—. Venga, chaval. Repite conmigo. A la mierda la chaqueta.

—A la mierda la chaqueta.

—¡Sí! —Levantó los puños para enfatizarlo—. ¡A la mierda la chaqueta!

Y coreamos juntos: «¡A la mierda la chaqueta! ¡A la mierda la chaqueta!». Lo convertimos en nuestro mantra particular, gritándolo según caminábamos hacia Astor Place. «¡A la mierda la chaqueta! ¡A la mierda la chaqueta! ¡A la mierda la chaqueta! ¡A la mierda la chaqueta!»

Y, al ver que me había calmado, dijo:

—Mira, te voy a enseñar otra cosa que mola un montón. —Y me dio un capirotazo en la tetilla con el dedo corazón. Fue como si me hubiera dado alas solo para volver a cortármelas de nuevo—. ¡Anda ya! —dijo—. Eso no te ha dolido.

¿Qué decirle? ¿Qué hacer? A veces, sus oscilaciones de la broma a la crueldad me superaban. Notaba cómo me iba llenando de una confusión turbia, cómo se me sobrecargaban los plomos, rebosando emociones discrepantes e incompatibles.

Lenny caminaba como bailoteando. Haciendo trompos entre los peatones, dándose la vuelta cuando pasaba una mujer, mirándola de arriba abajo, montando un verdadero espectáculo. Era como una danza callejera. Jazz visual. El más chulo de la ciudad. Exudaba una alegría cachonda que decía: No soy una amenaza para ti... a menos que quieras que lo sea.

Y yo iba detrás de él, frotándome los brazos escuálidos.

En la zona norte de Manhattan seguía haciendo tanto frío que llegamos al parque corriendo. Recuerdo haber pensado que las aceras tenían un color diferente al que deberían tener. En el Lower East Side eran de un gris gastado y manchado, como agua de lavar los platos sucios congelada sobre una superficie dura. Aquí brillaban, blanquísimas. Ni siquiera tenían pegados los consabidos chicles renegridos. Aquel era el único lugar de toda la ciudad que no se había rendido a la entropía de los tiempos.

Llegamos al zoo y resultó que estaba cerrado. Sin explicación, sin horarios anunciados, simplemente cerrado. Con las rejas rematadas en punta de lanza atrancadas a cal y canto.

—¿Ves, chaval? —dijo Lenny—. Así es como lo consiguen. Primero cierran los zoos, luego cierran las bibliotecas. Cuando te quieras dar cuenta, te habrán encadenado el cerebro.

Miré a través de los barrotes. Al otro lado de las taquillas con las persianas bajadas, había unos escalones que conducían a una plazuela circular con un anillo en el centro, como el escenario de un circo, pero rodeado de un foso de hormigón, medio lleno de una agua verdosa y viscosa. En el centro se alzaba una escarpada colina de plataformas. Ahí debería haber habido pingüinos o focas u osos polares. Animales que pudieran servir de espectáculo. Veía en las plataformas las rampas y los surcos que les servirían

para deslizarse por el hormigón, pero faltaban los animales.

—¿Qué les ha pasado? —pregunté a Lenny.

—Fusilados por delitos contra el Estado —dijo—. Si sabes adónde mirar, descubrirás que hay cerdos con ametralladoras patrullando las sombras, ¿los ves?

Me puse de puntillas sobre las gomas de mis zapatillas Keds y miré a mi alrededor. Por mi mente surcaron imágenes de cerdos jorobados, rosados e hirsutos, caminando torpemente sobre las patas traseras por los senderos adoquinados del zoo, vestidos con camisas azules con placas en el pecho. No cerdos de verdad. No criaturas porcinas. Sino aquellos a los que me habían enseñado a odiar y a no temer nunca, nunca, bajo ninguna circunstancia. Los que te escupían para mirarte y me habían perseguido en sueños desde allá donde alcanzaban mis recuerdos. Llevaban ametralladoras. Sus torsos eran tan pesados que caminaban a trompicones, amenazando con desplomarse a cada paso, lo cual no hacía más que aumentar su ira y su maldad. Sus ojillos negros, cuando te miraban, irradiaban una muerte roja.

Lenny se agarró el pelo —aún desconcertantemente corto— con ambos puños.

—Eh, chaval, no te pongas triste, cabréate, joder —dijo—. Todavía hay esperanza. Venga. Ven conmigo. —Y, agachándose como un ladrón, se deslizó por detrás de los arbustos que bordeaban el muro y empezó a avanzar furtivamente.

Yo me limpié la nariz y me escurrí tras él. Sin arredrarme ante las ramas que me pinchaban y me arañaban cada vez que pasaba junto a una piedra protuberante. La tierra tenía una humedad esponjosa que parecía ser permanente. Una especie de mantillo hecho de virutas de madera mezcladas con la mugre negra de Manhattan. A veces nos sorprendía una raíz enroscada. Seguimos avanzando palmo a palmo, con Lenny delante, guiándome, un modelo al que seguir, imitar y en quien confiar, hasta que de pronto se paró y se puso de pie para escuchar, asomando la cabeza por una esquina. Y, como le estaba mirando a él y no a los obstáculos que tenía delante, la camiseta se me enganchó en una espina y se rasgó.

—¡Lenny! —Le enseñé el roto y el viento me mordió la piel de la zona de la barriga que acababa de quedar al descubierto.

—Eso qué más da —dijo—. Tenemos cosas que hacer.

—Pero...

—¡Chaval! —gruñó—. Es solo una camiseta. —Pero se arrodilló frente a mí, por segunda vez aquel día, e hizo como si la examinara—. Le da carácter —dijo—. ¿Vale?

Y, mientras me observaba haciendo las paces con aquella idea, ocurrió algo. Su rostro. Nunca lo olvidaré. El cinismo. La rabia burlona y amenazadora. Todos los filos oscuros y violentos de su ser. Se desvanecieron. Y, en su lugar, solo hallé júbilo. Una alegría salvaje e incontenible. Sonriéndome de oreja a oreja. Una felicidad maníaca de estar viviendo aquella aventura que había urdido solo para nosotros dos.

Me dijo, con mucho dramatismo, susurrando:

—Mira, este es el plan. Al torcer esta esquina hay otra puerta. No es como la de allí atrás. Es una portezuela de madera. La utilizan para que entren los camiones y esas historias. Lo único que tenemos que hacer es coger suficiente velocidad y energía para saltarla. ¿Te atreves? Vamos a asaltar las putas barricadas.

Me llevó medio segundo decidirme.

Saltamos de detrás de los arbustos aullando y chillando como guerreros comanches. Lenny me hacía señas para que fuera por acá y por allá, a lo alto de una colina, alrededor de un árbol, haciendo tirabuzones por el parque, hasta que de pronto nos encontramos en el camino embarrado que conducía a la portezuela, a diez o doce metros de ella. Cogimos carrerilla y nos lanzamos lo más rápido que pudimos, salpicando en los charcos que se habían formado en los profundos surcos que dejaban a su paso las ruedas de los camiones. En mi vida había corrido tan rápido. Era como si mis piernas se movieran solas y yo no tuviera más que seguirles el paso. Y, al acercarnos, aprestamos los hombros, apuntamos, saltamos y nos estrellamos contra los tablones de madera putrefactos. Oímos un crac. El pestillo se había roto.

Estábamos dentro.

Después de aquello, nos dimos un paseo por el zoo. Compramos palomitas y granizados imaginarios en los puestos cerrados, miramos al interior de las jaulas vacías y comentamos lo que podrían estar haciendo aquellos animales inexistentes.

—Mira cómo se pasea ese —decía yo—. Debe de tener hambre.

—Échale unas palomitas.

Y yo le echaba mis palomitas imaginarias al leopardo imaginario.

O Lenny me preguntaba:

—¿A ti te parece buena idea poner juntos a las gallinas y a los zorros? ¿A quién se le habrá ocurrido semejante tontería?

—Menuda gilipollez —respondía yo.

Y nos reíamos.

—Mira, también hay un pavo real ahí dentro. Los pavos reales son agresivos, chaval. Malos de cojones. Él protegerá a las gallinas. Le sacará los ojos al zorro a picotazos.

—Oye, vamos a ver a los osos panda.

—Vamos a ver a las serpientes.

—¡Vamos a ver dónde está el puto lebrílope!

Y en ese plan continuamos, jaula por jaula. Inventando. Jugando. Dando vueltas durante dos, tal vez tres horas. No vimos absolutamente a nadie más durante todo aquel tiempo. Y al final me aburrí, como suele pasarles a los niños.

—Tengo hambre —dije.

—Cómete tus palomitas.

—No, en serio. Tengo hambre.

—Tú no tienes hambre, chaval. Llevas toda la mañana comiendo. Toma, ¿quieres un perrito caliente? —Hizo girar la mano por encima de la cabeza y se sacó de la manga más comida imaginaria.

—Pero si no es real.

—¿Y qué es «real»? ¿Qué significa la palabra *real*? —dijo—. ¿Es esto real? —Agitó la jaula que teníamos delante—. ¿Es esta acera real? ¿Y el cielo? ¿Y ese puto árbol? ¿Soy yo real, Freedom? ¿Lo eres tú?

—Ya no me lo estoy pasando bien.

Mientras andábamos por ahí, Lenny había ido recogiendo piedrecillas. De las pequeñas, las que son como gravilla. Había estado jugueteando con ellas en las manos. Lanzándoselas de una palma a la otra. No era consciente de lo que hacía. No se trataba más que de otra forma de quemar su energía nerviosa. Y, ya que las tenía allí, ¿por qué no?, me tiró una.

—Para —le dije.

Me lanzó otra.

—No tiene ninguna gracia.

—No estoy tratando de hacerme el gracioso.

—Para ya.

La siguiente piedrecilla me rebotó en la frente.

—Casi me das en el ojo.

—Pues entonces sigue teniendo gracia —dijo—. Si aún conservas el ojo. Porque todo son juegos y coñas hasta que alguien pierde un ojo. ¿Te acuerdas, chaval?

Me arrojó otra, esta vez apuntándome intencionadamente a la cara.

—¿Te importaría dejar de tirarme cosas, por favor? —dije.

—Claro —replicó. Y luego, cómo no, volvió a hacerlo.

—¿Y podríamos quizá volver a casa?

Estaba temblando. Tiritando. Sentía aún más frío que antes. Y tenía la horrorosa sensación de que iba a derrumbarme y las lágrimas iban a empezar a rodarme por las mejillas y Lenny se cabrearía tanto que me tiraría piedras más grandes, con más fuerza. O quizá simplemente se hartaría de mí y me dejaría allí tirado. Mis manos encontraron mis brazos. Me envolví con ellos. Para protegerme. Para calentarme. Ambas cosas a la vez.

Él se dio cuenta. Sé que lo hizo. Y... ¿cómo decirlo? Fue como si de pronto cambiara de forma. Como si de verdad se transformara físicamente. Se le hundieron los hombros. Se le derritieron las aristas. De golpe tomó conciencia de que había ido demasiado lejos.

—A la mierda —dijo.

Lanzó otra piedra hacia mí, pero sin ganas, como para salvar las apariencias. El resto se le cayó por entre los dedos mientras daba un paso atrás y se desplomaba sobre el saliente de hormigón que tenía detrás. Negando con la cabeza.

Triste. Pura y simple tristeza.

Se marchaba al día siguiente, o al otro. Se enfrentaba a un futuro en el que tal vez no volvería a verme nunca más. Y aquella excursión, aquella visita al zoo abandonado, la habíamos hecho por él tanto o más que por mí. Para tener algo a lo que aferrarnos cuando nos echáramos de menos.

Ahora lo sé. Incluso entonces sentía la presión de su importancia.

Me acerqué a él tratando de armarme de algo parecido al valor y le dije:

—¿Y qué pasa con nuestra misión? Todavía tenemos que liberar a los animales.

Durante un segundo, me miró para ver si estaba de coña. Después, lentamente, una sonrisita le apuntó en el rostro.

—Vale, chaval. Muy bien. Vamos a liberar a los animales.

Dimos varias vueltas. Ese zoo no es tan grande. A aquellas alturas llevábamos horas caminando en círculos. Y, según dábamos vueltas y más vueltas, Lenny empezó a botar. A dar saltitos. Hizo crujir los nudillos y dio una de sus famosas volteretas. Mentalizándose. Volviendo a ponerse en forma. Lanzó algunas patadas de kárate.

—¿A cuáles liberamos, chaval?

No sabía qué decir. Habíamos colocado tantos animales en tantas jaulas — a veces en la misma jaula en visitas sucesivas— que ya no las distinguía unas de otras ni me acordaba de qué animales estaban en cuál.

—¿Qué animales son los más débiles? —pregunté.

—Bueno. —Analizó los factores implicados—. Los ratones son los más pequeños, pero no estoy seguro de que eso los haga más débiles. Son unos cabroncetes muy astutos. ¿Alguna vez has intentado atrapar a un ratón con las manos desnudas? Es casi imposible. Y básicamente son ratas y las ratas tienen que encantarnos sí o sí, ¿no crees? Son unas cabronas, duras de pelar. Lo primero, su fuerza está en el número. Lo segundo, son una plaga en el mejor de los sentidos. Feroces. Infectas. Son la destrucción creativa encarnada. Cuando venga la peste, te demostrarán lo que significa de verdad eso de que «todos los hombres son iguales». Heredarán la Tierra. ¿Alguna vez has oído hablar de la superrata? Es capaz de saltar hasta una altura de cuatro metros si se levanta sobre las patas de atrás. Sus huesos han mutado, son blandos, como el cartílago, así que, cuando se cae por una ventana o desde lo alto de un edificio, rebota como una pelota de goma sin romperse ningún hueso ni atravesarse ningún órgano. Un simple bote y ya está lista para salir disparada al siguiente vertedero. Así que las ratas quedan descartadas y, por extensión, también los ratones.

—También están los insectos —dije—. Son todavía más pequeños.

—*Efectiviwonder*. Escarabajos, bichos palo, mosquitos, libélulas, garapitos, saltamontes, grillos, cucarachas, ¡no nos olvidemos de las cucarachas! Abejas y avispas de todas las clases, insectos hoja... ¿los

conoces? Son verdes. Tienen forma de hojas de acebo. Además de los millones de mariposas y polillas que pueblan la Tierra. ¡¡Y las hormigas!! ¡Todas esas putas hormigas! ¿Te vas haciendo a la idea? También en este caso la fuerza está en el número. Multiplicada por mil millones.

Y así nos pasamos no sé cuánto tiempo. Proponiendo un animal, descartándolo, repasando el catálogo entero, bum, bum, bum, pez, rana, tritón, ciervo, hasta llegar al tití de los cojones.

Por fin, mientras volvíamos a girar en torno a la plaza y a pasar por delante de la colina esculpida de toboganes y plataformas, di con la solución.

—¡Los pingüinos! —dije.

Lenny movió la cabeza varias veces arriba y abajo, procesando, procesando. Manoteó en el aire como tratando de asir el significado de mis palabras.

—Explícate —dijo.

—Los pingüinos. No pueden volar. Apenas son capaces de andar. A ver, ¿qué es lo que hacen? En realidad no son más que unos sacos de judías barrigones que se pasan el día botando y resbalando por el hielo.

—Ahí le has dado, chaval —dijo—. Pero ¿dónde tienen a los pingüinos en este antro de mierda?

—¡Ahí mismo! —señalé.

Se golpeó la frente con la palma de la mano y dijo:

—Pues claro. Si es que estoy ciego, cojones.

Los dos hacíamos el paripé el uno por el otro, pero, de alguna manera, juntos, habíamos conjurado algo verdadero. Lo notaba. Un rumor en el cerebro, como de hojas al viento. Algo que tenía que ver con la diferencia entre quiénes somos y quiénes aparentamos ser. Con la forma en que las facetas malas —o problemáticas—, las facetas exasperantes, destructivas, hirientes, negligentes de un hombre coexisten simultáneamente con las buenas. Y a veces estas facetas tan espinosas de una persona son, de hecho, las buenas. Son inseparables de las buenas, están tan entrelazadas que las unas no pueden ser sin las otras, constituyen dos versiones de la misma visión, una diferencia de punto de vista. Pero estos no son pensamientos que estén al alcance de un niño de seis años, así que yo no podría haberlos formulado de esta manera, pero noté su parpadeo un poco más allá del límite de mi comprensión.

Lo que quiero decir es que, aquel día en el zoo, conseguí verlo como a una

persona en su propia singularidad, conseguí separarlo de mis propias necesidades.

—¿Ves esa trampa? —me dijo, señalando un tablón de contrachapado negro cerrado con un candado y escondido en una de las plataformas—. Deben de tenerlos encarcelados ahí dentro.

Corrió a hurgar entre las bolsas de basura apiladas en un rincón de la plaza, dándoles patadas y haciéndolas rodar unas sobre otras para poder ver lo que tenían debajo. Luego, al no encontrar allí lo que buscaba, empezó a merodear por la plaza, mirando a través de las ventanas de malla metálica de los edificios para estudiar los espacios oscuros del interior. Tramando algo. Me hizo señas para que le siguiera y nos aventuramos por un caminito que rodeaba uno de los edificios. En la parte de atrás encontramos un almacén, un cuartito minúsculo, poco más ancho que su puerta de acceso, que, sobre la hoja de color verde amarillento, lucía un letrero en el que se leía «Parques y Jardines». El almacén carecía de ventanas, pero, de una u otra forma, Lenny tenía un presentimiento. Me apartó y se arrodilló para examinar la cerradura de hierro oxidada.

Con su abultada cartera abierta sobre la palma de la mano, extrajo una fina lámina de vinilo de un bolsillo interior. Un kit de reparación de gafas. Segundos después, había forzado la cerradura y se había colado en el almacén. Al salir, llevaba una palanca en la mano.

—¿Freedom? —dijo, refiriéndose a mí.

—¡Sí!

Blandió la palanca frente a él, como si fuera una espada.

—¡A los pingüinos! ¡Por la libertad! —dijo, esta vez refiriéndose al espíritu que reinaba en el ambiente.

Entre risitas, locos de alegría, volvimos disparados a la plaza, saltamos el foso y trepamos hasta la puerta de la cárcel de los pingüinos. Lenny encajó el extremo puntiagudo de la palanca bajo la placa de metal sujeta debajo del candado. Plantó una bota en el borde de la plataforma e hizo fuerza.

—Eh, chaval, enróllate un poco. Ven aquí y échame una mano.

De pie a mis espaldas, me enseñó dónde poner las manos para sujetar la palanca; luego, colocó las suyas encima de las mías y la reajustó.

—¿Preparado?

—¿Y si nos pillan? —No podía evitar pensar en los cerdos y en sus

porras.

—Ya te han detenido antes, chaval. Forma parte de la diversión. Hay leyes buenas y leyes malas y no pasa nada por saltarse las malas. Piensa en lo traicionados que se van a sentir los pingüinos si no los salvamos. A veces, cuando la causa es suficientemente grande, uno tiene que sacrificarse. Se trata de un imperativo moral.

—No sé qué significa eso —repliqué.

—Significa: ¡vamos a cargarnos esta mierda y a liberar a los putos pingüinos!

Una flexión de músculos y los tornillos que mantenían en su sitio la placa de metal se desprendieron de la madera.

—¡Lo has conseguido, chaval!

Abrió la portezuela y contemplamos las escaleras y el vacío negro que se extendía allá abajo.

—Escucha —me dijo, poniéndose una mano ahuecada detrás de la oreja—. Nos están aplaudiendo. Están gritando: «¡Espartaco! ¡Espartaco! ¡Espartaco!». ¡Y míralos! ¡Ahí vienen!

Y contemplamos a los pingüinos saltar desde el borde de la plataforma y resbalar por los lados, cientos, quizá miles de ellos, tambaleándose hacia la libertad. Y, aunque eran invisibles, aunque no existían, en aquel momento parecían todo lo reales que pueden llegar a ser las cosas. Se apiñaban unos contra otros, un enjambre inmenso de ellos, rozándonos las rodillas al avanzar en bloque hacia la entrada principal del zoo, que estaba, por supuesto, cerrada con un candado. Se quedaron retenidos frente a ella, dando saltitos, esperando.

—Bueno, chaval, aún no hemos terminado nuestra tarea —dijo Lenny. Y, levantando la palanca con ambas manos por encima de la cabeza, se encaminó a grandes zancadas a liberarlos—. Chaval, esto no puedo hacerlo solo.

Y, volviendo a guiarme, dejando que sintiera que era yo el que hacía todo el trabajo, deslizó la palanca por entre las vueltas de cadena enrolladas en torno a las verjas y la hizo girar como una hélice, retorciéndola hasta que se quedó encajada. Y a continuación, con un giro más, en un enorme ejercicio de fuerza que sentí vibrar en mis propios brazos, la rompió.

Entonces desenrolló los trozos de la cadena y forzó el débil cerrojo de la verja con su piqueta. No le llevó ni un minuto.

—Déjalos libres —me dijo.

Y lo hice. Abrí de par en par las verjas, haciéndolas girar sobre sus goznes chirriantes, y los pingüinos salieron en tropel por delante de nosotros. Y no solo los pingüinos. También leopardos y gallinas y zorros y pavos reales y osos panda y serpientes. Elefantes y tigres y tejones y osos pardos y ciervos de Virginia y flamencos y ornitorrincos y renos y alces. Ardillas grises y listadas. Ratonos de campo y topos. Suricatas. Tarántulas y salamandras y geocos y monstruos de Gila. Nutrias, visones, conejos, linceos, hipopótamos, lémures y rinocerontes. Emús y jirafas, cientos de jirafas. Colibríes y pájaros carpinteros y aves del paraíso y pavos y gansos de Canadá y petirrojos y herrerillos y gorrión tras gorrión tras gorrión tras gorrión. Burros y ualabíes y ñús y hurones y babuinos y gorilas. Monos de todas las clases y tamaños: Rhesus, aulladores, capuchinos, maquisapas. Los caballos. Las mulas. El búfalo de agua. Koalas y canguros. Hasta animales domésticos: perros y gatos y cabras y ovejas y novillos y animales cuyos nombres desconocía. Animales que el mundo nunca había visto ni volverá a ver jamás. Lebrílopes, por supuesto, y muchos, muchos más. Animales solo reconocibles por sus sonidos. El *cara-cara*. El *pi-pi-pío*. El *iiiiiii puf*. El *chupabum* y el *groooooaar*. Los que bufan, los que braman y los que jadean. Los que piafan, los que arrastran las patas y los que pisotean. Y, liderando la retaguardia, ratones y ratas y cucarachas, zancudos, escarabajos y termitas, una masa ingente de bichos, revolcándose una y otra vez sobre sí misma, como un único organismo vibrante. Luego las tortugas, avanzando parsimoniosas, asustadizas. Y, por fin, como el coche escoba, los cerdos, no los que patrullaban las calles, sino esas otras criaturas tan inmensamente inteligentes.

Los contemplamos marchar, los vimos pulular por la Quinta Avenida mezclándose con los coches, que ni se molestaban en reparar en su presencia.

—Vamos, chaval —dijo Lenny.

Y salimos corriendo tras ellos. Nos unimos a sus filas. Corrimos a su lado por la ciudad, salvajes y libres, los dos, Lenny —mi padre— y yo. Y en un momento dado me di cuenta de que no tenía frío ni tampoco hambre, y de que ya no me importaba una mierda que mi camiseta favorita estuviera rota.

—¿Te acuerdas? —me volvió a preguntar aquella noche mientras regresábamos volando a Nueva York desde Miami.

Le dije que sí. Le dije:

—Me acuerdo de todo.

Durante un rato me miró, me estudió el rostro buscando algo en él, alguna señal de que las cosas que le habían importado me importarían a mí también. De que él había influido en mí. De que la esperanza no estaba aún perdida.

—Sí —dijo. Y, volviendo el rostro, apoyó la frente contra la ventanilla y contempló las nubes que se arremolinaban allá abajo como almohadas de color azul neón iluminadas por la luz de la luna—. Qué tiempos aquellos.

Noté cómo se retiraba a uno de sus lugares oscuros. Si había algún futuro, él desde luego no podía encontrarlo. Así que se quedó en silencio. Y me dejó fuera.

No pronunció ni una palabra más durante el resto del vuelo.

Quizá...

Supongo que lo que quiero decir es que yo ya he peleado lo mío.

Tú vete a cambiar el mundo si quieres. Yo soy escéptico. Ya he cumplido mi sentencia. Y me he retirado.

Hay que vivir la vida.

¿Lo pillas?

AGRADECIMIENTOS

Revolucionarios no existiría en su forma actual sin la ayuda de un gran número de personas. Estoy en deuda con todos y cada uno de ellos y les agradezco muchísimo los favores que me han hecho.

Gary Fisketjon decidió volver a apostar por mí, y él y su asistente, Genevieve Nierman, junto con el resto del personal de Knopf, han demostrado una vez más por qué son los mejores del sector. Les doy las gracias a ellos y también a Richard Abate por poner todo su empeño en que este libro saliera a la luz.

Entre mis primeros lectores se encuentran Andrew Altschul, Edward Gauvin, Matthew Goodman, Gordon Haber, Mike Heppner, Nicola Keegan, Binnie Kirshenbaum, Adam Langer y Jeremy Mullem. Todos ellos aportaron distintos puntos de vista que me ayudaron a encauzar el libro. Hanan Elstein, que leyó el manuscrito más de una vez, se mostró especialmente perspicaz. Y Joseph Michaels, que inspeccionó magistralmente cada palabra, cada frase, cada párrafo, cada capítulo y así sucesivamente, se negó a dejar pasar nada que no fuera lo mejor de lo que soy capaz (de él diré que una vez dijo de mí: «¡Que alguien le dé un trabajo a este hombre!»).

Ben Clague, Em Pacheco y David Bradley seguramente se habrán dejado los ojos descifrando mi letra microscópica para transcribir la materia prima de este libro a un formato electrónico mecanografiado que yo pudiera a continuación manipular y editar. Sin ellos, esta obra no habría sido nunca más que una serie de garabatos demenciales de un lunático.

Durante los años de escritura y reescritura, Ruth Adams y las amables gentes de Art Omi me proporcionaron siempre un espacio tranquilo y alentador en el que sumergirme por completo en la obra. Sin más referencias que un susurro al oído de Brenda Lozano, César Cervantes Tezcucano me

ofreció una estancia transformadora de un mes en la magnífica Casa Pedregal de Luis Barragán en Ciudad de México. Y Todd Lanier Lester me permitió unirme, durante un corto periodo, a la soberbia comunidad de Lanchonete, una coalición de artistas y activistas que se pasean como nómadas radicales por São Paulo. Todas estas organizaciones e individuos me apoyaron, tanto material como espiritualmente, y me recordaron por qué era importante el trabajo que estaba haciendo.

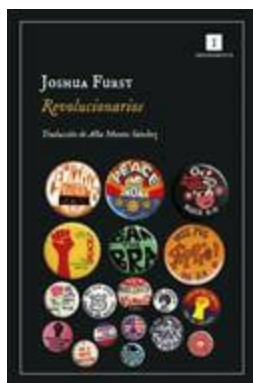
De formas menos tangibles, pero probablemente más cruciales, D. W. Gibson —mi compinche desde hace unos quince años—, así como Eva Fortes, Uche Nduka, Rien Kuntari y todos los que han ido pasando por Kristiania, uniéndose al debate, luchando y soñando y peleando contra la futilidad, me dieron fuerzas cuando yo no sabía dónde encontrarlas.

Por algún motivo indiscernible, Lee Bob Black se ha empeñado en hacer por mí y por mi carrera cosas que a mí jamás se me habría ocurrido hacer. Dice que se lo pasa bien, pero a mí más bien me parecen trabajos forzados. No me lo merezco.

Por último, hay tres personas que me apoyan sin medida. Vince Passaro, que me conmina a ser audaz. Alicia Maria Meier, que me inspira a ser valiente y me exige que sea sincero. Y mi mujer, Elizabeth Grefrath, cuya sabiduría y compasión no conocen límites. *Long may you run.*

Ah, y claro está, le doy las gracias a Abbie Hoffman —provocación, inspiración— por haber existido. Ahora más que nunca, necesitamos tu espíritu en el mundo.

REVOLUCIONARIOS



Freedom (Fred) es el único hijo del Lenny Snyder, legendario activista y icono de la contracultura americana. Ahora frisa la mediana edad y no puede hacer como si su psicodélica infancia nunca hubiera existido: el caos, las manifestaciones, los cambios de ciudad con la familia a costas huyendo de la pasma... Lenny fue un tipo de personalidad magnética, un iluminado capaz de hipnotizar a las masas con sus eslóganes, pero no supo conseguir el cariño de su hijo y su mujer, a los que trataba con crueldad. *Revolucionarios* es un viaje cautivador por los feroces años sesenta, que nos descubre el fin de una década a través de los ojos de un niño. Una saga caleidoscópica, una alegoría de Estados Unidos y un retrato profundamente íntimo de la relación de admiración y rencor entre un padre y un hijo.

Joshua Furst nació en Colorado en 1971, y pasó gran parte de su vida en el Wisconsin rural. Su primera novela, *The Sabotage Café*, fue incluida en las listas de los mejores libros del año 2007 y le hizo merecedor del Premio Grub Street de Ficción. También es autor del aclamado libro de relatos, *Short People*. Durante varios años enseñó en las escuelas públicas. Se graduó en el Taller de Escritores de Iowa y recibió una beca Michener, el premio Nelson Algren del Chicago Tribune y becas de la colonia MacDowell y Ledig House. Vive en la ciudad de Nueva York y enseña en la Universidad de Columbia.

NOTAS

[1] En español en el original. (*Todas las notas son de la traductora.*)

[2] *Balabusta* es un vocablo yidis que designa a una buena ama de casa judía.

[3] Las palabras de Barrow que aparecen en cursiva están en español en el original.